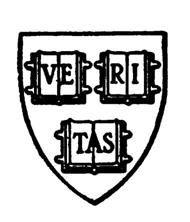

VE RI
TAS

EUSEBIO.

TOMO II.

PARIS,

EN LA IMPRENTA DE A. BOBÉE,

CALLE DE LA TABLETTERIE, n. 9.

EUSEBIO,

HISTORIA SACADA

DE LAS MEMORIAS QUE DEJÓ EL MISMO.

POR DON PEDRO MONTENGON.

Edicion hecha bajo la direccion de José-René Masson.

PARTE SEGUNDA.



PARIS,

CASA DE MASSON Y HIJO,

CALLE DE ERFURTH, Nº 3.

1824.

1878, [illegible] 17.
Gift of
Edward Winslow
of Jamaica Plain.

EUSEBIO

PARTE SEGUNDA.

LIBRO PRIMERO.

EMBARCADO Eusebio, apenas podia ya discernir los mas elevados montes de la América desde el alto mar, que con viento fresco la embarcacion sulcaba; pero su mente notaba todavía el sitio en que le parecia que dejaba á su amada Leocadia. Ella ocupaba continuamente sus agitados pensamientos: y el temor que sentia al verse llevado de aquellos instables elementos, no era tanto por el riesgo que podia correr su vida, cuanto porque con esta perderia tambien el adorable objeto que solo tenia su temor en sobresalto, haciéndole recelar de una hora á otra un naufragio mas temible y funesto, que aquel de que lo libró la Providencia.

Hacíase notable á todos los que conocian la suave serenidad de su rostro, la congoja que lo perturbaba. Hardyl, que mas que los otros

le conocia, echó de ver el primero su temor, y le aconsejó que dejára la cámara de popa, y saliese á fuera para que se familiarizasen sus ojos con el embate de las olas; remedio el mejor para hacerle perder el miedo al agua, y que él solo suple á todos los inútiles consejos que se suelen dar á los que temen el mar, para que no le teman.

Gil Altano rebosaba ufano de contento al verse en el centro de su profesion, sin haberla de ejercitar por necesidad, haciendo ver á Eusebio la práctica y los conocimientos que habia adquirido en la naútica, diciéndole los nombres de los arreos del navío; poniendo otras veces su vanidad en ayudar á los marineros en sus maniobras; lo que contribuia para divagar los temerosos pensamientos de Eusebio, especialmente con los dichos truanescos, y con las narraciones falsas y verdaderas de encuentros de navíos y de batallas navales que le hacia. Juan Taydor estaba por lo comun con la Biblia en las manos metido en un rincon, sin cuidar mucho de los cuentos de Altano, que no entendia por hablar siempre con su amo en español.

Duróles varios dias el viento próspero que los dejó en pesadas calmas, obligando á Eusebio á recurrir al estudio de la historia, ó á la lectura de los Autores griegos y latinos, á ejemplo de Hardyl, que estando ya sin trabajo,

hacia de su lectura en el ocio del viage su principal ocupacion, mientras el viento blando, ó la tranquilidad del mar se lo permitia. Pero como no hay cosa mas mudable que el viento, llegó este de nuevo, no solo á interrumpir sus estudios, sino tambien á desasosegar el ánimo de Eusebio, cuando ya le parecia que comenzaba á perder el miedo al agua.

Montes de negras nubes se acumulan en la turbada atmósfera: el sol pálido y temeroso, parecia cubrirse de espeso velo para no ver las desgracias que amagaban los elementos. El viento cobraba fuerzas; las mas vigorosas amarras vibraban con temblor á sus silbidos; el mar tanto mas enbravecido, bufaba y batia con mayor ímpetu la frágil embarcacion, cubriéndola de sus olas. Eusebio no puede resistir á tan horrible espectáculo que le presentan los sañudos elementos, y éntrase en la popa á molestar al Capitan con mil preguntas.

Estaba éste tendido en su asiento apurando una larga pipa; y no haciendo mucho caso de las preguntas de Eusebio, le respondia, sí, no, viniese ó no viniese á cuento. Hardyl que estaba allí ocupado en su lectura, oyendo las preguntas que Eusebio hacia al Capitan, y viendo la palidez de su rostro, echa de ver el miedo que le sobrecogia, y le dice: ¿pues que tambien os hallais, Eusebio, con el temor, que en vez de sacudilro de vos, procurais fomen-

tarlo ? ¿ Y lo fomento? le responde. No hay duda, le dice Hardyl : ¿ creeis evitar la muerte por temerla? Venid conmigo ; vamos á hacer frente á la tempestad ; asi disfrutareis del mas magestuoso espectáculo que la naturaleza puede presentar á los ojos de los hombres.

Diciendo esto, se lo lleva al castillo de popa, y haciéndole sentar junto á sí, comienza á mostrarle el cielo cubierto ya de amontonadas nubes, que parecian servir de firme y sólido pavimento al sonoroso carro de fuego, en que montado el Omnipotente, y tirado de los dos vientos, caminaba con todo el terrible aparato de su fulminante magestad por la extension inmensa de las regiones del Olimpo.

Ahora le hacia tender sus impresionados ojos á una y á otra parte del mar enfurecido, que parecia reamontonar con porfía en torno del bajel sus irritadas olas para tragarlo, abriéndose en profundos valles para sumergirlo en el abismo. Luego levantándolo sobre montes de olas mas enbravecidas, parecia que iba á estrellarlo en las nubes ; pero él se abria con obstinada seguridad el camino, contrastado por los embates, como si dominase los elementos, dando argumento á Hardyl para encarecer á Eusebio la poderosa industria de los hombres, y para acallar con esto sus zozobras, acostumbrándolo poco á poco á contemplar sin temor el rápido curso del navío, que avasallaba los

mismos peligros que le cercaban, caminando sobre ellos como sobre el mas firme pavimento.

Mucho mas que las razones de Hardyl contribuia para sosegarlo la intrépida desenvoltura de Gil Altano, viéndolo Eusebio discurrir sin temor por las entenas, plegando ó desplegando velas con los otros marineros, y que decia gritando : dure este bullicioso amiguito tres dias mas, y sobre mi palabra que avistemos á Inglaterra. ¿Pues qué, es viento favorable? le pregunta Eusebio en voz alta desde la popa. Y como si lo es : ¿no ve ʘ, mi Señor, que caminamos mas de cien leguas por hora? Eso sí que no lo veo, dice Eusebio. Pues suba ʘ aquí arriba y lo verá, le responde Altano, poniéndose caballero sobre una entena; y asiéndose de un envergue, lo arreaba con los chasquidos de la boca, como si fuera una cabalgadura. Cien leguas por hora, no, dijo entonces Hardyl á Eusebio; pero que caminamos bien no hay duda.

Con esto, en medio del resto del temor que le quedaba á Eusebio, ya casi deseaba que el viento que antes temia, durase el tiempo que Altano pronosticaba. Pero al otro dia, todo aquel inmenso y temible aparato de nubes, vientos y tempestad, desapareció enteramente, quedando despojada la atmósfera para recibir el sol con toda su alegre y esplendorosa magestad; y aunque el viento no era tan recio, continuaba en serles favorable, persistiendo asi,

ya mas, ya menos por algunos dias, hasta que un grumete avisó desde la gabia, que descubria la Inglaterra.

El gozo fué general en todos, pero mucho mas en Eusebio, pareciéndole haber perdido enteramente el miedo con tan alegre nueva: de modo que ya se atrevia á subir al árbol, á caminar sobre el borde de la embarcacion, exponiéndose á otros riesgos en ausencia de Hardyl, para manifestar por juego el esfuerzo que no debiera; pues insensiblemente se preparaba la desgracia, que tardó poco á experimentar cuando ya estaban á vista de Portsmouth.

El viento era fresco y tirado, rizando el mar sin alterarlo, y el navío iba á toda vela. Eusebio estaba en pie esperando de un instante á otro poder entrar en el puerto, pareciéndole que podia tocarle con la mano: pero como tales perspectivas, sobre llano sin estorbos, engañan la vista, cansado de esperar en pie, se sienta sobre el borde de la embarcacion tendiendo una pierna. Cansado de esta postura, y embobado con los edificios de la primera ciudad que descubria, quiere tender la otra pierna para contemplarlos mas á su placer; pero perdiendo con el impulso de levantarla el equilibrio, y no pudiéndose reparar con las manos, dió consigo en el mar.

El Piloto, que lo vió caer, comienza á gritar

desaforadamente : amayna, amayna : pasagero al agua, pasagero al agua. El espanto, el sobresalto y la confusion, se apoderan de todos : el Capitan, al oir los gritos del Piloto, sale asustado para informarse del caso. Hardyl sale tambien tras él, medio muerto, temiéndose el mal que sospechaba, buscando con los ojos y con toda el alma á Eusebio. Eusebio, Eusebio. Mas Eusebio no le responde : no viéndolo, y cerciorado que era él el que habia caido, corre á la popa para ver si lo descubria. Gil Altano que dormia bien descuidado de tal caso, despierta conmovido de los gritos y de la confusion ; y oyendo que su amo habia caido al mar, despójase con furia de la chupa y zapatos, y arrójase tras él en el mar para socorrerlo.

Otros marineros subian á plegar las velas para torcer la embarcacion. El Capitan echaba al agua las pipas vacías que le venian á la mano ; mientras Hardyl y Taydor se esforzaban en precipitar al mar una media antena que allí sobre la popa estaba, trepaba entre tanto Altano por las olas con ardiente esfuerzo en busca de su Señor Don Eusebio, lisongeándose ser otra vez su libertador ; pero como el bastimento iba viento en popa y á todo trapo, hizo mucho camino antes que pudiese torcerlo el Piloto para contener su curso.

Eusebio no se descubria. Hardyl desamparado de su filosofía, no resiste á su sentimiento

natural, ni puede contener sus lágrimas. No quedándoles ya que hacer á ninguno, estaban atónitos en su triste y silencioso espanto; ocurrióle solo al enagenado Capitan mandar echar el batel al agua, cuando un grumete dijo desde lo alto, que los veia venir á nada. Manda con todo el Capitan proseguir la maniobra de echar el esquife, y lanzado ya al agua, métese en él, siguiéndole el agitado Hardyl, haciéndose vogar de dos marineros hácia Altano y Eusebio que se iban llegando á nado. Hardyl impaciente, afanado y gozoso al mismo tiempo, llamaba á su Eusebio tendiéndole el brazo para que se asiese de su mano.

Llega finalmente Eusebio, y ayudado entra, aunque con fatiga en el esquife. Hardyl se abraza con él sin reparar en su mojado vestido, sin poder proferir palabra, hasta que diciéndole Eusebio, aquí estoy, no me perdí. Os recobré, hijo mio, le dice Hardyl: esto os sirva de recuerdo para otras ocasiones, pues no debemos menor circunspeccion á los otros, que á nosotros mismos. El Capitan lo reprehendia por su poca consideracion; y Altano, que dentro ya del esquife estaba atereciendo de frio como Eusebio, le dijo: Puede dar mi Señor Don Eusebio gracias al Cielo que supo nadar, porque si no, vive Dios, que lo sacára del hondo del abismo. Ayudándolos á subir al bastimento, recibió Eusebio los parabienes de

los alegres marineros, y de Taydor que con lágrimas le besó la mano.

Eusebio despues de haberse mudado de ropa, entregó doce guineas á Gil Altano por prueba de su reconocimiento á tan grande fidelidad; y aunque no las queria recibir, le obligó á que las tomase, queriendo Eusebio dejar satisfecha su gratitud. Esta desgracia sirvió para que probasen mayor gozo, viéndose entrar todos en Portsmouth; de donde pasaron á Douvres sobre un Yach que estaba para hacer vela.

Un nuevo mundo parecia que se presentaba á los ojos de Eusebio: hombres de diversa especie que aquellos que dejó en la Pensilvania. El boato, la confusion, la ostentacion, el lujo en el trato, trage y porte de los moradores y forasteros, le hacian mucha impresion, cotejándolos con la quietud, circunspeccion y modestia de los Cuakeros, entre quienes habia pasado su vida. Hardyl, que siempre le acompañaba, le hacia notar esta diferencia, y todo lo que podia contribuir para que su alma no se disipase con la primera impresion de los objetos opuestos que recibian sus ojos, pudiéndole enagenar el corazon. A este fin tambien antes de dejar á Douvres para comenzar su viage á Londres, le habló Hardyl de esta manera:

Hasta ahora, Eusebio, no supisteis lo que era el mundo. Varias veces os hablé sobre la

malicia, los engaños y las perversas pasiones de los hombres, sobre los riesgos y los accidentes temibles que ocurren con su trato; mas estas os parecerán vanas especulaciones mirándolas desde lejos. En el lance vereis que no hay elocuencia que las pueda precaver. Sirven con todo algunas veces de leccion para ser cautos; pero vereis cuanto mas os enseñará la experiencia. Esta es la gran maestra del mundo, por cuya enseñanza debeis pasar. Basta que os sepais aprovechar de ella, pues no todos saben hacerlo, aunque reciban en sí mismos sus mas funestas lecciones.

Yo procuré infundiros buenas máximas y sentimientos, y aun puedo lisongearme de haberos puesto en el camino de la virtud; mas dejé de ser pedagogo, y vos discípulo: en adelante os seré como amigo y padre, si asi lo quereis; y como tal, me atreveré á daros buenos consejos si los necesitais, y si me los pedis. Aprendisteis conmigo á congeniar con un pobre estado y condicion, esta es la primera escuela de la sabiduría: pero como la fortuna os dió medios prestados para poder llevar una vida holgada, sin los apremios de la necesidad, es justo que sepais usar de ellos, y que comenceis á ser virtuoso en la riqueza, como aprendisteis á serlo en la pobreza de mi tienda.

El estado pobre es solo penoso y aborrecible al que lo coteja con el rico, seducido de su

holgura y vanidad. Un *Eskimès*, un *Huron* sin bienes, sin utensilios y sin casa, no echa menos, ni las exquisitas comodidades de un Europeo, ni el oro con que este se las procura. Ninguno se reputa infeliz sino por cotejo : tal orígen tienen las quejas del pobre en sus necesidades. ¿Pero quién duda que la pobreza es la mejor maestra de la virtud (1) ? Ella, humillando la presuncion del hombre, y atando su ambicion al cepo de la necesidad, pone mil obstáculos á las otras pasiones, las cuales se encogen y contienen forzosamente en los estrechos límites de la miseria.

La riqueza y la fortuna al contrario, allanando los mas arduos caminos á los ciegos deseos y caprichos de los hombres, fomentan su codicia y altanería ; alhajan su vanidad y provocan todas sus siniestras inclinaciones. ¿Cómo es posible que estas quieran obedecer al freno de la virtud que las contiene en su ardor, ó que las guia por el opuesto camino al que desean seguir ? Es forzoso que el hombre se acostumbre desde niño á llevar el yugo de la virtud, si no quiere que se le haga con el tiempo intolerable. Conviene que se ejercite en la escuela de la virtud en humillar sus pasiones, pues voluntariamente jamas lo hará; mucho

(1) *Difficile est virtutem revereri, qui semper secunda fortuna sit usus* : decia Ciceron á Herennio.

rosos cuidados, y que no se desmienta jamas vuestro aprovechamiento.

Os lo digo esto, no porque crea que necesitais de tales consejos, sino porque quiero que quede mas satisfecho mi amor y mi confianza.

Ahora bien: como debemos hacer el viage á Londres, no á pie, sino en coche, ya que teneis medios para ello, será mejor que os proveais de un coche cómodo aquí en Douvres, que no que estemos atenidos á los de las postas, que suelen ser siempre malos y expuestos á mil engorros. Altano os es fiel; pero no siendo práctico en los caminos y posadas, podeis dar á Taydor el encargo de los gastos.

Trataban de esto al tiempo que Altano entraba diciendo á Eusebio: si ☉ quisiere comprar caballos para el viage, acaban de llegar cuatro al meson, que no hay mas que pedir. Son de un coronel que viene á embarcarse para la América. Eusebio pide consejo á Hardyl: éste le dice, que le parecia buena la ocasion, y que seria bien se aprovechase de ella. Dicho esto, van á ver los caballos. Eran todos cuatro overos, rabones y fuertes, sin discrepar de un pelo. Eusebio los ve, le parecen bien, y no hay precio que le parezca excesivo en su estimacion.

Era el camarero del coronel el que tenia el encargo de venderlos. Éste midiendo á Eusebio de arriba abajo de una mirada, conoce que es tordo nuevo que tenia el pico por embeber,

y comienza á cebarle las ganas con mil adulaciones. Teniéndolo á tiro, le pide otro tanto precio del que valian. Hardyl estaba presente, pero callaba, esperando que Eusebio le pidiese su parecer. Eusebio enagenado de la complacencia de verse dueño de cuatro caballos que le parecian dados de barato por aquel precio, despues de haberlos palpado y acariciado á su satisfaccion, dijo al camarero que lo siguiese, sin decir nada á Hardyl, determinado á darle el precio que le pidió. No dudando Hardyl que quisiese entregar el dinero sin regatear la compra, iba buscando medios para impedirla, antes que Eusebio echase mano del bolsillo. No halló otro mejor, que preguntar al camarero, si su amo tenia tambien coche y si queria deshacerse de él. No sé, Señor, le responde; pero si quereis, iré á informarme si lo quiere tambien vender: id, pues, le dice Hardyl, esperaremos en nuestro cuarto la respuesta.

Partido el camarero, Hardyl que habia conseguido su intento, pregunta á Eusebio, si habia resuelto dar el precio que le habian pedido por los caballos: voy á contarlo, le responde Eusebio: me agradan sobre manera. Al primer vuelo vais á dar en el lazo, le dijo Hardyl. Como asi, le replica Eusebio: ¿no habeis oido lo que dijo, que no los diera el coronel por ese precio si no se viese precisado á embarcarse para la América? Lo oí, Eusebio, lo oí: ese es

el cebo que os han puesto ; pero sabed que los caballos no valen la mitad : si quereis salir de ese engaño dejádmelos ajustar á mí. Hacedlo, no tengo dificultad, respondió Eusebio.

Tocan á la puerta : era cabalmente el mismo coronel que venia á verse con ellos para tratar de la venta del coche y de los caballos. Pide por ellos el mismo precio que les habia pedido su camarero, prevenido de él sobre ello; y por el coche un precio harto moderado. Hardyl encargado ya del contrato, le dice haber tenido ocasion de comprar caballos en Inglaterra, y mejores que los suyos, por precio muy inferior ; haciéndole ver tambien, que no tenian necesidad de cargar con tal compra, pudiendo servirse sin tantos embarazos de los caballos de las postas ; y asi le rogó no llevase á mal si le ofrecia la mitad del precio que le pedia, pareciéndole ser el justo, y que á ambas partes podia cuadrar muy bien.

El coronel que lisonjeado de su camarero no esperaba tal rebaja, pensó hacerles la forzosa tomando la puerta. Eusebio viendo desaparecer el coronel, se deja vencer de la pesadumbre, y se arrepiente de haber encargado á Hardyl el contrato ; y aunque nada le decia, su mismo silencio descubria su tristeza. Hardyl se la conoce, y tomando motivo de ella para hacerle volver sobre sí, sin valerse de los consejos que entonces fueran inútiles é importunos, echa la

cosa á bulla diciendo : apostaria, Eusebio, que valen mas esos caballos, que la hermosa trenza de pelo de Leocadia. ¿Qué la trenza de Leocadia? pregunta Eusebio, tocado en lo vivo con un dicho tan impensado.

Sí, que la trenza de Leocadia, replica Hardyl; porque demos el caso que sobreviniese á Leocadia una enfermedad que le hiciese perder (como acontece muchas veces) su hermoso pelo; ¿vuestro sentimiento fuera por ventura entonces tan grande, cuanto el que teneis ahora por no haber comprado con tanto desacierto esos caballos? Eusebio no sabe que responderle : Hardyl continua : ved cuan presto os dejaste enagenar de vuestros vanos deseos. Creeis que la moderacion sea una cosa imaginaria, y solo aplicable á los ejercicios de la niñez.

El mundo os pondrá á cada paso en mil lances semejantes, y si no estàis sobre vos, os dará mil motivos de arrepentimiento. Bueno es que no pongamos sobrada aficion en el dinero; pero no por eso se debe despreciar. Si hoy soys rico, mañana os podeis ver pobre : entre la profusion y la avaricia, encamina la moderacion al sabio, y si alguna vez debe ser sobrado liberal, se vale de la mano de la compasion y de la misericordia para socorrer al desdichado.

Para que tales consejos fuesen mas provechosos á Eusebio, y sacase mayor desengaño de su

desacertada facilidad, vino muy á propósito la vuelta del coronel, ofreciéndoles coche y caballos por la tercera parte menos del precio que les habia pedido. Pero hallando firme á Hardyl en su rebaja, hubo de convenirse con ella y rematar la venta: Bien que les suplicó, que si habian de servirse de cocheros, tomasen los que él habia traido consigo, y que le habian servido fielmente, pues sentiria haberlos de dejar en la calle. Hardyl le dijo, que no tendria dificultad puesto que fuesen hombres fieles. Asegurándoselo el coronel, despues de haber recibido de ellos protestas de fidelidad, los admitió para que sirviesen á Eusebio.

Éste, que no hubiera cabido en sí mismo de contento si hubiese comprado los caballos por el primer precio, al verse dueño de ellos y del coche por la mitad menos, sentia contenida su complacencia del desengaño y de las reflexiones de Hardyl; sirviéndole al mismo tiempo de recuerdo y de moderacion, para contener su vana jovialidad en adelante. Los hechos confirmaban solo los consejos de palabra. Entregado pues el dinero al Coronel, y recibido el albalá de pago, dispusieron las cosas necesarias para su ida á Londres. El coche era cómodo; los caballos lozanos, fuertes, andadores y briosos. Eusebio al verse tirado de ellos y caminar con tal tren, no podia impedir que no le acometiesen algunos asomos de vanidad, aunque

se esforzaba en sacudirlos cuando lo advertia.

Antes de salir de Douvres, Hardyl sin decir nada á Eusebio compró las epístolas de Séneca; y apenas hubieron salido de la ciudad, saca el librito de la faltriquera y se pone á leerlo, permitiéndolo el camino llano y buen movimiento del coche. Eusebio curioso le dice: ¿que libretin es ese? jamas lo he visto. ¿Pues que pensais, le dice Hardyl, que solo atiendo á compras de caballos? A buen seguro que no dé yo por ellos este librito viejo como lo veis y roido de la polilla. ¿Pues que es? le dice Eusebio, alargando la mano, ¿que es? dejádmelo ver.

Hardyl que se lo queria hacer desear, retrayendo la suya, le dice: dejádme acabar esta epistola y os lo daré luego. Eusebio espera: recibiendo luego el libro que Hardyl le daba cerrado, ábrelo con ansia, ve lo que era y exclama con júbilo inocente: ¡Oh! Séneca,Séneca! ¡cuántas ganas tenia yo de leerlo! — Ahí lo teneis pues: hay paja, no hay duda; pero ella esconde mas granos de oro que lo que muchos piensan. Leedlo con reflexion, y con el tiempo me dareis mas gracias por él que por los caballos.

Podia Hardyl decir claramente á Eusebio, que habia comprado aquel libro para que le conservase sus buenos sentimientos, como lo hubiera podido hacer en tiempo de su primera

mocedad; pero tenia sobrada prudencia y discrecion para no usar del mismo modo con un jóven, que, aunque dócil y bien inclinado, conocia muy bien no ser ya discípulo ni dependiente, sino dueño de sí mismo y de sus acciones; y por lo mismo mas delicado de manejar en las circunstancias en que se hallaba; en las cuales, todos los objetos halagaban y encendian sus pasiones con la novedad, contra la cual de nada aprovecha el consejo, si echa de ver un jóven que procede de un pedante magisterio.

De mejor modo, ni á tiempo mas oportuno, no pudo Hardyl ponerle en las manos un freno mas suave contra los alicientes de las pasiones, ni mas blando y eficaz remedio contra la desgracia que les habia de suceder: Eusebio se empeñaba en la lectura de las epístolas de Séneca, embebiendo insensiblemente sus maximas. Pero á pesar de todos los buenos y fuertes sentimientos que le avivaba la lectura, sentia acometido su corazon de los asomos de la vanidad, especialmente cuando entraba y salia por las villas y ciudades por donde pasaban.

Llegaron á ser tan vivas aquellas impresiones vanas, que al salir de Cantorberi no pudo dejar de decir á Hardyl: no sé lo que es, que luego que entro ó salgo en coche por los lugares poblados y de concurso, parece que me lleno de un aire de engreimiento que no puedo

contener aunque me esfuerzo en sacudirlo; y esta interior jactancia, pues no acierto á darle otro nombre, parece que se aumenta al paso que es mayor el número de gente que me mira. ¿Que os mira? preguntó Hardyl. A la verdad, la vista agena es el alma de nuestra presuncion: ninguno presume de sí á solas: nada extraño esa jactancia, como decis muy bien, pues no es otra la causa de esa vana complacencia que sentis. ¿Creeis acaso, Eusebio, que os mire ir en coche con tanta admiracion la gente, con cuanta visteis que atendia en la plaza de Douvres al que hacia los juegos de manos? Pero el hombre, ¿de que no se ensoberbece? Nada menos desvanecido anda el villano con su sayo nuevo, gallardeándose sobre un avispado jumento, que un Lord galoneado sobre un ardiente potro enjaezado de oro. ¡Mísera huminidad! Cuando lleguemos á Londres, podreis cotejar vuestro coche y caballos con los de aquellos Señores, y entonces tendreis motivo para rebajar un poco de vuestra presuncion, pues es esta el orígen del mal, como os dije.

Sin que lo echeis de ver, os imaginais que los que os ven os tendrán en algo viéndoos en coche, porque os creerán rico y noble. ¿No os parece que es este un lindo motivo para ensoberbecerse y presumir el hombre de sí? como si á la gente se le diera mucho que un tal de tal vaya en pies agenos. Pero tal es la

bido del que llamaba al descarreado novillo, eran objetos hechiceros para el alma de Eusebio, el cual con aquel acto de vencimiento de su vanidad, percibia mas dulce satisfaccion con tan alegre vista; disfrutándola mejor á pie que encarcelado en el coche; proponiendo continuar aquel ejercicio, ya no tanto por sacudir los sentimientos de presuncion, cuanto por percibir de nuevo aquella pura complacencia.

Hardyl mucho mas alborazado que Eusebio, no solo porque gustaba de caminar á pie, sino tambien por ver puesta en práctica su resolucion, le decia: si encontrásemos ahora algunos de esos Señores que creen ser algo en la tierra, porque pueden alimentar animales que les ahorren el caminar á pie, echarian sobre nosotros, como suelen, una mirada desdeñosa; ó bien si fueran compasivos, ignorando que tenemos coche y caballos á nuestra disposicion, se apiadarian en su interior de nuestro estado infeliz. ¿Mas os parece, Eusebio, que podamos merecer su compacion? A buen seguro, dijo Eusebio, que no prueban ellos el dulce alborozo del alma que yo siento, mil veces preferible á la impresion que hacia en mi pecho el inspirado engreimiento de la vanidad cuando me acometia en el coche.

Dicho esto, alcanzan un viejo pastor que iba tambien á pie, á quien Hardyl y Eusebio

saludaron afectuosamente. Él con la risa en la boca les vuelve el saludo, preguntándoles si eran Cuakeros. Aunque lo parecemos, dijo Hardyl, no lo somos; bien sí venimos de la Pensilvania. ¡Buena gente! exclamó el viejo, ¡buena gente! me acuerdo todavía del orígen de esa secta. Si todas las que fueron naciendo en inglaterra hubieran tenido el mismo espíritu, á buen seguro que no hubiera sido este pais el mas sangriente teatro del furioso fanatismo; porque ¿de que horrores no fuí testigo?

¿Conocisteis, pues, á Jorge Fox? le pregunta Hardyl. No solo lo conocí, dijo el viejo, sino que tambien lo oí predicar, siendo yo muchachuelo, en la plaza de la ciudad de Lancastro. Iba vestido con una media casaca de vaqueta, y la cabeza cubierta de un ruin sombrero que no se quitaba á ninguno. Ví tambien atormentar en Londres á otros Cuakeros sus discípulos perseguidos de Cromwel: y os aseguro que era espectáculo digno de admiracion la paciencia y constancia con que sufrian todo género de injurias y malos tratamientos: aunque despues Cromwel, cuando le pareció que le podia traer cuenta, los favoreció.

¿Tambien conocisteis á Cromwel? preguntó Eusebio. ¡Y cómo si lo conocí! ¿Y os hallabais por ventura en Londres (volvió á preguntarle Eusebio) cuando cortaron la cabeza á

Carlos primero? — Me hallaba entonces en Londres : llevóme en brazos mi madre á la plaza de Witehall, en donde se la cortaron. Mi padre sirvió al Parlamento, bajo el Lord Fairfax, y murió en la batalla de Marston, que decidió de la suerte de ese infeliz Rey. Me hicieron servir despues de grumete en la marina; y halléme en la expedicion en que Venables y Penn se apoderaron de la Jamayca.

Mas á lo que entiendo, dijo Hardyl, esa fué una injusta usurpacion que hizo Cromwel á la España, sin haberle declarado la guerra. Yo no me entiendo de eso, respondió el viejo, ni quise saber mas de marina luego que volvimos á Inglaterra. Mi genio era aficionado al campo : y habiéndoseme proporcionado servir de zagal á un rico labrador en las cercanías de Cantorberi, me asenté á su soldada, y en ese ejercicio me mantengo.

¿Vivis, pues, contento en él? dijo Eusebio. Os diré, respondió el viejo. Cuando estoy entre mis vacas, no me acuerdo que haya otro mundo; y las veces que voy á la ciudad á vender mi esquilmo, á otro no atiendo que á mi ganancia. Sucedíame algunas veces en los principios, cuando pasaba por algunas casas grandes de Londres, pararme á contemplar aquellos magníficos edificios, diciendo á mí mismo : ¡ Ah ! el mundo se hizo para los ricos, y no para los pobres infelices como yo !

Asi andaba yo engañado, quejándome de la fortuna porque no me hizo nacer Lord, como lo hubiera podido hacer; pues de una misma harina se hacen tantas especies de panes: pero un dia despues de haber vendido mis quesos, volviendo á mis vacas, al pasar por la casa del Marques S... me dió la gana de entrar en el patio á contemplar una estatua que desde la calle descubria; cuando oigo de repente un gran alboroto de gritos y lamentos de mugeres y hombres que me asustó: y viendo bajar y subir algunos lacayos consternados, impelido de la curiosidad, me acerco á un lacayo viejo que bajaba la escalera llorando, y le pregunto la causa de su afliccion.

Él me responde, que habian encontrado á su amo muerto, habiéndose cortado él mismo la garganta con una navaja. ¿Cómo? dije yo entonces: el Señor mas rico de Cantorberi se da la muerte, pudiendo satisfacer á todos sus deseos y caprichos, respetado de todo el mundo, en el seno de la grandeza y de todas comodidades? Estas, pues, deben hacer mas sensibles los males, pues jamas oí que ningun labrador ni pastor se quitase la vida. Volvamos á nuestras vacas.

Esto me bastó para tomar cuenta á mis deseos, y para volver mas que de paso á mi alqueria; y tan desengañado, que desde entonces jamas me volvieron las ganas de envidiar la

suerte á ninguno. Pero á lo que veo, ¿vosotros os encaminais á Cottimburg? Allá vamos, dijo Hardyl. Buen viage, pues, dijo el viejo, que yo me voy por esta senda. Eusebio y Hardyl prosiguieron su camino, entreteniéndose sobre el viejo, y sobre las noticias que les habia dado, hasta que llegaron al meson, donde hacia rato que Altano y Taydor los estaban esperando.

De allí pasaron á Rochester, bajando de la misma manera, media legua antes de llegar á la ciudad, dando Eusebio á los cocheros el nombre del meson á donde habian de parar, llevándolo escrito en un libro de memoria. Hicieron lo mismo antes de llegar á Darfort; complaciéndose Eusebio de hacer aquellos cortos tramos á pie, antes de llegar á las ciudades. Su alma comenzaba á revestirse de los nobles y superiores sentimientos, que le infundia el desprecio con que miraba su pasada vanidad, especialmente cuando entraba á pie en las ciudades; contribuyendo para ello las reflexiones y máximas de Hardyl, como tambien la lectura de Séneca, solos confortativos que le habian de quedar en la desgracia que comenzaron á probar luego que llegaron á Darfort.

Entraron en ella mas cansados que los otros dias en las otras ciudades; porque los cocheros, maquinando de antemano lo que ejecutaron, en vez de pararse media legua antes de llegar á las ciudades, segun el órden que tenian, lo

hicieron mucho tiempo antes de llegar á Darfort, para poder ejecutar mas á su salvo la traicion que habian maquinado, como lo hicieron. Hardyl y Eusebio llegados á la posada, y no viendo comparecer Altano ni Taydor, ni menos el coche, preguntan por ellos al mesonero; y oyendo que no habian visto tal coche ni criados, enviaron á preguntar por ellos á los otros mesones de la ciudad, por si acaso hubiesen ido á parar á alguno de ellos. ¿ Cómo podian sospechar ninguna traicion de los cocheros, yendo con ellos Altano y Taydor? Pero la vuelta del mensagero, y la respuesta que traia, de no haber llegado tal coche á ninguno de los mesones de la ciudad, comenzo á dispertar en sus pechos algunos temores, principalmente en Eusebio, por mas que los acallase la confianza que ponia en sus criados.

Pregunta con todo al pensativo Hardyl, ¿ qué era lo que debian hacer en tal lance? Hardyl, vuelto de su enagenamiento, le dice: ¿ cuánto dinero os queda en la faltriquera? — No sé, ahora lo veré; echa mano al bolsillo, y cuenta hasta veinte guineas. Entonces Hardyl le dice, que mientras disponian la comida, esperase en el cuarto, entre tanto que iba él á informarse por sí en les mesones, no fiándose de la respuesta del mensagero.

Eusebio cansado del largo camino, quedando solo y triste en el cuarto, acudió á la lectura

de Séneca, contribuyendo las sospechas de la desgracia, para que hiciesen mayor impresion en su ánimo las máximas de constancia en los trabajos. Metido en la lectura lo halló Hardyl de vuelta, y sin mostrarle alteracion en su tono y semblante, confirmó la respuesta del mensagero, que el coche no habia comparecido en ningun meson, lo que causó notable mudanza en el rostro de Eusebio. Advirtiéndola Hardyl, continuó á decirle: esto con todo no nos ha de quitar las ganas de comer, pues os aseguro que tengo valiente hambre; vamos á ello, Eusebio.

El criado del meson, que traia la comida, les dice: ahí hay un caballero que llegó poco tiempo antes que V.s, y dice que encontró un coche vacío, con cuatro caballos, media legua antes de llegar á Darfort, que iba camino de Londres. Sin duda, pues, dijo Hardyl á Eusebio, que no entendieron bien el órden los cocheros, comamos: y vos entretanto, amigo, dijo al camarero, haced venir luego una silla de posta con buenos caballos, pues importa que vamos pronto. Aunque Eusebio se sosegó algo con esta noticia, sentia rebelársele interiormente la tristeza, contra las máximas de la constancia en las desgracias que la lectura de Séneca y la presencia de Hardyl le fomentaban. Éste, que conocia al mundo, aunque tenia casi por cierto el mal alzado de los cocheros, se

esmeraba en disimular sus temores con dichos festivos para disipar la tristeza de Eusebio, sin olvidar el remediar el caso, si se podia, como lo hizo desde luego haciendo venir la silla de posta.

Estando ésta pronta, luego que acabaron de comer, montan en ella. Hardyl hace avivar el paso al postillon, esperando alcanzar el coche antes de llegar á Londres; pero descubriendo ya la ciudad, sin haber podido tener noticia de él á cuantos preguntaban, perdió enteramente las pocas esperanzas que le quedaban. Conservando con todo la misma presencia de ánimo, dijo á Eusebio: á buen seguro que entremos en Londres sin ningun residuo de vanidad: eso os lo aseguro yo tambien, ¿mas á donde se habrán ido esos cocheros? paréceme imposible que hayan podido hacer tanto camino de una tirada, desde Rochester hasta Londres, sin rebentar los caballos.

Allá lo veremos, dijo Hardyl. Lo malo es, que no sabemos á que meson han ido á parar: — eso lo podremos saber presto en llegando á la ciudad. — ¿Presto decis? vais á ver que laberinto es Londres. Entraban en ella: y aunque la magnificencia de sus edificios, y principalmente la del puente de Westminster, y el numeroso concurso de la gente divagaban un poco las tristes sospechas de Eusebio, se dejó apoderar de ellas luego que llegó al meson no

viendo ni su coche ni sus criados, ni habiendo parecido en él. Hardyl necesitando tambien entonces de ponerse sobre sí, y de acudir á las reflexiones de moderacion sin perderse de ánimo, hízose dar la nota de los principales mesones de Londres; pero siendo muchos, y queriéndolos recorrer todos en aquel mismo dia, se hubo de valer de la posta para ello.

Van, pues, de meson en meson, teniendo la advertencia de dejar en cada uno las señas del coche, caballos y criados. Recorridos todos, volvieron entrada ya la noche al primero en donde pararon, sin saber que hacerse, ni que consejo tomar. Eusebio comenzó entonces á sentir los funestos efectos de tal desgracia. Hardyl, que ya no dudaba de ella, iba pensando en los expedientes que podia tomar para remediarla, no sufriendo dilacion. Túvolo esto desvelado casi toda la noche, en que resolvió delatar el caso á la justicia, como lo hizo el dia siguiente, yendo en compañía de Eusebio á dar parte del accidente al juez de paz. Vueltos á la posada, Hardyl que conocia mas que Eusebio la desgraciada situacion en que se hallaban, le habló de esta manera:

Para poder hallar mas eficaz remedio, y alivio á los males que se temen, conviene, Eusebio, suponerlos cumplidos. Demos pues el caso, que los cocheros, siendo hombres malvados, con deseos de robarnos el coche, caballos y di-

nero, hayan tomado otro camino, llevando á Altano y á Taydor á parage seguro, donde los hayan podido matar impunemente para robarlos...Mas ¿qué haremos, dijo entonces el afligido Eusebio, sin dinero, y sin cédulas de cambio, que todo va en los baules? cómo que haremos; ¿pues que os olvidais, por ventura, que la educacion que tuvisteis habia de servir para sobreponer vuestro ánimo á cualquiera desgracia que con el tiempo os pudiera acometer? vednos puestos en el lance.

Yo no digo que el caso sea desesperado; mas suponiéndolo tal, ¿no nos daria ocasion para que tocasémos con la mano la utilidad de la educacion que recibisteis? Bien veo que cuesta mucho aplicar las buenas máximas á los siniestros accidentes: las pasiones se exasperan á la vista de la adversidad, que las humilla y amenaza. La virtud misma se altera, viendo el duro ceño de la desventura: mas el ánimo, que se armó de fuertes sentimientos, ¿deberá por eso desfallecer? ¿Creeis que el llanto, la tristeza, el abatimiento y la desesperacion os volverán el coche, caballos y baules, si se perdieron?

Ved, Eusebio, cuanto conviene llevar siempre frescos en la memoria los consejos de Epicteto, sobre la necesidad que tiene el hombre de tener siempre en freno sus deseos, y de apartar su aficion de las cosas de la tierra, que hoy disfruta y mañana puede perder; para no depen-

der de ellas, ni colocar la dicha en bienes tan inciertos y perecederos, que sin hacer dichosos á los hombres, que con aficion los poseen, los pueden hacer, si los pierden, sumamente desdichados.

Esto lo sabeis, y me atrevo á decir que estais persuadido de ello. ¿No me atreveré pues á esperar, que volviendo sobre vos mismo, no os sobrepongais al sentimiento de esa pérdida, en caso que la hayais hecho? De combate necesita la fortaleza para ejercitarse. La virtud sin prueba, se reduce á solo especulacion, que poco ó nada cuesta : los hechos solos la caracterizan. No quiero pretender que no sintais tal pérdida; hombres somos, y ninguna flaqueza nos debe parecer agena de la humanidad. El corazon mas esforzado se asusta de cualquier improviso y violento ademan : pero recobrando luego su valor y entereza, hace frente á mil muertes, si cara á cara lo embisten.

Ved aquí el caso de la virtud : la suerte pretende amedrentarla y abatirla, armando la mano de la desgracia con el trabajo, con la ignominia, con la necesidad que la estan amenazando : ¿qué mucho que se amedrente y conmueva á primera vista de su impensado y repentino acometimiento? Pero reflexionando luego sobre sí misma, recobra su entereza, se arma de sus buenos sentimientos, y del escudo de la sabiduría, la cual le hace ver que aquellos bie-

nes que pierde eran cosa prestada de la fortuna, no suya, pues no estaba en su arbitrio el dejarlas de perder.

Esta reflexion engendra en el ánimo la indiferencia, que nace de la conformidad; y ambas á dos fomentan en el corazon el desprecio de la cosa perdida; de donde procede insensiblemente la complacencia de la virtud, cuando advierte que puede y sabe pasar sin tales cosas, las cuales son solo cargas apetecibles en apariencia á la ambicion y á la vanidad, é indiferentes para la sublime y noble libertad de los sentimientos del alma.

Y si no, decidme: ¿nos son absolutamente necesarios el coche y caballos para caminar? el dinero, y cédulas de cambio para vivir? ¿No nos sabremos servir sin los brazos de Altano y de Taydor? no llevamos nuestra hacienda en las manos? el oficio de cestero, que nos daba en Filadelfia una honrada susistencia, no nos la dará mejor aquí en Londres? y preguntareis ahora afligido, ¿qué deberemos hacer en tales circunstancias, como si el mundo se hubiera acabado para nosotros? pecho á la desgracia, y manos al remedio. Ved á quien iban dirigidas las cédulas de cambio.

Eusebio, que llevaba escritos los nombres de los mercaderes á quienes iban dirigidas, en el libro de memoria, lo saca y ve que eran Daniel Black, y Oliver Horrison. Este paso, dijo enton-

ces Hardyl, es necesario : vamos á vernos con esos mercaderes para prevenirles de la pérdida de las cédulas, y con esta ocasion tentaremos si nos quieren adelantar algun dinero : cuando no, los juncos serán nuestra libranza.

Van, pues, á verse con los dichos mercaderes, y aunque estos se les mostraron muy atentos, y compasivos por tal pérdida, la respuesta que dieron fué encogerse de hombros á la peticion del dinero adelantado. Hardyl esperaba esta respuesta; pero quiso hacer la peticion, para que Eusebio viese mejor el desengaño, y para que no sintiese tanto la necesidad en que se hallaban de volver al oficio de cestero; solo refugio que les quedaba en tales fatales circunstancias; porque ¿á quien apelar y acudir, desconocidos de todo el mundo? ¿Qué empleo tomar para vivir? ¿Ni en que ejercicio ocuparse, sino era el de la mendicidad?

En esto insistia Hardyl de vuelta al meson; y llegado á él, hace contar otra vez á Eusebio el dinero que le quedaba. Viendo que eran once guineas, le dice : no hay pues, Eusebio, para que perder tiempo, ni nos queda mas que hacer, que llevar la virtud por el camino de la necesidad. Veis, que es cosa muy incierta el que se encuentre el coche; y aunque lo halle la justicia, á quien dimos parte, Dios sabe cuanto tiempo podrá pasar, antes que se nos restituya. Entre tanto si gastamos el dinero galanamente aquí en

el meson, dentro de dos dias nos hallaremos sin un schelin.

Mi parecer es, pues, que nos acojamos á una pobre habitacion, donde podamos proporcionar el gasto á las circunstancias. Con parte del dinero que nos queda, proveámonos de instrumentos y materiales para poner tienda, en donde podamos ganar con nuestro oficio el sustento, sin ninguna servil dependencia, hasta que se mude la fortuna. No hay otro remedio, lo veo : conviene acomodarnos á las circunstancias. Hagámoslo, pues, con esfuerzo y sin abatimiento, dijo Hardyl, y llamando al criado del meson, le paga todo lo que le pidió por el alojamiento.

Luego le pregunta, si por allí cerca habria algun aposento que alquilar; pues no podian llevar el gasto del meson. Sí lo hay, dijo sonriéndose con fisga el criado : aqui cerca encontrareis una pobre viuda que alquila camas á pordioseros. Nos hariais un singular favor, dijo Hardyl, si quisieseis enseñarnos esa casa. Quien tiene lengua á Roma va, le respondió con desden el criado; ¿creeis que me hallo tan desocupado que haga tambien de criado á mendigos? no está malo eso : y habiendo cobrado ya su dinero, les vuelve la espalda y desaparece.

¡Oh Eusebio! tus oidos acostumbrados al alhajo de los títulos honoríficos que te daban en los otros mesones, y tus ojos á los profundos y

respetosos saludos, ¿cómo llevan ahora la desdeñosa petulancia del que ni aun se digna de ejercitar contigo un acto de humanidad? ¡Cuán liviana es la pompa, y cuán mentirosa! Mira la adulacion, comienza á conocer al hombre en ese insolente criado que te da motivo para conocerlo. Aprende á no engreirte en mejor estado de las aparentes demostraciones, y á desconfiar de la adulacion, hija del sórdido interes, y de la codicia que á todo se presta.

Hardyl sin alterarse por la respuesta del criado, antes bien haciendo del que no habia reparado en ella, se vuelve á Eusebio, y le dice: á buena cuenta no tenemos fardo que llevar acuestas; vamos, pues, á buscar esa casa. Eusebio vuelto en sí del abatimiento en que lo dejó la respuesta del doméstico, sigue á Hardyl que habia tomado la escalera, y al salir del meson le dice: valiente desengaño nos ha dado ese hombre. Ayer nos trataba con respeto, y hoy nos echa con desden en el rostro nuestra miseria, y nos envia enhoramala. — Pues, ¿qué esperais otro en el mundo? respondió Hardyl, solo el dinero es el bien venido, y el acatado en la tierra.

¿Os hubierais imaginado jamas, Eusebio, en medio de las ansias que padeciais de comprar los caballos y el coche, y del gozo de haberlos comprado, que pudierais recibir dentro de tres dias una leccion tan acerba? tales son aquellas

que da el mundo, nosotros que lo estudiamos, debemos sacar de ellas provecho, y no resentimiento, como les sucede á la mayor parte de los hombres, que, irritados de respuestas semejantes, solo sacan de ellas desazones y pesadumbres.

Sin insistir mas Hardyl sobre esto iba, de puerta en puerta, y de tienda en tienda, preguntando por la casa de la viuda, que les habia dicho el criado del meson: y no sabiendo ninguno de cuantos preguntaba darle razon, echó de ver que el criado los habia querido engañar. No importa, Eusebio, no importa, le decia, paciencia y esfuerzo, que esto es el mundo: conocedlo, y aprended á estimar mas la virtud, pues esta sola lo hace todo llevadero, supliendo á todo lo demas que falta al hombre, ó que le quita la desgracia. Continuaba asi á caminar de calle en calle, y de puerta en puerta, informándose Hardyl si habia algun cuarto desalquilado, sudando Eusebio de congojosa vergüenza; hasta que viendo Hardyl una casilla baja, con encerados rotos en las ventanas, dijo á Eusebio: me parece, si no me engaño, que hallaremos aquí aposento, veámoslo. Aunque la ruin puerta estaba medio abierta, tocó á ella con la mano por faltarle aldaba; y oyendo que respondian de dentro, entraron.

Sale á la puerta de la cocina, que estaba al mismo piso, una muger anciana, armada de

su rueca, y les pregunta: ¿qué querian? Hardyl la dice, que iba en busca de un cuarto por alquilar, y que si lo tenia, y se lo queria dar, á mas del debido agradecimiento, le pagarian el alquiler adelantado. Eso se entiende, dijo ella: cuarto lo hay, y no lo hay; esto es, tenemos un aposento vacío, pero dependiente del que habitamos mi marido y yo; debiendo servir de paso para este. Pero hay otras dos dificultades: la una que no tengo cama que daros, y la otra, que no sé si mi marido tendrá á bien el alquilarlo.

En cuanto á la cama, dijo Hardyl, se puede remediar; y la voluntad de vuestro marido la podremos saber de él mismo: ¿está en casa por ventura? Poco puede tardar á venir: si os quereis sentar entre tanto, aquí teneis sillas, eran cabalmente dos la que habia, y esas no enteras: siéntanse con tiento; luego Hardyl pregunta á la vieja ¿qué oficio tenia su marido? Esta, habiéndose sentado tambien en un poyo cerca del hogar, le responde que era zapatero remendon; pero que ya por su edad no estaba para ello, y que se veria necesitado dentro de poco á pedir limosna, y á morir en el seno de la miseria, siendo así que nació noble, y en medio de la riqueza.

Eusebio, que extendia los ojos por las desnudas y negras paredes de aquella cocina, y por los rotos cachivaches que yacian en los

rincones, oyendo decir á la vieja que su marido habia nacido rico y noble, volvió hácia ella toda su atencion, como buscando compañeros en su desgracia. Hardyl maravillado tambien de lo que acababa de decir la vieja, le pregunta la causa de la mudanza de estado de su marido; y al tiempo que iba á darle razon, se ven comparecer un viejo, parándose en la puerta, como sorprendido de ver allí á Eusebio y Hardyl.

Estos, atentos y prendados del aspecto venerable de aquel anciano, levantáronse de las sillas para saludarlo. Su muger le dice entonces, que aquellos hombres pedian un cuarto por alquilar, y que les habia dicho las circunstancias del que tenian vacío; y que lo esperaban para saber su voluntad. La mia es, dijo el buen viejo, de favorecer á quien puedo; y puesto que la suerte me proporciona en mi miseria esta ocasion de hacerlo, la abrazo de buena gana; mucho mas diciéndome vuestro trage lo que soys: Cuakeros, ¿no es verdad? Llevamos el trage, dijo Hardyl, mas no lo somos.— No importa, tened por vuestro el cuarto que hay en casa, si os contentais con él, pero será necesario proveer de cama.

¿Qué es, pues, lo que os debemos dar por el alquiler? dijo Hardyl, —Nada, hijos, nada: pues de cualquier manera pago el alquiler; si me faltase esta posibilidad, contaré entonces

á su partido para hacerle guerra y quitarle la corona.

Habiendo desembarcado á este fin en el Condado de Dorset, comenzó á juntársele tanta gente que, cuando entró en la ciudad de Bridgewater, contaba ya seis mil hombres, con los cuales hubiera podido desbaratar al lord Abermale, que le presentó la batalla : pero la obstinacion del lord Gray, que seguia su bando, y que rehusó darla, dió tiempo al ejército realista para engrosarse, de modo que cuando vinieron á las manos, fué vencido el duque de Montmout; y hecho prisionero, pagó su temeridad con la cabeza, que le cortaron en la plaza de Londres.

Irritado el Rey contra todos los que habian seguido el bando del Duque; mandó á Jeferies y á Kirke persiguiesen de muerte á los rebeldes, sin perdonar á ninguno, para hacer sentir á todos el furor de su venganza. Lo primero que hizo el coronel Kirke, luego que entró en Bridgewater, fué mandar ahorcar veinte y seis nobles de la ciudad, sin hacer proceso á ninguno, y pareciéndole esta poca crueldad, hizo traer bien maniatados delante de su habitacion ciento y cincuenta ciudadanos, contra quienes hizo embestir sus soldados con arma blanca, mirándolo él desde la ventana, sin que pudiesen conmoverlo los gritos y lamentos de aque-

llos infelices que veian cortados á pedazos sus cuerpos antes de recibir herida mortal.

¡Ah! pasemos por encima de otras horribles crueldades que mandó ejecutar ese cruel tigre, para venir á la que obró conmigo y con mi familia, ¡Cielos! dadme esfuerzo para acabarla.

Un hijo y una hija eran los solos frutos que concedió Dios á mi feliz casamiento; púes pude llamarlo feliz hasta la venida de ese feroz Kirke. Mi hijo habia cumplido los veinte años, y mi hija tocaba con los diez y seis de su edad. Todas las alabanzas que pudiera darles parecerian exageraciones del amor de padre; dejaré, pues, de encarecerlos para no disminuir cosa alguna del sumo y extraordinario cariño que se profesaban los dos hermanos: pues no creo que haya habido jamas otros que se hayan amado tanto, como lo echareis de ver por mi narracion. Antes de darse la infeliz batalla, luego que el duque de Montmout entró en la ciudad, temiendo yo que Guillermo mi hijo tomase las armas para seguir el partido del Duque, se lo prohibí, á instancias de lady Lisle, tia suya, que me disuadió seguir el bando de un jóven temerario é inconsiderado, cual era Montmout. Pero mi hijo Guillermo, atraido de la pompa y festejo con que fué recibido el Duque en Bridgewater, y mucho mas de sus promesas, quiso seguirlo, ocultándonos á todos su determinacion, y dejándonos sumergidos en

llanto luego que lo supimos ; especialmente á Elena su hermana, que estuvo á pique de morir de dolor, cuando nos llegó la nueva de la pérdida de la batalla, temiendo que Guillermo hubiese perecido.

Pero volviendo ella en sí á su inesperada vista, pudiendo escapar sano de la batalla, nos vimos precisados á esconderlo en casa de su tia lady Lisle ; porque siendo muger de un Lord, creimos que su casa se eximiria de la pesquisa de los realistas. ¡ Ah ! no fué asi ; no fué asi. Kirke llegó á saberlo, y no soló sacó preso á mi hijo de la casa de su tia, sino que tambien mandó arrestar á la misma Lady, y hacerle el proceso por haber dado asilo á un rebelde.

Aunque ella defendió su inocencia, y los jueces decidieron en su favor, nada valió para quien no queria perdonarla. Kirke, á instigacion del cruel Jeferies, resolvió condenarla á muerte, como lo ejecutó juntamente con mi hijo Guillermo. No pude resistir al dolor de tal nueva : en la silla donde estaba quedé sin sentidos, presente mi muger, que no podia socorrerme sino con gritos y lamentos, á los cuales acudieron los criados ; me llevaron á la cama, creyendo que hubiese fallecido, pues no daba ninguna señal de vida. Elena, la infeliz y deplorable hija mia, llegando á saber la causa del mortal dolor de sus padres, que era la pronunciada sentencia de muerte contra su

hermano y tia, despues de haber padecido los violentos efectos del dolor acerbo de tal noticia, siente avivársele una fuerte esperanza de obtener de Kirke el perdon de su amado hermano, si intercedia por él.

No pudiendo resistir su inocencia á los impulsos del atrevimiento que le daba su afecto, vino á mi cama á pedirme licencia para ejecutarlo, despues que la obtuvo de su enagenada madre. Pero el mismo estado en que me vió privado de sentidos, encendió mas en ella las ansias de ir á presentarse al inhumano Kirke para implorar la gracia. Vístese de luto despeinada como estaba, y haciéndose acompañar de una criada, se encamina con intrépido dolor á la casa de Kirke; y arrojándose á sus pies, dícele ser ella la hermana de Guillermo Bridway, y la sobrina de lady Lisle. Los sollozos no la dejaron proseguir.

Kirke, recibiendo con risa su doliente y humilde postura, le dice: y bien; ¿qué quereis, hija mia? Ella creyendo que el llamarla hija era efecto de la compasion, sintióse confortada, y continuó á decirle: ¡oh Señor! cuando el nombre de hermana y de sobrina de esos infelices, no os declarára bastante mis ardientes y respetosos deseos, mi dolor, mi sumo dolor, sobrado os lo manifestára. No vengo triste, é infeliz suplicante, á desarmar en favor de esos reos la justicia; solo sí á implorar vuestra

piedad, para que se suspenda hásta que la confirme el Soberano.

La oia y miraba Kirke con risa silenciosa, continuando ella á decir; conceded, os ruego, por lo que mas amais en este mundo, el tiempo necesario á mis infelices padres enagenados del dolor, para que puedan implorar la clemencia del monarca en favor de un hijo, á quien antes el ardor de una edad inconsiderada, que la voluntad de rebelarse, impelió á un exceso, que aunque digno de castigo, realzará por lo mismo la clemencia del ofendido Soberano.

Kirke, que en vez de dar atencion á la súplica de Elena, devoraba con los ojos sus gracias y su hermosura, comenzó á concebir en su infame pecho deseos de gozarla, bien ageno de rendirse á la piedad, que no conocia. Para esto, luego que acabó de decir Elena, mostróle una floja resolucion de ejecutar la sentencia de muerte, para hacerse mas de rogar; tomando cruel complacencia de las instancias en que Elena persistia, con tánto mayor ahinco, cuanto era mayor la flojedad que Kirke manifestaba en la sentencia, sonriéndose, paseando el cuarto, y teniéndola á ella de rodillas con los brazos levantados en acto de implorarlo.

Pero de repente acercándose á ella, le dice: esa postura, hija mia, no conviene á tan grande hermosura: sentaos aquí, y trataremos con mayor comodidad ese negocio, que á la verdad

es muy delicado; mas, ¿qué no consigue en este mundo una hermosa? todo, sí, todo. Vamos, deja de llorar, que el amor no gusta de visages; dadme acá esa manita digna de un cetro.

Elena que, á pesar de su inocencia, echaba de ver que aquel modo truanesco é indecoroso, no decia bien con la seriedad que requeria su súplica, retrayendo su mano de la de Kirke, pónese otra vez de rodillas diciendo: ¿me concedeis, pues, la gracia? ¡Qué agradecimiento pudiera igualar al mio! ¡qué no diera por salvarlo!

¿Veamos, pues, dice Kirke, que darias? pero levántate y toma asiento, que el amor que concibo por tu hermosura, no sufre esos humildes acatamientos. Dime, pues, ahora, ¿qué darias por salvar la vida á ese tu hermano? Si no bastáran los bienes de mi padre, responde ella, resuelta estoy á ofrecer mi vida por la suya: no me fuera sensible la muerte, si por salvarle la vida la padeciera.

Aquí Kirke da una carcajada, y luego dice: ve cuan bobilla eres; querer morir por otro, aunque sea hermano, es lo sumo de la necedad, pues es principio de rematada locura: de locura; no hay duda. ¿En tan poco tienes ese delicado corte de rostro? ¿Esos dulces y vivos ojos, que forman tan hechicero contraste, siendo negros, con ese cabello rubio, que te

hace parecer mas blanca y delicada, que la cuajada servida en plato de oro?

Coteja todo esto con el feo espectáculo que darias á la gente, si te mandase ahorcar en vez de tu hermano. ¿Qué horror no padecerias antes de ser llevada á la horca ignominiosa? y cuando te pusieran la áspera soga á ese tu cuello tan delicado, ¡ qué agonias, que mortales angustias no sentirias al subir la escala, arrastrada sin compasion de la infame mano del verdugo que te quitaria la vida, quedando tú en el aire, fea, horrible, espantosa... ! no, no paso adelante; me siento estremecer de solo decirlo: ¡ yo mismo me horrorizo! ¿Y todo esto quisieras padecer por salvar la vida á tu hermano? ¡O Dios, ó Dios! exclamó ella no menos atemorizada. Pero sin dejarla pasar adelante, añadió Kirke; ea pues, no se te pide tanto: por mucho menos, ¡ oh! infinitamente menos, ya se ve, lo podrás librar de la muerte; puesto que sobre los bienes de tu padre, que me ofreciste, no hay que contar; quedando confiscados por el Rey, como bienes de un rebelde. ¿Confiscados? exclamó ella, poniéndose á llorar amargamente.

No hay que poner duda en esto, hija mia: pero con todo lo podremos componer. Basta que quieras condescender con lo que te pida, y todo quedará arreglado, ajustado, liquidado, y todo cuanto quieras.

(Permitidme, dijo aquí el viejo, que os haga estas menudas relaciones, pues ellas os harán ver mejor el brutal, descarado y abominable carácter de aquel monstruo).

La inocente Elena, alborozada tal vez, de que solo dependiese de su voluntad la gracia de su hermano, de su tia, y la restitucion de los bienes á su padre, le responde: sí señor, todo cuanto querais haré, aunque me debe reducir á trabajar vuestros campos, apacentar vuestros ganados. ¿ Qué campos, ni que ganados te vas á buscar ahora? No tienes necesidad de eso, dijo, para dar envidia á Ceres, á Palas, ni á Diana, ni á todas esas nimfas, partos de los insensatos poetas. ¿ Habia yo de permitir que esas tus tiernas y delicadas manos y carnes fuesen á perder su cándida elasticidad con las fatigas del campo, y con los soles? mucho menos es lo que pido.

¿ Qué quereis, pues, señor? — Te lo voy á decir con todo el ardiente amor que me infunde tu hermosura. ¿ Pero no sabremos que quiere ahí en pie ese estafermo? — Señor, es Cecilia, mi criada, que me acompaña. — Pero lo que quiero pedirte no necesita de testigos; y asi Cecilia, anda allá fuera, que aquí nada tienes que ver. Cecilia afligida y temerosa por su amada Elena, se sale; Kirke continua.

Ahora que estamos solos y sin testigos, te diré lo que vivamente deseo; y es.... ya me

entiendes. — No Señor, no os entiendo. — ¿Cómo no? ¿Tan tiernecita eres? vales otro tanto. — Señor, no os entiendo. — Bien, pues me explicaré un poco mas, y echándola los brazos.... ella, espantada cotejando tales cosas, sin duda con las máximas virtuosas en que la habia imbuido su madre, comenzó á conocer el horror de su fatal situacion; y palpitando le dijo: ¿si era aquello lo que queria?

Esto es una parte solamente, dijo Kirke: — ¡oh cielos! compadeceos de mí, exclamó Elena; y él creyendo que este lamento fuese efecto de que ella flaquease, se levanta de su asiento para asirla con sus brazos, y poner sus torpes labios en su rostro; mas ella resistiendo con porfía, evitaba encontrar el rostro de Kirke, el cual dejándola con despecho la dice: no, no gusto de hacer violencia á nadie: idos en hora mala; que yo extenderé el brazo de mi rigor sobre esos rebeldes, y soltaré el freno á toda mi exasperada indignacion: mueran de mala muerte.

Ella, atemorizada de esta amenaza, échase otra vez de rodillas en el suelo, diciéndole con lágrimas: ¡oh Señor! haced que triunfe vuestra magnánima piedad sin perjuicio de mi decoro. — ¡Qué decoro! soys todas las mugeres unas embusteras, unas taymadas, unas.... sí, lo soys: haceis valer el decoro, el honor, la honestidad, y todos esos mamotretos, como quereis y cuando quereis; os conozco. ¿Una

negativa al coronel Kirke? ¿y de quién? de una paja, que al soplo de mi furor puede quedar aniquilada.

¡ Oh cielos! ¿mas que os he hecho? ¿en qué os ofendí? — Cómo, ¿qué habeis hecho? ¿te parece pequeña injuria, leve delito, el no condescender con mis deseos? No se pasará asi. Ahora misma voy á mandar que se le haga tragar plomo derretido á ese traidor de tu hermano, y para que veas que no me burlo, voy á llamar al criado. Kem, Kem. — ¿Qué haceis, Señor, qué haceis? por vuestra vida, piedad os pido, un poco de piedad.

¡ Piedad! la habrá si veo candescendencia. — ¡ Oh Dios! ¡oh Dios! ¡ infeliz de mí! no, no; moriré antes mil veces. Quitadme antes la vida, cualquiera muerte me será preferible. — ¡No ves, no ves cuanta algazara! Bien se ve que eres muy simplecilla: — no, no, la horca, el plomo derretido. — ¡Oh cielos! ¡ oh cielos! el llanto la sufocaba.

En hora buena; vas á quedar satisfecha. Kem. — Llamad á Kem cuanto querais; no temo la muerte. — Primero verás la que daré á tu hermamo, y entonces veremos si la temes. — No, no la temeré: me será de consuelo verme unida para siempre con ese adorable hermano. Oyendo esto el cruel Kirke, se levanta enfurecido; va á la puerta, y llamando desde ella al criado, le habla á la oreja, sin poder oir

Cecilia, que estaba de pies allí fuera despues que la hizo salir del cuarto, lo que decia. Vuelve á entrar, y comienza á pasearse por el cuarto, diciendo: voto á tal, que me la pagarán todos esos pérfidos rebeldes. ¡ Vivos los he de mandar quemar! El horror agota á Elena de repente el llanto, y aunque fortalecida de su honor, quedaba como enagenada, teniendo los ojos clavados en el suelo, sin atreverse á levantarlos, para no abatirse de nuevo á tentar la via de los ruegos con su declarado tirano.

Mas éste, encendido ya de amor por ella, y temiendo que no quisiese condescender, ni con sus ruegos, ni con sus amenazas, tentó violarla sin hacerla violencia por su parte, y sin que ella pudiese oponerle resistencia que dejase dudoso su triunfo, ó no tan cumplido como el impío y bárbaro lo deseaba; usando del mas detestable engaño contra la inocente doncella, que os podeis imaginar.

Para esto, despues que la tuvo amedrentada con mil demostraciones de cólera y de venganza, caminando arriba y abajo del cuarto á largos pasos, llega á pararse de repente; y cubriéndose los ojos con la mano, quedó asi buen rato como pensativo. Luego como si se hubiese arrepentido de lo pasado, rompe el silencio, diciendo: me propasé, lo veo: soy una bestia, un monstruo, un impío; lo confieso, lo debo confesar. ¡ Oh hermosa Elena!

perdóname : aquí á tus pies quedaré de rodillas , hasta que perdones mis locos , mis furiosos desvaríos.

¿Señor, que haceis? dijo ella, conmovida de la postura del arrodillado Kirke. Éste le toma entonces la mano, diciendo : hago lo que debo; lo que por todos títulos estoy obligado á hacer. De aquí no me levantaré, no, no me levantaré hasta que te dignes perdonarme : te prometo , te juro , divina Elena , que no me verás mas prorumpir en esos bárbaros excesos, dignos solos de un Neron , de un Falaris , de un Procustes : me avergüenzo yo mismo de ellos ; una paloma quiero ser en adelante tierna , cariñosa, dependiente en todo de tí, de tu voluntad. Di solo que me perdonas.

¿Que yo os perdone, señor? antes bien perdonad á mi infeliz hermano. — Sí; pero primero quiero obtener tu perdon : este será el preludio de todas las demas gracias que querais obtener de mí; mi esposa quiero que seais, mi dulce, mi tierna esposa. — ¿Cielos, que proferís? — Lo que acabas de oir; la esposa del Coronel Kirke. Aquí á tus pies de rodillas, te pido, hermosa Elena, el consentimiento. De otro modo, no, no podré reparar mis arrojos y descaro, solicitando á una honrada doncella, como lo hice temerariamente, inicuamente, bárbaramente. Me arrepiento, espejo de virtud. Esta misma noche quiero que seas mi esposa :

solo depende mi dicha, mi suma dicha, de vuestra voluntad.

La pobre Elena que, por las sumisas y ardientes demostraciones del traidor Kirke, no dudó que se hubiese enteramente mudado, aunque maravillada de tan súbita mudanza, se lisongeó con todo que de veras efectuase lo que al parecer con verdad le proponia; y asi le dijo: ¿cómo quereis, señor, poner los ojos en mí? En vos, en vos sola, adorable Elena, exclamó él levantándose, como tigre alborozado. No tiene la Inglaterra, entre todas sus delicadas hermosuras, modelo igual á la tuya: á esa tuya, por la cual moriré si esta misma noche no la cuento por mia, si no la poseo enteramente.

Permitidme, pues, dijo ella, oyéndolo, que Cecilia vaya á informar á mis buenos padres, y á pedirles su consentimiento. No, no puede ser; no sufro ninguna dilacion: su gozo será mayor, cuando te vean sin pensar, sin poderlo imaginar, esposa del Coronel Kirke; resucitarán de muerte á vida: no lo dudeis. ¿Pues y tu hermano, y tu tia? ¡que júbilo van á tener! será inexplicable. Porque ¿qué no hay mas que verse hoy aherrojados en un calabozo, esperando á cada instante la fatal intimacion, y en vez de ella verse de repente restituidos á la vida, á la libertad, á sus bienes, al mundo?

¿ Y esto por quien ? Por la esposa del Coronel Kirke ; por Elena Kirke, por Lady Kirke. ¡ Oh ! yo me enageno. El gozo, el júbilo me trastorna, y me saca fuera de mí. Luego, luego Kem.... es un sordo, un atolondrado este Kem. Dejad que vaya á llamarlo. Quiero que avise luego al Ministro para la ceremonia del casamiento, y para que haga venir los testigos necesarios. ¿ No tendreis dificultad ? haré venir el Ministro del regimiento, hombre grave, y de mucho seso : entre tanto quedaos aquí en plena libertad, como dueña que soys ya de esta casa; y paraque no quedais ociosa, aquí teneis esta cajuela de joyas, vedlas, que son ricas.

Vase el infame á urdir el cruel engaño, dando traza para que uno de sus criados se vistiese de Ministro, é instruyendo á los demas sobre lo que debian hacer para representar bien aquella infernal comedia, mientras la incauta y crédula, de sobrado inocente, hija mia, quedaba á solas confusa y atónita, luchando con el gozo de la vecina libertad de su amado hermano, y con el temor del inminente casamiento, sin poder fijar sus ojos en aquellas joyas, que Kirke le puso delante, infames frutos de sus insolentes desafueros.

Vuelve al cabo de rato muy alborozado, seguido de sus criados, que prevenidos de él, le hacian sus fingidas zalemas á mi turbada hija.

Entra luego acompañado de otros el embustero Ministro, á cuyo severo y obeso aspecto, comenzó á temblar la inocente víctima; mucho mas cuando empezó á remedar el hipócrita sacerdote las sagradas ceremonias.

Era ya de noche cuando se concluyó todo aquel execrable ceremonial, preparándose poco despues la cena, á la cual asistieron los dos testigos del casamiento, cómplices en las crueldades del desalmado Kirke.

Ellos no perdonaron á las mas sucias lascivias para encender el apetito de aquel bruto feroz, mezclando tan feos enigmas á sus frases deshonestas, que la infeliz Elena,á pesar de su inocencia, comenzó á sospechar traicion, especialmente viendo que no trataba de la libertad de su hermano, ni de su tia; de modo que no pudo contener el llanto en que prorumpió, forzada de las augustias que acometieron su corazon, á los ademanes y libres indicios de aquellos malvados.

Entonces mostrándose Kirke indignado contra ellos, los echa del cuarto, para manifestar á la llorosa Elena su desaprobacion, pero de hecho para dar lugar á que dos criadas la llevasen al tálamo de su no creido oprobrio, y de su ignominiosa desventura, por mas que oponia los inocentes y recatados esfuerzos de su honesto pavor.

¡ Ah! poco fué que saciase aquel feroz bruto

todos los caprichos de su abominable lujuria en aquel casto y virginal cuerpo.... ¡ ó cielos! el corazon se me despedaza..... (el viejo no pudo proseguir sollozando amargamente.) ¡ Pobre doncella! exclamó Eusebio con lágrimas en los ojos : entonces dirigiendo el viejo la palabra á Eusebio, le dijo : ¡ ó hijo mio! puedes imaginarte alguna parte de su barbaridad ; mas cómo podrás creer, que al otro dia, despues de abusar con tales violencias de la doliente y atónita hija mia, la cual apenas podia sosegar al tumulto de los sentimientos de su vergüenza, y de su perdida virginidad, con la idea de verse esposa de Kirke, y con la esperanza de la libertad de su hermano y tia, á los cuales se habia sacrificado, ¿ cómo podrás creer, vuelvo á decir, que aquel infernal monstruo de Kirke, llevándola á una ventana cerrada, le dijese, revistiéndose de inhumana severidad ; debo prevenirte, Elena, que soy un mero ejecutor de las órdenes del Rey. Una declarada negativa al coronel Kirke, lleva ya su recompensa con la que padeciste esta noche, sin tener nada de casamiento. Mi primera resolucion fué quitarte la vida ; pero te tuve compasion, y me contenté de añadir á la venganza que has probado, la ejecucion de los rebeldes, si los conoces : y abriendo la ventana le muestra..... ¡ ó cielos!.... su hermano Guillermo

pendiente de la horca, juntamente con su tia Lady Lisle....

Volvió aquí á interrumpir el buen viejo su narracion con llanto, acompañando Hardyl y Eusebio, extáticos de horror, con sus lágrimas el quebranto del viejo, el cual al cabo de rato, prosiguió diciendo con palabras interrumpidas de sollozos: los habia mandado ahorcar aquella misma noche. Al impulso del repentino dolor, que causó á la desdichada Elena la horrible vista de tan increible y bárbaro espectáculo, hízola caer sin sentidos en el suelo, maltratándose la cabeza y rostro con la violenta caida; y asi como estaba, pálida, desfigurada, y sin sentidos, mandóla llevar á sus padres acompañada de Cecilia, á quien no dejaron salir de la casa de Kirke, teniéndola encerrada toda aquella noche.

Hallábame yo en cama todavía, vuelto apenas en mí del fiero dolor que me causó la emanada sentencia contra mi hijo, cuando entraron en casa la desventurada Elena. Las fieles y amorosas criadas la llevan á la cama, procurando ocultarme tan crueles noticias, pues yo ignoraba que ella hubiese salido de casa para ir á la de Kirke.

Bien sí se vieron precisadas á dar aviso á la madre, que lo sabia; la cual no viendo volver á su hija en toda aquella noche, la hubo de

pasar entre horribles augustias y temores, especialmente no habiendo querido dar entrada en casa de Kirke al criado, que envió repetidas veces para saber de su hija y de Cecilia; y sin duda las mortales congojas que padeció aquella noche, debieron disponer su ánimo para la funesta catástrofe que la esperaba, pues al ver á su hija tendida en la cama sin sentidos, amoratado el rostro, y ensangrentado, creyendo tal vez que la hubiesen ajusticiado, cayó allí mismo muerta de repente.

Los lamentos, los gritos y alboroto de los pasmados criados y mugeres, llegan á herir mi oido, y á darme susto; de modo que llamando, y no respondiendo ninguno, me esfuerzo á levantarme de la cama para ver por mí mismo lo que era. Llego á la puerta, y acude á mi voz el criado de mi mayor confianza; viéndolo llorar, le pregunto la causa del alboroto que habia oido, y de su llanto. ¡ Ah! señor, ¿dónde vais? me dice, volved á la cama; que allí os contaré, si puedo, y si podeis oirlo, el abismo de vuestras desventuras. La nueva de la sentencia de muerte contra mi hijo, habia hecho la mayor prueba del temple de mi corazon: y aunque sentia desfallecer mi pecho al paso que Souval, mi fiel criado, me contaba la desgracia de mi muger; pero luego que comenzó á declararme él mismo las iniquidades de Kirke con mi hija

Elena, por lo que Cecilia le habia contado, mi acerbo sentimiento transformándose en rabia, me impele á tomar una espada, que tenia en la cabecera, para vengar con ella mi violada hija.

Pero deteniéndome Souval, me dice : ¿ á dónde vais señor? esperad, que no sabeis totodavía el exceso de vuestras desgracias. — ¿ Cómo ? ¿ quedan todavía rayos que disparar á mi rabiosa suerte? ¿ Mi sufrimiento no agotó toda la saña de su furioso poder? — Vuestro hijo.... Milady Lisle.... — ¿ Que es ? decid; ¿ que sucede? — No existen ya; no existen, y vuestros bienes van á ser confiscados hoy mismo. ¿ Hubierais podido sobrevivir al golpe de tantas desventurás, que se desplomaron á una sobre mi cabeza? Caigo otra vez desfallecido, y sin sentidos en los brazos del fiel Souval, el cual despues de haberme arrastrado á la cama para socorrerme; trabajó en quitarme la espada de los dedos yertos, en que quedó agarrada.

Mi infeliz hija Elena, que habia dado entre tanto señales de vida, las dió tambien de locura, diciendo : que queria devorar á su marido, que queria ahorcarlo con las serpientes que le nacian en la cabeza. La desdichada habia perdido enteramiente el juicio. Pero nada de todo esto fué bastante, para que el feroz Kirke dejase de enviar sus ministros para confiscar

todos mis bienes, hasta la casa, antiguo solar de mis mayores, de donde me sacaron bárbaramente, envuelto en una manta, como estaba desnudo, y sin sentidos; y en otra á la deplorable Elena; cuya violacion no habia podido aplacar la cruel venganza de aquel monstruo. Nos llevan fuera de la ciudad, y dejándonos expuestos en un muladar, á beneficio de las fieras y aves de rapiña, si querian devorarnos; intimando á mas de esto penas á los criados, si se atrevia ninguno á socorrernos.

Sea que el rocío de la noche, ó que el aire abierto del campo contribuyesen para hacerme volver en mí, despierto de aquel funesto letargo; y recobrando poco á poco los sentidos, veo sobre mí las lucientes estrellas, á las cuales alcé los ojos, tendido como estaba en el suelo, ladrándome á un lado un perro, y al otro llorando y sollozando un hombre puesto de rodillas, que se apiadaba de mí. Pareciame haber muerto, y que me hallaba en otro mundo; impelido del esfuerzo de esta temerosa imaginacion, hago un movimiento: y arrojo un suspiro, que obligó á la persona que estaba gimiendo á mi lado á decir: ¡ Ah! ¿ vivís, señor mio? el airado cielo os conserva la vida todavía? era el fiel, el adorable Souval, el que esto me decia. Lo reconozco.

Mi primer impulso, sin saber lo que por mí pasaba, fué abrazarme con él, y él conmigo,

bañándome de lágrimas, sin poder él ni yo proferir una palabra. Pero luego que le pregunté, ¿qué es de nosotros, Souval? en que mundo estamos? Huyamos, señor, me dice, huyamos de este suelo, en donde no solo no os queda piedra en donde reclinar la cabeza, sino que tambien en la sima de las desventuras en que os han despeñado, me vedan alargaros la mano para socorreros.

Las potencias de mi alma, y mis sentidos parecian quedar embotados, pues solo como sueño liviano se me representaba á la memoria lo pasado; y en el estado en que me hallaba, no reconocia mi infelicísima situacion; sino que respondia materialmente, y como alelado á lo que Souval me decia: mas haciendo un esfuerzo para obedecer á las instancias que me hacia de huir, me reconozco desnudo, envuelto en aquella manta, sin fuerzas para ponerme en pie, aunque lo intenté dos ó tres veces. Echando de ver Souval mi flaqueza, intenta cargar conmigo: pero la importunacion del perro que me ladraba, habiendo atraido otros dos, movian tanta algazara con sus ladridos, que obligaron á los dueños de aquel campo á salir con escopetas, creyendo que fuesemos ladrones. Souval al oirlos venir, me desampara y se aleja.

Ellos se acercan hácia mí, alumbrados de un candil, que llevaba un muchacho, que les precedia. Me descubren, y me preguntan ¿quién

era, y quién me habia traido allí? Yo les digo mi nombre, sin saber darles otra respuesta. El mas anciano me conoce por el nombre, y me dice: ¿vos soys, Sir Bridway? Me toca veros expuesto á las fieras, á las inclemencias del cielo, pobre, desnudo, desamparado de todos los humanos.

Estas palabras comenzaron á hacer alguna impresion en mí, de modo, que enmudeciendo triste á sus preguntas; cruzando mis manos sobre las rodillas, y bajando la cabeza me puse á llorar sentado como estaba en el suelo, y envuelto, como tenia, el medio cuerpo en la manta. Se compadece de mí aquel labrador, y me ayuda á levantar: pero viendo que no podia tenerme en pie, le ayudó el otro labrador que lo acompañaba; y entre los dos me llevan á su casa, que estaba allí cerca.

Souval se habia retirado, recelando que aquellos labradores fuesen ministros de Kirke; pero á parage desde donde pudiese oir lo que decian: y conociendo que me eran amigos, nos fué siguiendo á la casa, donde entró poco despues que me pusieron en una pobre cama; y descubriéndose al dueño, éste lo dejó entrar en el cuarto en donde me hallaba.

Él se arroja sobre el lecho, y renovando su llanto, me decia: no os desampararé, señor mio, pues otro tanto no os queda en la tierra que el desdichado Souval; no os desampararé. Treinta

libras esterlinas que me quedan de las que me entregasteis para el gasto del mes, las pude encubrir á la pesquisa de aquellos bárbaros, que me lo requerian todo. Con ellas os podré llevar á Londres con alguna comodidad, para que imploreis la justicia contra la increible barbarie y brutalidad de esos monstruos, de cuyas garras nos conviene escapar. No hay tiempo de descanso; huir nos importa, mientras nos concede aun la noche sus favorables tinieblas.

Si vuestros corazones son sensibles, podeis imaginaros la fuerte impresion que hizo en mi pecho, aunque aturdido de tantos males, la fidelidad y el amor del fiel Souval. (Eusebio habia sacado el pañuelo para enjugarse las lágrimas) me abrazo con él; y apretándolo en mis brazos, le decia llorando, ó mi respetable Souval, haré lo que querais; ¿mas á donde podemos huir? no me puedo mover: ¿la pobre Elena en donde está? hánsela tambien arrancado á su infeliz padre?

¡Oh cielos, exclama él, ahora se me acuerda! á vuestro lado la pusieron tambien envuelta en otra manta. ¿Qué sé yo lo que pudo ser de de ella? voy á ver si la encuentro. Souval parte, dejándome sumergido en mayores angustias: él sirviéndose del mismo candil del muchacho, fué en busca de Elena al lugar en donde me encontraron; y descubriendo algo apartado de allí una manta extendida á lo largo sobre un

ribazo, que daba á un foso, le excitó tal vista las tristes sospechas que confirmó el cadáver de la infeliz hija mia, que hallaron anegada en la poca agua que allí habia. Tal vez la locura que habia manifestado, engañada de las tinieblas de la noche, debió llevarla á precipitarse en aquel foso. ¡ Oh hija mia ! ¡ o hija mia ! puedas gozar en el cielo el premio de tu martirizada inocencia.

Viendo Soüval el mal irremediable, volvio á la casa del labrador, procurando disimular su dolor, y ocultarme el funesto caso. Mas insistiendo yo en querer salir de tan crueles dudas antes de partir sin ella, lo forcé á que me lo contase. ¡ Oh providencia! no, no murmuro de tus inescrutables decretos. ¡ Ah, la tierra es el áspero camino por donde llevas al hombre á merecer la sola y eterna bienaventuranza que le tienes prometida ! Aquí Eusebio, el viejo y Betty, su segunda muger, que habia dispuesto la comida, se abandonan al llanto; y Hardyl levantándose de su asiento, llevado de su enternecida compasion, va á abrazar al viejo, diciéndole : Sir Bridway, en el mismo exceso de vuestra desventura, reconozco el alma grande que os da y sustenta la vida. Recibid el tributo de mi conmiseracion, que tan merecida teneis, y que quisiera os sirviese de alivio.

¡ Oh ! sí; os lo agradezco, huésped, os lo agradezco : no hay duda que es de algun alivio

en las desgracias la agena compasion: pero si supierais tambien de cuanto mayor consuelo me fué en ellas la fidelidad que experimenté de Souval, no extrañariais tal vez que esta sola fuese capaz de contener la rabiosa desesperacion que excitó en mi pecho la noticia de la pérdida funesta de mi amada hija, maltratándome yo mismo, y pidiendo un acero para matarme. Souval no solo contuvo y sosegó mi furor, sino que tambien me obligó á tomar aquella misma noche el camino de Londres, habiendo concertado con el labrador llevarme en una carreta, escondido en el heno amontonado al derredor de mí, y de esta manera me sacó fuera del condado de Somerset, á la casa de un pariente suyo; en donde habiéndome provisto de ropa, me condujo á Londres para implorar la justicia.

Pero para que ningun género de males dejase de saciarme de toda su amargura, me sobrevino, llegado apenas á Londres, una larga enfermedad, contraida de tantos dolores, afanes y congojas; la cual no solo acabó con el poco dinero que Souval traia, sino que tambien dió tiempo á mi rabiosa fortuna para levantar entre tanto al impio y desnaturado Kirke, y al inhumano Jeferies, autores de las mas atroces maldades y desafueros; llamándoles el rey á la Corte, haciendo á Kirke, Baronet, y á Jeferies, Par de Inglaterra.

Entonces viendo cerrados para siempre todos

los caminos á mis miserables esperanzas, perdidos sin remedio todos mis bienes; y reducido á la mendicidad, sin muger, sin hijos, me abandono enteramente á la desesperacion; é impelido de mi fiero dolor, resuelvo acabar con mi vida infeliz, dándome yo mismo la muerte. A este fin tenia aparejado el lazo, é ibalo á ejecutar, al tiempo que entrando Souval en el cuarto, viendo el fatal aparejo, conoce mis funestas intenciones.

Arrebatando entonces el lazo; ¡cielos! dice, ¿qué intentais hacer? ¿para esto expuse yo mi vida, y empleé el sudor de mi rostro para salvaros y conservaros? ¿Quereis tambien servir al furor de vuestra cruel fortuna, haciéndoos su verdugo contra vuestra misma vida? ¡Oh Souval! le digo: ¿qué bien es para mí una vida aborrecible? no: dejad que acabe con ella; asi tendrán solamente fin los males, cuyo horrible peso no puede suportar mas mi flaqueza que solo es para vos una importuna carga.

No lo permitiré, me replica, no puedo permitirlo: ¡ah! si vuestra alma es inmortal, y si el abusar de vuestro alvedrío es delito contra las disposiciones de la providencia, ¿pensais que acabarán vuestros males con la vida? no lo creais; pues si ofendeis al autor de la naturaleza, violando las leyes que le puso; y si os condena por ello al suplicio invisible, ¿no vais á pasar de estos males, que tal vez mañana pue-

den tener fin ó remedio, á los eternos del alma inmortal? no, no quiero llamar esa vuestra vida, aunque para mí muy apreciable, un bien: veo el colmo de la amargura que os hace probar vuestra cruel suerte; ¿mas no será por lo mismo mas respetable vuestra paciencia, si tolerais tantas desventuras con resignacion? ¿Esta misma no os será seguro medio para gozar en el cielo de la dulce compañía de vuestros hijos, y para disfrutar con ellos eternamente el premio de vuestra conformidad?

Esta reflexion que me hizo penetró mi alma; y lo que luego me añadió acabó de disipar mis funestos intentos: pues me hizo saber, que para alimentarme, despues que se le acabó el dinero, se habia puesto á zapatero, oficio de que lo sacó mi padre en Tauton en su mocedad, prendado del buen genio de Souval, prometiéndole darle en su casa una vejez descansada.

¡Ah! ¡que poco pensaba mi padre que la cruel suerte habia de reducir á tal extremo de miseria á su hijo desdichado, y aniquilar tan presto su familia! Pasmado yo del exceso de amor y de fidelidad del buen Souval, quise saber en que tienda trabajaba, como lo hice, luego que la convalecencia me permitió salir de casa. Su vista, unida á la viva idea que me imprimió, de que mis trabajos sufridos con resignacion, contribuirian para ver mis hijos en el cielo, dispertó en mi una suma aversion á las

cosas de este mundo, de las cuales me hallaba ya privado, sin esperanza de poderlas recobrar, y me resolví á seguir el ejemplo de Souval, trabajando en la misma tienda.

Hube de vencer la suma repugnancia que padecia en tomar aquel oficio, al cual se oponia el mismo Souval, no sufriéndole el corazon verme reducido á tales extremos; mas esta misma oposicion empeñó mi reconocimiento para poder contribuir con mis manos á ganar nuestro sustento; cediendo él al cargo que le hice, de emplearme en algun oficio para ganarme el sustento, por si acaso él, siendo mas viejo que yo, me llegaba á faltar. ¡ Ah¡ sí, me faltó, me faltó el adorable Souval. Mis lágrimas y mi dolor fueron la recompensa y tributo que obtuvo en su muerte ese hombre digno de la adoracion de toda la tierra.

Aquí dió fin con llanto el buen viejo á su narracion. Hardyl le dijo entonces : aunque soys digno á la verdad de la mayor compasion, no sé si prepondera mas en mí este afecto, ó bien el de la admiracion de vuestra constancia en tantas y tan acerbas desventuras. El caso es, que os debemos y os damos muchas gracias por la relacion que nos hicisteis de ellas; pues nos hallamos tambien en estado en que nos puede aprovechar vuestro ejemplo.

¿Cómo? dijo entonces el viejo Bridway : ¿ tambien soys vosotros del número de los des-

dichados? Si las desgracias, responde Hardyl, pueden hacer al hombre desdichado, nosotros nos pudieramos contar en ese número; pero como colocamos la sola dicha en la virtud, podemos parecer infelices á los ojos del mundo, sin que de hecho lo seamos. A lo menos tales no nos reputamos.

¡Oh huésped! ¿qué decis? ¿si yo hubiera poseido la virtud, creeis que no fuera desdichado? La muerte ignominiosa de un hijo, la bárbara violencia y el sufrido deshonor de una hija inocente, su muerte aciaga, la de mi muger, la privacion de mis bienes, la horrible miseria y abandono en que me ví, tantos males desplomados á una sobre mi cabeza, ¿no me hubieran visto infeliz, aunque abrumado de todos ellos, si yo hubiese poseido la virtud?

¿Pues que esos bienes, le dijo Hardyl, los reputabais vuestros? ¿estuvo en vuestra mano el hacer que vuestra inocente hija no fuese violada, ó que no muriese vuestro hijo en la horca? ¿El que nace á este mundo, no queda expuesto á todos los accidentes buenos y malos que lo agitan? Pero todo eso, replicó el viejo, ¿qué tiene que ver con la virtud, para que esta pueda impedir que no sean infelices los que prueban las desgracias mayores?

Os lo diré, respondió Hardyl: el alma alimentada de estas reflexiones, que son las máximas de la sabiduría, va insensiblemente forta-

leciéndose con ellas; de modo que puede llevar enfrenado y regir con vigorosa mano los deseos é inclinaciones del corazon, para que no se aficione sobradamente á los objetos de la tierra, que de un dia á otro puede perder, arrebatados de la misma fortuna que se los dió, ó de la muerte que tarde ó presto debe llegar.

El hombre persuadido de esto, no puede dejar de amar; por ejemplo, al hijo ó las riquezas si las tiene: pero este amor y esta aficion contenidos de las máximas de la sabiduría, se templan de modo, que las fuerzas que adquiere la desconfianza con la reflexion de la incertidumbre de tales bienes, las pierde el amor de estos mismos, dando lugar en el pecho á la moderacion y á la constancia: dos nobles sentimientos de la virtud, y mas sublimes que los del afecto y del amor que tales cosas merecen.

¿Llegan á sobreponerse estos sentimientos de moderacion y constancia á los demas afectos del alma? entonces si la suerte le arrebata el hijo, ó si lo despoja de las riquezas, lo siente sí; porque son cosas sensibles; pero la virtud, armando su pecho de fortaleza, le dice: no era eterno, ni menos tuyo, el hijo que nació para morir; ni tampoco las riquezas que te dió en préstamo la fortuna, y como ganadas al juego de sus caprichos. ¿Querrás oponer, hombre pequeño, ciego y miserable, tus revoltosos sentimientos al impulso terrible y eterno que dió la omnipotente

mano del Criador á los bienes y males de este suelo, para que revolviéndolos con ley cierta é invariable, sirviesen á sus fines incomprensibles é inescrutables?

¿Qué es tu hijo, su deshonor, el tuyo, tus riquezas, tus desgracias, tu vida y muerte, en el rincon desconocido de una provincia, de una ciudad; en cotejo de los infinitos accidentes que, alterando todos los reinos é imperios de este suelo, ó de otros si los hay, deben servir á las miras eternas de aquel que desde el trono, á quien son los astros brillante pavimiento, no pierde de vista al insecto que tus ojos no descubren, ó que descubierto, huellas por lo mismo con planta altanera y desdeñosa?

Los males que padeces limitados á tu miseria y pequeñez, son sensibles; pero medítalos, y verás cuanto los agravan tus mismas pasiones, tu vanidad, tu ambicion, tu soberbia, tu opinion. Despójalos de estas ideales circunstancias, y dime que les queda. Perdonad, buen huésped, continuó á decir Hardyl, pues la materia me llevaria muy adelante, y no quisiera haceros mala obra, pues es tarde, y la comida os espera.

No, no; continuad, dijo Bridway: vuestro discurso me es como una nueva luz, de la cual no tenia ninguna idea, y me infunde consuelo. — Bien; mas ya que con tan generosa y buena voluntad nos habeis proporcionado ocasion de disfrutar de vuestra compañía, podremos re-

novar estas mismas pláticas en mejores horas y sazon que no en esta, en que no solo os llama la comida, sino que tambien debemos pensar nosotros en la nuestra.

¡O cielos! la mia se reduce solo á un poco de bacalao, y este escaso para cuatro; pero si quereis, tened paciencia, iré á proveer alguna cosa mas; ahora mismo, ahora mismo. Betty, dame la espuerta y la alcuza. — No: ¿qué haceis, Sir Bridway? no lo permitiré. Perdonad: no es por rehusar vuestro convite, sino porque debemos ir á otra parte que mucho nos importa. Bien sí desearia, que al favor que nos haceis de darnos alojamiento, añadierais el otro de buscarnos cama. Aqui teneis estas dos libras esterlinas; pagad con ellas el alquiler para quince dias, y hacedla poner donde gustáreis, pues cualquiera lugar en vuestra casa nos será apreciable, aunque sea aqui mismo. Deseára tambien saber á que hora acostumbrais iros á acostar; pues no sé si podremos volver antes que anochezca. — Volved cuando os dé gana, ó cuando podais; pues la hora en que llegareis, esa será para mí la de disponer la cena, pues espero no me negareis la complacencia de cenar con vosotros. — Nosotros la tendremos mayor, Sir Bridway, de disfrutar de vuestra compañía; y asi, quedad con Dios; volveremos lo mas presto que nos sea posible. A Dios, Mistris Betty.

Fuera de casa de Bridway, Hardyl dice luego á Eusebio: ¿habeis oido, Eusebio? ¿qué os parece de los accidentes que llegan á pasar por los hombres en este mundo? ¡Oh Dios! dijo Eusebio: ¿quién creyera tales cosas? me ha despedazado el corazon ese buen Bridway, reducido á hacer el oficio de remendon. Pues os aseguro, prosiguió Hardyl, que si, asi como dimos en esta casa, hubieramos entrado en otras de Londres, hubierais oido otras desgracias que igualmente os aturdirian.

Cuando estemos de asiento, y emprendas leer la historia de Inglaterra, verás que horrores, que maldades son capaces de cometer los hombres, especialmente animados del fanatismo de la religion. Pero no dudo que las desgracias de Bridway contribuyan para templar un poco vuestro sentimiento por la pérdida del coche y caballos. — ¡Y qué es esa pérdida, aunque hubiese sido mucho mayor, en cotejo de las que Bridway padeció!

— Me alegro, pues, que su relacion haya contribuido para serenar un poco vuestro ánimo, pues me pareció que lo teniais sobrado turbado. ¿Sabeis á donde nos encaminamos ahora? — No por cierto, si no me lo decis. — Aquí cerca está la plaza de Spittle-Fields. Ella nos debe servir de paso para un meson ó taberna, como aquí la llaman, en donde me acuerdo que solian dar de comer á todas horas

á los que llegaban : y como no tenemos tiempo que perder, hago cuenta de matar, si puedo, dos pájaros de un tiro. Iremos á comer á ese meson, y de paso daremos una ojeada á esa plaza para ver si hallamos tienda por alquilar; y si no la encontramos, la buscarémos en otra parte: diciendo esto, llegan á ella; y despues de haberla paseado dos veces, no pueden descubrir otra tienda que al parecer estuviese desalquilada, sino una que estaba cerrada. Hardyl se encamina á la inmediata, á cuya puerta habia un jóven de pie, á quien pregunta si aquella tienda cerrada estaba por alquilar. Creo que sí; le responde el jóven : la cerró hace tres dias el que la tenia por haber hecho bancarrota. — ¿Sabeis por ventura que alquiler lleva? — Caro : cuarenta guineas pagaba por ella el que quebró.

¡Malo! no es hueso para nuestros dientes. — ¿Pues qué, quereis poner tienda? — Sí; tienda de cestero. — No os trae cuenta tomar tienda en Spittle-Fields para esa mercaduría : aunque si os debo decir mi parecer, tampoco teneis necesidad de poner tienda en otra parte, á lo menos de tomarla en alquiler. — ¿Por qué no? — Porque me acuerdo, que pasando yo por una calle de Westminster, hace dos meses, ví á uno de ese oficio, que con cuatro palitroques y dos esteras ponía su tienda volante, con la

cual nada tenian que ver, ni la cuba de Diógenes, ni los carros de los Getas.

Quorum plaustra vagas ritè trahunt domos.

Decis admirablemente, responde Hardyl: ¿ pero nos será permitido poner tienda semejante en esta plaza? — ¿ Y quién es el que lo puede vedar? si hubiera de haber oposicion, habia de ser por parte de los dueños de las tiendas inmediatas. El de ésta, á buen seguro que no se oponga, pues él está siempre en su casa, y yo llevo el negocio. Esa otra tienda está sin dueño, y ved que queda espacio bastante entre ésta y esa, para poner holgadamente un armatoste cuan grande lo querais hacer.

—Sobre manera nos obligais: y puesto que con tan buena voluntad nos haceis el favor, nos prevaldremos de él cuanto antes podamos, y no os seremos ingratos. — Sí, sí, cuando querais; aunque sea mañana. Despídense con esto del mozo, prendados de su cortesía, y maravillados de que se les proporcionase tan presto ocasion de poner tienda, y con ahorro de alquiler con el expediente que el mozo les habia dado, y que á ellos no hubiera jamas ocurrido.

De allí van al meson que Hardyl habia indicado; y aunque ya no lo habia despues de tanto tiempo que faltaba de Londres, les enseñaron los vecinos un bodegon allí cerca, en donde

tambien daban de comer. De meson á bodegon, dijo entonces Hardyl á Eusebio, hay gran diferencia para los que les sobra dinero y vanidad. Pero para nosotros, que necesitamos tirar el cordoban para que preste, y que nos formamos otras ideas diferentes de las cosas, de las que se forja el mundo, es una cosa misma con otros nombres.

Verdad es tambien, que en los bodegones suele faltar por lo comun el aseo; pero tampoco lo deberemos pagar: y el aseo es un renglon caro en los mesones. Como quiera, vamos á comer, que la buena hambre jamas fué melindrosa. Dicho esto, entran en el bodegon que estaba lleno de gente de la que suele acudir á tales lugares.

Habia en la primera mesa dos marineros que jugaban á la morra, y dos lacayos un poco mas arriba jugaban á los naipes. Seguia otra mesa atestada de borrachos, que se desgañitaban cantando el dondorrondon, haciendo el uno de ellos el rum rum por bajo, con los carrillos hinchados, y otro que llevaba el compas con un martillo grande, dando tan recios golpes en la mesa, que uno de los lacayos que jugaban á los naipes y que perdia, le dijo, que desistiese, que le rompia la cabeza; oyéndolo Hardyl y Eusebio que entonces entraban.

El del martillo, sin desistir de los golpes, le responde muy serio: quien no quiera polvo, que

no vaya á la cra, señor mio : y prosiguió en dar golpes mas fuertes. El lacayo enfadado de tal respuesta, le dispara de reves la baraja de los naipes al rostro. El maestro de capilla, irritado de tan gran desacato, le arroja el martillo, que por buena suerte fué á dar en la botella de cerveza, haciéndola mil pedazos. Levántanse uno y otro enfurecidos, para decidir á puño cerrado la contienda, al tiempo que Hardyl y Eusebio llegaban á la mesa en donde se habia trabado la riña.

Los otros borrachos al ver llegar á Eusebio y Hardyl, comienzan á gritar para poner estorbo á la riña : ¡ Cuakeros ! Cuakeros ! bien venidos sean. Los pleiteantes en ademan de salir del banco para emprenderse, se paran, contenidos de los gritos y bulla de sus compañeros para ver los Cuakeros que pasaban con gran mesura. Pues á fe que no pasarán asi, dijo uno de los borrachos levantándose de la mesa; quiero enseñarles cortesía : y deteniendo á Hardyl del brazo, le dice : Señor Efraim, no es bien que pase Ʋ por delante de estos Milordes sin quitarse el sombrero; y asi volved atrás, y volved á pasar con el sombrero en la mano.

Hardyl sin desplegar sus labios, se quita el sombrero y se encamina hácia la puerta, y luego vuelve hasta donde habia quedado Eusebio. El borracho, que no esperaba tan fácil condescendencia ni con modo tan noble, pa-

rece que se avergonzó de su atrevimiento, volviéndose á sentar en su banco. Los otros mirábanse unos á otros como confusos; y los de la riña, que se habian sentado por la parte afuera de los bancos para ver pasar á Hardyl, mostraban haberse olvidado de su cólera. Cesó toda aquella behetría: la deidad del decoro parecia haber entrado en aquel lugar.

Hardyl y Eusebio pasaron adelante pidiendo un aposento al bodegonero para comer: mientras les traian la comida, Hardyl dijo á Eusebio: me han hecho pasar por honradas baquetas; pero en recompensa les hice un sermon bien elocuente, sin desplegar mis labios. Dicen que el sabio no padece injuria. Si yo lo fuera me caeria bien el dicho; pero no de otro modo se alcanza la sabiduría. ¿Y vos, Eusebio, habeis padecido vergüenza?

—No solo vergüenza, sino temor tambien de que os maltratasen esos borrachos: mucho mejor hubiéramos estado en el meson.—Eso lo creo yo tambien. Cualquiera hace mejor el caballero que el pobre; pero la grandeza del ánimo está en saber hacer uno y otro igualmente cuando la suerte asi lo dispone. ¿Pensais que no hay tal vez mas que aprender en estos lugares que en la escuela de Sócrates?

Allí pudieramos oir, no hay duda, excelentes consejos de moral; pero aquí los practicamos, y tocamos con las manos al hombre. En

peso la fortaleza del ánimo en los trabajos, que la del cuerpo.

¡ Oh tú, desvanecido con tu linage, y ensoberbecido de tus riquezas! ven : sigue con la imaginacion á esos dos artesanos cubiertos de su carga ; y si por ventura te atreves á jactarte que la suerte te respetará en el asiento del honor en que te ha colocado, aprende por lo menos de ese noble y rico mancebo, reducido á tal extremo, á moderar tu jactancia y tu necia presuncion, y á fomentar en medio de tus riquezas los sublimes sentimientos de la virtud, que rige sus pasos.

LIBRO SEGUNDO.

Habia ya anochecido cuando Hardyl y Eusebio cargados con sus fajos llegaron á casa de Bridway que los estaba esperando. El buen viejo parecia haberse olvidado de sus desgracias: con rostro tan risueño los recibió, entrando ellos en la cocina despues de haber descargado sus fagos en el zaguan. Bien venidos, les dice: sentaos, que debeis venir muy cansados. Sí lo estoy, dijo Hardyl: la falta de ejercicio debilita al hombre: y se sienta en la silla que Bridway le habia presentado.

Betty ofrece silla á Eusebio; mas éste agradeciéndole la atencion, se sienta en el poyo que habia junto al hogar, diciendo á Bridway que se sentase en la silla; y aunque le hicieron instancias para que lo aceptase, no quiso dejar el poyo por usar de esta cortesía con el viejo que le habia merecido respeto. Bridway hubo de ocupar la silla, diciendo á Hardyl: cuando querais cenar, avisad. — Cuando querais, Sir Bridway; tarde, temprano, á cualquiera hora me viene bien. — Si quereis, pues, que sea

luego, mientras Betty apareja la mesa, podemos ir á ver la cama.

Hácenlo asi : suben los tres á verla. Se componia ésta de un jergon tendido en el suelo, por no haberse encontrado bancos en el vecindario. El colchon que lo cubria era algo mayor, cayéndose por los lados. Sábanas no hay; no me las han querido prestar : y el otro par que tengo, aunque ruin, está en la colada. Hubiera proveido cama entera de los judíos, pero siendo Sábado, tienen hoy cerrado el Guetto. Habreis, pues, de tener paciencia.

Sir Bridway, sabemos acomodarnos á todo; por el camino se endereza la carga. ¿ Cuántos señores grandes se creerian dichosos, si pudieran lograr una cama semejante en campaña; y aun en muchos mesones? La mayor parte de nuestras desdichas nos las forja y agrava nuestra misma opinion. No tomeis pena y vamos á cenar, que yo os prometo de dormir mejor sobre estos bodoques, que el mas rico enamorado sobre plumas de cigüeñas.

Bajan á la cocina; Betty habia aparejado la mesa. Dos servilletas poco menos que de angeo, hacian el oficio de mantel, aunque no llegaban á cubrirla del todo : á un lado habia una holla puesta al reves, que servia de asiento al candil que los alumbraba. Sobresalian entre las hojas del plato de la ensalada que habia en medio, los cuatro mangos de los tenedores de acero.

Bridway habia puesto al lado de su silla, sobre un mal banquillo, la calabaza que servia de botella en que estaba la cerveza para dar él de beber cuando se lo pidiesen. Cenan, pues; pero llegando el lance de dar de beber á Betty, Eusebio quita á Bridway la calabaza de las manos, diciendo: que él queria servir á Mistris Betty. Hardyl al verlo con tan serena jovialidad con la calabaza en las manos, no pudo contenerse de no exclamar:

O vitæ tuta facultas
Pauperis, angustique lares! O munera, nondum
Intellecta, Deûm!

¿Cómo os ocurrieron esos versos? dijo Eusebio sonriéndose. — ¡ Ah! Eusebio; si los hombres probasen la suave conmocion que siente el alma en estos lances, despojada de las preocupaciones de la vanidad y de la soberbia, no mirarian con tan gran desden á los pobres; ni encontrándose en iguales circunstancias como estas en que nosotros nos hallamos, se les angustiaria tanto el corazon, pareciéndoles hallarse fuera de su centro.

Pero decid la verdad, (1) Sir Bridway; ahora

(1) Hardyl trataba á Bridway de Sir, en atencion á su nacimiento; el hombre no se despoja tan presto de la estimacion de su nobleza, á pesar de la miseria en que se halla, esto servia á Bridway de consuelo.

que os habeis acostumbrado á la pobreza, ¿ no os parece que soys mas dichoso que cuando erais rico? — No por cierto; no me puedo acostumbrar á esta vida. La cruel memoria de la pérdida de mis hijos, y de mis bienes, agraza la tranquilidad de la cual gozára sin ella: verdad es, que el fiero desengaño que me dieron mis desgracias, me hace mirar al mundo y sus cosas con tal aversion, que me costára poco desprenderme de él cuando venga á llamarme la muerte.

— ¿ Y os parece poco dichoso ese estado en que se halla vuestra alma? ¡ Cuántos Lordes de Inglaterra dieran la mitad de sus bienes para poseer esa indiferencia de vida que vos teneis! ¿ Creeis acaso, que todas las desgracias de los hombres, ó su dicha, se ciñe á perder sus riquezas, ó á poseerlas? ¿ A cuántos no les son éstas medio para abreviarse la vida, ó para sentir mayores desgracias? ¿ A cuántos no les hacen la vida mas amarga sus hijos díscolos y mal inclinados? ¿ Creeis que el rico no padezca iguales ansias que el pobre? ¡ Ah! si supierais cuan acerbos disgustos y fatales desazones roen el interior de muchas personas grandes y ricas, bajo de sus dorados techos, no envidiariais tanto vuestros perdidos bienes, porque al fin, ¿ no fueron estos la causa de todas vuestras desventuras? Si hubierais nacido pobre, ¿ creeis que Kirke hubiera aniquilado vuestra familia?

—No, ciertamente, y casi me haceis apreciar mi presente estado; por lo menos me dais motivo para que en adelante no me sea tan sensible, cuanto me lo ha sido hasta ahora.

Mas esto tampoco basta, Sir Bridway, si el hombre queda destituido de las luces de la sabiduría, cuyas máximas y reflexiones veis cuanto contribuyen para tranquilizar nuestro corazon; ó por lo menos para que no sintamos tanto los males y desgracias que nos sobrevienen, y que nosotros mismos nos agravamos. Sobre esto continuó á tratar Hardyl, desmenuzando tanto la materia, que al buen viejo le parecia ser otro hombre, levantándose de la mesa muy consolado, y satifecho de haber recibido en su casa un hombre que comenzaba á infundirle veneracion.

El mismo candil que habia servido para la cena, sirvió tambien para alumbrar los dos aposentos cuando se acostaban: aunque Hardyl y Eusebio no habiendo de gastar tiempo en desnudarse, por no tener sábanas, dijeron á Bridway que lo retirase, tendiéndose vestidos sobre el colchon: una vieja manta, que se acordaba del último Protagenet, los cubria; y el ejercicio de aquella tarde contribuyó para que Eusebio, dando vado á sus tristes pensamientos que le ocurrian, tomase luego el sueño.

Éste le duraba tan fuerte al otro dia, que Hardyl lo hubo de dispertar, diciéndole: Eu-

sebio, hijo, vamos, que es tarde, y nuestros buenos huéspédes hace rato que se levantaron. Esta mañana debemos ir á ordenar el armatoste para la tienda; pues si hoy se concluye, hago cuenta de ponerla, y comenzar mañana nuestro trabajo : ánimo, hijo.

Eusebio se incorpora al tiempo que Hardyl con los brazos abiertos decia : ¡ Gran Dios ! compadeceos de nosotros. Eusebio acompañó entonces en su interior la exclamacion de Hardyl; y levantados ya, bajaron á la cocina, en donde Betty y Bridway los esperaban. El buen viejo, curioso de saber á que fin habian traido aquellos juncos y enea, se lo pregunta. Son materiales para la tienda que queremos poner, le dice Hardyl : ¿ habria por ventura aquí cerca algun carpintero? — Sí lo hay; ¿ qué os ocurre? — Vamos allá, que quiero ordenar el esqueleto de la tienda.

Llegados á casa del carpintero, Hardyl dice á Bridway, que no pierda tiempo por ellos, pues sabia caminar por Londres. — Me voy, pues; pero acordaos que del dinero que sobra del que me disteis para el alquiler de la cama, lo iré gastando en la comida; y asi os esperamos hoy á comer. — Iremos, Sir Bridway, no lo dudeis.

Hardyl da la idea al carpintero del armatoste para su tienda portatil; de modo que se pudiese llevar sin mucho embarazo; luego van á

verse con el mozo que les habia sugerido la especie, para prevenirlo que al otro dia irian á poner la tienda, y á comenzar su trabajo. El mozo quiso informarse del modo como lo querian hacer: y diciéndole Hardyl, que trayendo por las mañanas el armatoste, y volviéndolo á llevar por las tardes á su casa; el mozo se les opone diciendo: eso no, amigos; bueno seria que teniendo yo aquí lugar en el almacen, permitiese que vinieseis y tornaseis cargados todos los dias con ese peso; yo no sé hacer beneficios á medias: disponed de mí, y de mi tienda como querais. Amo á los Cuakeros, y deseo que se me haya proporcionado esta ocasion para manifestarlo.

¿Quién pudiera creer que con la capa de tan ingenuo y manifiesto favor, en apariencia, encubriese el infáme mozo una diabólica traicion?

Hardyl y Eusebio, despues de haberle dado sinceras muestras de su agradecimiento, se despiden de él. Hardyl dice entonces á Eusebio: si el carpintero nos cumple la palabra que nos ha dado de concluir mañana el armatoste, pondremos la tienda; pero para ello conviene que tengamos trabajados algunos cestos y espuertas que sirvan para muestra por lo menos; pues tienda sin mercadería, se me antoja bolsa sin dinero, y vaina sin espada.

Podemos, pues, emplear esta mañana, y toda

esta tarde en trabajar alguna cosilla. De la enea haré yo espuertas, que aquí suelen tener despacho, y de los juncos hareis vos cestos ó azafates, lo que mas gana os diere; pues aunque son verdes los juncos, en Londres todo tiene despacho: y cuando no, podremos buscar materiales preparados, pues tambien los hay. Volvamos á casa por aquella otra calle en donde ví ayer en una tienda esteras de venta, y de paso compraremos dos para llevarlas á casa, pues serán á propósito para defender nuestro armatoste de las inclemencias del tiempo.

Compran de hecho las esteras, y cargando cada uno con la suya, vuelven con ellas á casa. Bridway no estaba en ella, y Hardyl dice á Betty si llevaria á mal que trabajasen allí en la cocina; ¿qué decis? ¡cielos! le responde la oficiosa Betty; antes bien con mucho gusto, disponed como querais: y desembarazando ella misma un rincon de trastos viejos, Hardyl y Eusebio se ponen á trabajar.

Ella volvió á tomar la rueca, que habia dejado para desocupar el rincon; y como la curiosidad de las mugeres es la misma en todas partes, comenzó á preguntarles ¿quienes eran? de donde venian? y cómo era que habian venido? Hardyl satisface buenamente á sus preguntas, hasta contarle el caso del coche. Ella comienza á formar alto concepto de aquellos artesanos, combinando en su mente los

discursos de Hardyl, la magnanimidad que conservaban en tal desgracia, y en el trabajo que les veia emprender: de modo que cuando oyó que su marido abria la puerta de la calle, se dió priesa para salirle al encuentro fuera de la cocina, llevada de su admiracion; y le dice con voz baja, pero no tanto que no lo oyese Eusebio: ¿ sabeis Guillermo? los Cuakeros que tenemos en casa son Caballeros.

— No puede ser: los Cuakeros no tienen tales distinciones. — A lo menos son Señores muy ricos: decidles que os cuenten su desgracia, y lo vereis. Dicho esto le toma la espuerta que traia el viejo, y entran los dos en la cocina.

¡ Oh! Sir Bridway, bien venido, le dice Hardyl, y lo saluda tambien Eusebio. ¿ Cómo ponerse á trabajar tan presto, dijo el viejo, apenas llegados á Londres? Este trabajo, como veis, no da gran cansancio, le reponde Hardyl, y necesitamos de trabajar para poner tienda mañana. — ¿ Nececitais de trabajar, y me disteis ayer dos libras esterlinas? — Bien; pero acabadas esas, ¿ quién nos dará otras para podernos mantener, si no trabajamos? ¿ Quereis que vayamos pordioseando por las calles de Londres, pudiendo emplear nuestra industria y trabajo mientras tenemos fuerzas para ello? — Teneis razon, aunque á la verdad no os creia tan pobres que vuestro caudal se re-

dujese á dos libras esterlinas. — Ocurrió entonces á Hardyl preguntar á Bridway, si habia cesteros en Londres, no habiendo visto ninguno en las calles por donde habia pasado. Cabalmente, le responde el viejo, hay uno en este barrio, y cerca de mi tienda.—Me hariais, pues, un singular favor, si os informaseis de él del lugar en que se provee de materiales. — Eso lo haré yo cón mucho gusto, y esta noche os daré la respuesta. Luego comenzó á hacer algunas preguntas á sus huéspedes; pero viendo Bridway que Hardyl no le daba pie para entrar, sin curiosidad manifiesta, en lo que Betty le habia dicho sobre su desgracia, desistió por entonces de sus preguntas, y fué á ayudar á su muger, poniendo sobre las parrillas cuatro costillas de ternera que habia traido. Luego pone en un plato unas rajas de salchichon, y en otro un pedazo de queso, y desde que estuvieron asadas las costillas, llamados á la mesa, Hardyl y Eusebio dejan su trabajo y se ponen á comer.

Betty mostraba en su mayor encogimiento el mayor concepto que habia formado de sus huéspedes: y Bridway que iba buscando motivos para poder satisfacer sin nota su curiosidad, les dijo: ¿pues es bueno, que despues de un dia que honrais mi casa, haya yo de ignorar todavía vuestros nombres? El mio, dijo Hardyl, es Jorge Hardyl, y el de este jóven es

Eusebio M.... — ¿ Apellido español me parece? — cabalmente, dice Eusebio. — Pues yo vos habia tenido por hijo de Master Hardyl. — No lo soy; pero desde niño me sirve siempre Hardyl de buen padre.

¿ Vuestro padre, pues, está en España? — Naufragó yendo á la Florida. — ¡ Gran desgracia! ¿ Era tal vez capitan de navío? — Iba solo de pasagero. Nada de todo esto satisfacia los desesos de Bridway, que quisiera saber si era verdad lo que Betty le habia dicho : y no atreviéndose á preguntarlo por lo claro, sentia que sus huéspedes anduviesen tan modestos en sus respuestas, acortándolas de propósito Eusebio, y evitando satisfacer por entero á Bridway, para contener el sentimiento de vanidad que le excitó Betty cuando dijo á su marido que eran caballeros.

Pero Hardyl, que llegó á sospechar la curiosidad del viejo, queriendo sonrosear un poco á Eusebio, tomó ocasion dèl vaso que tenia en la mano, ocurriéndole beber á la salud de sus huéspedes, y luego á la de Altano y de Taydor. Eusebio oyendo nombrar á Altano, exclamó ¡ pobre Altano! ¿ qué será de él? — ¿ Pues y Taydor, dónde lo dejais? — Taydór está en su patria, tiene conocidos y parientes en ella; pero el pobre Altano se ha de ver desesperado : aunque ¿ quién sabe lo que será de él?

¿ Quiénes son esos hombres, pregunta inme-

diatamente el viejo. Son, dijo Hardyl, mirando á Eusebio, y sonriéndose, los criados de Eusebio. Bridway y Betty fijan en él sus ojos, bajando Eusebio los suyos. Bridway prosigue : ¿ pues y dónde han ido esos criados? Hardyl le cuenta entonces la doliente historia. ¡ Oh cielos! exclama Bridway, ¿ y no me habeis contado antes esa desgracia? — Ahora ya la sabeis. — La sé, sí, con disgusto : lo siento sobremanera ; ¿ y este jóven señor se ve reducido á hacer el cestero?

Sir Bridway, dice Eusebio, es menester acomodarse á las desgracias : ¿ no fuera mucho peor si me viese reducido á pedir limosna por no saber hacer ningun oficio? — Es asi, pero os he visto trabajar con tanta conformidad, sin dar la menor muestra de sentimiento, que estoy admirado de vuestro ánimo; pues yo despues de tantos años, no acabo de quejarme con todo de mi contraria fortuna. — ¿ Pero quereis contejar vuestras sumas desventuras con esta mi desgracia? Sobre ella añadió Hardyl algunas reflexiones morales, y en estos discursos acabaron de comer. Bridway dijo etonces que se iba á su tienda, y que no se olvidaria de informarse del cestero sobre los materiales. Hardyl y Eusebio volvieron á su trabajo, y Betty se puso á lavar los platos. Metido Eusebio en su trabajo, le ocurre otra vez Altano, y mueve sobre él la conversacion : dos contra

dos, dice, bien se habrán sabido defender; y no creo que los cocheros se hayan atrevido á Taydor: pues aunque es tan bueno cuanto honrado, es tambien hombre de pelo en pecho, y valiente como el que mas.

Eso lo creo yo tambien, dijo Hardyl, los mas esforzados son comunmente los que menos manifiestan su valor; ¿ pero no sabeis cuanto puede á veces la maligna superchería? yo no quiero formar mal agüero; antes bien me persuado que los cocheros tiraron solo á los caballos; pues el coche no es aguja que se pierda en un pajar. Lejos no han podido ir, porque Altano y Taydor no habrán querido partir del lugar en que hayan parado sin vernos llegar á él; y como si lo viese, los cocheros, con el pretexto de dar pienso á los caballos, se habrán ido con ellos á otra provincia, aunque esta de Midlesex es bastante extensa; pero á caballo se va al cabo del mundo.

Gil y Taydor se habrán visto muy embarazados y llenos de congojas al verse sin caballos, é ignorando nuestro destino, no sabrán que partido tomar. En fin allá lo veremos. La justicia, á quien dimos parte, habrá ya tomado sus providencias. Luego que hayamos puesto la tienda, iremos á ver al juez de paz, con quien hablamos, para ver que respuesta nos da.

Betty habiendo puesto en arreglo su menage, acudió á la rucca, y mojando la hilaza con la

saliva, llegóse á Eusebio y Hardyl que trabajaban: su curiosidad no habia quedado del todo satisfecha. Comenzo, pues, á ensartar preguntas, á las cuales respondia ya el uno, ya el otro, acerca de su viage, de los Cuakeros, de Filadelfia; y habiendo suscitado Hardyl con sus preguntas la especie de John Bridge, aquel jóven á quien Hardyl dió en Filadelfia cincuenta guineas, le pregunta si sabia que en Londres hubiese un mercader que se llamaba Pablo Bridge.

— Murió hace dos años dejando inmensa riqueza. — ¿Y tuvo hijos? — Uno dejó, el cual hace algunos años que se restituyó á Londres despues de haber corrido el mundo, y de haber dado mil pesadumbres á su padre. ¡ Oh ! conozco bien esa casa: ¡ bueno si la conozco ! serví algunos años en otra, que, aunque algo distante de la de Sir Bridge, tenia mucha amistad con ella.

— ¿Sin duda debió ser muy mala cabeza ese su hijo? — Muy travieso fué en su mocedad; basta deciros, que mató al hijo del lord Ut.... — ¿Y pudo finalmente restablecerse en Londres? — ¡ Ah ! Master Hardyl, el dinero todo lo compone. — Pero ¿sabeis de que modo se compuso ese negocio? — no lo sé; me casé poco despues, y no supe mas del caso.

¡ Cuánto me alegro, dijo entonces Eusebio, de saber que John Bridge esté en Londres! hasta ahora no me habia ocurrido. Podemos ir á verlo, Hardyl, tal vez se acordará de nosotros.

— Eso no lo sé yo, Eusebio : el rico suele siempre desconocer al pobre, á quien desdeña. Si volvemos á encontrar el coche, entonces podremos darle parte de nuestra llegada, y veremos como la recibe. Pero antes no es prudencia exponernos á recibir un sonrojo sin necesidad. De esto nos exime nuestro oficio.

Acabado de decir esto llega el carpintero con el armatoste concluido. Hardyl lo coloca en pie allí mismo en la cocina, y lo cubre con las esteras. Eusebio coge entonces la silla, y llevándola dentro de aquella barraca, se sienta, poniéndose á mirarla de arriba abajo, como complaciéndose de verse abrigado de aquel portatil edificio. Betty se compunge al verlo, cotejando la modesta serenidad que conservaba en aquel humilde estado, despues de haber perdido su coche, caballos, criados y dinero [1].

Hardyl paga al carpintero con el dinero que le entregó Eusebio : luego suplica á éste le quiera dar una mano para rollar las esteras, y disponer el armatoste para llevarlo al otro dia á la plaza. En esta maniobra los sorprende Bridway, que volvia de su tienda, y lès dice : ¿pues que, esto va de veras? ¿es posible que no haya de parecer el coche?

Mañana mismo, responde Hardyl, puede muy

(1) *Nihil æquè magnam apud nos occupat admirationem, quam homo fortiter miser*, dice Séneca.

bien suceder; pero puede tambien no parecer jamas: ¿no habèis oido decir que la esperanza del desidioso es el anzuelo de su mala ventura? Si parece, arrimaremos entonces estos trastos, y os quedará memoria de nosotros en esas espuertas y cestos que hemos trabajado. ¿Pero os acordasteis de preguntar por los materiales? — Me dijo el cestero, que los hace venir de un almacen de Soutwarck.

— Os agradezco la noticia; mañana iremos, pues, á proveernos: veo que es hora de cenar, pero permitidme que acabe esta espuerta, pues me falta poco. Entre tanto Betty puso la mesa, y acabada la espuerta, se pusieron á cenar, tratando mientras duró la cena del modo y lugar en que habian de colocar la tienda, y del generoso ofrecimiento que les hizo el mozo de la plaza de Spittle-Fields. Al otro dia, despues de haberse levantado, antes de cargar con las esteras y máquina de la tienda, Hardyl hace tomar á Eusebio un zoquete de pan y un trago de agua. Lo toma tambien él en presencia de Betty y de Bridway, que los estaban contemplando; luego comienzan á poner manos á la obra. Eusebio se habia arrodillado en el suelo para atar con la soga las arrolladas esteras, despues de haber alargado el cabo por debajo de ellas para que Hardyl lo tomase.

Éste notó entonces, que Bridway hacia señas de la cabeza á Betty su muger para que

mirase á Eusebio en aquella postura, como queriendo que ella participase de la compasiva admiracion que á él mismo le causaba; pero al tiempo que Hardyl se bajaba para tomar las esteras, se ofreció Bridway á llevar una de ellas; mas Hardyl no lo consintió, diciéndole que tenia fuerzas para llevar las dos. Quedaba el armatoste para Eusebio, y al tiempo de cargar con él comenzó á palpitarle un poco el corazon: pero despues que Bridway y Betty se lo acomodaron sobre los hombros, y se vió en la calle, camino de la plaza, se sosegó enteramente.

El mozo de la tienda, que contaba los momentos de su tardanza, luego que los vió comparecer, entra á llamar al hombre que le servia, para que saliese á ayudarles á descargar y plantar el armatoste. En un instante se hizo visible á toda la plaza de Spittle-Fields aquel humilde templo de la virtud industriosa. Hardyl quiere poner por muestra las espuertas y cestos ya trabajados, pero se los habia dejado en casa.

Bien notó Betty antes que saliesen de su casa este descuido de Eusebio, á quien Hardyl los habia encargado; pero le tuvo sobrada compasion para avisarlo, habiendo determinado llevarlos ella misma, como lo hizo llegando á la tienda con los cestos al tiempo que Hardyl los echó menos. Pero como se habian dejado tambien los fajos de juncos y enea, hubo de ir

Hardyl por uno de ellos, dejando á Eusebio encomendada la barraca.

El mozo, á quien importaba hacerles todas las posibles demostraciones, luego que vió solo á Eusebio, le hizo entrar en su tienda, en donde comenzó á preguntarle sobre su venida á Londres, sobre el tiempo que se detendrian, y la casa en que moraban. Eusebio satisfacia á todas sus preguntas, cobrándole mucha aficion, por la que el mozo le manifestaba. Hardyl llega con un fajo; y luego dan principio á su trabajo.

Eusebio comenzaba á desahogar su pecho, algo oprimido hasta entonces, de todas aquellas menudencias, y engorros necesarios para llegar á ganarse el sustento, y que son comunmente los mayores embarazos que atan los brazos á la desidia. ¡Pero que pura y sincera satisfaccion no gustaba entonces en su trabajo comenzado! sintiéndose, sin echarlo de ver, hecho superior á su desgracia, á su fortuna, sin servil dependencia de los demas hombres; y confortado de los sentimientos de su resignacion, su alma quedaba inundada de alborozo celestial al conformarse con las supremas determinaciones, gozando de tener en sus manos el remedio contra la necesidad á que lo exponia su contraria fortuna, y complaciéndose de que su industria y trabajo le sirviesen en lugar de los bienes que habia perdido.

Hombres de negocios, desvalidos pretendien-

tes de empleos y dignidades; cortesanos caidos, desatendidos militares, quejosos escritores; venid, y atreveos á decir á vista de Eusebio que trabaja, que son mas envidiables vuestras ansias, vuestros anhelos, vuestras congojas y amargas desazones, que la soberana tranquilidad y sublime grandeza de ánimo de ese jóven, empleado en un oficio al parecer tan despreciable.

Verdad es, que la suerte les está amenazando un golpe mas terrible que el que acaban de sentir con la pérdida de su coche. Pero Hardyl preso, y Eusebio maniatado entre los horrores de una cárcel, desdeñáran trocar sus heróicos sentimientos con los viles y bajos que os hacen someter vuestra noble libertad á los pies del altanero, cuya desdeñosa proteccion adorais, antes que fórmaros con un industrioso trabajo, una independiente soberanía, que os exima de las ambiciosas humillaciones con que mendigais un favor arrogante, á costa de un vergonzoso abatimiento.

El mozo de la tienda, queriendo tomar tambien el tiento á Hardyl; con el pretexto de verlos trabajar, hízole casi las mismas preguntas que á Eusebio; y pareciéndole que ambos á dos le venian de molde para las intenciones de su maligno corazon, resolvió ponerlas cuanto antes en ejecucion.

Era este mozo de Bristol, llamado Felipe Blund, hijo de honrados padres, y él mismo

muy fiel y honrado antes que viniese á Londres, habiendo hecho notables progresos en sus estudios, que desamparó por aprovecharse de la ocasion de servir al mercader que era amo de la tienda en donde entonces se hallaba. Pero de dos años que estaba en ella, habiéndose enamorado de quien no debia, fué perdiendo insensiblemente los sentimientos de fidelidad y honradez, dando al mismo tiempo entrada en su corazon, como sucede, á todos los vicios que acompañan á un amor ilícito y desordenado.

Cuanto mas hermosa es la muger prostituida, tanto mas caros vende sus favores. La de Blund lo era; mas era al mismo tiempo una de las muchas Caribdis, ídolos de los fáciles y desdichados necios, que andan muy desvanecidos con su pasion, por verse acariciados de una blanca mano, sin echar de ver que es ella cabalmente la del mas sórdido interes, y no de la correspondencia de un puro amor, como se imaginan.

No le bastaba al insensato Blund lo que honradamente ganaba en su empleo para satisfacer á la codicia y á la vanidad de su amada, y aunque su honrada fidelidad resistia al principio á las sujestiones del vicio, pasando por la mortificacion de pedir prestado antes que tocar al dinero de su amo; pero acosado finalmente de sus acreedores, hubo de atrasar pagamentos, y de deshacer cuentas enteras para soldar las quebradas.

No bastando tampoco estas marañas para los desperdicios de su empeñado amor, vióse precisado á romper con la vergüenza que le quedaba, y con los restos de su honor luego que vió en su poder de un golpe trecientas libras esterlinas que acababa de cobrar; fabricando en su imaginacion mil trampantojos, y ensayando medios para defraudarle á su amo aquella cantidad sin perjuicio de su crédito y estimacion.

Hallanáronsele todas las dificultades con la vista de los Cuakeros, que tales creia á Eusebio y Hardyl cuando se le presentaron para informarse de la tienda; pues si podia réducirlos á que aceptasen el expediente que les daba de venir á poner tienda al lado de la suya, daba por hecho el lance,pudiendo achacarles el hurto, que hacia tan probable la frecuencia de entrar y salir en su tienda aquellos hombres advenedizos.

Viendo, pues, ahora que le habia salido tan bien su diabólico engaño, saltába de contento, no perdonando demostracion ni agasajo para aficionárselos, siendo él el primero en comprarles las espuertas que habian trabajado, y que estaban allí por muestra: aunque para que no quedase la tienda desairada, las dejó allí hasta que hubiesen trabajado otras.

Formó Eusebio buen agüero del despacho que habia de tener su trabajo con esta compra de Blund. Confirmóselo tambien la venta que

hizo por la tarde de un cesto, y de un azafatillo de juncos, á un niño hijo de un caballero que pasaba por la tienda, y que no quiso moverse de allí, regañando, hasta que su ayo se los compró.

Llegada la hora de cerrar la tienda, estuvo pronto el criado de Blund para ayudarles á deshacer la barraca, y colocarla en el almacen. Hardyl y Eusebio le agradecieron de nuevo tantas demostraciones de cordialidad que con ellos usaba, y se volvieron á casa con la ganancia de aquel dia, bendiciendo Eusebio la providencia, que comenzaba á recompensar su industria y trabajo.

Bridway, que ya estaba en casa, los recibió con alborozada afabilidad; y Hardyl, que nada perdia de vista, dijo á Eusebio delante de sus huéspedes : veis Eusebio, que hemos enderezado nuestra desgracia, gracias al oficio que aprendimos; pero conviene que pensemos tambien á la conveniencia, y á las obligaciones que tenemos contraidas con nuestros mas allegados, y que cumplamos con ellas. Prometisteis á Henrique Myden darle parte de vuestra llegada á Londres; é hicisteis, si no me engaño, la misma promesa á Leocadia : no hay por que diferirlo. Sir Bridway os permitirá que les escribais antes de la cena. Con mucho gusto, dijo Bridway, voy á la casa inmediata á pedir recado, pues yo no tengo; y vuelvo luego, luego.

Bridway vuelve con tintero, pluma, y papel; y Eusebio se pone á escribir. Hardyl, Bridway y Betty se ponen á conversar algo apartados con voz baja, mientras Eusebio escribia, para no distraerle. La curiosa Betty, que habia oido nombrar á Leocadia, preguntó á Hardyl con voz baja, ¿si era la madre de Sir Eusebio? Hardyl, queriendo tomarse inocente solaz de su curiosidad, le responde: no es sino la prometida esposa de Sir Eusebio; doncella rica, y la mas hermosa y cabal que haya yo visto en todos cuantos paises he corrido, que son muchos.

¡Pobre señorita! exclama Betty; ¡cuantas lágrimas no le costará la desgracia de Sir Eusebio cuando la sepa, pues á mí me las saca! en verdad que es un jóven adorable. ¡Que paciencia tan jovial! ¡que dulce serenidad en medio de sus trabajos! Esta mañana se me quebraba el corazon al verlo en el suelo de rodillas arrollar las esteras, y me hube de hacer fuerza para no prorumpir en llanto cuando le cargamos sobre los hombros el armatoste: ¿sin duda que os debe ser muy suave su compañía?

El viejo Bridway alargaba ojos y oidos para entender lo que Hardyl y Betty se contaban en voz baja, comprendiendo por las medias palabras que oia, que hablaban de Eusebio. Mas no pudiendo sacar en limpio el discurso, se acercó con la silla. Hardyl, dando entonces un

poco mas de cuerpo á la voz, satisfacia á las preguntas de Betty y de Bridway, á quienes hizo larga relacion de la patria, padres y riquezas de Eusebio; de la adopcion que hicieron de él Henrique y Susana Myden, de su establecido matrimonio, y de todo cuanto á Eusebio concernia; pues aunque se hubiera dejado la mitad, las preguntas de sus buenos huéspedes, le hicieron apurar la materia, de modo que Eusebio pudo acabar sus cartas antes que Hardyl dejase plenamente satisfecha la atencion de los que pendian de sus labios al oirlo.

He concluido, Hardyl, dijo entonces Eusebio: ¿quereis ver las cartas? — Sí, veámoslas; y tomando la que habia escrito á Henrique Myden, leyó:

Eusebio á su buen padre Henrique Myden.

« Cincuenta y tres dias despues de nuestra sensible separacion, llegamos á Douvres, donde me proveí de coche y caballos para continuar por tierra hasta Londres nuestro viage. Llegamos á ella; pero en muy diferente estado del que nos podiamos prometer. Caballos, coche, Altano y Taydor que iban en él, cédulas de cambio, y todo el dinero que llevábamos, desaparecieron antes de llegar á Darfort, á donde quisimos encaminarnos á pie, enviando el coche adelante, sin que sepamos hasta hoy dia su paradero.

» Un encanto no tuviera tanta fuerza en mi imaginacion, cuanta la realidad de lo que os cuento. ¿A que accidentes no está expuesto el hombre en la tierra? Todo lo ha remediado el incomparable Hardyl. Hoy hemos puesto tienda de nuestro antiguo oficio en la plaza de Spittle-Fields, y salgo de ella para prticiparos nuestra situacion.

» Os ruego, padre mio, no querais anticiparos el sentimiento que no nos causa á nosotros esta desgracia; pues nos hallamos en el mismo estado que profesabamos en Filadelfia cuando haciamos los cesteros; y si os fuese sensible la pérdida del coche y dinero, tened presente, que tal vez mañana lo podemos recobrar todo, andando en ello la justicia, á quien dimos luego parte, Si fuera asi, vuestro sentimiento seria por un motivo muy atrasado, y por causa que ya no existiria,

» El buen Hardyl tuvo luego la precaucion de avisar á los mercaderes á quienes iban dirigidas las letras de cambio, por si acaso se hubiesen alzado con ellas los cocheros, á quienes atribuimos el robo del coche. Pero para precaver toda contingencia posible, os ruego nos remitais otras, que esperamos sin ansia y sin desasosiego; pues os aseguro que goza mi corazon de mayor tranquilidad, que el del Rey en su trono.

» En Douvres comenzé á sentir la vana com-

» Añadid á esta desgracia la del robo del coche, caballos y dinero en la ciudad de Darfort: mas con todo no ha podido merecer en mi pecho pena y sentimiento igual, á los que me fomenta de continuo la privacion de un amable objeto, que solo pudo enagenar los sentidos de Eusebio.

» No Leocadia, reducido á grangearme el sustento con el sudor de mi rostro, y ocupado en la tienda que hemos puesto en Spittle-Fields para no morir de hambre, ninguna hermosura de la tierra, adornada de todas sus riquezas, llegaria á deslumbrar mis ojos, que fijos en vuestra presencia, recibe de ella consuelo para fortalecer mi pecho en la miseria, y para no ver sino en vos sola, ¡ oh eterno amor mio! el colmo de la felicidad á que aspiro.

» ¿ Cuál, cuál será el suceso infeliz, ni la promesa alagüeña, ni el amenazado tormento que puedan torcer la eterna felicidad, ni apagar el ardiente amor que inflama á vuestro amante en la contemplacion de vuestras perfecciones? Aunque la muerte enviada de lo alto, viniese á destruir mis felices esperanzas, ¿ pudiera por ventura robarme la dicha de haber merecido vuestra correspondencia?

» ¿ Qué pudiera faltar entonces para el colmo de la felicidad de Eusebio correspondido? ¿ Qué faltára?... ¡ Oh cielos!... ¡ Oh terribles atractivos de aquellos dulces ojos, fraguas de

ardientes rayos que llegan á inflamar mi memoria, y los deseos que debo sufocar todavía! ¡Oh irresistibles alicientes de aquellas tiernas y severas gracias de aquel honesto y hermoso rostro!... ¿Mas dónde me arrastra mi enagenada fantasía?

» ¡Oh virtud adorable! ven, opon á mi memoria descarriada el espejo de tus divinas perfecciones. Chupen mis labios en tu sagrado seno el destello celestial, que dé vigor á mi postrado espíritu, y fortaleza á mis desfallecidos sentimientos. Sosiegue tu suave mano el tumulto de mis palpitantes afectos, ciña mis lomos tu casta severidad, y tu sacrosanto velo cubra mi frente, para que tu grabada imágen borre las ideas de las cuales me requieres tú misma el sacrificio.

» Perdona, Leocadia, este enagenamiento, á un inflamado amante que te adora, que te amará eternamente ».

EUSEBIO.

Extraña carta es esta, dijo Hardyl; pero el amor se entiende. Veremos como la lleva Leocadia.

Eusebio cierra las cartas, y da lugar para que se prepare la mesa. Siéntanse luego á ella. Leocadia ocupó la compasion de Betty, la complacencia de Eusebio, y el discurso de todos el tiempo de la cena, empeñando á mas de esto la

memoria y afectos de Eusebio, la mayor parte de la noche, sin dejarle descansar sus pensamientos.

Al otro dia, antes de encaminarse á la tienda, llevaron las cartas al mercader que se encargó de remitirlas. De allí pasaron á verse con el juez de paz para informarse del coche. Pero solo supieron de él que habia tomado todas las posibles providencias para encontrarlo; y con esta sola noticia fueron inmediatamente á la plaza de Spittle-Fields para aderezar su barraca.

Experimentaron la misma atencion cariñosa que el dia antecedente de la parte del mozo, que los esperaba con impaciencia, habiendo comenzado á poner en ejecucion la noche antes su detestable maldad, disponiendo de las trecientas libras esterlinas que habia cobrado; pues se lisongeaba poder achacar aquel hurto á los cesteros, acusándolos de ladrones, sin temer que pudiera descubrirse su engaño. Con todo luego que Hardyl y Eusebio se pusieron á trabajar, acudió á la barraca, y fijó en ellos sus ojos, particularmente en el jóven Eusebio, cuya dulce modestia, y suave serenidad, parecia que le reprobasen su infame traicion, representándole la fealdad de su delito la inocencia de entrambos, oprimida con la ignominia de la cárcel, y con la muerte infame que habia de seguir á su acusacion.

¿ Pero cómo reponer cien libras esterlinas tragadas la noche antes de su voraz Euripo ? ¿ Que excusa , que trampantojo idear para encubrir su delito al dueño que sabia la cobranza hecha , y cuya entera suma esperaba al otro dia? ¿ Querrá descubrirse antes reo el traidor Blund , y padecer la ignominia de la prision y una muerte infame, que dejar de acusar á los inocentes? ¿ Se atreverá á perder su establecida reputacion á los ojos del mundo y de su amada ? ¿ Querrá renunciar y romper para siempre un trato que arrancó de su pecho los sentimientos de la honradez ? ¡ Oh amor infame ! ve , á que mortales congojas , á que delitos induces un corazon honrado que se horroriza de sí mismo de haber podido llegar á tan funestos extremos.

Avasallaron al infeliz Blund estas terribles zozobras de su amor propio y de su vanidad : mas , á pesar de sus interiores angustias y de los remordimientos de su conciencia , esforzó en llevar adelante su infame resolucion , acusando á Hardyl y á Eusebio , como lo habia determinado.

Para dar mayor probabilidad á la acusacion del robo ; despues que aquella misma tarde acabaron su trabajo , y que pusieron la barraca en el almacen , les rogó se quedasen allí en la tienda hasta que él volviese , qúe seria luego. Ellos condescendiendo con los ruegos de

quien tanto les favorecia, esperaron que Blund volviese, pagados de la confianza que mostró hacer de ellos; encomendándoles la tienda, como les dijo, por no tener entera satisfaccion del hombre que le servia.

Al cabo de buen rato, llega Blund acompañado de dos amigos suyos, á quienes ocultó las intenciones que llevaba de hacerles servir de testigos en caso de necesidad, de como habian visto los Cuakeros en su tienda; y á estos les vendió la cruel fineza de traerles aquellos amigos suyos para hacerlos sus parroquianos.

Eusebio quedaba asombrado de la cariñosa propension que Blund les manifestaba; pero Hardyl comenzaba á descubrir en ella una afectacion que conmovia su desconfianza; y aunque no pudo dejar de manifestarle su agradecimiento al nuevo favor, se despidió de él resuelto á penetrarle todas sus intenciones y á recatarse de todas sus afectadas finezas.

Ellos volvieron á casa de Bridway, y el traidor Blund dirigió sus mal asegurados pasos á la del mercader su amo, para contarle el fallo que habia encontrado en su tienda de las trecientas libras esterlinas, diciéndole las sospechas que tenia de que se las hubiesen robado los Cuakeros; cuya circunstancia de la inmediacion de la tienda y de la frecuencia que les habia permitido en la suya, le contó por me-

nudo, acusándose de necio por haberse fiado de dos hombres desconocidos que no debia.

El mercader irritado sobremanera por tal pérdida, prorumpiendo en baldones y denuestos contra el necio atolondramiento de Blund, el cual los engullia con tanto mayor gusto, cuanto mayor era la seguridad que para sí se prometia, viendo que su amo se habia mamado el embuste. Éste lo echa de allí, jurando de delatar el hurto á la justicia, como lo ejecutó al otro dia.

Aun no habia amanecido éste, ni Bridway ni Betty se habian levantado todavía, cuando Hardyl dispierta á Eusebio, diciéndole: Eusebio, levantaos, que hemos de ir á Soutwarck para proveernos de materiales. Eusebio soñoliento se levanta y sigue á Hardyl que bajaba la escalera á tientas, por falta de luz, pues la del dia apenas comenzaba á rayar; y aunque á Eusebio se le hacia algo duro, la presencia de Hardyl y sus máximas disiparon luego su sentimiento.

Salen de casa habiendo prevenido de ello la noche antes á sus buenos huéspedes, y se encaminan á Soutwarck de donde volvieron cargados con sus fagos mas tarde de lo que creyeron, y á hora en que los esperaban Betty y Bridway con solicitud á comer por haber pasado el medio dia, porque á mas de ser largo el camino, viéronse obligados á esperar al mer-

cader que les habia de vender los materiales; lo que fué causa de que perdiesen aquella mañana, y de que no pudiesen poner la tienda ni trabajar en ella.

Habia tambien madrugado el amo de Blund para delatar el hurto á la justicia, sin ponerlo en solas sospechas, como Blund le habia insinuado; sino que acusó de hecho á los cesteros de ladrones; de modo, que el juez de paz envió luego los alguaciles á la plaza de Spittle-Fields para prenderlos. Pero como los Cuakeros no habian comparecido en toda aquella mañana por haber ido á Soutwarck á proveerse de materiales, los esbirros ó alguaciles, no viendo la tienda, de la cual les dieron las señas, hubieron de acudir á la de Blund para informarse en ella. ¿Quién pudiera pintar al vivo las terribles angustias y congojas que roian el corazon de Blund, no viendo comparecer en aquella mañana los Cuakeros, y viendo entrar en su tienda los alguaciles para informarse de ellos? Blund no sabiendo darles razon de su ausencia en aquella mañana, hubo tambien de hacer de espía, diciéndoles el barrio y la casa en donde habitaban, habiéndose informado de ellos mismos de esta circunstancia.

Los alguaciles, con los informes de Blund, se encaminan á casa de Bridway para prender á Hardyl y á Eusebio si los encontrasen en ella, al tiempo que estos, despues de haber comido,

se iban cargados con sus fagos hácia la plaza de Spittle-Fields; pero por calle diferente de la que habian tomado los alguaciles, y bien agenos de la desgracia que les estaba amenazando. Llegados los alguaciles á casa de Bridway, preguntan por los cesteros á Betty, que se hallaba sola en casa. Ésta asustada de ver delante de sí la justicia que preguntaba por Hardyl y Eusebio, no sabia que pensar, cotejando en su turbada mente las santas costumbres de sus huéspedes, con las opuestas sospechas que la venida de los alguaciles le infundia. Ella enderezando la rueca y el huso, que casi se le habian caido de las manos por el susto, les dice, que acababan de salir de casa cargados con sus fagos para la plaza de Spittle-Fields. El capataz haciendo señas de reojo á sus fusileros, dales órden de registrar toda la casa, y no encontrándolos en ella, toma el camino de la plaza en donde Hardyl y Eusebio, acabando de poner su tienda, se habian puesto á trabajar.

Cuando Hardyl llegó á la tienda de Blund para sacar del almacen su armatoste, viendo la seca pálidez de su rostro, y el desabrimiento con que los recibia, extrañó sumamente la repentina mudanza, y aunque daba mil vueltas á todas las sospechas que le nacian, no pudiendo dar en la causa, ni fijar su temor, debió acudir á su virtud, y poner en ella sola su

confianza. Eusebio tambien habia extrañado el seco recibimiento de Blund, pero sin hacer alto en ello, comenzó su trabajo.

Todos los mercaderes y mozos de las tiendas de la plaza, que, antes que llegasen Hardyl y Eusebio á ella, habian visto entrar los alguaciles en la tienda de Blund, acudieron á informarse de lo que era aquella novedad. Blund para sacudir toda sospecha ignominiosa que podia ser en detrimento de su opinion, procuró divulgar el hurto de los Cuakeros, de modo, que no quedaba infimo mozo en las tiendas, ni mugercilla en la casa, que no se asomase á las puertas y ventanas, señalando con el dedo la tienda de los Cuakeros luego que la vieron levantada.

Creció la general curiosidad, al ver de nuevo en la plaza los alguaciles que se encaminaban hácia la barraca. Un sordo murmurio, un general llamamiento de unos á otros, puso á todos en movimiento y consternacion, siguiendo unos con los ojos á los alguaciles, y otros mas curiosos y atrevidos acompañándolos, para ver de cerca como prendian á los Cuakeros.

Bien notaron Hardyl y Eusebio, el general movimiento de la plaza, pero muy agenos de sospechar la desgracia que estaba para caer sobre ellos, proseguian plácidamente su trabajo; cuando de repente se ven encima aquellos hom-

bres armados, que con voz ronca y amenazadora les decian, que se tuviesen á la justicia.

Eusebio aturdido, enagenado de aquella terrible aparicion, deja caer de las manos el cesto comenzado, echándosele al mismo tiempo encima los alguaciles para maniatarlo. Su rostro se cubre de pálidez, una tristísima noche ocupa su mente y corazon. Hardyl, superior á todos los accidentes de la vida, levantó sin alteracion los ojos á la voz de los alguaciles prosiguiendo su trabajo, hasta que uno de los corchetes se lo quitó de las manos para maniatarlo, haciéndolo levantar de su asiento.

El primer movimiento de su alma fué volverse con toda la efusion de su cariño para ver á su amado Eusebio, y viéndolo pálido, triste, y que volvia hácia él sus ojos preñados de susto, dolor y lágrimas, le dice:

Nunc animis opus, Æenea, nunc pectore firmo.

Hablad gerigonza cuanto querais, dijo uno de los corchetes mientras los maniataba, allá os lo dirán; y luego que los tuvieron atados, se los llevan. Un inmenso pueblo llenaba ya la plaza, atraido de la novedad, abriéndose el paso los alguaciles entre la gente, y siguiéndolos luego esta misma hácia Newgâte. Los coches se paraban en las calles para no atropellar á ninguno. Las ventanas no bastaban á la curiosidad de los que llamados á ellas, las oprimian para ver

dos Cuakeros presos; novedad muy extraña en Londres por la buena opinion que aquella secta se grangeó siempre de los Ingleses.

Mano de Apeles, préstame tu pincel para retratar el sublime ánimo de Hardyl, los sentimientos de Eusebio, y las congojas de su infame delator.

A pesar del terror y pavor que asaltaron el ánimo de Eusebio al verse prender de los alguaciles, sintióse como llamado de muerte á vida, á la fuerza de la enérgica y alusiva exhortacion que le hizo Hardyl con aquel verso de Virgilio. Su alma, aunque cedió á todas las funestas ideas que le excitó tan inesperado y terrible accidente, cobró con todo confianza al volver los ojos sobre su inocencia, prestándose á las impresiones de las máximas que habia hecho en su mente y corazon la lectura de Séneca, y las que habian hecho de antemano las instrucciones de Hardyl.

Parecia que estas le infundian fortaleza y nuevo aliento para sobreponerse á la vergüenza é ignominia que le cubria; de modo, que á pocos pasos pudo sufrir con blanda y serena modestia las miradas del pueblo que vibraba contra él las ansias de su segura curiosidad.

El magnánimo é imperturbable Hardyl, iba atado á su lado confortando de cuando en cuando á su amado Eusebio, del mismo modo que si fuera con él en el coche. Su modestia

severa mezclada con los blandos extremos de la afable confianza de su conciencia, arrancaba compasivo respeto de cuantos fijaban en él sus ojos. La sublime tranquilidad de su ánimo, hacia asomar á su rostro sin muestra alguna de alteracion, tan noble constancia, que lejos de asemejarse al atrevido descaro y á la insolencia del vicio, se revestia al contrario de la suave fiereza de la virtud que huella con pie firme las fantásticas opiniones de los hombres, sin hacer alarde de arrogancia; antes bien exigia compasiva veneracion de los que no podian dejar de reconocer la entereza de su virtud por el exterior que admiraban.

Blund, lejos de alegrarse, como poco antes se prometia, del triunfo de su maldad, estaba escondido en su tienda para ver desde ella como los prendian, comenzando á sentir los fieros remordimientos de su arrepentimiento, por mas que se esforzase su maldad misma en consolarlo, aconsejándole á sufocar todo susto con el desprecio que miraban aquellos miserables artesanos que le ofrecia la suerte por víctimas de su pasion.

Con estas imaginaciones luchaba su corazon desasosegado, andando á una parte y otra de la tienda sin parar y sin saber lo que se hacia, mientras duraba el susurro de las hablillas de la gente en la plaza despues que se llevaron los presos. Mas luego que en ella sucedió la quietud

á la pasada confusion, comenzó á pensar seriamente sobre el caso, representándosele, que los presos inocentes podian muy bien justificarse y quedar su engaño descubierto. Sintió entonces inflamársele toda la sangre, quitándole de los ojos la luz del dia; y abriendo la entrada en su agitado pecho á todos los temores que despedazaban su ánimo, comenzó á fomentar en él una rabiosa desesperacion.

Bridway, el buen viejo Bridway, informado en su tienda de la misma Betty de lo que habia pasado en su casa luego que los alguaciles salieron de ella, ageno de creer ni sospechar reos á sus huéspedes, no dudó que la suerte queria oprimir su inocencia, como se lo dijo á su muger; y movido á compasion, quiso salirles al encuentro para manifestarles su tierno afecto, usando de la libertad que se da en Londres á los que quieren hablar con los presos.

Al descubrirlos de lejos por el tropel de la gente que los seguia, prorumpe en llanto, y al llegar á ellos se inclina para besar el vestido de Hardyl, pues las manos las llevaba atadas á las espaldas. Mas como caminaba siguiendo la comitiva por no poder detenerse los empujados alguaciles, Bridway estuvo á pique de ser atropellado, sin que por eso dejase de decir llorando que eran inocentes, que sobradas pruebas tenia de sus costumbres y respetable conducta, y que debian ser sin duda calumniados.

Esto decía Bridway desde la bocacalle en que se habia refugiado del tropel, como queriendó excusarlos con la gente que iba pasando y siguiendo á los presos. Pero el populacho, que solo juzga por lo que ve, al pasar por delante del callejon en que Bridway estaba parado repitiendo esto, volvian hácia él sus fisgonas cabezas teniéndolo por viejo insensato.

Eusebio enternecido de la demostracion del compasivo Bridway, no pudo contener las lágrimas; pero como se las arrancaba el agradecimiento al buen viejo, antes que la flaqueza de ánimo al verse en tal estado, el llanto hermoseaba su compungida modestia, dando á su jóven rostro tan dulce y tierno realce, que las mugeres y hombres que fijaban en él sus ojos, los apartaban de mala gana para enjugarlos del llanto que les sacaba. Hardyl penetrado tambien de la ternura de Bridway, aunque se sintió reciamente conmovido, esforzóse con todo, en recobrar la entereza de su constancia con los ejemplos de Sócrates y de Focion en caso semejante.

De este modo eran conducidos á la cárcel de Newgate, acompañados y seguidos de inmensa gente, la cual se asemejaba á un rio, que aumenta sus raudales de los riachuelos que se le juntan; porque la fama esparcida por Londres de que llevaban á la cárcel dos Cuakeros por ladrones, excitaba la curiosidad del pueblo para

ir á ver dos presos Cuakeros, por lo mismo que parecia á todos imposible que fuesen ladrones tales hombres, desamparando sus tiendas y casas para verlos y seguirlos.

Entre los muchos coches que se pararon en la calle para dejar pasar la gente, hubo uno, cuyo dueño que iba dentro movido de curiosidad, dejó caer el cristal de la portezuela para ver si por ventura podia conocer los presos; pues como habia estado en Filadelfia, se lisongeaba de ello. A este fin púsose á mirarlos con mayor atencion y cuidado, especialmente cuando pasaban por el lado de su coche. Como el modesto despejo y serenidad que Hardyl conservaba, le hacia levantar algunas veces los ojos, los alzó casualmente hácia el coche al tiempo que pasaban junto á él mirando, sin conocer al caballero que lo miraba. Éste al contrario, sintió una gran conmocion al ver á Hardyl, pareciéndole que reconocia las facciones de su rostro y su continente, sin poder atinar entonces en quien pudiera ser; pero avivándosele mas esta curiosidad, dió órden al cochero para que fuese volando á Newgate.

Hácelo asi el cochero luego que se lo permitió el gentío, y llegó á la cárcel poco antes que los presos, colocándose en parage en que su amo pudiese aclarar sus sospechas; pues recapacitando en su imaginacion por el camino la idea de Hardyl y del jóven que iba preso con

él, le ocurrió si serian los cesteros que habia visto en Filadelfia. Avivósele mucho mas esta especie, cuando los vió pasar la segunda vez para introducirlos en la cárcel; de modo que, sin poderse contener, salta del coche queriendo entrar en la cárcel para informarse de ellos mismos; pero los alguaciles habiendo cerrado el paso á la gente, no le quisieron dejar pasar, sin que los ruegos de aquel caballero bastasen para que el Condestable condescendiese por entonces, diciéndole, que volviese al otro dia, y que entonces los podria ver.

¡ Oh inescrutables accidentes! ¿ abatida, oprimida la inocencia? ¿ perseguida y apremiada la virtud? ¿ mas por ventura, la virtud espera premio ó ensalzamiento en el mundo de los altivos mortales? No: la virtud se basta á sí misma: ella es su misma recompensa: nada espera ni busca: de nada se lisongea, ni anhela favor ni lo desdeña. El mayor bien de la tierra, la virtud, don divino y celestial, superior á todos los bienes perecederos; ¿ se abatirá jamas á mendigarlos? No.

Podrá bien sí parecer humillada y abatida á los ojos de aquellos que la ven precipitada en la sima de un horrible precipicio; pero de su misma caida se levanta con esfuerzo tomando alas de *Condoro* (1), con cuyo vuelo magestuoso

(1) La reina de las aves que anida en los Andes, y desconocida en Europa.

se alza al templo de la sabiduría; desde donde mira con ojos compasivos los pasmados mortales, que con curioso pavor contemplan al cuerpo que animaba hollando de la ignominia y despedazado de la calumnia.

Con igual magestad entraba Hardyl, en aquel negro techo de oprobrio, juntamente con Eusebio; el cual hállaba en la vista y compañía de Hardyl, el mayor consuelo que podia tener en tan terrible desgracia. Pero ¿cuál fué su dolor al verse separar de él, para ser conducido á diferente calabozo? No pudiendo resistir al fiero sentimiento que parecia le arrancaba el alma, prorumpe en llanto y en ruego á los alguaciles para que le pusiesen en el mismo lugar á donde llevaban á Hardyl.

Mas dándole un empujon por respuesta uno de los corchetes, le añadia con tono insolente: ve allá, bribon: miren como berrea la ternerilla porque le quitan la madre. ¿Tan de leche, y con tanta picardía? Hardyl que miraba su muerte, aunque fuese la mas atroz, con ojo enjuto, no pudo resistir tampoco á la separacion de su Eusebio: dos lágrimas se le escaparon: ¡oh qué dos lágrimas!

Los diferentes calabozos en que los encerraron no estaban vacíos. Los misérables que los habitaban, especialmente aquel en que pusieron á Hardyl, lo recibieron con mucha halgazara. y por cumplimiento digno ds su cortesía,

uno de ellos le asió de la oreja; ceremonia amigable, como decia, para colocarle en el mejor sitio de aquel palacio, que era la reja; pues asiento, añadió, no se lo podia ofrecer porque no habia.

¿Cómo que no hay asiento? decia Hardyl, dejándose conducir de la oreja: donde el hombre está en pie, puede tambien estar sentado. El tono con que Hardyl decia esto, y su noble presencia, sin manifestar descaro ni bajeza, hizo perder la fuerza á la mano del preso que lo conducia, soltándolo antes de llegar al sitio en que pretendia colocarlo. Los otros encarcelados, que creian tambien Hardyl su semejante, lo rodean, pidiéndole nuevas de la gazeta de la garrapiña. Hardyl se acomodaba sin abatimiento á la infeliz situacion en que lo ponia la suerte: y léjos de excusar los delitos que suponian en él aquellos infelices, tratábalos al contrario con noble y superior formalidad; por la cual echaron bien de ver, que nada ganaban en triscar con aquel hombre que infundia respeto, sin pretenderlo.

Eusebio fué recibido con modos semejantes en el otro calabozo en que lo encerraron; y aunque sufria con paciencia aquel truanesco recibimiento que le hacian aquellos descarados galeotes, se hallaba abatido de su desgracia, y afligidísimo por la séparacion de Hardyl; acrecentándole su abatimiento aquellos modos pica-

çarescos que con él usaban, no menos que el horror que le infundian aquellas negras paredes en que cobraba cuerpo el eco lúgubre del ruido de las arrastradas cadenas, y los lamentos de aquellos infelices, que, acabando de reir con desvergüenza, se ponian á remedar la afliccion verdadera para implorar la piedad y la limosna de los que pasaban por la calle.

Uno de los encarcelados viendo tan abatido y triste á Eusebio, queriéndolo consolar á su modo, se acerca á él, y le dice: ¡pues no está malo eso, querer dar que reir á nuestra señora la justicia! porque ¿qué otra cosa pretende, si no es vernos domados como panes para enhornar? voto á tal, que no ha de probar ese gusto. Ea, ensanche vosoasted ese pecho, dé entrada en él á la fortaleza contra la maligna adversidad; y muera Sanson con todos los Filisteos. Romp, Coack, príncipes mercuriales, venid acá, é infundid vuestro noble aliento y espíritu á este pobre manteca.

Romp acude, pero, al estar cerca de Eusebio, se para un momento suspenso, como si fuera detenido con fuerza. Luego se va á otra parte, mirando á Eusebio con ceño. Coack llega diciendo: aquí estoy, aquí estoy; y levantando con la izquierda por debajo de la barba el rostro de Eusebio, extendiendo hácia atras el otro brazo, movió adelante el pecho, y con cara fisgona y compasiva le dice: ¡pobre mancebo!

¿ tan poco os quedó para el escote ? ¿ ni aun del queso os dejaron disfrutar en la ratonera ? ¡ Eh ! dejémoslo que pague el tributo á la inexperiencia : el zurrido (1) de las tripas de Newgate lo tiene enagenado ; pero mañana será de dia. Llamado entonces de otro preso á la reja , deja á Eusebio para ir á pedir limosna.

Eusebio, viéndose libre de aquellas desvergonzadas caricias, busca alivio en su imaginacion contra el horror de su fatal estado. Confortábalo en parte la memoria y los ejemplos de Hardyl, como tambien los consejos que tantas veces le habia dado éste. ¡ pero cuan diferente rostro tiene la desgracia vista de lejos que de cerca ! ¿ Cómo se pudiera imaginar que en algun tiempo habia de experimentar aquella en que se hallaba, la mas terrible tal vez para un ánimo honrado, virtuoso y sensible ?

Pero aunque se veia en tan tristes circunstancias ; ¿ cómo podian dejar de volar sus pensamientos á los brazos de su Leocadia ? Aquí fué el tumulto de sus afectos, revolviéndose sucesivamente la mas fuerte tristeza con el mas suave consuelo ; la desesperacion con la confianza ; los horribles temores con la esperanza que sacaba de su inocencia. En ésta encontraba algun alivio ; pero luego que volvia sus ojos al

(1) Muy bribon debia ser este Coack : ¡ llamar zurrido de las tripas de Newgate , al ruido de las cadenas !

rencor y extravagancias de la suerte, el temor acrecentado con la dulce memoria de su amada, si llegaba á perderla con muerte ignominiosa, le arrancaba mayor llanto, y lo oprimia con mas fiero abatimiento.

Fatigado de luchar con tan contrarios pensamientos, le ocurre el Séneca que le habian dejado los alguaciles, contentándose de quitarle las guineas que le quedaban en la faltriquera. Echa, pues, mano de él, y arrimado de espaldas á la pared, cerca de la reja, se pone á leerlo. En la continuacion de su lectura, su tristeza parecia que tomaba otro aire mas sosegado, y que su espíritu se desprendiese de sus afectos para reconcentrarse todo en el corazon.

Allí recibia la fuerte influencia de la severa doctrina Stoica, que daba vigor á sus sentimientos, regalándolos al mismo tiempo con una dulce y suave ternura; de modo que la ignominia y el horror de la carcel mudaban de aspecto á sus ojos, infundiéndole la mansedumbre y la constancia, que arrojaban insensiblemente de su pecho la tristeza y el abatimiento, disponiendo su corazon para todos los funestos accidentes que le pudieran acontecer en tal estado.

El juez de paz, á quien habia dado parte el condestable de la ejecutada prision de los Cuakeros, sospechando si serian los mismos que le habian hecho instancia sobre la pérdida de su coche, quiso satisfacer á sus curiosas dudas,

destinando hacer el dia siguiente el interrogatorio en el tribunal. Llegada la hora, manda que se le presenten los presos unó despues de otro. Eusebio fué el primero que entró á este efecto. El juez echa sobre él una severa mirada; lo reconoce. El escribano habia ocupado su tarima. Eusebio temblando, aunque se esforzaba en contener su agitacion, confortado de la confianza que le inspiraba su inocencia, y fortalecido de las máximas de la lectura, se reviste de modesta entereza. El juez rompiendo él silencio le pregunta:

Juez. ¿De dónde soys? ¿Cómo os llamais?

Eusebio. Soy Español; mi nombre Eusebio M.....

Juez. ¿Vuestro oficio?

Eusebio. Cestero por necesidad.

Juez. ¿A qué viene esa añadidura de por necesidad?

Eusebio. Señor: venia de Douvres con mi coche y caballos, y antes de llegar á Darfort, queriendo caminar á pie, envié el coche adelante; pero cuando llegué á dicha ciudad no lo encontré, ni he sabido mas de él: y como llevaba en los baules el dinero, y cédulas de cambio, perdidas éstas, me hallé en la necesidad de ejercitar el oficio de cestero.

Juez. ¿Con este motivo robasteis, pues, las trecientas libras esterlinas en la tienda de Felipe Blund?

Eusebio. Nada robé á Felipe Blund, mucho menos trecientas libras esterlinas.

Juez. ¿Cómo es que pusisteis tienda junto á la de Blund?

Eusebio. Él mismo nos lo aconsejó; y nos instó para que lo hiciesemos, dándonos la traza.

Juez. Notad, escribano, lo que dice, que Felipe Blund fué el que instó y aconsejó á los Cuakeros el poner tienda junto á la suya: ¿cuántos dias hace que la pusisteis?

Eusebio. Tres dias hace.

Juez. ¿Y ayer mañana por qué dejasteis de ponerla?

Eusebio. Porque fuimos á Soutwarck á proveernos de materiales para trabajar.

Juez. ¿De quién los proveisteis?

Eusebio. De Tomas Clomdel, si no yerro el nombre.

Juez. ¿Disteis, ó prometisteis dinero á Felipe Blund para que os dejase poner la tienda en su almacen?

Eusebio. Antes bien fueron tales sus corteses y generosas instancias para que la dejasemos allí, que hubimos de ceder á ellas.

Juez. Notad tambien esto, escribano; que Blund les hizo corteses instancias para que pusiesen su tienda en el almacen. Mas ¿cómo es que, viniendo á Londres con coche y caballos, como gran caballero, sabeis hacer cestos? ¿No parece que diga bien lo uno con lo otro?

Eusebio. Jorge Hardyl con quien me prendieron, me acostumbró á ese oficio desde niño en Filadelfia.

De estas y otras ingenuas respuestas de Eusebio, dadas con suave modestia é inocente tranquilidad, comenzó á sospechar el juez la traicion y la calumnia de Blund. No obstante para mayor certidumbre, despues de haberle hecho otras preguntas, mandó que lo registrasen de nuevo. El alguacil no le encontró otra cosa que las epístolas de Séneca, que entregó al juez. Éste viendo lo que era, dijo dentro de sí, como despues se lo confesó al mismo, hombre que lleva á Séneca encima no es posible que sea ladron.

Pero, ocurriéndole que podia llevarlo sin entenderlo, quiso satisfacer esta curiosidad, haciéndole traducir un pedazo en ingles; y abriéndolo en medio, se lo envió para que tradujese el principio de la epístola que le habia salido. Era cabalmente la 82, que dice :

« Desii jam de te esse sollicitus. Quem, in-
» quis, Deorum sponsorem accepisti? Eum sci-
» licet, qui neminem fallit, animum, recti, ac
» boni amatorem. In tuto pars tuî melior est.
» Potest fortuna tibi injuriam facere; quod
» ad rem pertinet, non timeo, ne tu facias
» tibi, etc.

El juez reia interiormente de aquella contingencia del sentido de la epístola, tan aplicable á

la inocencia y ánimo de Eusebio, y asi, sin mas inquirir, mandó que lo llevasen á una estancia decente, mientras haria el interrogatorio á Hardyl.

Éste comparece poco despues que retiraron á Eusebio: el juez conoce ser el mismo que le hizo la instancia sobre el coche perdido; pero haciéndose el desentendido, comenzó á hacerle preguntas que coincidiesen con las respuestas de Eusebio, para carearlas con las que le daba Hardyl: especialmente las que tocaban á Blund, cuya maldad acabó de conocer el juez á pesar de las modestas respuestas de Hardyl. Pero para comprobar la calumnia, y declarar los Cuakeros inocentes, convenia prender á Blund; cuya prision ordenó sobre la marcha á los alguaciles.

En el tiempo que estaba Hardyl en el tribunal, llegó á Newgate el caballero que quiso entrar el dia antes para certificar sus dudas, y que no pudo hacerlo entonces por habérselo prohibido el condestable: y llegando á hora como se lo insinuó el mismo, pregunta al carcelero por los Cuakeros que habian prendido el dia antes; y diciéndole el carcelero que estaban en el tribunal, esperó que saliesen, poniéndose al paso.

El ruido de la puerta del tribunal, que abrian, llama la atencion del caballero, y fija los ojos en Hardyl, que salia desatado, aunque acompañado de dos aguaciles. El caballero se le

pone delante, aunque le pareció reconocerlo, le pregunta con todo ¿si se llamaba Jorge Hardyl, cestero que era en Filadelfia? Hardyl sorprendido de la pregunta, fija tambien sus ojos y memoria en las facciones del que se la hacia, y aunque le parecia tambien reconocerlo, no atinaba; dícele con todo: Jorge Hardyl soy, que os quiere reconocer, y no acaba de atinar.

El caballero, echándole con gran júbilo los brazos al cuello, le dijo: ¡ cómo! ¿no conòceis á John Bridge? Hardyl al oir su nombre se abraza con él, inundado de tan grande alborozo su corazon, que solia decir, no haberle tenido igual hasta entonces en su vida. El juez que salia del tribunal, viendo al preso detenido de John Bridge, á quien conocia, quedó maravillado; mucho mas al oir que le decia, teniéndole abrazado, ¡oh mi singular bienhechor! ¡ Oh respetable Hardyl! ¿en este lugar me toca reconoceros? ¡Todo, todo lo debo á vuestra incomparable beneficencia! ¿y vos aherrojado como ladron? Todos mis bienes, cuanto soy, doylo en fianza por vuestra libertad.

Dicho esto, lo suelta; y viendo al juez que hácia ellos se encaminaba, le dice las circunstancias de Hardyl, y el socorro que recibió de él en Filadelfia, acabando con salir fiador á la justicia de la supuesta cantidad robada. El juez aceptó de buena gana la fianza que

Bridge le ofrecia, y manda poner luego los presos en libertad.

Bridge hubo de quedarse en la cárcel con Hardyl y Eusebio, aunque libres, para satisfacer á todos los gages de la cárcel y alguaciles, pequeñas carcomas que engendran los delitos en los bolsillos de los miserables reos. Hecho esto, en que empleó no poco tiempo, púsose á desahogar de nuevo su júbilo con Hardyl y Eusebio, abrazándolos, y dándoles otras ardientes demostraciones de su afecto.

A Eusebio le parecia renacer de muerte á vida, viéndose en libertad, y en la presencia de John Bridge, de quien tales demostraciones recibia, y de quien ninguna idea le quedaba. Bridge tomando á uno y otro de la mano, los sacaba de la cárcel para llevárselos á su casa en el coche, que lo esperaba, al tiempo que llegaban á la puerta de Newgate, los alguaciles que traian preso á Blund, como lo habia mandado el juez de paz. Todo el inmenso gentío que habia seguido á los Cuakeros, atraido de la novedad de ver preso á Blund, quiso tambien seguirlo.

John Bridge no pudiendo ir á tomar el coche, impedido de la tropa de alguaciles, hubo de pararse en el umbral para que entrasen á Blund, el cual al descubrir á Hardyl y Eusebio, arguyendo de su libertad su cierta condenacion, estuvo á punto de desfallecer en los

brazos de los alguaciles; pero estos impeliéndolo con vehemencia, lo metieron dentro, moviendo á compasion los ánimos de Hardyl y Eusebio, por delante de los cuales pasaba Blund, aunque tan gravemente los habia ofendido.

Como la mayor parte de aquella gente que venia siguiendo á Blund, era la misma que habia seguido á los Cuakeros, al descubrirlos ahora á la puerta de la cárcel para salir libres, y cortejados de aquel Lord, que tal parecia Bridge, comienzan á señalarlos con el dedo, y á decirse unos á otros: son sin duda inocentes. Otros llevados del gozo de verlos declarados tales, comienzan á gritar: vivan los Cuakeros, vivan los Cuakeros.

El entusiasmo de la libertad fermentando en las mentes de otros, los incita á reparar el agravio hecho al honor y opinion de aquellos buenos hombres; y el atrevimiento excitando sus exaltadas fantasías, los impele el fanático desenfreno, al cual suele entregarse tantas veces el pueblo de Londres, determinándose muchos entre ellos á conducirlos en triunfo á la plaza de Spittle-Fields por las mismas calles por donde habian sido conducidos con injusticia hasta Newgate.

Luego, pues, que los alguaciles dejaron libre la salida á Bridge, y que este se encaminaba con Hardyl y Eusebio hácia su coche, llegan á

Hardyl dos capataces del pueblo, y le ruegan á él y á Eusebio, que los sigan. Hardyl se excusa con modestia, diciéndoles que aquel caballero, señalando á Bridge, los queria llevar en su coche; pero ellos instan en que los sigan; gritando todo aquel tropel de pueblo para que lo hiciesen; y viendo que Hardyl lo rehusaba, se dejan de ruegos é instancias, y arrebatan con ellos; y cargándolos sobre sus hombros se los llevan en triunfo.

Una horrible grita de vivas, recibe su ensalzamiento; y con ellos desfilaba la muchedumbre hácia la plaza de Spittle-Fields. La solemne algazara tomando cuerpo con la gente que se iba llegando, resonaba en los vecinos barrios, y llamaba mayor gentío. Las ventanas y puertas ocupadas de los mismos que habian compadecido la prision de los Cuakeros, al verlos ahora libres, dan muestras de su alborozo, aplaudiendo á su inocencia, queriendo coronarla muchas blancas manos con las flores que arrojaban desde las ventanas.

El eco llegó tambien á los oidos del viejo Bridway, el cual nada sabia de su libertad; pero atraido de la extraordinaria algazara del pueblo, sale á la calle por donde pasaban sus buenos huéspedes, y al verlos llevados en hombros del pueblo, no dudando que fuese aquella una demonstracion de su inocencia, inundado de alborozo, corre con todo el es-

fuerzo que sus años le permitian hácia su casa para avisar á Betty de la novedad, que les hizo prorumpir en llanto de alegría; y con las lágrimas en los ojos va á comprar lo necesario para aparejarles la comida, esperando que el pueblo los llevaria á su casa.

Entre tanto prosiguiendo el pueblo el camino hácia la plaza de Spittle-Fields, los llegan á poner delante de la tienda de Blund, que por buena suerte estaba cerrada, despues que se llevaron á Blund los alguaciles. Esto contuvo la indignacion de los alborotados, desahogando su furiosa jovialidad con mayores vivas por los Cuakeros, abriendo camino á la carroza de John Bridge, que iba siguiendo el tropel para ponerlos en ella, como lo hicieron.

No abatiré mi pluma en hacer el cotejo del triunfo de la ambicion y codicia, coronadas en soberbios carros gravados de sus rapiñas, y seguidos de los lamentos de la oprimida humanidad, con éste de la virtud, y de la inocencia de unos hombres desconocidos á los mismos que los ensalzan. La virtud no necesita de tan opuestas sombras para hacer resaltar el dulce y amable colorido de las adorables calidades que la caracterizan.

Eusebio enagenado de vergonzosa confusion sobre los hombros de aquellos furiosos, padecia casi igual humillacion, aunque no tan abatida como cuando era llevado preso á Newgate;

animaba su pecho un júbilo interior que le infundia su proclamada inocencia, aunque contenido de la modestia que su corazon conservaba. Hardyl desde aquel trono en que se veia elevado con violencia sobre los demas, contemplaba la instabilidad de las cosas humanas, y la alteracion sucesiva á que la suerte las sujeta, mirando con la misma indiferencia y superioridad aquel triunfo de su inocencia, como su conduccion á Newgate.

No habia otra diferencia en los sublimes sentimientos que sentia en uno y otro lance, que la de la magnánima severidad que oponia al oprobrio de su prision, y de su ignominia á los ojos del pueblo; y la de la compasion reconocida que le merecia el entusiasmo de aquellos hombres que ensalzaban su inocencia.

John Bridge al verlos ya en su coche, no hallaba términos ni expresiones para manifestarles todos los afectos de su alma; ya se informaba del motivo de su prision, ya de su venida á Londres; y sin esperar respuesta cabal de lo que preguntaba, prorumpia en nuevas demostraciones de júbilo por verlos en Londres, en su mismo coche, y por haberlos reconocido por tan extraña combinacion, y en circunstancias en que podia manifestar mejor su agradecimiento al singular favor que recibió de Hardyl en Filadefia, al cual debia sus riquezas, sus conveniencias y su vida, pues todo

lo habia recobrado por su medio. Aunque Hardyl' iba penetrado de las demostraciones de Bridge, no se olvidaba del viejo Bridway; antes bien ocurriéndole que pudiese estar solícito por ellos si llegaba á saber su libertad, rogó á Bridge que antes de llevarlos á su casa, los hiciese llevar á la de Bridway, diciéndole el barrio y calle en que vivia, y las circunstancias del viejo; la cuales empeñaban su reconocimiento á las atenciones que debia á tan buen huésped.

Bridge que, por satisfacer los deseos de Hardyl, hubiera ido en aquel instante al cabo del mundo, da órden al cochero que tuerza hácia la calle que Hardyl le indicaba; y llegando á la puerta de Bridway hácelo parar. Betty se hallaba sola en casa atendiendo al hogar y comida, en que el buen Bridway habia echado el resto de su pobreza para solemnizar tan alegre dia, ayudando tambien él en la cocina; pero pareciéndole hora en que sus huéspedes podian estar de vuelta á su casa, temiendo que el pueblo los detuviese todavía en la plaza de Spittle-Fields, determinó encaminarse á ella para acompañarlos él mismo á su casa; pero informado allí que un caballero se los habia llevado en su coche, volvia muy desconsolado, al tiempo que vió entrar en su calle uno, y lisonjeado que fuese el del caballero que se los llevó consigo, apre-

suró el paso, pero no lo pudo hacer de modo que no llegasen antes los que iban en ruedas.

Betty al ruido del coche que paraba á su puerta, sale á ver lo que era: y descubriendo á Hardyl, que se apeaba, cortejado de aquel caballero, el júbilo mezclado con la vergüenza de su pobre estado, hácela prorumpir en llanto, que enjugaba con su delantal, mientras extendia el otro brazo en ademan de respetosa veneracion hácia Hardyl, que fué el primero que entró en su casa, diciéndole: ea, buen ánimo, Mistris Betty: que pasó ya la nubada. ¿Dónde está mi buen Bridway? ¿dónde está?

Decia esto Hardyl pasando adelante á la cocina, creyendo que Bridway estuviese en ella: pero diciéndole la llorosa Betty que habia ido á la plaza á buscarlos, Hardyl rogó á Bridge quisiese esperar un poco mientras llegaba el dueño de aquella casa. Bridge condesciende con gusto: Betty despues de haberles alargado las sillas que habia, dijo á Eusebio; ¡ah! Sir Eusebio, ¡cuánto me complazco de vuestra declarada inocencia! ¡si supierais cuántas lágrimas me costó vuestra prision! os lo agradezco, Mistris Betty, le dice Eusebio, sumamente os lo agradezco.

¿Y cómo es que venisteis á parar á esta casa, les pregunta Bridge? Hardyl le cuenta entonces el caso que les pasó con el criado del meson á donde fueron á parar llegados á Londres; y

que la necesidad los habia reducido á buscarse una pobre habitacion donde pudiesen medir las expensas con su posibilidad; y que casualmente habian dado en aquella, en que experimentaron todos los esmeros de la humanidad de Bridway, y de esta nuestra respetable patrona, señalando á Betty. Diciendo esto, llegó el viejo interrumpiéndoles el discurso con sus sollozos, y diciendo desde la puerta: ¿dónde estan? ¿dónde estan mis buenos Cuakeros? Hardyl se levanta con los brazos abiertos para recibirle; y Bridway se echa en ellos llorando, y diciendo: firmemente lo he creido; dije siempre que erais inocentes. ¡El júbilo no me cabe en el pecho! recibidlo, Hardyl, recibidlo. — Con toda el alma lo recibo, Sir Bridway; á este fin vine á vuestra casa, y os esperé en ella, para daros pruebas del eterno agradecimiento que debemos á la suma bondad con que nos disteis tan buena acogida en ella. Mañana volveremos Eusebio y yo, para daros nuevas pruebas de nuestro reconocimiento.

— ¿Cómo os quereis ir? ¿me quereis dejar? ¿me quereis privar del sumo contento y consuelo que tenia con vuestra respetable compañía? En ella, en vuestros santos discursos, comenzaba á reconocer mi alma el mayor bien que podia esperar en mi miserable estado. ¡Oh cielos! ¿esto tambien me faltaba?... decia esto Bridway llorando. Hardyl para consolarlo le

dijo: que Bridge queria usar con ellos de la autoridad que le daba su buen corazon para llevarlos á su casa; pero que con todo, si Bridge se lo permitia, quedarian allí en su habitacion todo el tiempo que se detuviesen en Londres.

Eso no, dijo entonces Bridge levantándose del asiento; perdonad, Bridway; no teneis los justos motivos que yo tengo para la misma pretension. Sabed, que hallándome yo pobre y desesperado en Filadelfia, Hardyl me socorrió con cincuenta guineas, para que me pudiese restituir á Inglaterra. Las circunstancias en que me encontraba, hicieron este singular favor inestimable. Si es grande vuestro disgusto en perder á vuestros huéspedes, esto mismo os debe servir de prueba de cuanto mayor deberá ser el mio, dejando de disfrutar de su compañía, de la cual habiendo ya vos gozado, y siéndoos sensible perderla, debeis condescender por lo mismo en que yo la goce.

Añadid á esto la palabra que me han dado de venir á estar conmigo, lo que es para ellos y para mí nueva obligacion, para que sean mis huéspedes, como lo fueron vuestros. El favor y cordialidad que con ellos habeis usado, haced cuenta que lo pongo en el número de mis obligaciones, á las cuales no acostumbro satisfacer con solas palabras, y asi quedad con Dios, pues es tarde, y nos esperan á comer.

Veo, veo, Sir Bridge, dijo entonces Bridway,

que no soy digno de llevar adelante mis pretensiones, atendidas las comodidades y conveniencias que pueden lograr en vuestra casa, mientras que mi miseria no presta ni aun para una decente cortesía. No, Sir Bridway, dijo entonces Hardyl; persuadios que todos los regalos y comodidades que podamos disfrutar en casa de Sir Bridge, no preponderan en nuestra estima en cotejo de vuestra buena voluntad. Mucho mas que todas las riquezas de John Bridge apreciamos su buen corazon, é igualmente que éste, perdonad, Sir Bridge, apreciamos el vuestro.

Bridway no queriendo oponerse mas á la pretension de Sir Bridge, cediendo á las generosas intenciones de Hardyl, lo abraza de nuevo llorando como un niño. Betty, viendo sollozar otra vez á su marido, acudió á sū delantal, y Eusebio enternecido de aquellas demostraciones, no pudo contener el llanto al recibir en sus brazos por despedida al sollozante viejo: y satisfechas todas las demostraciones del afecto y agradecimiento de unos y otros, dando prisa John Bridge, subieron Hardyl y Eusebio en el coche, llevándolos Bridge á su casa.

LIBRO TERCERO.

Las tiernas y afectuosas demostraciones de Bridway, las desgracias que habia padecido, y el infeliz estado á que lo habia reducido la suerte, fué la materia de sus discursos en el coche, mientras se encaminaban á casa de Bridge; interrumpiendo la sucinta relacion que Hardyl hacia de las desgracias del buen viejo, el eco del pavimento oprimido del coche, que resonando con mayor ruido en el gran patio de la casa de Bridge, lo advirtió de su llegada; entonces él sin querer saber mas de relaciones, vuelve á las afectuosas demostraciones de su gratitud, bajando el primero del coche para dar la mano á sus huéspedes, é introducirlos en su casa.

En ella habia gastado tesoros el padre de Bridge, hombre esplendidísimo, que asi en la arquitectura como en sus adornos habia hermanado la magnificencia inglesa al gusto y primor de la Italia y Francia, y al aseo de la Holanda. La elegancia competia con la riqueza en muebles y alhajas : y la industria de la China

campeaba en sus ricas tapicerías, no menos que los pinceles de Italia y Flandes, en los admirables cuadros que adornaban las piezas.

Eusebio recorria con ojos atónitos todos aquellos objetos de maravilla, siguiendo á John Bridge, que por una hilera de estancias los precedia para presentarlos á su muger. Ésta advertida de la llegada de los huéspedes, se les presenta ataviada sin afectacion, supliendo su noble presencia á la hermosura, de que no la dotó la naturaleza, aunque tampoco tenia motivo para quejarse de sus agraciadas facciones. Ella se adelantó con afable cortesía al cumplimiento de Hardyl, y la cortedad de Eusebio, el cual se avergonzaba de verse tan sucio en aquel templo del gusto y de la grandeza; y en la presencia de la perfumada deidad que los recibia con magestuoso agasajo.

Poco era el ir vestido de Coakero, trage que Eusebio ya preferia por inclinacion á todos los otros que habia visto desde Douvres hasta Londres. Mas la pérdida del coche y de sus baules, en que iba toda su ropa, privándole mudarse de camisa, fué causa tambien de que estuviese muy mugrienta la que llevaba, habiendo dormido con ella todos aquellos dias, y llevado las cargas de los juncos y enea para la tienda. Sus zapatos se resentian de la misma indecencia, y sus medias echaban menos alguna mano piadosa que les remediase las llagas.

Aunque Eusebio había reparado en su suciedad, aun cuando estaba en casa de Bridway, no habia tenido motivo para sentirlo en su estado pobre, como lo sentia ahora en el centro del primor, del lujo y magnificencia de la casa de John Bridge; especialmente á los ojos de su muger, los cuales oprimian el corazon de Eusebio de vergüenza y encogimiento, reconociéndose tan mal parado en su exterior; motivo para que suspirase interiormente por la dulce libertad, y por el libre desahogo de la pobreza de casa de Bridway, exenta de la sujecion que afana y mortifica.

Lady Bridge, pues, era hija de un Lord, aunque casada con un mercader, notaba y compadecia la vergonzosa confusion de Eusebio, atribuyéndola al sentimiento de la padecida desgracia de la cárcel, habiéndola prevenido de ella su marido, por las sospechas que concibió cuando vió llevar preso á Hardyl á Newgate; y confirmándoselo ahora, al tiempo que se los presentaba, dióle motivo para que despues de congratularse con ellos de su venida y de su libertad recobrada, les manifestase con afectuosas expresiones el gran sentimiento que asi ella como su marido habian tenido por tan siniestro accidente.

Hardyl le agradeció los afectos de su corazon compasivo, pero le añadió que no los merecia su desgracia, porque tal no la reputaba, no

habiéndole causado ni desazon, ni sentimiento. Y con esta indiferencia continuó á hablar despues que tomaron asiento; hasta que contando la manera como los prendieron, y como se dejó prender, no pudiéndose contener John Bridge, exclamó: voto á tal; que hallándome yo en ese lance, como vos, inocente, no me hubiera dejado prender. ¿Y qué hubierais hecho para ello? le preguntó Hardyl.—No hubiera dejado alguacil á vida. ¿Ser preso por ladron injustamente, con pérdida del honor, de la estimacion y del decoro? eso no; ¡vive Dios, primero me hubiera dejado hacer mil pedazos!

Pero entonces lo hubierais perdido todo, dijo Hardyl; la vida, porque os hubieran despedazado; y el honor y estimacion, porque no se hubiera podido verificar vuestra inocencia. A buena cuenta, yo no creo haber perdido nada de todo eso en la cárcel. Decis muy bien, dijo entonces Lady: mi marido se arrebata fácilmente. Lo sé, señora, lo sé, responde Hardyl; sin hacerle pedazos, le dieron leccion sobre ello los Iroqueses. Bridge al oir esto se levanta, y poniendo las manos sobre los hombros de Hardyl, exclamó: ¡oh Hardyl! me sereis siempre respetable; os entiendo, os entiendo. ¡Oh qué ideas me renovais!

En esto los llaman á comer. Lady viendo empeñado su marido con Hardyl, haciéndole exclamaciones sobre su antiguo estado, y sobre

la liberalidad que usó con él en Filadelfia, sin que acabase de desprenderse, rogó á Eusebio que pasase adelante hácia el comedor, haciéndole ademan con la mano. Pero Eusebio se excusaba, no solo por respeto, sino tambien por la vergüenza que padecia, temiendo que Lady Bridge reparase en los agujeros de sus medias si iba él delante. Desprendido entonces Bridge de Hardyl, al tiempo que Lady renovaba sus instancias á Eusebio, para que pasase adelante, y notando su encogimiento, va hácia él diciéndole: estos se llaman cumplimientos, á los cuales tengo desterrados de mi casa; y cruzándole el brazo sobre el hombro, vuelto á su muger, le dice: ¡oh si supierais qué jóven es este! no sabe él cuanto le estimo; y de esta manera se lo llevó abrazado á la mesa; colocándolo al lado de su muger.

Sentado tambien él, pregunta luego, ¿si habria alguno en Londres que tuviese igual complacencia á la que él sentia, manifestando á tan respetable bienhechor, como lo era Hardyl, el agradecimiento que le debia? No hay duda que debe ser grande vuestra complacencia, respondió Lady, si la deduzco de la que yo siento en mí por lo que me intereso en vuestros sentimientos. ¿Cuál será, pues, la mia, dijo Hardyl, al verme cortejado de quien despues de tantos años se acuerda de un favor que yo tenia olvidado? Sabed, pues, ahora, Sir Bridge,

el motivo que no os dije entonces, porque os entregué las cincuenta guineas. — ¿ Cuál es ? ¿ cuál es ? oigámoslo. — El haber conocido á vuestro padre la primera vez que estuve en Londres, y en esta misma casa, recibiendo de él el dinero que me venia librado en letras de cambio.

Esto fué motivo para que Bridge tuviese nuevo gozo en su agradecimiento, holgándose mucho mas de tenerlo y cortejarlo en su casa ; y motivo tambien para que en el transporte de su alborozo, diese órden á su mayordomo para que sobre la marcha enviase cincuenta guineas al viejo Bridway, en memoria de las que Hardyl le habia dado en Filadelfia ; y en atencion tambien á la tácita promesa que hizo al buen viejo, cuando este le queria disputar la quedada de Hardyl y de Eusebio en su casa, sobre la cual recayó de nuevo la conversacion, y sobre el motivo que los habia obligado á recogerse en ella.

Lady Bridge quiso entonces informarse de la desgracia del coche. Eusebio se la cuenta por entero ; y como llevaba sobre hito la suciedad de su camisa y vestido, no pudo contenerse su vergonzosa vanidad para dejar de buscar excusas en la repeticion de la pérdida de los baules, en los cuales llevaba toda su ropa y dinero, á fin que Lady no atribuyese su suciedad á verdadera pobreza. Pero luego que estuvo á

solas, ocurriéndole la mezquindad de este vano sentimiento, fué causa de que se avergonzase mucho mas por ello, que por su vestido. Entre tanto que Eusebio contaba la pérdida del coche á Lady, John Bridge reparaba que Hardyl miraba con frecuencia un cuadro que habia en la pared de enfrente, como si le robase la atencion. Los personages principales que el cuadro representaba eran dos mugeres. La una de ellas ricamente ataviada, y que hacia alarde á la otra de las muchas joyas, de las cadenas de oro, y de otras preseas que iba sacando de una cajuela, mirándola la otra con indiferencia, y señalando con la mano izquierda á un hombre anciano vestido á la griega, que estaba pintado en el medio fondo del cuadro, con los pies y piernas desnudas, y coronado de laurel.

Notando, pues, Bridge, el enagenamiento de Hardyl en mirar aquella pintura, le pregunta ¿si le agradaba? Excelente cosa, responde Hardyl; ¿parece del Ticiano? Por tal la compró mi padre á peso de oro en Venecia; pero jamas me ocurrió preguntarle lo que significaba, ni yo advertí en ello, hasta que lo quiso saber de mí un caballero aleman que vino á ver mis pinturas, y á quien no supe darle respuesta. Haced cuenta, le dice Hardyl, que estaba yo tambien pensando en ello; pero os confieso que tampoco atino. ¿Eusebio, sabreis decir lo que representa este cuadro?

¿Qué cuadro? pregunta Eusebio, volviéndose para mirarlo, porque le caia de espaldas: y habiéndolo contemplado atentamente, estando esperando la respuesta con ansia John Bridge, le dice: si no me engaño representa al amor conyugal por el caso de la muger de Focion. Decid, decid, que caso es ese, insta Bridge, deseoso que Eusebio atinase. Tiene razon, dijo luego Hardyl; no puede ser otro; pero contad el caso. Entonces Eusebio cuenta, como habiendo ido una dama principal de Atenas á ver la muger de Focion, se jactaba de las muchas joyas y preseas que poseia. La muger de Focion le respondió, que ella, solo tenia una joya, pero que esa sola valia mas que cuantas ella le pudiera mostrar. Picada entonces la vana curiosidad de la dama Ateniense le instó para que se la mostrase. La muger de Focion la llevó á donde estaba su marido, y mostrándoselo con la mano, le dijo: esta es, vedla aquí.

Otro tanto mas lo aprecio ahora, dice Bridge. ¡Lástima que todos los casados no tengan un cuadro de esos en su casa, y dirigiendo la palabra á su muger exclamó: ¡Oh Lady, si fuerais vos la muger de Focion! — ¡Oh Sir Bridge, si fuerais vos el marido de la muger de Focion! Pero ya no se ven de esas joyas, dijo Bridge. ¿Y por qué no? pregunta entonces Hardyl: yo hago cuenta de haber labrado una de esas. Bridge lo entendió, y Eusebio no era tan lerdo,

que no se sonrosease del dicho de Hardyl. Bridge, que reparó que Eusebio se ponia colorado, no se recató de decirle; ¿os sonroseais, Don Eusebio? sabed, pues, que gusto mucho de ver teñido de púrpura el rostro de un modesto mancebo.

Eusebio para sacudir la confusion que Bridge le agravaba, no halló mejor expediente que decirle: el gozo que tuve, Sir Bridge, cuando os reconocí en la cárcel, despues que os nombrasteis, y os disteis á conocer por aquel jóven que vimos en Filadelfia años hace, me hizo venir deseos de saber como os restituisteis á Inglaterra: pues aunque no me quedaba especie de vuestra fisonomía, me acordé siempre de vos, y del saludo que me hicisteis en la plaza de Filadelfia. A la verdad, dijo Bridge, no queria renovar esa memoria, aunque me acuerdo de la moderacion con que llevasteis aquel mi saludo; pero vale mas que lo olvidemos, y que satisfaga á vuestros deseos sobre mi vuelta á Inglaterra, como lo tenia determinado hacer, para desempeñar tambien por esta parte mi gratitud. ¿Debisteis hallar sin duda muchas dificultades que vencer, preguntó Hardyl, por parte de la justicia, por la muerte que disteis al hijo del lord Ut...? — De hecho las hallé; pero la fortuna me abrió todos los caminos. ¿Qué no podia esperar de ella despues que me hizo encontrar en vos, y en vuestra liberalidad el remedio de todas mis

desventuras? Creed, dijo entonces Lady, que mi marido tiene á lo menos esta buena partida, que jamas olvida beneficios, y el que vos le hicisteis lo lleva siempre en la boca y en el corazon — Esa á lo menos no parece que venga bien al dicho de la muger de Focion; pero ya me hice justicia, confesando que eran raras tales joyas. Dejemos todo esto, y vamos á nuestro cuento, que es lo que interesa á Don Eusebio.

Sabed, pues, que habiendo salido con próspero viento del Delavare, no dejó de sernos casi siempre propicio el tiempo, hasta que avistamos las costas de Francia, y cuando nos lisongeabamos de entrar dentro de pocas horas en Havre, nos vimos acometidos de una fragata holandesa, de la cual no nos recatamos, porque llevaba bandera francesa, y porque ignorabamos que se hubiese declarado la guerra. Nuestro capitan, hombre esforzado, aunque iba desprevenido, y su buque era inferior, quiso disputar la victoria, y animando á los suyos, quiso hacer frente á la fragata que se declaraba enemiga, la cual despues de habernos dado caza, teniéndonos á tiro, nos disparó una andanada que nos hizo algun daño, y antes que nuestro capitan se pudiese poner en defensa, nos disparó la otra tan á tiempo, que se llevó el trinquete, é hirió algunos marineros de la tripulacion.

A vista de este estrago cayendo de ánimo el

capitan, hubo de rendirse; y en vez de entrar libres, como lo esperabamos, en Havre, entramos prisioneros en Ostende, en donde proporcionándoseme medio para avisar á mi padre de mi situacion, me consiguió la libertad con el favor de algunos amigos poderosos que tenia en Amsterdam; pero no atreviéndose á llamarme á Londres, me hizo pasar á Escocia bajo otro nombre, encomendándome á un pariente suyo.

Allí viví algun tiempo desconocido, pero inquieto; tal era mi genio: de suerte que, sabiendo que se aprestaba una fuerte armada contra los Holandeses, resolví tentar fortuna en el mar, sirviendo de voluntario bajo el mando del príncipe Roberto, el cual se lisongeaba acabar con las fuerzas de la Holanda. Lo hubiera tal vez conseguido, si no hubiese tenido los Franceses por aliados, y si la Holanda no hubiera tenido por generales los mayores hombres que salieron de sus lagunas, y cuyos nombres les son su mayor elogio, Ruiter y Tromp. Éstos mandaban las dos divisiones de la armada enemiga, y Branker la tercera.

Las de nuestra armada, las mandaban el príncipe Roberto la una, Sprague la otra, y D'Estrees el aliado frances la tercera. Encontráronse las dos armadas enemigas casi en frente del Tejel, y allí mismo comenzó el combate el mas sangriento y obstinado que jamas vieron aquellos mares. El príncipe Roberto hacia fren-

te á Ruiter, Sprague á Tromp, D'Estrees á Branker.

El valor que combate desde lejos, no se puede quilatar por las fuerzas del cuerpo, sino por las del ánimo en despreciar la muerte; prueba de que la pólvora no destruyó enteramente al valor, como pretenden; pudiendo tambien animar su corazon impertérrito á un brazo flaco, que se rindiera tal vez al golpe de un cobarde Milon, necesitándose de mayor ánimo para hacer frente al fuego, especialmente en una batalla naval. En ésta que os cuento, se vió tambien cuanto mayor corage infunde el patriotismo á los corazones republicanos de dos naciones rivales de su honor, de su gloria y de su acrecentamiento, estando todos resueltos á morir ó á vencer. La animosidad empeñada se convirtió luego en rabiosa obstinacion, que les hizo cerrar de mas cerca el combate. Entonces Ruiter puso todo su empeño en cortar la division del príncipe Roberto, y lo consigue, separándolo de su almirante Chichely. Esta maniobra del esfuerzo de Ruiter sirvió solo para dar mayor realce al valor y talento del príncipe Roberto, desembarazándose no solamente de Ruiter, y uniéndose otra vez á su almirante, sino que tambien luego que se juntó con él, acudió á socorrer á Sprague, hallándose éste apremiado del fuego y del valor de Tromp, continuando asi por una hora el combate.

Sprague viendo su navío, el Príncipe real, casi destrozado, debió pasar su bandera al San Jorge para mantener su division en batalla. El Holandes Tromp, no menos maltratado que Sprague, hubo de pasar tambien su bandera sobre el navío Cometa, desamparando al Leon de Oro que se iba á pique. El combate se renueva con mayor furia de ambas partes. La gloriosa desesperacion de los que quedaban en los bordos, suplia al número mayor de los muertos y heridos que faltaban. Tromp las habia de empeño y de rencor contra el solo Sprague, y éste parecia no tener otro enemigo que Tromp. El fuego mayor que vomitaban sus navíos, caracterizaba el de sus ánimos; pero Sprague se vió obligado á desamparar tambien el San Jorge á donde habia pasado su bandera para llevarla á otro navío.

Era almirante de la division de Sprague, el jóven Ossory, hijo del conde de Ormont, el cual viendo la rabiosa tenacidad con que Tromp combatia á Sprague, llevado del ardor de su ánimo juvenil, resuelve abordar al Holandes Tromp, y decidir la batalla espada en mano. Pero al tiempo que movia de su fila, le advierte el piloto que Sprague quitaba la bandera del San Jorge para pasarla al Caballo Marino.

Esto lo hizo retroceder á su fila para protegerla de la animosidad de Tromp, á cuyo valor parece que el destino habia reservado por víc-

tima al esforzado Sprague; porque al tiempo que pasaba la bandera de su navío sobre una lancha, una bala enemiga la hiere de lleno, y la sepulta en el mar con todos los que iban en ella. El bravo Ossory substituye en el mando de la division al anegado Sprague; y aunque algunos de sus navíos se hallaban fuera del combate, Ossory lo renueva con mayor fuerza haciendo frente á Tromp, que se hallaba superior en navíos, y que parecia prometerse la victoria, no solo por el general muerto, sino tambien por el jóven que substituyó

A este tiempo llegaba el príncipe Roberto, desprendido otra vez del fiero Ruiter, para proteger al jóven Ossory; y cargando sobre la division del impertérrito Tromp, que mas que ninguno les daba que entender, lo desordena echándole dos brulotes. El Frances D'Estrees que desde el principio del combate parecia que peleaba por cumplimiento, echando de ver ahora el desórden y confusion que habian causado los brulotes en la division de Tromp, temiendo la total destruccion de la armada holandesa, hace señal á su almirante Martel para que se retraiga de la batalla.

El príncipe Roberto, muy ageno de la fria política de sus aliados, dejó á Ossory el cuidado de acabar con la division de Tromp, mientras él hacia de nuevo frente al embarazado Ruiter. Branker, que mandaba la tercera

division holandesa contra D'Estrees, conociendo la oficiosa intencion del aliado enemigo, se la quiso agradecer dejándolo de atacar, seguro de que no le molestaria; y acude á socorrer á Tromp y á Ruiter, que se esforzaban en reparar el desórden, y contrastar al príncipe Roberto, á Chichely y Ossory, que peleaban como leones.

El príncipe Roberto, viéndose la victoria en el puño, si podia empeñar á D'Estrees á que cargase sobre la armada holandesa desordenada, le da la señal para ello; pero D'Estrees, que era sordo de ojos, no quiso entender la señal, dejando patear su bordo al príncipe Roberto y á Ossory, el cual se comia los puños de rabia viendo la fina traicion que les quitaba de las manos la victoria.

Ruiter y Tromp, socorridos tan oportunamente de Branker con todas sus fuerzas enteras, reparan el desórden de sus divisiones, y renuevan otra vez la batalla como si entonces comenzase. Mas viendo el príncipe Roberto todos sus navíos maltratados, y que apenas le quedaba gente bastante para las maniobras, sin poder esperar ayuda de D'Estrees, se hubo de retirar, como lo hicieron tambien los Holandeses por el mismo motivo, quedando ambos destruidos, y muerta la mayor parte de su gente.

Yo salí herido en este brazo, y como fueron

tantos los muertos, pude fácilmente ascender de grado, protegido del conde de Ossory, en cuyo navío servia de voluntario: y como le debia particular afecto, me determiné á confiarle mis circunstancias para ver si podia por su medio obtener el perdon del Rey, y de la familia del Lord á quien maté. Iba acompañada mi declaracion con un rico presente que me envió mi padre á este fin, pero que solo sirvió para darme mayores pruebas de la nobleza de ánimo del incomparable Ossory, el cual no quiso recibirlo por ninguna via, aunque era una cedula de diez mil libras esterlinas en una caja de oro, con la cifra de su nombre en diamantes.

La respuesta con que acompañó sus repetidas excusas, fué, que jamas habia vendido favores, los cuales daba de barato cuando podia. El tenia á la verdad felizmente encaminado el negocio, pero la muerte que le sobrevino en la flor de su edad, echó á tierra con él todas mis esperanzas, arrebatando á la Inglaterra un jóven digno de su admiracion y adoraciones.

Faltándome su amparo, me hube de retirar á Francia, donde apenas llegué, me abrió la fortuna el mas seguro camino para volver á mi patria, y fué la causa del lord Damby, Tesorero que era de la Corona, puesto en la torre de Londres por los Comunes: y como éste era cuñado del lord Ut... á quien maté, no que-

daba oposicion en la Corte para solicitar la gracia del Rey, si la solicitaba la duquesa de Porstmouth, á quien mi padre miraba como el mas seguro medio para obtenerla.

Era esta Duquesa una señorita francesa, camarera de la duquesa de Orleans, llamada Ana Kerouet, de la cual quiso servirse la infatigable política ambicion de Luis XIV para tener una secreta mano en el gabinete de Londres, enviándola como en regalo á Carlos segundo; el cual se le aficionó tanto, que poco despues que ella llegó á Londres, coronó el Rey sus gracias y hermosura con el título de duquesa de Porsmouth que le dió. El regalo, pues, que rehusó el generoso Ossory, sirvió á la peticion de mi padre para obtener en respuesta de la Duquesa la gracia firmada del Rey. Aquí tiene v., mi Señor Don Eusebio, el modo como me restituí á mi patria: lo cual debo atribuir principalmente al singular beneficio recibido en Filadelfia; que os vuelvo á repetir, que mi desesperacion era tal, que me habria vuelto á las selvas ó echado en el rio, si tan oportunamente la beneficencia de este mi respetable bienhechor no me hubiese socorrido.

Y no me sabreis decir, preguntó Hardyl, ¿en que paró aquel cirujano que se embarcó con vos, y que pretendia de mí una igual suma á la que os entregué? — ¡Ah! sí, dijo Bridge; no me acordaba mas de él: me con-

fesó, que todo lo que babia urdido, fué trampantojo para sacaros el dinero; pero lo pagó bastante en el encuentro que tuvimos con la fragata holandesa que nos capturó antes de llegar á Francia, porque á la segunda andanada que nos disparó, una bala encadenada le quebró las dos piernas, de cuya herida murió poco despues en Ostende.

Pero basta de charlar despues de comer, continuó á decir Bridge: mañana es el dia que nos dió el Juez para saber de vuestro coche; esta tarde, pues, podemos ir á vernos con uno de esos Señores Clearke ó Horrison, para mortificarlos un poco, sacándoles el dinero de que necesitais, si no quereis valeros antes del mio; escoged. Eusebio agradece á Bridge su generosa oferta, resolviendo tomar dinero de uno de los dichos mercaderes, temiendo abusar de la generosidad de su huésped.

En esto llega Vimbons, criado de Bridge, con la respuesta de haber entregado á Betty Bridway las cincuenta guineas, dándoselas á ella por no estar en casa su marido. Bridge le da órden de poner el coche; y entre tanto él y su muger hacian ver á sus huéspedes algunos de sus cuadros. A Eusebio le robaba parte de la complacencia de ver aquellas pinturas y muebles magníficos, el tener atada y encogida su atencion, la vergüenza que padecia por la suciedad de su ropa y por los agujeros de sus

Llegados á ella, Bridge, debiendo ir á otra parte, despues de entrarlos en el cuarto que les tenia preparado, los deja en libertad, y Eusebio impaciente por saber la historia de la desgracia de Taydor, pregunta por él á Gil Altano, sin acordarse ni de sus baules, ni de su coche y caballos. Altano le responde: ¿pues qué, cree Ꝟ que solo Taydor es el desgraciado?—¿y el coche y caballos, dónde los deja? —yo estuve á punto de ser atropellado de ellos, y Dios sabe donde infiernos se los llevaron aquellos demonios de cocheros.

Vaya; dejémonos de preámbulos impertinentes, le dijo Hardyl, y contad sucintamente el caso como pasó, y el lugar donde fuisteis á parar desde donde nos separamos.—Lo diré del mejor modo que sepa, y no de otro modo, Señor Hardyl. ¿Pasasteis por Darfort, le preguntó Eusebio, la mañana que nos separamos? —Sin duda pasamos por ella; y por mas señas, vimos el meson que Ꝟ nos dijo del caballo blanco: y no dudando nosotros que fuese aquel, por delante de cuya puerta pasábamos, por la enseña de un mal caballo blanco que habia en el aire con unas piernas que parecian de camello, dijimos á los cocheros que parasen; mas ellos, haciendo oidos de mercader, tiraron adelante, diciendo que no era Darfort.

Al verlos salir fuera de la ciudad les preguntamos, ¿qué ciudad era aquella? Oates, nos

responde, que era la ciudad de Chikirichie. Taydor se desatinaba, porque decia, que jamas habia oido decir que hubiese por aquellos contornos una ciudad que se llamase Chikirichie: pero confiados en aquellos demonios de cocheros, nos dejamos tirar adelante, esperando que á un cuarto de legua dariamos con esa Darfort. Camina que caminarás, jamas llegabamos á descubrirla, aunque iban mas que de trote los caballos. ¿Cuándo llegamos á esa Darfort? le pregunté yo á Oates, y él me responde: luego, luego: el luego fué, que ya cerca del anochecer llegamos á una villa llamada Timtom, ó que sé yo; un nombre tiene asi, porque á la verdad, aseguro á V., Señor Don Eusebio, no tuve tiempo, y mucho menos ganas, de aprender su nombre de memoria por lo que V. oirán.

Taydor no dejó de conocer que íbamos fuera de la carretera de Londres; pero como no estaba asegurado de ello, aunque le vinieron varios impulsos de hacerlos parar para informarse de los labradores que veiamos trabajar en los campos, se contuvo con la esperanza de saber la verdad en el primer lugar por donde pasásemos; pero antes de pasar por ninguno, nos vimos entrar en un mal meson de esa villa que he dicho, y cuyo nombre no sé decir.

Taydor viendo que no era ciudad una villa donde pararon los cocheros, no dudó que era

Darfort la ciudad que habiamos dejado atras; luego que apeamos, pregunta á Oates ¿por qué no habia parado en Darfort? Él le responde con aire de taco, sin mirarlo al rostro, que nada le habian dicho de Darfort. ¿Cómo no? dice Taydor: bien claro lo dije: tan claro, dijo entonces Trombel su compañero, que no lo entendimos. A buena cuenta el yerro se cometió, y los caballos no pueden mas. El amo supondrá que hemos tirado adelante, y por el hilo sacará el ovillo.

Taydor, poco satisfecho de esta respuesta que llevaba aire de desvergüenza y de declarada traicion, calló con ánimo de indagar la verdad del mesonero. Éste no estaba, y entrando en la cocina para ordenar la cena, pues comida no habia que esperar por ser casi de noche; le preguntó á la mesonera que estaba sentada delante del hogar, mas gruesa y reverenda que la tia Robles, una mesonera que conocí en Cadiz: si aquella villa estaba en la carretera de Londres. De aquí, respondió ella, á Londres se vá. Tambien se puede ir, dije entonces yo, á Cantacucos, y mas allá del infierno. Id en hora buena, hermano, me respondió ella, y que buen viage tengais.

Dicho esto se levanta, y se sale de la cocina con paso de pato de cebado, que apenas puede caminar, y nos deja á Taydor y á mí. ¿Qué hacemos, Taydor? le digo: esa bruja de me-

sonera se me antoja ave de mal agüero, y quiera Dios que no lo sea tambien de rapiña. Taydor despues de haber estado un rato pensativo, me dice: quédate aquí en el meson, y no pierdas de vista el coche y caballos hasta que yo vuelva, pues me voy á informarme por el lugar, para salir de las sospechas que me dan los cocheros: y se va y me deja.

El hambre me aquejaba, pues no habiamos comido todavía. Salgo de la cocina y veo á la mesonera que estaba mirando al coche. No es menester llamar al herrero, tia Juana, la digo: y dadme algo que mascar; porque á la verdad, estos bellacos de cocheros no quisieron que probasemos los pollos de Darfort. ¿Pues que, no los hay aquí tan buenos como en Darfort? me dice ella: y yo..... mascar quiero, y no hablar, señora comadre: queso, rábano, ó lo que sea; venga luego, que estoy como lámpara de ermita.

Ella me da un panecillo con un pedazo de queso que me puse á devorar, yendo y viniendo del coche á la caballeriza, al establo quise decir, y desde el establo al coche, hasta que llegando Taydor mas mal humorado de lo que estaba cuando se fué, me dice: Altano, estamos mas mal parados de lo que podeis pensar; y asi, amigo, conviene que nos demos aire: los cocheros nos hicieron manifiesta traicion. ¿Cómo? ¿cómo? le digo yo alterado: ¿de

que manera? Callar y obrar importa, continuó á decirme, y ojo alerta; voy á despachar un propio á Darfort para avisar al amo de nuestro paradero, si por ventura lo encuentra en aquella ciudad; pues era Darfort y no Chikirichie como nos dieron á entender. Estad atento al coche y caballos mientras vuelvo.

¿Puede vo figurarse, mi Señor Don Eusebio, los afanes y congojas en que me dejó Taydor, y el enojo que me encendió, diciéndome la manifiesta traicion de los cocheros? Enfurecido contra ellos, me determiné ir á molerlos á palos. Busco furioso un palo, no lo encuentro. Dándome entonces una palmada en la frente: ¡pesia tal! exclamo: he aquí que mi Señor Don Eusebio no quiso que nos proveyésemos de cuchillo de monte para el camino, siendo asi que ahora venia mas pintado que matraca en semana santa. Juro á tal, que me tengo de comprar uno, mas que le pese á mi Señor, de un tomo y lomo mayor que el que empuñaba Abderramen en la batalla de Clavijo.

Dicho esto, me resuelvo ir á hacer desembuchar sus intenciones á los cocheros de cualquier modo que fuese; si á palos no, á mojicones. Con esta resolucion me encamino al establo para ver si los encontraba; uno y otro se guardaron bien de hallarse en él. Eso ya lo esperaba yo, dijo entonces Hardyl, que no los hallariais en el establo: pues no lo esperaba yo, dijo

Altano. Cuento por dos veces los caballos, para ver si eran cuatro; no sea, me decia yo á mí mismo, que ande por aquí Satanas. De los caballos voy al coche, y del coche á los caballos, siempre temiendo que la bruja de la mesonera hiciese alguna de las suyas, pues segun oí decir, tambien hay brujas aquí en Inglaterra como en España.

Que ha de haber, bobo, le dijo entonces Hardyl; eso queda para las consejas de tu tierra. ¿Cómo? dijo Altano, ¿y pondrá V. duda en lo que yo mismo ví? ¿En dónde? ¿quándo las viste? replica Hardyl: ¿de dia, ó de noche? de noche, y bien de noche, respondió Altano, las ví desde una casa de Triana cuando estuve en Sevilla. Y si era tan noche, dijo Hardyl, ¿cómo las pudiste ver? No pude dudar de ello, dice Altano, pues las oí repicar por el aire las castañetas. ¿Y oir es ver? Vamos, dijo Hardyl, pasa adelante, y no destripemos cuentos, sino no acabaremos jamas con tu eterna narracion.

Señor Hardyl, dijo entonces Altano muy alterado: V. es el que los destripa, y si no quiere oir como lo cuento, Ahí hay otro cuarto. Vamos, pasa adelante te digo, dice Hardyl, y sepamos en que paró el mensagero de Taydor. Taydor, continuó Altano, volvió al meson, despues de haber despachado el propio á Darfort; y teniendo por seguro que V. no llega-

rian aquella noche, ordena la cena para nosotros y para los cocheros. Yo le dijé entonces: ¿y quién cuidará de los caballos mientras cenamos? pues el coche lo tenemos aquí cerca, y las ruedas no son de algodon.

Los cocheros, me responde Taydor, no se los llevarán, pues cenarán con nosotros. Aquí le repliqué algo de mis temores de brujas; pero, puesto que el Señor Hardyl no gusta de oirlas mencionar, me las dejaré en el tintero. Hardyl no pudo contenerse de no decirle: gran tintero debia ser ese en que hubiese brujas por algodones. Pues cabalmente, dice Altano, si ʘ no lo sabe, es la caldera de Pero Sotero. Ya se echa de ver, dijo Hardyl, la larga pluma que moja en él. Mi Señor Don Eusebio, dijo Altano, dejaré de contar la historia; porque no hay aguante para mas. Vamos, pasa adelante, dice Eusebio; no te detengas por eso, pues al cabo nada significa el que te interrumpa Hardyl. Pasaré adelante, mi Señor, pero si á cada instante nos hemos de tirar las greñas, vale mas que se lo cuente á ʘ cuando esté solo. No te interrumpirá mas, dice Eusebio, prosigue tu narracion.

Dispuesta ya la cena, los cocheros no parecian. Pues juro á tal, dijo impaciente Taydor, que no dejaré este puesto hasta que no vuelvan. Lo decia esto paseándose por delante del establo; yo repliqué que podiamos cenar uno

despues de otro, pues asi no quedarian sin guardar los caballos; pero diciendo él que no queria, me contenté de decir dentro de mí: á buena cuenta, el queso y pan en buen sitio estan. Pero finalmente llegaron los cocheros cuando les dió gana, y nos llaman á cenar. Taydor me dijo que disimulase y lo dejase hablar á él: yo aquí no veia razon, pero creí que tendria algun motivo particular para ello, y asi callé.

La mesa estaba dispuesta en la misma cocina, y cuando llegamos Taydor y yo, vimos que ya estaban en ella muy de asiento los señores vellidos, con rostros tan descarados y socarrones, que parecia que nada supieran del hecho. ¿Pues qué, dice Trombel, no esperamos al amo? ¡Ah! traidor, estaba yo para decirle, y para echarle tras esto el plato en los bigotes; pero me contuve, y callé, por lo que Taydor me habia insinuado, respondiendo éste á Trombel; no hay para que esperarlo mas, no habiendo llegado ya: pero mas tarde sí vendrá, pues le he despachado un propio.

Aquí noté que Trombel se turbó no poco; pero el descarado Oates dijo luego: temo mucho que no lo encuentre en Darfort ese propio. ¿Por qué no? pregunta Taydor un poco alterado. Por vuestro descuido, respondió Oates, en no decir que quedásemos en Darfort; ó si lo dejisteis, no os entendí; ved que consecuencia lleva el no hablar claro. Aquí se me en-

cendió en ira toda la sangre, viendo el descaro de Oates; y sin duda me contuvo para no abrumarlo el juro redondo que echó Taydor entonces, diciendo tras él á Oates: hablo y veo mas claro que lo que vos pensais, y reportémonos, porque si no ¡ vive Dios...!

Oates enmudeció, y Trombel no se atrevió á chistar viendo el manifiesto enojo de Taydor. Entonces el mesonero, temiendo alguna reyerta, dejó la mesa en donde acababa de cenar, y vino á la nuestra metiendo su cuba de barriga entre mí y Taydor, y moliendo con los dedos un polvo de tabaco con la caja abierta. Yo me volví á mirarlo, al tiempo que hacia de ojo á Trombel, diciendo: ¿tuvisteis buen viage, señores? ¿Buen viage? y tan bueno, le digo yo, sin acordarme mas, ni por pienso, del encargo que me habia hecho Taydor de que no hablase, y asi continué á decirle: y si no, dígalo el dromedario blanco de Darfort, que nos vió pasar debajo de sus luengas patas, pareciendo que nos queria atropellar desde el aire, echándonos en rostro el sahumerio del pringado *rostbif*, que perdiamos en su cocina.

No entendiendo eso de dromedario blanco, dijo el mesonero, haciendo señas á los cocheros, pues aunque yo lo tenia de espaldas, estaba frente á frente de Trombel, con quien se entendia el mesonero, y por el espejo vi el reflejo; y á lo que preguntó de no entender

lo del dromedario blanco, le dije: lo entendereis mañana, compadre; ¿ pues qué no habeis estado en Darfort? ¿ ni visteis jamas aquel aguilucho que hay por enseña de caballo blanco en un meson?

— Toma; si estuve en Darfort, y si sé de ese meson: cabalmente es un hijo mio el que lo tiene de su cuenta. Lástima que pasaseis sin entrar en él, pues hubierais visto una moza retozona, blanca, rubia y colorada, de un dengue y zalamería sin par. Para mozitas blancas y rubias estamos, le dije yo: que le quereis hacer, si estos infiernos de Trombel y Oates llevaban los oidos en los talones. Mientes, voto á tal, dice Oates enfurecido al oir esto, y yo poniéndome en pie, y devorándolo con los ojos encendidos, cojo el plato con las dos manos para echárselo, diciendo: ¿ cómo que miento? ¡ traidor, bellaco! Pero antes de echárselo á las muelas, me detuvo del brazo el mesonero, diciendo: vaya, sosiéguense, señores, y siga la fiesta en paz; que en honrado meson estan, y no en un bodegon. Ea, Oates, las manos en la faltriquera.

La mesonera al verme tan montado, vino tambien á sosegarme, diciéndome: ¿ sin duda soys Español? Esto me olió á la pregunta de la moza de Pilatos; con todo la dije: lo cantaré yo antes que el gallo, tia Juana, pues me precio de serlo; y para que no ignoreis de donde,

sabed que del Puerto de Santa Maria. ¡ Buena tierra! dijo aquí el mesonero. ¿Pues qué estuvisteis en ella? le pregunto; y él comenzó á darme tales señas, que no pude dudar de ello.

La picarona de la mesonera dijo entonces: pues por vida mia que le tengo de dar una cama á mi españoleto, que tal no la tenga su amo en el mejor meson de Londres. Eso sí que yo os lo agradezco mucho, le digo; pues venid á verla, me dice; y si no es como lo digo, no coma yo pan á manteles por muchos dias: vamos allá, le dije; y ella tomando una vela me acompaña al cuarto, queriendo tambien que viniese Taydor.

Habia de hecho en el cuarto dos camas, que mas bien aderezadas no las ví en todos los mesones desde Douvres hasta allí. Vueltos á la cocina, no vimos mas los cocheros, ni el mesonero. Taydor me dice entonces: Altano, esta noche no hay que pensar en cama. Los cocheros nos trajeron aquí con el fin de robarnos el coche y caballos; y lo peor es, que segun noté por ciertas señas, se entienden con ellos los mesoneros: me confirma en ello el habernos hecho ver las camas la mesonera, con el fin de cebarnos mas las ganas de dormir, para que, mientras dormimos á sueño suelto, puedan hacer ellos salto de mata con todo el bagage; y asi en vez de ir á esas camas, dormiremos en el coche.

Por mi Señor Don Eusebio, le digo yo, aunque sea en el duro suelo todos los dias de mi vida, y váyanse en hora mala las mejores camas del mundo. No hay, pues, que perder tiempo, dice él: ahora que no te ve ninguno, ve, métete en el coche, y déjame hacer á mí. Yo me voy al coche, y apenas estuve dentro, cuando veo la mesonera entrar en el zaguan por la puerta del corral con su vela encendida en la mano; y al entrar en la cocina oigo que decia á Taydor, que habia quedado en ella: ¿pues qué no es hora de irse á la cama? ¿dónde se fué el españoleto? Aquel, responde Taydor, es un echa cuervos, que no sabe hacer mas que dormir. Voto á tal, decia yo en el coche al oir esto, aquel bribon de Taydor miente por las barbas; pero á su tiempo se lo diré.

La bruja de la mesonera le respondió á tono: eso lo digo yo tambien; son unos poltrones soberbios esos españoles: ¿pero á dónde está? Aquí creia que Taydor la deshiciese las muelas de un reves, por la respuesta desvergonzada y ultrajante á la memoria de ☉, pues yo no me hubiera contentado con eso solo. En vez de esto la dijo Taydor: le aparejasteis tan buena cama, que no se le cocia el pan para ir á probarla, y se fué allá. Tan bien como hizo, dijo ella, y extrano que no le hayais imitado. Dadme, pues, una vela, le dice Taydor; y tomando la vela que ella le dió, lo veo salir de

r muy serio por delante del co-
ırriba sin decirme palabra, ni
man, aun con los ojos, aunque
la cabeza para que me viese.
ıspechar, si queria engañarme,
olo en la pelotera, y estaba á
rlo, al tiempo que veo salir de
ısonera que seguia á Taydor,
ıbido la escalera; á cuyo pie se
;ando el cuello de lado, como
l ruido de la puerta cuando la
; lo que hizo él con tal golpe,
r mi corazon, confirmándome
s de que queria burlarme, fi-
allí en el coche como gorrion
lo, como estaba, muy metido
el rincon sin menearme, para
oido, aunque podia ver los
turas de la mesonera.
alegre al parecer con el golpe
e habia cerrado Taydor, des-
ostura en que estaba, alargando
un brinco (á lo menos lo quiso
hubiera sido por la inmensa
rpo, el contento á lo menos...
ielo, dijo aquí Hardyl, por
é insulsos! ¿A que viene tanta
tanto dije y dijo, y torno á
er, ni esos brincos ni descrip-
montan un bledo? — Señor

Hardyl, ya le dije que, si no gustaba de oirme, se fuese á otro cuarto; y si no, hago punto redondo, y lo cuente quien quiera, pues no hay paciencia para con un oyente tan importuno. Ɵ seria el primero á echar fallo, y á no creer la relacion si dejase de contar todas esas insulsas menudencias, como dice, en las cuales está el toque que muele los oidos de Ɵ, y con que me muele á mí: pero ya que no gusta de oirlas, ni yo de pasarlas en silencio, quede ahí el cuento, y Ɵ con Dios, mi Señor Don Eusebio, pues se acabó aquí la narracion.

No, Altano, ven acá y prosigue, dijo Eusebio; pues si Hardyl no gusta de oirte, gusto yo: pasa adelante, y veamos lo que hizo la mesonera. Altano que ya les habia vuelto la espalda para irse, detenido de la instancia de su amo, le dice: bien pues, proseguiré por complacer á Ɵ, pero si el Señor Hardyl vuelve á romperme el hilo y la paciencia, daré al diablo la narracion. La mesonera, pues, despues de haber dado aquel asomo de brinco de contento, se vino hácia el coche; y comenzó á examinar, y á forcejar los baules con la mano, á mirarlos por arriba y por abajo. ¡Qué se quema! ¡qué se quema! decia yo dentro de mí palpitándome el corazon, y temiendo que viniese á registrar dentro, y á dar conmigo. De hecho, ella se acercó á la portezuela, pero fué al tiempo que entraba su marido en el zaguan.

Entonces se va hácia él, y oigo que le decia paso, ya estan en el cuarto, ya estan en el cuarto, podemos quitar el baul. No es tiempo todavía, le responde él, hasta que no vuelva Oates con las pistolas que fué á buscar. ¡ Cuerpo de tal! ¿qué has dicho? decia yo temblando como un azogado: ¿pistolas tenemos, somos perdidos? ¡ Qué sudores! ¡qué angustias mortales fueron las mias! ¡qué enojo contra Taydor, al verme burlado, y desamparado de él; y sin armas para poder resistir á aquellos declarados ladrones!

Ya me venian impulsos de saltar del coche para oprimirlos con mi repentina presencia; ya se me ofrecia esperar á Taydor, lisongeándome que bajaria á tiempo pára pedirle consejo, creyendo este el mejor partido. Pero me sacaron de afan los mesoneros, viéndolos subir juntos la escalera, diciendo el marido: hagámonos sentir que entramos en el cuarto, porque asi quitaremos toda sospecha que les haya podido venir, y desde la ventana esperaremos la señal de Oates cuando vuelva con las pistolas.

Parecióme esta buena ocasion para ir á avisar luego ó Taydor de todo lo que habia visto y oido; sin detenerme mas, salto del coche y comienzo á subir la escalera sobre las puntas de los pies para no ser sentido. En el primer descanso me paro para ver si podia oir alguna cosa; y de hecho oigo las pisadas de persona, que a

parecer bajaba la escalera tan paso cuanto yo
a subia, haciendo rugir el suelo como si pisase
[illegible]ena.

¡Cielos! ¿quién será éste? me decia yo casi [illegible]dando de temor, no pudiendo conocer si era [illegible]mesonero, ó bien Taydor el que bajaba, pues n[illegible]habia oido ningun ruido de puerta : mas f[illegible]e quien fuese, me determino á esperarlo c[illegible] el puño cerrado, teniendo enarbolado el b[illegible]o, para descargarlo contra quien bajaba l[illegible]o que me estuviese á tiro. Mas quiso la fortu[illegible], que cuando le podian faltar dos ó tres esc[illegible]ones para llegar al descanso, en donde yo es[illegible]a con el brazo en alto, y apretando los d[illegible]tes para descargarlo con mayor fuerza, que T[illegible]dor tosiese con reprimida violencia para no [illegible]oido, y lo reconozco.

O Taydor! le digo en voz baja, ¡ somos per-[illegible]dos! Oates fué á buscar pistolas para matarnos [illegible]n duda, pues esos no son instrumentos para hacer rizos. A esto añado todas las insulsas menudencias, gestos y meneos que habia visto hacer á la mesonera, y que no parecieran tan impertinentes al señor Hardyl si se hubiera visto en mi lugar. Taydor sin alterarse, me responde : vamos al coche, y déjalos venir. ¿Cómo dejarlos venir? le digo yo, ¿qué podremos ha-[illegible]er sin armas, contra las suyas de fuego? Yo me [illegible]revine con este alfange, me responde, que [illegible]mpré á un labrador de la villa, despues que

despaché el propio á Darfort, y lo escondí en el coche, temiendo algun mal alzado de esos traidores; pero jamas creí que hubiesen pensado en las armas de fuego, porque si hubiera dado en ello, tal vez me hubiera sido mas fácil el encontrar pistolas, que otro alfange para vos, que no pude hallar. Pero no importa; éste bastará para amedrentarlos en caso que lleguen á poner en ejecucion sus malvados intentos.

Mas ya que no lo pudisteis encontrar, le digo yo: ¿no fuera mejor que fuesemos ahora á apoderarnos de Trombel, antes que llegue Oates, y que se junten los dos con los dos mesoneros? Nó, me responde él, no hago violencia á ninguno, si primero no me la hacen. Esta sobrada confianza de Taydor nos perdió, por no querer seguir mi prudente consejo, el cual vale mas á las veces, que cien picas y cien pistolas. Apenas digo esto, cuando oimos caminar los caballos: ¡se los llevan! Taydor, se los llevan, exclamo yo. Taydor iba á salir del coche con el alfange desenvainado, pero como con la prisa quiso abrir con la izquierda la portezuela, se le resistió tanto la manecilla, que al tiempo que se determinó pasar el alfange á la izquierda, para abrir con la derecha, llegan los cocheros uno tras otro con los caballos del diestro para ponerlos al coche, y llevárselo en cuerpo y alma.

Consiguiendo Taydor abrir la portezuela, sale del coche con el alfange desnudo, diciendo: trai-

dores dejad esos caballos ; ¿qué vais á hacer ? y se echa sobre ellos, cogiendo del diestro á uno de los caballos ; yo que salí tras él, acudo tambien al otro, y lo así del freno. Trombel y Oates asustados de aquella inesperada y repentina aparicion, no sabian que decir. Nos vamos á Londres, dice Oates, que es hora de partir. De aquí no partireis, dice Taydor, echando un voto á tal, hasta que el amo no venga ó nos avise de lo que debemos hacer, y asi volved los caballos á la cuadra.

¿Pues que pensais tener vos solo órdenes del amo ? dice Trombel ; sabemos lo que nos hacemos, é impele los caballos hácia el timon del coche. Yo tenia del freno al que Trombel arreó para ponerlo en el coche : pero sintiendo la resistencia de mi mano, no se movió. Oates que estaba detras de Trombel con los otros caballos, echando de ver nuestra defensa, adelante, dijo, con esos caballos, y echad de reves esos follones. Voto á... dijo Taydor, levantando el alfange, que de aquí no partireis, traidores declarados. Trombel le respondió con otro voto redondo, y dió una recia patada en el suelo ; al tiempo que Oates disparando la pistola por detras de Trombel contra Taydor, lo hiere en el brazo.

Los caballos espantados del fuego, y del estampido del tiro, parten como rayos enfurecidos, y me arrebatan á mí y á Taydor, que los

teniamos asidos, y nos atropellan, haciéndome dar tan recio golpe en el eje adelantero, que creí que me hubiese descoyuntado. Al ruido, alboroto y voces del zaguan acuden los mesoneros tan vestidos como subieron, al tiempo que Oates habiéndose apoderado del alfange que perdió Taydor, iba hácia él para acabarlo de matar.

¿Qué haceis? ¿qué haceis? grita la mesonera; detente Oates, y lo detiene del brazo. Su marido, y el mozo del meson, lo desarman, y acuden luego á Taydor, que estaba, como yo, tendido en el suelo; y tomándolo en brazos lo suben arriba para ponerlo en la cama, dando órden al mozo para que fuese á llamar al cirujano de la villa. Luego vienen por mí, que hacia el muerto en el suelo, aunque estaba bien vivo, lo que creo me libró de la muerte; porque luego que los mesoneros subieron arriba con Taydor, los cocheros que habian quedado en el zaguan, despues que recobraron y ataron los caballos, vinieron á mí, diciendo Oates á Trombel, capemos á este marrano.

Quita allá que está muerto, le dice Trombel, y dándome un Puntapie, callando yo como un puto, y sudando angustias mortales, me dejaron estar. Inmediatamente vuelve el mesonero por mí, y luego su muger; viendo que respiraba, me levantan, ayudándome yo tambien, y me llevan á un cuarto diferente del que me habia

mostrado antes la mesonera, en donde no habia aquellas dos buenas camas, sino una, y bien ruin, en la que me dejaron tendido, lamentando mi desgracia; luego se salen del cuarto, oyendo yo que me cerraban con llave. Al verme allí solo y dolorido, comencé á quejarme no solo por los dolores que padecia del golpe del eje, sino tambien por la pena que sentia, temiendo que hubiesen muerto á Taydor. La mesonera volvió de allí á un rato haciéndome el llanto del cocodrillo, y diciéndome que no temiese, que luego vendria el cirujano. No pudiendo contener mas mi enojo; ¡ ah bruja infame, la dije, embustera ladrona! ¿pensais que no os ví, ni os oí, y que no sé que mojabais en el mismo infernal plato de los cocheros? No hay tal, decia ella; ¡ cielos! ¿ que decis? y comenzó una retahila de excusas, acabando con salirse del cuarto dejándome otra vez cerrado bajo llave, para que no pudiese salir, viendo que estaba con fuerzas, y no tan muerto como me habia creido.

En esta sospecha me confirmó el ruido que de allí á poco oí del coche y caballos, que salian del meson; y no dudando que se los llevaban impunemente, salto de la cama impelido de furor y rabia, olvidado de mis dolores, y abriendo la ventana comienzo á dar tales gritos, llamando ayuda, que creo me hubieran podido oir desde Londres.

A los gritos que daba acuden algunos vecinos

al meson para ver lo que era; el mesonero, el mozo y la mesonera para sosegarme, entraron tambien en mi cuarto. Enfurecido como estaba, no pudiendo dudar que se llevaban el coche y caballos los cocheros, y que los mesoneros les habian facilitado el robo, eché mano de un morrillo ó brazo de silla rota, con que tropecé al acudir á la ventana, y echándome sobre el mesonero, que venia con luz para informarse de que era lo que me sucedia, le descargo tal morrillazo, que si no hubiera reparado el golpe con la vela y candelero, lo dejára allí descalabrado. La mesonera que venia con él, comienza á gritar; gritaba yo tambien, y asi á oscuras daba tales palos de ciego por aquel cuarto, que si por buena suerte no se me hubieran escapado con el favor de las tinieblas, les hubiera hecho la cuenta con paga cabal.

Pero como huyeron dando horribles gritos, é implorando auxilio, á sus voces acudieron cinco ó seis hombres de los vecinos, que habian entrado en el meson, pues á la verdad les debió parecer sin duda que nos matábamos. El mozo del meson, que escapó el primero de mi descarga, tuvo la advertencia de ir á tomar otra vela, y con ella subia al tiempo que ya los vecinos se hallaban en la sala; los cuales al verme en medio de ella con el brazo de la silla en la mano, me preguntan ¿qué era lo que me sucedia?

Yo les digo, furioso como estaba, que nos robaban el coche los cocheros, y que habian muerto á mi compañero. No hay tal, salia diciendo del cuarto en que se habia refugiado el mesonero; no hay tal, que ahí en ese aposento está ese hombre herido del tiro accidental de la pistola. — ¡ Accidental! traidor infame y ladron, le digo yo, ¿ pues qué no ví como asestó la pistola contra Taydor? Como quiera, responde él, ese hombre no está muerto, y sino vengan á verlo. Diciendo esto se encamina al cuarto, abre la puerta, y oigo entonceés los lamentos y voces de Taydor, que decia: Altano, por Dios, que me desangro, id á llamar al cirujano. Yo entro al tiempo que le decia el mesonero, que el cirujano no podia tardar á venir, pues hacia rato que lo habia mandado llamar. La dolorosa situacion de Taydor no pudo desarmar mi cólera, ni mi brazo, y allí mismo delante de Taydor, y de dos ó tres de los vecinos que entraron tras mí en su cuarto, comienzo á tratar de ladron al mesonero, atribuyéndole el robo del coche; y se hubiera renovado la refriega, si por buena suerte no hubiese llegado el cirujano, el cual despues de habernos sosegado y examinado la herida, se puso á hacer su oficio, en que empleó una buena media hora: pero finalmente nos consoló á mí y á Taydor, diciéndonos, que la herida no era de peligro, y que curaria dentro de pocos dias.

sin detenerse en aquella ciudad, habian ido á Londres. Se le hubieron de pagar otras dos guineas á mas de las dos que le entregó Taydor antes de partir, las que hube de aflojar de mi bolsillo.

El propio, recibida la paga, se fué; y Taydor me aconseja ir inmediatamente á Londres y buscar á ⊙s, diciéndome que los hallaria en uno de los mesones. ¡Y qué tal que adivinó! Pero ya se sabe que una desgracia jamas viene sola; todo parece que se conjura en salirle al reves al desgraciado. Me despedia de Taydor con todo el sentimiento que requerian las infelices circunstancias en que nos hallabamos, cuando entró el ministro á verle, y conociendo que yo me despedia para partir, me pregunta ¿que á donde iba? le dije iba á ver si podia encontrar á ⊙. en Londres. El entonces comenzó á decirme en tono muy grave de esta manera:

Sabeis cuan poderosas son las tentaciones, y que no siempre el hombre resiste á ellas. Esos bribones de cocheros coecharon con promesas la honradez de estos mesoneros, si les facilitaban el hurto del coche, diciéndoles que vosotros os habiais apoderado antes de él, dando á traicion la muerte á vuestro amo, antes de llegar á Darfort: pero sabed que tambien los han engañado á ellos, llevándoseles el baul que pactaron darles, y que habian depositado en un cuarto.

Señor ministro, le digo yo, sepa V. que no me trago tortas tamañas, ni como piruétanos por zanahorias: puede decir esa bruja lo que quiera, que no me dará papilla. Con todo, replica el ministro, os he de deber un favor, y es, que cuándo conteis á vuestro amo el hurto del coche, no hagais mencion de los mesoneros, pues esta pobre familia..... No pase V. adelante, le interrumpo yo; colgada cabeza abajo vea yo á esa bruja endemoniada, con el trasero al aire, picado de todas las abispas y tábanos de la tierra. No, voto á tal; los perseguiré aunque esten tocados de la peste.

Sosiégate, Altano, me dice entonces Taydor, y condesciende con la súplica de este señor ministro; hazme tambien á mí este favor. Debí ceder á la instancia de Taydor, para sosegarlo, pero no para mantener la palabra que le dí, pues ya ve V. que tal que la he cumplido: fué con todo otro tanto oro esta promesa para Taydor, por lo que añadió el ministro, que los mesoneros procurarian resarcir su yerro con los mayores esmeros y asistencia que prestarian al enfermo.

Con esto partí mas alegre y confiado, tomando las de villadiego: pues en ruedas ni á caballo no habia que pensar, ni permitiéndolo la bolsa. Iba, pues, yo mi camino, haciendo cuentas galanas, y avivando el paso con el ansia de verme en Londres al medio dia para contar

á [illegible] el caso, preguntando á cuantos encontraba si habian visto un coche vacío con cuatro caballos, diciéndoles pelos y señales; pero ninguno me sabia dar razon, hasta que habiéndome puesto á descansar á la sombra de un árbol, veo venir un caballero á caballo con dos criados á quienes hice la misma pregunta; los cuales me dijeron que sí, que los habian encontrado en un parage que no pude entender por ir *ellos* á galope.

Lo mismo nos tenemos, me dije yo; aquí no hay mas que apresurar el paso y seguirles, figurándome que irian derechos á Londres; pero habiéndolos perdido de vista, y sintiéndome cansado, hube de volver á mi paso. Parecíame que era ya muy entrado el medio dia; y no viendo poblado ninguno, me determino preguntar á un jornalero que trabajaba cerca del camino, ¿cuántas millas estaba distante Londres? Hermano, me dice él, si vais á Londres, vais errado; debiais haber tomado el camino de la derecha, que se separa allá bajo de este.

¡Cuerpo de tal! que maldiciones eché sobre mi cabeza al oir esto; pero no habia otro remedio que desandar una buena legua que habia caminado. Pero ¿cómo hacerlo con el hambre y sed que llevaba? Me resuelvo á quedar en alguna de aquellas alquerias que por allí veia, preguntando al jornalero, ¿si en alguna me darian de comer por mi dinero? y diciéndome

que tal vez sus amos lo harian, me encamino hácia la casa que él mismo me enseñó.

Estaban cabalmente sentados en el zaguan los dueños, que me parecieron antiguos patriarcas; cabe ellos estaba trabajando en randa una hija suya muy bien parecida. Yo los saludo, y les hago mi peticion, diciéndoles la desgracia que nos habia sucedido, y el error de mi camino. El viejo da entonces órden á la muchacha que me diese de comer. El cielo se me abrió de par en par al oir esto, y mucho mas cuando me veo comparecer la angélica criatura de su hija, que con sus blancas y aseadas manos me presenta en un plato un pedazo de fiambre y otro de queso, con dos panecillos.

Mil bendiciones derrame el cielo sobre esta casa, le digo al recibir el plato, y á vos dulce señora mia, dé suerte igual á vuestra hermosura y beneficencia. Ella se entró en el zaguan muy modesta, y yo me fuí á devorar mi racion, sentado á la sombra de un coposo nogal, que se levantaba delante de la casa. Aun no habia acabado de comer, cuando veo llegar un jóven á caballo, hijo del dueño, y yo llevando siempre en la memoria el coche y caballos, despues que me dieron de beber, quise preguntar al jóven que acababa de llegar, ¿si por ventura los habia visto? y diciendo él que sí, y el camino que llevaban los cocheros, del cual me olvidé dos dias despues, quise satisfacer el

precio de la comida para partir luego; mas no queriendo recibir cosa ninguna el buen viejo labrador, me despedí de ellos renovándoles las bendiciones.

El aviso del jóven, y del nombre del camino que tomaron los cocheros, del cual me acordaba entonces, fué de mucha importancia; porque ya cerca de Londres, viendo venir hácia mí siete hombres á caballo, y muy armados, me dió un golpe el corazon, como diciéndome lo que era. De hecho, al emparejar con ellos, me preguntó el capitan ¿que de donde venia? y si habia visto un coche ceniciento con cuatro caballos, cabalgados de dos cocheros? ¡Y cómo si sé de ese coche! le digo yo, ¡pues soy uno de los criados á quienes lo robaron! luego, *in capite libri*, le digo el cohecho de la mesonera; y tras esto el camino, que habian tomado los cocheros, segun me dijo el hijo del labrador. Ellos partieron de carrera con mis informes, y yo proseguí mas alegre hasta Londres, donde llegué al anochecer, yendo al primer meson que me enseñaron, y remitiendo al otro dia el buscar á ☉.

Todo él lo empleé en ir de meson en meson, hasta que por las señas que le dí de ☉ en el de la fuente de Oro, me dijeron que ☉ habia estado; pero que se habia ido al otro dia sin saber adonde. ¡Oh cuitado de mí! exclamé, ¿como encontrar ahora á mi señor Don Eusebio

en esta babilonia? ¿A quién preguntar? No dejé rincon ni bodegon en que no diese señas de Θ, caminando por Londres tres dias enteros, para ver si por ventura lo encontraba; pero todo fué en vano. Creció mi desesperacion despues que un tahur me ganó el poco dinero que me quedaba, viéndome reducido á pedir limosna, hasta que la fortuna me llevó al Vauxhall, donde encontré á Θ, que instante mejor no le tuve en mi vida; tal fué el gozo que llenó mi corazon..

No hay, pues, para que perder tiempo, dijo entonces Eusebio; ya que sabemos el paradero de Taydor, podemos ir luego á verlo, si os parece bien, Hardyl. No me opongo, Eusebio, le responde Hardyl, á tan buen sentimiento para con Taydor: pero conviene que tampoco perdamos de vista la conveniencia que debemos á quien nos hospedó. Bridge no está en casa, y sin participárselo no parece bien que nos ausentemos; mucho mas no siendo tan necesaria nuestra presencia para el herido Taydor, pudiendo llevar Altano el dinero que necesite para su cura y alojamiento.

Ademas de esto, mañana es el dia que nos dió el juez para saber de nuestro coche, y no es bien que faltemos. Sea asi, pues, dice Eusebio; y entregando cincuenta guineas á Altano, le manda tomar la posta cuanto antes, é ir con comodidad para socorrer á Taydor. Har-

dyl dice entonces á Eusebio: deseaba este rato de quietud, despues del tumulto de tan extraños accidentes como hemos padecido este dia, para desahogar con vos mi corazon, que se halla como aturdido de todos ellos.

Haced cuenta, le dice Eusebio, que pasa lo mismo por el mio, sin acabar de salir de mi enagenamiento. Tantas veces os oí decir, que el hombre debe estar prevenido para todos los funestos accidentes que le pueden sobrevenir, que me parecia que no habria ninguno, por adverso que fuese, que me pudiese sorprender inesperadamente. Pero el caso de nuestra prision me hizo ver la diferencia que hay de la persuasion mental á la del hecho. Porque ¿cómo podia imaginarme yo, que me pudieran prender por ladron, y hacerme pasar por tan grande ignominia?

No hay duda, le dice Hardyl, que todos los males hacen mas viva impresion de hecho, que vistos de lejos, y como si los tocásemos con la mente. Pero esta previa persuasion sirve no poco para soportarlos con mayor fortaleza cuando vinieren á acometernos; porque el ánimo contenido de la persuasion de la inconstancia de la fortuna, y de cuan sujetas estan todas las cosas de este suelo á las mas extrañas é inesperadas variaciones, no se deja disipar de la confianza que le fomenta la fortuna favorable; y por consiguiente no deja enflaquecer

en ella sus buenos sentimientos, y con la lisonja, que no le sucederá, lo que á muy raros sucede en la vida, ó lo que á ninguno sucedió tal vez.

A muchos he conocido víctimas infelices de esta vana confianza, y entre ellos me acuerdo de un Caballero frances, á quien robaron aquí mismo en Londres todo su equipage, pocas horas despues que habia llegado al meson. Forzado de la necesidad, mientras iba y venia de su tierra el medio para remediarla, hubo de reducirse á pedir limosna si no queria morir de hambre. La combinacion de los fatales accidentes fué tan perversa, que habiéndolo prendido por sospechas de ladron, lo pusieron en la cárcel, como nos sucedió á nosotros. Aunque sus parientes, sabido el caso, alborotaron la corte de Londres por medio del Ministro de Francia, y aunque obtuvieron que el preso saliese de la cárcel, fué tan grande el dolor que le causó el oprobrio de la prision, y la ignominia de verse preso, y llevado como nosotros á vista del pueblo á Newgate, que sólo salió de allí para ir á morir á un meson dentro de pocos dias. A otros he visto tan abatidos y congojados por otros semejantes accidentes, que les alteraron la salud, viviendo enfermizos, y perdidos todo el resto de su vida.

A vista de estos casos, me decia yo á mí mismo cuando comencé el estudio de la filo-

sofía moral : los males del cuerpo todos procuran remediarlos y prevenirlos. ¿ Por qué, pues, no se deben prevenir y remediar los del ánimo, que á las veces, ó casi siempre son mas funestos? A muchos, es verdad, veo acudir en sus desgracias á las súplicas y oraciones, y votos á los santos, ó para que los libren de ellas, ó para que no llegue el caso de sentirlas. Remedio bueno en cierta manera, porque deja algun género de satisfaccion en el alma, especialmente cuando se ve humillada de la desgracia, que impensadamente le sobrevino.

Pero echando de ver que estas súplicas y oraciones, en vez de minorarles la tristeza y el abatimiento que causa generalmente la opinion de la ignominia, les aumentaba el llanto y congojas, me persuadí que, estando el orígen del mal y del sentimiento en la vanidad y presuncion del hombre, el mejor remedio era cortar las raices de la vanidad y filaucia para no sentir sus efectos. Y asi me puse luego á combatir de recio, con reflexiones y máximas de la sabiduría, los siniestros sentimientos del ánimo, y á proponerme muchos funestos sucesos para meditarlos por todos sus visos, y por todos los éxitos que pudieran tener, acostumbrando asi á mi espíritu para recibirlos con constancia y fortaleza, caso que viniesen.

La pérdida del coche pudiera no serme tan sensible como á vos, mirándolo como cosa no

mia : pero el oprobrio de la prision, la ignominia de la cárcel, era un accidente que igualmente nos tocaba á entrambos. Con todo, os aseguro qué cuando ví sobre mí los alguaciles, los miré casi con los mismos ojos con que miran los muchachos á sus semejantes, cuando remedan la justicia, y hacen de burlas y por juego, lo que hicieron de veras con nosotros los alguaciles.

Mi mayor sentimiento fué cuando os ví quedaros blanco como un papel, al tiempo que os ataban, revistiendo mi corazon de vuestros afectos; pero luego descansó mi cuidado sobre los buenos consejos y máximas que os procuré insinuar, y que podian fortalecer vuestro ánimo abatido en un lance tan terrible. — A la verdad fué terrible la primera impresion que me causó; de modo que casi me privó de sentidos : pero el tono con que me dijisteis el verso de Virgilio, me hizo volver sobre mí, aunque luego siguió á mi pavor una fuerte tristeza y abatimiento; mas el ir á vuestro lado me infundia confianza, y las máximas de Séneca parece que me daban un animoso consuelo, que me confortaba á pesar de las miradas de la inmensa gente que nos contemplaba y nos seguia.

¡Oh! no dejaré jamas á Séneca. ¡Qué vigor infunde al ánimo en la desgracia! — lo infunde no hay duda : ¿pero sabeis cuán pocos aprecian á ese autor? ¿y cuántos menos se aprovechan

de él? En los trabajos y desgracias solo conoce el hombre la instabilidad de las cosas humanas, y prueba el acibar que dejan, tocando con las manos el engaño de la vanidad y de la ambicion. Esto lo confiesan casi todos los desgraciados; pero como se lo hace decir el abatimiento, la tristeza y el disgusto que sienten cuando se ven acosados de la desventura, y del contratiempo que los humilla, y no la persuasion del ánimo; luego que el trabajo ó desgracia se desvanece, vuelve á cobrar el imperio en su corazon la confianza de su vanidad, dejándose llevar é ingreir de sus engañosas insinuaciones.

A mas de esto, los continuos ejemplos de la prosperidad agena, ó por lo menos el alegre y resplandeciente exterior que ven en ella los deslumbra; triunfa la antigua opinion y confianza, que los hace engolfar de nuevo en las veleidades y divertimientos del mundo, dejándose llevar de sus insulsos pasatiempos, hasta que la suerte contraria los llega á zabullir otra vez con un zarpazo improvisto en las olas del mundo, en que los engolfaba su vanidad, y en que tal vez los anega.

Ese mismo Séneca, que con tanta razon apreciais, ¿sabeis á cuántos empalaga? Unos se paran en el estilo, prevenidos del dicho de Quintiliano; y á pocas hojas, viéndolo de algun modo verificado, tienen bastante para decir

que lo han leido, y seguir la moda de despreciarlo. Otros pasan mas adelante; pero tropezando con las cuestiones científicas de los Estóicos, sin atender á si Séneca las admite, ó sin saber prescindir de ellas, tienen sobrado para reputarlo tan ridículo, cuanto lo son aquellas mismas cuestiones de que se burla el mismo Séneca.

Otros, que pretenden hermanar la virtud con las pasiones, y con todos los placeres y diversiones del mundo, luego que ven que Séneca los combate de recio, y con austeridad, y que aprieta sobre la moderacion, sobre la templanza, sobre el vencimiento de los vicios; ¡ buenos estamos ! dicen; se conoce que á este insensato le costaba poco predicar la austeridad desde el trono de la grandeza á que lo levantó Neron: yo tambien sabria predicar la sobriedad con medio millon de renta.

No faltan tampoco algunos, que, sin haberlo jamas visto ni leido, remitiéndose al juicio de los que dicen ó escriben mal de él, se apropian aquel juicio; pues tambien hay ecos en el tribunal de la literatura, que repiten los juicios y dichos que otros profirieron, como si les nacieran del buche. Oyendo, pues, decir, que Séneca era un avaro, llámanlo avaro sobre palabra; y esto creen que les basta para despreciar no solo su memoria, sino tambien sus escritos. Mas vedlos á todos esos cuando les

sobreviene alguna desgracia, ya sea en sus bienes, ya en su reputacion, ó en sus escritos, ¡ cuán angustiados, cavizbajos, envilecidos andan, como si estuvieran mortalmente heridos en su corazon! y si algunos, especialmente los presumidos de su saber y de su ingenio, quieren esforzarse á levantar su frente altanera, pero abatida, delante del público que los desprecia, no hacen mas que remedar los esfuerzos de la culebra cortada por medio, que lidia con el aire para arrastrarse al agujero en que se sepulta para morir de rabia y dolor.

Estos mismos son los que, mirando con desprecio las máximas de la sabiduría, y el vencimiento de sus siniestras inclinaciones, ensalzando la gloria y la ambicion como nobles sentimientos del ánimo, exclaman con entusiasmo presumido, y con jovialidad inconsiderada :

O cives, cives, quærenda pecunia primum est;
Virtus post nummos.

Pero luego que truena la desgracia, y que armada del azote de la humillacion é ignominia, echa de reves su vana predicacion, les hace ver el engaño de su vanidad y de sus atronadas pasiones; las cuales no estando de antemano convencidas de lo poco que hay que fiar de las cosas de la tierra, ni fortalecidas de los sentimientos de la moderacion, se dejan tratar

como viles esclavos de su enemiga suerte, ó como mulos de reata. O bien si algun aliento les queda, es aquel que sacan de su misma ambicion, no extinguida todavía, la cual les hace implorar el favor de caballero, que los enfrene, para correr parejas con el ciervo.

Cotejad ahora con estos, los que no parándose en el solo estilo de Séneca, sino atendiendo á la sustancia de sus máximas y consejos, procuran fortalecer con ellas sus ánimos contra la inconstante fortuna. ¡ Qué soberanía la del alma, cuando levantada de su mismo abatimiento sin daño, ve sin alteracion la desgracia que abre la boca para devorarla ! Persuadida que todos los adversos accidentes de la tierra son solo sombras y espectros terribles en apariencia, las mira como tales, con risa imperturbable; y poniéndoles el pie en sus mismas bocas, echa de ver que no muerden, como parecia, sino que se desvanecen como humo, siendo solo espantajos formados de la opinion, y de las vanas preocupaciones de los hombres.

Pero para llegar á adquirir esta superioridad y soberanía de sentimientos, ¿ cuánto estudio no debe hacer el hombre ? ¿ cuánta violencia no debe hacer á sus desvanecidos modos de pensar y obrar ? ¿ de que fuerza y constancia de ánimo no necesita para resistir al torrente del comun trato, de los ejemplos y opuestos sentimientos de los demas? y esto es cabalmente lo que á casi

todos acobarda, y lo que raros consiguen; no porque les falten fuerzas, sino porque los retrae la misma dificultad, ó porque lisongeados de su confianza, no temen que las desgracias vengan; ó si vinieren, creen que no les faltarán medios para destruirlas, ó que no les serán sensibles.

Vimbons, enviado de John Bridge, llega para decirles que su amo vendria aquella noche mas tarde de lo que pensaba, y que suponiendo que necesitarian de descanso, los aconsejaba el cenar é irse á la cama. Esta libertad, dice Hardyl, vale mas que todos los agasajos de nuestro huésped: ¿ quereis Eusebio, que nos aprovechemos de ella? — De buena gana. — Ea, pues, Vimbons, cuando querais poned la mesa; y luego que estuvo pronta, se pusieron á cenar. El discurso interrumpido con la venida de Vimbons, recayó sobre la generosidad de Jonh Bridge, y sobre su gratitud, infiriendo que no todos los hombres eran ingratos, ni todos inhumanos y desatentos, como el criado del meson á donde fueron á parar luego que llegaron á Londres, pues habian encontrado en Bridway toda la acogida de la humanidad. Acabaron la cena, tratando de la que tuvieron á pan y agua en la carcel; y con esta ocasion contó Hardyl á Eusebio el recibimiento que le hicieron los presos en el calabozo en donde le pusieron, y las reflexiones que hizo, las que le sirvieron de

meditacion todo el tiempo que estuvo en él. Eusebio contóle tambien lo que le pasó con los presos; los temores y angustias que le habia causado aquel sitio, especialmente con la memoria de Leocadia, y lo mucho que le aprovechó el tener consigo las epístolas de Séneca, para aliviar el terrible abatimiento que padecia. Despues de todo esto le dijo; que habia visto un preso en aquel calabozo, cuya presencia y fisionomia le parecia haber visto de antemano, sin poder atinar á conocerle; pero que despues de haber pensado, le ocurrió si seria Orme, aquel jóven que quiso robarle á Leocadia, y que estaba en casa de sus padres: pues aunque habia oido darle el nombre de Romp; su presencia, aunque algo desfigurada, se asemejaba á la de Orme: confirmándolo en esta opinion el ademan violento que le vió hacer cuando lo llamó el carcelero para llevarlo al tribunal, diciéndole con los ojos encendidos, y con voz acerba: ¡ qué no tenga un rejon para pasarte el alma!

— Puede ser muy bien Orme con otro nombre, y no me causára maravilla que fuese el mismo, pues antes de partir de Salem, nos dijeron que habia partido Orme para Inglaterra; y si es asi, no nos debe merecer menor compasion que el infeliz Blund. Ved aquí una materia, que llaman digna de un alma grande. — ¿ Qué quereis decir? — Quiero decir, que

llaman accion heróica la de perdonar á los enemigos; y de hecho, lo es muy grande, y tanto mayor cuanto es mayor el agravio, y cuanto mas siente la ofensa el ofendido: especialmente si éste no está doctrinado en los preceptos y consejos de la sabiduría, porque entonces debe vencer de un golpe la irritada fuerza de la opinion y del sentimiento, lo que parece casi imposible en un alma abandonada á la fuerza de sus pasiones.

Pero no sé que deba costar tanto este vencimiento al que se acostumbra á mirar con indiferencia y desprecio la injuria y ofensa, como meros actos accidentales, entre los infinitos que dan impulso á las cosas de este suelo. Porque si yo miro la ofensa y la injuria que me hacen, como un recio empujon que recibo en un lugar de mucho concurso, sentiré del mismo modo el agravio y el daño que me hace, como el accidental empujon que me dan.

Verdad es que la injuria y el agravio declarado lleva tambien consigo la maligna y dañada voluntad de quien lo hace: pero si reflexiono que esta maligna voluntad es error de entendimiento del que quiere ofender, cuando no ofende, me parecerá ver en el ofensor un *loco* que pretende herirme con una arista, como si fuese un cuchillo acicalado. Otros, sin esta dañada voluntad, ofenden y calumnian con el solo fin de librarse ellos del daño que les pu-

diera redundar del delito que cometieron, y no por odio ni enemistad que tengan á la persona que calumnian: pero en uno y otro caso, si yo me acostumbro á no sentir la ofensa, miraré la calumnia como un efecto del inmoderado amor propio del calumniador; y en vez del resentimiento y odio, me merecerá solo desprecio ó compasion.

Cuanto mas medito los sentimientos del corazon del hombre, tanto mas echo de ver, que él mismo es el que se fabrica todos sus males: principalmente los del alma, y estos mismos se le hacen los mas difíciles de vencer por la falsa opinion que los acrecienta, siendo asi que son los mas fáciles de destruir, destruyendo esa errónea y engañada opinion. Este es el fin que nos propone la filosofía: la perfeccion y bien del alma, desarraigando de ella las falsas ideas, y substituyendo las de la sabiduría, que no son otras que las de la naturaleza perfeccionada de la razon. Pero ¿quién es el que nos asegura de la verdad de las máximas, y de los consejos de de ésta? Id, corred el mundo, diria yo á los que esto preguntan, frecuentad las naciones examinad al Turco, al Egypcio, al Chino, al Persiano, al Europeo mas remoto; y decidme, ¿si entre todos ellos se deja de admirar, y de venerar un acto de heróica virtud? Esa admiracion, pues, y esa veneracion, es la que atestigua la verdad de las máximas de la sabiduría,

caracterizadas en los hechos heróicos que admiramos, como superiores á las acciones comunes de los hombres; los cuales ponen en el número de los hechos heróicos, coronados de su admiracion, el desprecio, perdon de la ofensa y de la calumnia, porque por lo mismo que conocen cuan arduo es, y cuanto cuesta al hombre de conseguir esta virtud, por eso mismo la canonizan.

Pero como nosotros tenemos el medio fácil que nos sugiere la filosofía, de destruir las ideas falsas de la opinion, para ejercitar esa virtud, poco nos deberá costar compadecernos de esos miserables que nos ofendieron, mirándolos como á hombres privados del juicio, que nos quisieron herir con una paja. — ¡ Cómo ! ¿ paja llamais la infamia de ladron? ¿ la ignominia de la cárcel? ¿el oprobio á vista de un inmenso pueblo? — En todos esos nombres de cosas, no veo sino motivos para que se ejercite la virtud, y para que el hombre se levante sobre la opinion del vulgo; especialmente para que el sabio vilipendiado y deshonrado en apariencia, repita el antiguo dicho : *el sabio no padece injuria.*

Os aseguro, dijo Eusebio, que no tendré ninguna repugnancia de interceder mañana con el juez por ese infeliz Blund. — ¿ No? demos, pues, fin con tan generosa resolucion á nuestro

discurso, y acabemos tan felizmente un dia de tan extraños accidentes.

Dicho esto, vanse á sus camas, dignas del magnífico huésped que los hospedó. Colchones de pluma, sábanas de Holanda, cobertores de la China; objetos que ocupaban la atencion de Eusebio, especialmente una camisa fina qne habia tendida sobre la cama, que denotaba haberse puesto allí adrede para que se mudase. Esto le hizo ocurrir, si Bridge habia reparado en su camisa hedionda, y en los agujeros de sus medias, que tanto lo habian molestado, y dado que entender á su confusion.

Púsose, pues, á cabilar sobre esto en vez de dormir, diciéndose á sí mismo: ¡cosa extraña por cierto! que despues de haberme casi sobrepuesto á la ignominia y oprobio de mi prision, á vista de un inmenso pueblo, me haya visto mas avergonzado y encogido delante de una muger por los agujeros de mis medias! ¿esto quién lo creyera, si yo mismo no lo experimentára? ¿con que afan buscaba yo el tiempo, el lugar, la posturá, para que lady Bridge no reparase en mis medias? Pues cuando su marido me hizo pasar delante de ella para ir á la mesa, ¿no parecia que la vergüenza aguijonease mis encogidas piernas como si las llevase trabadas?

En fin, yo he padecido no poco; luego esto es un mal que nace de la vanidad. ¿Mas de la

vanidad, cómo?... No hay duda en ello : temiendo que Lady me reputase pobre, y me despreciase en su ánimo por ello. Esto es ; esto es : ¡ oh miserable vanidad, y por donde llegas á meter la cabeza ! ¿ Pero qué habrá de avasallarse mi ánimo á ella ? ¿ mi quietud y felicidad interior habrá de depender del calzado ? ¡ Cielos ! si Hardyl supiera esto, ¿ con cuánta razon se reiria de mi necedad ?

Si yo, llevado tontamente del espíritu ambicioso, ó del deseo de adquirir favor ó proteccion, ó amistad de ricos, me avergonzase de comparecer delante de ellos con medias rotas, tal vergüenza seria entonces justa pena de mi vil ambicion. Mas yo, que nada de esto he buscado en casa de Bridge, y que antes que mendigar desdeñosa proteccion de soberbios poderosos, me ciño á la honesta y tranquila libertad de mi oficio, ¿ habré de padecer molestia vergonzosa por ir roto ?

¡ Oh ! no ; no será asi. Piense lady Bridge lo que gustare ; me repute pobre ; me desprecie por ello ; no avasallaré mi ánimo á tan baja opinion ; no debe depender mi libertad de tan ruines sentimientos. ¡ Un hombre hacerse esclavo de sus medias ! he aquí la grandeza de la vanidad y de la gloria, y decoro del mundo. Pero una vez que yo venza este ruin temor de parecer pobre á los ojos de Lady, recobro mi señorío. Y asi antes que avergonzarme de compare-

cer delante de ella con estas medias, haré alarde de llevarlas, poniéndome de modo que las vea, y que cuente los agujeros. ¿No parece que se trata de defender el paso de las termopilas? ¿y esto por tres agujeros? ¡Oh Dios! ¡oh Dios! compadeceos de mí, de mi bajeza. Durmamos.

LIBRO CUARTO.

Dicho esto, el buen, el amable Eusebio durmió plácidamente; Hardyl se habia entregado luego al sueño, reconciliándoselo la morbidez de la delicada cama que le dió John Bridge. Éste volvió muy tarde á casa aquella noche por haberse empeñado en una partida de juego, en que perdió mil libras esterlinas. Pérdida que le fué muy sensible, y que lo tuvo desvelado toda aquella noche, sin que su cama, mas rica y mullida que la de sus huéspedes, le reconciliase el sueño, con el cual estan siempre reñidos los cuidados y los inquietos pensamientos.

Entrado ya el dia siguiente, no pudiendo sosegar Bridge en la cama, que tan dura le parecia, salta de ella instigado de la esperanza de poder divagar su ánimo pesaroso con la vista de sus huéspedes; y creyéndolos ya levantados, se encamina á su apartamento para saludarlos. El ruido de la puerta, que Bridge abria, dispierta á Hardyl; y Vimbons que estaba allí cerca, acude; mas viendo que era su amo, le

dice : que los huéspedes dormian todavía. No duermo, no, dice Hardyl; Vimbons, adelante. Con Vimbons entra tambien John Bridge diciendo: ¡ como se conoce la poca mella que hizo en vuestros ánimos la desgracia ! ¡ Oh Sir Bridge ! ¿ vos aquí, dice Hardyl, y tan de mañana? buenos dias : vuestra mullida cama tiene la culpa. — Tan buena es la mia, y con todo no pude pegar los ojos en toda la noche; ¿ y Don Eusebio duerme? — Me levanto, Sir Bridge; me voy á vestir.

Decia esto Eusebio al tiempo que John Bridge tiraba la cortina de su alcoba, queriendo usar con él de esta familiaridad; y llamando á Vimbons le pregunta si habia puesto la ropa limpia. Eusebio se habia incorporado en la cama en aquel punto con su camisa sucia, por no haberse atrevido á tocar la limpia. Vimbons como buen criado, viendo la intencion de su amo, acude á la cama de Eusebio, y tomando la camisa limpia que estaba todavía tendida sobre ella como la dejó la noche antes, la pliega en disposicion de ponérsela á Eusebio, esperando que se quitase la sucia.

Eusebio, vergonzoso de dejarse ver en carnes de John Bridge y de su criado, dijo á Vimbons; dejadla aquí, que yo me la pondré. Vimbons obedece, dejándola sobre la cama, presente Bridge; el cual reparando que Euse-

bio lo hacia por encogimiento, como esperando que él se fuese para mudarse de camisa, comenzó á motejarle sobre su vergüenza.

Hardyl, que lo oia desde el cuarto inmediato, dice á Bridge; dejadlo estar, pues vale mas vergüenza en cara, que mancilla en el corazon. — Si fuésemos mugeres lo compadeciera; mas delante de hombres, me parece encogimiento pueril. — Demos que sea asi encogimiento, pudor, rubor pueril, replicó Hardyl desde su cuarto; pero vos mismo que parece lo notais de defecto: ¿prefiririerais la inmodesta libertad de los que de nadie se recatan, á ese modesto rubor? Bridge, entonces dejando á Eusebio, se encamina hácia Hardyl, diciéndole: esos son extremos, y los extremos son siempre viciosos, y no veo porque se deban alabar y mucho menos fomentar. — Son extremos, pero con esta diferencia, que el sobrado recato es extremo de la virtud, si asi lo quereis llamar, y la sobrada inmodestia extremo del vicio: escoged. — Escojo un medio entre el sobrado engogido, y el libre demasiado. — Si vuestro genio sufre ese medio, y os está bien, ne tengo que oponer. Pero ¿para qué quereis violentar el recato y modestia agena que á nadie ofende, y que antes bien manifiesta mayor respeto á la persona con quien se usa? ¿os es menos amable Eusebio porque quiere recatarse de vuestros ojos? — no por cierto. — No hay, pues, para

que llevar adelante la cuestion. *Ecce Palæmon.*

Entraba entonces Eusebio dándoles los buenos dias, y poniendo fin á la disputa. Bridge manda traer el te, y dice a sus huéspedes que destino querian dar á aquella mañana, pues él necesitaba de pasarla toda en su companía para disipar el sentimiento que le causó la noche antecedente el juego en que perdió mil libras esterlinas. Hardyl, despues de haberle manifestado disgusto por su pérdida, le dijo: que habian determinado ir aquella mañana á ver al viejo Bridway, y luego al Juez de paz para saber si el coche habia aparecido. Hecho esto, continuó á decir Hardyl: quiere Eusebio ir á ver á su criado, que quedó herido en una villa cerca de Kingston, que por las señas que dió Altano, parece que es Telton, segun nos dijo Vimbons.

Iré, pues, con vosotros: el ánimo apesadumbrado necesita de movimiento. Vimbons entra con el te, diciendo, que Bridway deseaba saludar á los huéspedes. Que pase adelante, dice Bridge, aquí los tiene; y manda traer otra taza. Eusebio se levanta pára saludarlo y para darle silla. Bridway los saluda muy alborozado, y muestra deseos de saber si eran ellos los que le habian enviado cincuenta guineas. Bridge habia mandado á su criado cuando se

las envió, que no dijese al viejo quien era el que se las enviaba.

No hemos sido nosotros, le responde Hardyl; sino este caballero, señalando á Bridge, el que os las envió. El viejo confuso, despues de haber agradecido á Bridge con embarazadas palabras tan generosa demonstracion, prosiguió diciendo: os aseguro que no podemos aliviar nuestro sentimiento Betty y yo por vuestra ausencia: dia y noche los pasamos haciendo continua mencion de vosotros. La pobre Betty, queria venir conmigo á saludaros y veros, pero la detuvo su encogimiento.

Cabalmente, dijo Hardyl, tartábamos de ir allá esta misma mañana. — ¿A casa queriais venir? — iremos otro dia, puesto que hoy tenemos el gusto de veros y de manifestaros nuestro agradecimiento. Bridge, que sabia ya la desgracia del viejo, le preguntó: ¿porque no ponia demanda en la Corte sobre sus bienes perdidos? ¡Lo hice tantas veces! dijo él, y todas tan sin fruto, que me resolví á conformarme con la desgracia, y á no pensar mas en ello, como caso enteramente negado; y ahora hácese ya imposible, habiendo obtenido en feudo de la corona el lord Der.... mis haciendas.

¡Cielos, cómo va el mundo! exclamó Bridge, ¡que mudanzas tan extrañas de estados y de familias no se han visto en este siglo en Inglaterra! A lo menos, dijo Bridway, no acabé en

el cadalso como otros muchos; y al fin de mis años he tenido el consuelo en mi desgracia, de oir, ver y tratar á vuestros buenos huéspedes, y de aprender de ellos á no mirar con los mismos ojos mi infeliz estado, con que antes lo miraba.

Sobre esto, y sobre otras desgracias de familias que Bridge les contó, trataron largo rato, hasta que Bridway se despidió. Eusebio fué á tomar un paquetillo de papel en que habia puesto otras sesenta guineas para el viejo, y llamándolo á parte, se lo entregó, diciéndole que ricibiese aquello en prueba de la obligacion en que le quedaban él y Hardyl. Bridway le agradeció la demostracion con entrañable afecto, no creyendo que fuese tanta la cantidad, pues no podia imaginarse que Eusebio hubiese llegado á ser tan rico de repente que se la pudiese entregar.

Ido el viejo, se fueron ellos en derechura á casa del Juez, que como conocido de Bridge, los recibió con amistad, excusando su procedimiento en hacerlos llevar á la cárcel, como indipensable á la justicia que debia ejercitar. Entonces le dijo á Eusebio las sospechas que le hizo nacer de su inocencia, el Séneca que llevaba consigo, de quien le dijo ser él tambien aficionado. Eusebio tomó ocasion de esto para interceder con el Juez por el infeliz Blund, y por otro preso que habia en la cár-

cel, y que sospechaba que fuese un jóven que habia conocido en Filadelfia : pero aunque el Juez alabó sus generosas intenciones, le respondió que no podia admitir tales súplicas en tan grave caso ; y para cortar las instancias de Eusebio, pasó á darle noticia que el coche acababa de llegar á Londres, y segun le habian referido, sin faltar cosa alguna del equipage; pero que con todo podian ir á certificarse de ello al meson del Yach, en donde habia parado.

Hardyl y Eusebio agradecieron al Juez sus atenciones y la noticia que les daba del coche, y despidiéndose de él, se fueron al indicado meson para reconocerlo. Eusebio al verlo, experimentó un movimiento de alegría que participaba mas de la admiracion del feliz hallazgo, que del interes que en ello tenia; pareciéndole que el coche le dijese á su alma amaestrada de la desgracia, que era cosa en que tenia sus derechos la fortuna, y que si lo halló una vez perdido, podia tambien perderlo otra vez para siempre.

Esto se lo hacia mirar con alguna indiferencia, quedando allí de pies sin moverse, mientras Bridge y Hardyl le daban vueltas : Bridge por curiosidad; Hardyl para ver si faltaba alguna cosa : pero no pudiendo registrar los baules por tener las llaves Altano, se fueron á ver los caballos que tambien se habian reco-

brado con el coche. Eusebio no tuvo con ellos la misma indiferencia que con el coche; pero las mismas caricias que les hacia con la mano, se resentian de la moderacion de su afecto, mereciéndole antes aficion aquellos objetos animados, capaces de algun género de reconocimiento, y acreedores por lo mismo á su cariñosa sensibilidad, que no el coche; lo que era prueba, que su corazon no se dejó llevar de la vana complacencia de tal hallazgo. ¡ Lindos caballos son! dijo Bridge al verlos; podeis estar contento de vuestra compra; pero aquí estan mal, y convendrá ponerlos en mejor sitio: vamos á casa y enviaré por ellos, pues tendré el gusto de verlos en mi caballeriza.

Va bien, Señor, dijo entontes un condestable que estaba presente, y que quedó encargado de ellos y del coche; pero antes debo cobrar los gastos que han ocurrido. — ¿ Cuánto montan? — ochenta guineas. — Se os enviarán. Pero ¿ me sabreis decir cómo se encontraron? — Sí Señor, pues me tocó á mí el arrestar á los cocheros. — Decid, pues, como fué. — Luego que se hicieron el recurso al Juez, éste despachó inmediatamente veinte y cuatro hombres á caballo, divididos en cuatro patrullas, para que tomasen todos los caminos desde Londres á Darfort y sus alderedores, cada una el suyo. A mí me tocó el camino de Kingston; pero poco despues que salí de Londres, tomando

lengua por el camino de cuantos encontraba, dí con un hombre, que me dijo ser criado de V. S., el cual relató que el robo se habia cometido en Telton, y que le habian dicho que los cocheros tomaban el camino de Kingston. Pero para precaver cualquiera engaño que pudiera llevar tal noticia, sin despreciarla, envio á Telton tres hombres; y yo con otros tres, seguí el camino de Kingston, á donde luego que llegué, antes de entrar en la ciudad, pregunté por el coche, dando todas las señas á los guardas de la misma puerta; y habiendo sabido que el coche habia entrado el dia antes, hice mudar caballos á mi gente, y entre tanto, procuré informarme por que puerta de la ciudad habia salido, y el camino que habia tomado.

Asegurado entonces del camino que llevaban los cocheros, aquella misma tarde pudimos alcanzarlos á tres leguas de Kingston. Habia dado órden á mi gente, que pasando delante de los caballos, encarando las escopetas á los cocheros, se parasen, lo que se hizo. Despues de bien examinado el coche, no pudimos dudar ser el mismo que buscábamos. Los cocheros turbados al verse tan de repente acometidos de quienes menos esperaban, no se atrevieron á mover contra las bocas de fuego que les encaramos, y se dejaron atar sin dificultad. Asi los condujimos presos á Londres, sin que falte cosa ninguna del coche, como ellos mismos confesaron.

Eusebio, oida la relacion, le entregó seis guineas para él, diciéndole: que el importe de los gastos se lo enviaria aquella misma mañana, como lo hizo por medio del mayordomo de Bridge, á quien entregó el Condestable el coche y caballos.

En esto emplearon toda aquella mañana. Lady Bridge se alegró con Eusebio del hallazgo: la compra del coche y caballos que hicieron en Douvres, y su pérdida les sirvió de materia de discurso el tiempo de la mesa. Pero Bridge, que, á pesar de las idas y venidas de aquella mañana, llevaba atravesado en su corazon el dardo de la pérdida de las mil libras esterlinas, sin poder sosegar, antes que se acabase la comida, dijo: que aquella tarde podian ir á Teltou á ver á su criado. Hardyl y Eusebio lo deseaban. Acabada la comida, manda Bridge poner su coche, no teniendo el de Eusebio sino dos asientos; pero excusándose lady Bridge de acompañarlos, partieron ellos tres.

Fuera de Londres, Hardyl, á vista de los verdores de los sembrados y arboledas con que mucho se recreaba, movió la conversacion sobre el adelantamiento de la agricultura en Inglaterra, atribuyéndolo, no solo á las luces y patriotismo de algunos ministros y á las franquezas concedidas á los labradores, sino tambien á los asuntos propuestos, y á los premios dados de las academias sobre ello. Mas Bridge,

que no se entendia ni gustaba de tal meteria, y que por otra iba amargado con la memoria de su pérdida, quiso desahogar su corazon sacando á plaza su majadería, pues tal nombre daba á la necia condescendencia que usó con dos caballeros, que, hallándose sin tercero, lo convidaron á la partida, admitiendo él el convite.

Hardyl, que parecia no haber hecho caso de la pérdida de Bridge la primera vez que se la contó apenas levantado de la cama, conociendo ahora que Bridge buscaba desahogo á su afan, quiso aliviárselo, diciéndole: vos debeis sentir esa pérdida mucho mas de lo que yo la siento, pero no veis los mismos motivos que yo veo para tal sentimiento, ni las otras pérdidas que acompañan á la del juego. — ¿Y que pérdidas son esas? — La primera de todas, la quietud de vuestro corazon: la segunda, la de vuestra noble independencia, sujetándola á un vano respeto no menos que dañoso: la tercera, la de vuestra honradez, fomentando un vicio sórdido por mas que se le ponga la capa de divertimiento, excediendo los límites de un honesto empeño; y la cuarta, la de vuestra integridad, exponiéndola á una pasion que puede impeler al hombre á mil bajezas y ruindades.

Pero el catálogo de los daños que os pudiera hacer, ¿de que freno es á la pasion de un rico? ¿No habeis oido alguna vez como discurren los

ricos apasionados? Un Lord, que dispone de de diez mil libras esterlinas de renta, ¿que empeño, dice, puede tener en jugar á corto interes? — empeño ninguno, lo veo: quisiera ganar sobre un naipe veinte mil libras esterlinas. Pónese á jugar con esta ansia, acompañado de mil zozobras y palpitacion: el naype lo burla, y en vez de ganar, pierde.

Un Lord no se debe acongojar por diez mil libras esterlinas de pérdida; ¿qué son al cabo? mañana me desquito. — ¡Oh! sí, seguramente. Despues de los padecidos desvelos y angustias por tal pérdida, suspira y anhela la hora de poderse desquitar. Ésta llega: mil votos necios y vulgares, siguen al buen agüero que se forja el mismo por el sitio mudado, por el lado que tiene, por la baraja nueva, por barajarla de este, ó de este modo. Mayores afanes y angustias aprietan su corazon, hecho juguete de un ridículo accidente.

La fortuna comienza á mostrársele favorable: gana ocho mil libras esterlinas, de las diez que llevaba perdidas el dia antes. — ¿Qué son ocho mil libras esterlinas de ganancia? no me hará mas rico ni mas pobre. Envidémoslas sobre esta primera que pinta. ¡Ah! ¡malditos naipes! ¡juego destestable! — Lo compadezco: un Lord debe resentirse por ello; porque si mañana pierde igual suma, la renta de un año

se le fué en dos dias, y á cuenta de tan mal rato.

Esto lo lleva angustiado; pero la esperanza del desquite lo tienta. — Si gano, me rehago; y si pierdo, me retiro á la granja del Devonshire, y allí pasaré tres años de vida filosófica lejos del tumulto de la ciudad, ocupado en la caza y en los libros; asi pagaré cómodamente á mis acreedores. Llega el conde de Buk.... que le dice haber juego aquella noche en casa de lady Will.... ¿sereis de la partida? — No puedo; debo partir mañana á Devonshire. — ¿Y no podeis venir esta noche, porque partis mañana? pues la duquesa de D.... os esperaba. — Ea, pues, iré: ¿quién sabe que mi suerte no dependa de aquella mano?

Aquella mano es cabalmente la que le acarrea su ruina, pierde, por desquitarse de las diez mil libras esterlinas, la renta de tres años: la oculta desesperacion se apodera de su pecho: pierde el sosiego: la vida hácesele amarga: se ve obligado á retirarse; no á llevar una vida filosófica, sino á maldecir de su locura, y de los daños que le causó á sí y á su familia; defraudando á su vida y á sus descendientes las comodidades que recibió de sus mayores. ¿Creeis, Sir Bridge, que suceda esto? — Demasiado sucede, y no lo digo por mí; pues esas voluntarias desgracias son frecuentes. Pero ¿mé sabriais decir por qué razon apenas hay nin-

guno que se enriquezca con el juego, siendo asi, que se ven los mas de los jugadores arruinados? — Dos razones principales, entre muchas, puede haber: la una, porque lo que uno solo pierde, se reparte entre muchos: la otra, porque se hace mas visible la ruina de un perdidoso, que la ganancia del afortunado; y porque lo que mal se gana, presto se disipa. Pero prescindamos del interes, y no miremos al juego por la parte de la pérdida ó de la ganancia. Os aseguro que no sé concebir como los hombres encuentran divertimiento en unas combinaciones de signos, que, en vez de aliviarles el ánimo y recrearlos, los agitan, los enojan, los desazonan y entristecen. Las pocas veces que me sucede sentarme cerca de una mesa de jugadores, paréceme que veo representar en títeres las pasiones. Verreislos sentarse al juego, animados todos de la ansia de ganar, ó por codicia, ó por complacencia; esto se supone. Luego levantan cabeza en sus pechos la agitada esperanza, la temerosa incertidumbre, animadas del afanado anhelo de la ganancia, y del deseo de que vengan los naipes escogidos.

Estos llegan; son malos: primer disgusto. — La otra mano vendrán mejores; esperemos. — Pero pierde la otra partida: segundo disgusto. — No importa; mejor juego lo reparará. — El juego viene; pero para burlar otra vez

su vana esperanza, y para dar á su disgusto una punta de enojo. — Paciencia; esta vez me llega la mano; barajaré á mi modo los naipes. — Los baraja, los da; ni por esas. — ¡Naipes malditos! ¿es posible que siempre he de ser desgraciado? — Esta maldicion amedrenta á su mala ventura, y la suerte se le muestra favorable.

¡Qué gusto! un bello juego promete resarcirle sus pasados afanes y pérdidas. — ¡Qué capote les vamos á dar si me ayuda bien mi compañero. — Una inadvertencia; manifiesto desatino de éste, echa á tierra sus vanas lisonjas. Estas se transforman en mayor enojo y rabia, que lo enciende y lo hace prorumpir en indignos denuestos. ¿No es este un lindo divertimiento y pasatiempo? Pero reparad en aquel jugador afortunado que gana. ¿Qué contento es el suyo? mas ved tambien cuan ufano se pone. — No es siempre la suerte, dice, la que es propicia al que gana: si no hay habilidad, ¿cómo se ha de esperar fortuna? — Comienza á engreirse. Notad, cuan neciamente insulta á los que pierden. Sus ansias no son menores por alzarse con toda la ganancia, pues la que hizo, poco le consuela. Los que pierden, á mas de resentirse de aquel ridículo engreimiento, añaden á su desazon y disgusto la oculta envidia y el enojo que se asoma á sus rostros, y que

les fomenta aquel, que á mas de ganarles el dinero, los insulta con protervia.

A esto se allega el indiscreto, el parcial miron, que sugiere ó previene un descuido al que juega á su lado, y acaba con la paciencia mal retenida del jugador contrario, que tira de reves los naipes, dando al diablo el hato, el garabato y el bellaco que el tal juego inventó.

El jugador de corazon noble y mirado, que mira con indiferencia su pérdida, y su suerte siempre contraria con muda constancia, es ciertamente digno de loar: mas ¿que recreo y divertimiento puede tomar de las descorteses desazones, y de los arrebatos coléricos de aquellos con quienes juega? Yo no lo sé, amigo. Veo introducidas en la Europa todas especies de juegos; en todas partes veo que causan en todos los mismos disgustos, pero con todo se juega. — ¿Cómo se han de pasar las dos, las tres horas de la visita? ¿En qué se ha de emplear la noche para aliviar el ánimo de las tareas del dia? La materia del discurso luego se agota, principalmente entre aquellos que se ven todos los dias. ¿Mascaremos oraciones, dando sobre ellas cabezadas de sueño? —

Sir Bridge, ¿qué responderiais vos á estas objeciones? — No sé que responder, mucho menos estando tan autorizado el juego de la pasion de los hombres. — Los dados eran el

juego favorito de los antiguos, aunque tambien prohibido por las leyes. Ahora ninguno piensa en los dados. ¿Quién sabe que de aquí á un siglo no toque la misma suerte á los naipes, arrinconados de algun genio feliz, que invente otro divertimiento que empeñe su interes, y divierta una compañía sin tedio y sin enfado?

Entre tanto, estoy bien lejos de creer que se pueda contener un torrente con una encañizada. La paz y sosiego del ánimo del hombre me interesára; mas siendo negado el esperarlo de todos, retraigo mis deseos á vuestro solo bien; pues este lo tengo de cerca; y perdonad cuanto dije al sentimiento que vuestra pérdida me causó. La desazon que sentís todavía, os podrá persuadir que no es el juego entretenimiento de solaz, como pretenden, llevando consigo tantos motivos de afanes y de disgustos. — Me tocó demasiado en lo vivo tal pérdida para que me exponga otra vez á tomar naipes en la mano. Hice ya firme propósito. —

Pero ¿creeis que basta esta resolucion para dejar de jugar? apenas hallareis un jugador que no haya hecho mil veces tal propósito. Si no os sobreponeis á lo que pueden decir ó pensar de vos los otros; si no substituis al deseo de la codicia el desinteres de la moderacion; si no preferis la paz y quietud del ánimo con el sosiego del espíritu, á todas las alteraciones y disgustos que causa el juego; si no haceis alarde

de no saber jugar, cuando os instan para ello, tened por seguro que jugareis á pesar de vuestro propósito.

Eusebio oia este discurso de Hardyl con admiracion por serle tan nuevo, no habiéndosele proporcionado jugar jamas á los naipes. Bridge continuó el mismo discurso, contando algunos casos de familias que conocia arruinadas por el juego; pero se lo interrumpió la vista de unos alguaciles que encontraron, y que llevaban presos dos hombres y una muger, sospechando si serian los mesoneros; pues la corpulencia de la muger, que era notable, y la corta distancia que habia de Telton, á donde se encaminaban, hasta el lugar en que encontraron los presos, les dió motivo para sospecharlo.

Certificáronse de ello al llegar al meson de Telton, viéndolo cerrado, diciéndoles un vecino que acababan de cerrarlo los esbirros, por haberse llevado presos á Londres los mesoneros. Hardyl se informó entonces de aquel mismo vecino del paradero de Altano y de Taydor; pero no sabiéndole dar razon, suplió una muger que lo oia desde la casa de enfrente, diciéndole, que habia visto ir aquellos hombres á casa del Ministro. Encamináronse entonces á pie á la casa de éste, siguiendo el coche; y ya cerca, vieron que Altano salia de ella; el cual, al reconocer á su amo, corre hácia él diciéndole: venga ʋ, y bien venido sea, que

en hora y punto llega en que la justicia acaba de cerrar aquel nidal de brujerías. Y que tal que lloraba la tia Juana cuando le pusieron las ajorcas, y no de oro, ni granates.

Eusebio lo ataja preguntándole por Taydor. — Aquí está en casa del Señor Ministro, que quiso tenerlo en ella, gracias á la generosidad de mi Senor Don Eusebio, haciéndole yo ver las cincuenta guineas en el meson luego que llegué de Londres. Llegados á casa del Ministro, Altano se adelanta para avisarle de la llegada de su amo: el Ministro los recibe con mucha atencion y cortesía, entrándolos en la estancia donde estaba Taydor, por quien Eusebio preguntó. Al ver á su amo, le agradece con enternecimiento su generosa humanidad, besándole la mano por fuerza. Bridge se informa del Ministro, si podrian alojarse aquella noche con alguna comodidad en Telton. El Ministro le dice, que la cena se podia hacer en su casa, si gustaban de honrarle; pero que no teniendo sitio, ni camas que darles para dormir, esperaba poderlos colocar en el vecindario. Salióse á este efecto, y de allı á poco rato volvió para decirles que un rico aldeano queria tenerlos en su casa, y que habia encontrado otra para sus criados, que si querian, los acompañaria.

Bridge apreció la atencion del Ministro, y aceptó de buena gana el embite. Acompaña-

dos de él fueron á la casa del aldeano que los habia convidado. Llamábase éste Juan Howen, hombre muy primoroso, de genio alegre y divertido, como lo manifestó luego en el recibimiento que hizo á sus huéspedes. Su casa era grande y aseada; y aunque sin lujo ni riqueza, en los muebles y en el aseo manifestaba, con todo, ser su dueño un rico y primoroso labrador, enemigo de la sujecion y de las ceremonias. Pero era gran hablador, entreteniéndolos mas de dos horas, queriendo informarse de Hardyl y de Eusebio de la Pensilvania, contándoles cuentos añejos, algunos de los cuales tocaban á la antigüedad de su familia, que denotaban el aprecio que en todas partes hacen los hombres de su ascendencia.

Esto comenzaba á cansar á Bridge; Hardyl, al contrario, gustaba de aquella rancia sinceridad y franqueza amigable de Howen; pareciendo que fuese la sola persona que habitase la casa, pues en dos horas y media que estaban en ella, no habia comparecido muger ni hombre de su familia. Salieron de este engaño luego que los llamaron á cenar, al ver entrar en el cuarto en que estaba puesta la mesa, la muger de Howen, seguida de tres doncellas coronadas de flores, y muy aseadas, llevando cada una su plato, que pusieron sobre la mesa. Los huéspedes quedaron atónitos de aquella galante sorpresa, y mucho mas de la delicada

hermosura de aquellas doncellas, que á Eusebio le parecieron las tres gracias.

Creció su admiracion cuando Howen les dijo, que la primera era su muger, y las otras sus hijas. Bridge, Hardyl y Eusebio despues de haber hecho sus cumplimientos á la madre, se sientan con ella á la mesa á instancias de Howen, quedando á las hijas la incumbencia de servir á la mesa. Bridge queria de todas maneras que se sentasen tambien ellas á cenar: Eusebio lo deseaba interiormente sin manifestarlo, pero Howen le dijo que á su tiempo se sentarian.

La madre era muger taciturna, cuanto su marido donoso hablador, que se las habia con Bridge sobre la hermosura de sus hijas. Eusebio callaba, y miraba con atencion afectuosa, especialmente á la menor de las tres hermanas, en la cual le parecia descubrir alguna semejanza de Leocadia. El amor no podia tomar mejor máscara para empeñar el corazon de Eusebio, y para asaltarlo cuando menos lo pensaba. Las miradas de entrambos se encontraban frecuentemente, y algunas de ellas con declarado afecto que el amor exprime insensiblemente, y tal vez sin advertirlo. Otra circunstancia, pues no hay cosa ninguna pequeña para el amor, encendia mas la oculta aficion de Eusebio; la doncella se llamaba Susana, nombre para él muy amable, por el que tenia su

madre, la muger de Henrique Myden. El mismo Eusebio no podia tampoco dejar de conocer, que la tierna y graciosa Susana correspondia á su oculto afecto; pues se esmeraba en servirlo con mayor atencion que á los demas, por el empeño que ponia en mudarle luego el plato, y darle de beber, aun cuando no lo pedia, fijando en él sus hermosos ojos cuando le llenaba el vaso.

Una vez entre otras, empeñaron tanto sus almas en una larga, ardiente y afectuosa mirada, cuando Susana le ministraba el vino, que olvidándose de lo que hacia, lo derramó por el suelo, rebozando el vaso. Bridge tomó ocasion de esto para motejarlos, y Howen dijo luego: á buen seguro que no ande Susana conmigo tan liberal. Estos motejos que en otro tiempo hubieran hecho sonrosear á Eusebio, y le hubieran causado vergüenza, ahora, aunque no dejaron de causarle algun rubor, iba mezclado de complacencia interior, la cual preparaba insensiblemente su ánimo para dar mas libre entrada al amor, de cuyas finas insinuaciones no le ocurria recatarse.

Crecieron estas con otra nueva sorpresa que Howen habia determinado dar á sus huéspedes, cuando ya estaban para acabar de cenar, haciendo sentar las tres doncellas á la misma mesa para que cenasen. A este fin habia dejado tres puestos vacíos y sin cubiertos, para qûe no

pudiesen sospechar los huéspedes la intencion que llevaba, y que les fuese mas gustosa la sorpresa. Al llamamiento de Howen comparecen dos criadas, que no se habian visto hasta entonces. Traian ellas los tres cubiertos que habian de servir para las muchachas, poniendo el uno en el puesto que quedó vacio entre Eusebio y el mismo Howen; el otro entre Howen y Bridge; y el tercero entre Bridge y Hardyl, quedando la madre entre Hardyl y Eusebio.

Llegadas las tres doncellas para sentarse á cenar, Howen les dice que habian de escoger el puesto, cada una segun su inclinacion. Ellas comienzan á reir con inocente modestia y encogimiento, mirándose unas á otras, y deteniéndose con tanta zalamería, que empeñaban mucho mas los ánimos de Bridge y de Eusebio, pues del de hardyl nada habia que esperar. Eusebio especialmente sentia palpitarle en el pecho una impaciente ansia de que Susana viniese á ponérsele al lado, fomentándosela mucho mas las miradas que ella le vibraba con la tierna sonrisa de su encogimiento.

Insta de nuevo Howen para que se resuelvan. Susana entonces, á quien hacia mas atrevida el impaciente afecto, atraida de las ansiosas miradas de Eusebio, se abalanza á tomarle el lado; pero la sagaz doncella, para quitar toda sombra de sospecha contra su aficion, dijo al tiempo que se sentaba, volviéndose hácia su padre en

ademan de hacerle una caricia : yo escojo el lado de mi señor padre; el padre no menos advertido que ella, le responde sonriéndose : escoges antes la izquierda que la derecha de tu padre, ¿ no es asi, hija mia ? — Ésta me vino á la mano, dijo ella : — y Bridge : no queda ya que escoger á las otras dos, habiendo Susana escogido la primera ; pero no importa, á buena cuenta, Anita y Raquel me caen á los dos lados.

Esto sirvió de nuevo recreo para Hardyl y Bridge, pues Eusebio ya no sentia otra complacencia que la de la llama que acababa de avivarle la declarada demostracion de Susana. Muy sobre sí debe estar, y muy endurecido en la virtud el corazon sensible, para no dejarse llevar de los terribles alicientes de un manifestado afecto. Eusebio no pudo dejar de sentir entonces el fuego que atizaba en su pecho la vecindad de Susana, causándole una dulce palpitacion, y una desvanecida complacencia por haber ella preferido y escogido su lado.

Bien procuraba resistir al principio con la memoria de las promesas hechas de su fidelidad, creyendo amar solo en Susana la semejanza de Leocadia, que en ella le parecia reconocer; ¿ mas cómo podia dar á entender á su corazon estas mentales y vanas precisiones? (1) El suave

(1) Este buen Eusebio, se enamora muy fácilmente. Corazones sensibles, ¿ culpareis lo que pasa por vosotros?

olor de las flores que coronaban una cabellera tal vez mas hermosa que la de Leocadia, por ser mas rubia; los ojos, aunque no tan ardientes, pero que le hablaban de cerca y en silencio; un lenguage mas dulce é insinuante que el austero de Leocadia; el blando y notable movimiento de un pecho, que no estando tan zelado, irritaba y prometia mas á sus curiosos ojos, lo enagenaban poco á poco, y trastornaban sus sentidos á pesar de su ideal contraste.

La sujecion y dependencia para con Hardyl, no era ya tanta como en otros tiempos, aunque su alma le conservaba un entrañable y respetoso afecto, mas este no podia servirle de freno tan fuerte en la ocasion presente. Bien echaba de ver Hardyl la manifiesta inclinacion de Eusebio á Susana, pero la creia efecto de la natural simpatía del sexo, antes que pasion que hubiese concebido por ella. Como las muchachas comenzaron á cenar cuando estaban para acabar los huéspedes, estos tuvieron mayor proporcion para hablar con ellas, y mirarlas mas holgadamente. Bridge, hombre ya curtido, y viejo soldado del amor, se chuleaba con ellas; pero con mucha discrecion y gracia, haciéndolo antes por donaire de honesto entretenimiento, que por afecto particular. Hardyl se esforzaba en

la aficion se puede eludir; pero ¿cómo se puede hacer que no nazca en la ocasion?

buscar materia de hablar con la madre taciturna para no dejarla desairada; pues Eusebio, que le estaba al otro lado, parecia haberla olvidado enteramente, enagenado con Susana, devorando sus zalamerías; que ella procuraba acrecentar, por lo mismo que se reconocia mirada del apasionado Eusebio.

Las respuestas que ella daba con mayor gracejo á las preguntas encogidas que él la hacia; las miradas tanto mas ardientes y locuaces, cuanto mas dadas á hurto, y de soslayo de los que se estaban lado á lado, y con mejor proporcion para que Eusebio cebase la irritada curiosidad de sus ojos en lo que no debia, comenzaron á borrar por grados la memoria de Leocadia. Perdieron las fuerzas los ocultos reproches de fidelidad; y su alma atónita, y como beoda de los presentes atractivos, concebia algunas lejanas esperanzas de que Susana condescenderia á las expresiones de su amor, sin echar de ver la malicia de estas ocurrencias.

Asi pasaron el tiempo que duró la cena de las doncellas: y acabada, se levantaron para ir á ocupar otros asientos, y esperar la hora de ir á dormir. Bridge, hombre franco, hizo sentar otra vez á su lado á Anita y Raquel: Howen se salió afuera; Hardyl cortejando á la madre por conveniencia, se sentó tambien junto á ella, y Susana ocupó el asiento al lado de su madre, esperando atraer allí á su lado Eusebio. Pero

Eusebio por efecto natural del ejercicio de la moderacion, habia quedado el último en pie, dejando que se sentasen antes los otros; aunque esta conveniencia, que en otras circunstancias podia ser efecto de cortes atencion, en las presentes participaba mas de las ocultas ansias de que le tocase el lado de la doncella, sin nota de afectacion por su parte, esperando que Susana lo convidase con el asiento, como de hecho sucedió, sabiendo ella aprovecharse de este lance de quedar Eusebio en pie, para empeñarlo mas en su amor, haciéndole sentar junto á sí, convidándolo expresamente, y estrechándose ella con su madre para hacerle lugar.

Eusebio no se hizo de rogar segunda vez, abrazando luego aquel gracioso ofrecimiento, y recibiéndolo con tanto mayor gusto, cuanto era mas estrecho el puesto ofrecido. Pero creció el tumulto y palpitacion de sus afectos; mayor enagenamiento se apodera de sus sentidos con dulzura mas lisongera. En tal estado, y en tan estrecha situacion, ¿cómo podia dejar de rendirse á los impulsos que le venian de asir la blanca mano de Susana, que al descuido, y en ademan de pedirle la suya, sin pedírsela, tenia ella medio caida, y tendida entre los pliegues del delantal, sin ser vista de los presentes?

¡Oh Eusebio! ¿qué vas á hacer? ¿tantos severos consejos de Hardyl, sus ejemplos, su presencia, las máximas de tan continua lectura,

tu querida Leocadia, las promesas que poco ha la hiciste, el tumulto, la palpitacion, el enagenamiento que te causan esos impulsos? ¿todo esto no te dice bastante que te recates, y que refrenes el atrevimiento de tu pasion? mas todo es en vano. La mano de Susana es mas poderosa, cuanto se muestra mas flaca. Provocado, irritado, vencido de la ocasion, cede á sus terribles alicientes, y se apodera de ella, escapándosele del pecho un ardiente suspiro.

Mas la mano, prendida con mil temerosas dudas, queda inmóvil en vez de huir, y asegura la conquista al palpitante usurpador. ¡Ah, no era aquella la mano de Leocadia! ¡aquella mano tanto mas digna de poseerse, cuanto mas fiera se mostraba en rendirse al que la pretendia!

Mas rápido que un rayo pasó este cotejo por la mente de Eusebio; y como un sueño se desvaneció esta diferencia que hizo su imaginacion. Los halagos lisongeros de la presente victoria, obtenida con tanta facilidad, acaban de borrar enteramente la memoria de Leocadia, y enagenan del todo su corazon. No le basta tocar la rendida mano; en ella imprime la fuerza de su inflamado efecto, y la aprieta. Todo el veneno del amor se insinua rápidamente en las venas de entrambos. La picadura de la vívora no tiene tan súbito y violento efecto. — ¡Oh Dios! ¿qué haceis, Don Ensebio?... ¡Oh adorada Susana!... ¡Yo desfallezco...! ¡ah!

Un mudo trastorno de sentidos sigue á la encendida declaracion de sus almas en tan cortas, pero tan enérgicas expresiones, dichas especialmente de modo que no fuesen notadas. Susana, se levanta de repente , se sale de la estancia á desahogar su inflamado enagenamiento. Pretextos para hacerlo, sin que se conociese el motivo, no podian faltarle : era muger.

Eusebio quedó allí extático, confuso, y como transido del veneno esparcido en su corazon; ni acabára de volver en sí tan presto, si Bridge que echó de ver entre ellos alguna especie de confianza, no le dijera : ¿ qué es eso, Don Eusebio, parece que os caeis de sueño? — No me caigo, Sir Bridge, antes bien estoy muy desvelado. Bridge continuó á echarle algunas pullas, ayudado de Raquel, que era la mayor de las hermanas; sintiendo Eusebio que le distrajesen de aquel éxtasis amoroso en que la ida de Susana le habia dejado.

Howen entra diciendo, que cuando gustasen podian irse á acostar. Hardyl se levanta inmediatamente, y comienza á dar las buenas noches; pero Susana no comparece. Eusebio la busca con los ojos, con toda el alma; pero en vano. Dale pretexto para hacer tiempo de esperarla la detencion de Bridge, que se entretenia todavía con Anita y Raquel, acercándose para oirlo, despues que no pude dispensarse de dar

las buenas noches á la madre. Las criadas los estaban esperando con las velas encendidas, y Hardyl en la puerta les daba priesa. Pero Susana no comparece.

A Eusebio se le iba el alma por verla y saludarla; y no resistiendo á su impaciencia, la rompe, diciendo á Howen: ¿no podremos saludar á Susana? — No importa, no importa: ¿para que tanto cumplimiento? con toda libertad, Señores, con toda libertad. Pero Susana no comparece. ¡Que pena, que congoja la de Eusebio! Se ve finalmente obligado á ceder á la necesidad, siguiendo á las criadas que los precedian, alumbrando á Hardyl y á Bridge. Eusebio iba detras de ellos, pesándole sobrado las piernas, y volviendo la cabeza á cada escalon para ver si descubria á Susana.

Perdidas todas las esperanzas en el primer descanzo, prosigue la escalera triste y pesaroso. ¿Cómo podia imaginarse que Susana estuviese allí arriba en el remate, esperándolo para darle un saludo mas cumplido que el que pudiera en la presencia de sus padres? La voz de Hardyl, que saludaba á Susana, dándole las buenas noches, hace levantar los ojos á Eusebio, y la ve que estaba allí de pies, esperando con sobrada cortesía que pasasen los huéspedes.

Nueva palpitacion agita el pecho de Eusebio; y el deseo de poderle tomar otra vez la mano, le sugiere que suba despacio la escalera para

dar tiempo á Bridge de acabar su largo é importuno cumplimiento. Hízoselo acortar Susana con el seco despego que le manifestó, y baja para encontrarse con el anhelante y conmovido Eusebio, á quien dice con ternura: dormid bien, Sir Eusebio, os lo deseo — ¡ O Susana ! ¡ ó dulce amor mio ! la dice Eusebio.

El cual quedándo allí mismo enagenado y enternecido, seguia con los ojos á Susana, para ver si se volvia desde el descanso. Se vuelve. — ¡ Ah Susana ! — Mas ella desaparece dejándolo con la expresion en la boca, é inficionado todo de la ponzoña funesta que habia chupado.

La criada que acompañaba á Hardyl, creyendo que Eusebio hubiese quedado abajo, vuelve á la escalera para alumbrarle, al tiempo que él entraba en la sala, y guiándole hácia el cuarto, en cuya puerta esperaba Hardyl, ageno de sospechar la causa de su detencion, se despide dentro ya; y despedida la criada, Hardyl tira el cerrojo á la puerta, y cierra con él todos los caminos á las imaginarias esperanzas del amor de Eusebio, el cual envidiaba la suerte de Bridge, á quien pusieron solo en otro cuarto.

Al tiempo que se desnudaban decia Hardyl á Eusebio: ¿ qué os parece, Eusebio, de la cordial y generosa hospitalidad de Sir Howen? ¿ no se asemèja á la franca y sincera hospitali-

dad de los antiguos tiempos? Las aldeas de Inglaterra todavía la conservan. ¡ Que ingenua liberalidad ! ¡ Que amigable confianza con personas que no conoce ! El interes, la malicia, el engaño, la traicion con la capa de amistad, todos los vicios y fraudes, con el manto de la cortesía y del agasajo, parece que se van á anidar á la ciudades grandes, dejando exentas las aldeas de su funesto contagio. ¿ No os lo parece, Eusebio.

Eusebio, no atendiendo á lo que Hardyl decia, no le responde. — ¿ Cómo? ¿ no estais persuadido de esto? ¿ No habeis gustado la candorosa inocencia de las doncellas, que con tanta gracia nos han servido á la mesa ? ¿ Creeis que un ciudadano igualmente rico que Howen, nos hubiese hospedado con la misma cordialidad que él? — No lo sé, Hardyl; ¡ ah !..... Inadvertidamente se le escapó el suspiro. Hardyl lo nota, y le dice : ¿ qué es eso, Eusebio, suspirais? ¿ Por ventura Susana encendió alguna pasion en vuestro pecho? ¡ oh! no lo creo : no obstante que eché de ver que faltasteis á la cortesia con su madre, que teniais al lado interin la cena.

A Eusebio se le enciende el rostro al oir la falta de atencion para con la madre, que Hardyl le notaba : con todo le dice : ¿ cómo ? ¿ qué lo advirtió la madre? — Bien lerda seria si no lo hubiese notado. Las que menos hablan, son

las que mas advierten. Todos vuestros movimientos y miradas denotaban inclinacion, y tal vez afecto; pero este suspiro inadvertido manifiesta pasion, lo que no puedo persuadirme, pues no creo que hayais olvidado tan presto á Leocadia.

¡Que dardo tan penetrante para el corazon de Eusebio! — No lo dudeis Hardyl, Leocadia obtendrá el señorío en mi pecho. — Eso lo creo yo: su hermosura, sus gracias y su severa virtud, mas bella que sus gracias y hermosura; vuestras promesas, vuestra integridad, en fin, todo concurre para persuadirme que, á pesar de vuestra fácil sensibilidad, merecerá siempre Leocadia todo el afecto de vuestro corazon. — Lo tendrá, no lo dudeis: — mas ese lenguage no parece que esté animado del mismo ardor que otras veces, ni indica la misma apasionada fidelidad. ¡Lo decis tan desmayadamente! y lo dejais para tiempo por venir, que.....

El sueño se apodera de Hardyl, y no le deja acabar. Eusebio ya en la cama, nota que Hardyl comienza á dormir, y deja de continuar un discurso que comenzaba á serle importuno y enfadoso. Pero su corazon llevaba ya atravesado el dardo del reproche, y su memoria volvia á cebarse en las gracias y correspondencias de Susana, combatidas de la imágen de

Leocadia, que Hardyl le acababa de refrescar; de modo que el descanso le era pesado,

Y duro campo de batalla el lecho.

Leocadia y Susana lo combatian. ¡ Oh que terribles enemigos para un corazon tierno, afectuoso, y agradecido como era el de Eusebio ! Pero Leocadia peleaba de lejos, y Susana oprimia de cerca su pecho, á pesar del escudo de minerva, que Hardyl sin querer, acababa de darle para combatirle; pues el amor se habia apoderado de él, consiguiendo aminorarle la memoria de la ausente Leocadia. Verdad es que Eusebio vuelto en sí, en fuerza del sugerimiento de Hardyl, se avergonzaba de la facilidad de su amor; pero luego ocupaba y empeñaba su imaginacion el mayor afecto que mostraba tenerle Susana, sus mayores esmeros en complacerlo y servirlo, en corresponder á sus amorosas declaraciones, las cuales le pedian por lo mismo mayor correspondencia de su corazon, viéndose buscado y pretendido sin dificultad.

Luego su enardecida fantasía volvia á cebarse en todos los movimientos, gestos y miradas con que la graciosa Susana habia empeñado su aficion; renovaba el lance del derramamiento del vino, y lo que Bridge y el padre de Susana dijeron : sonriéndose Eusebio con gusto de tales memorias, le ocurre el ofrecimiento

que le hizo del estrecho asiento; la mano, aquella mano puesta allí para que la tomase; cómo se la apretó, y la inmovibilidad con que ella le recibió primero, y el extremo con que al instante correspondió al cariño que acababa de recibir; el suspiro ardiente, y tanto mas enérgico, cuanto mas desfallecido con que ella le hizo aterecer la sangre en las venas, y que manifestaba la sensibilidad de la doncella; su salida repentina de la estancia, que confirmaba la fuerza y viva impresion que hizo en su alma el tocamiento de la mano; el sagaz y amoroso expediente de esperarlo en la escalera: y lo que mas es, el modo seco y desabrido con que respondió á Bridge, para ir con afecto y ahinco á encontrarse con él, para saludarlo con mayor libertad; la inclinacion de cabeza y cuerpo que le hizo desde el descanso de la escalera antes de perderlo de vista.

Todas estas memorias atizaban el fuego de su imaginacion, sin dejarlo dormir, arrastrando insensiblemente sus deseos y esperanzas á concebir lo que no debiera. ¡Ah! decíase á sí mismo: ¡mi encogimiento me hizo perder el mejor lance! ¿Esperaba yo por ventura, bobo de mí, que ella me declarase abiertamente sus deseos? ¿Una muger pudiera explicarse mas, especialmente una doncella?

¿Mas de dónde, de dónde me prometo loco de mí, que Susana cederia á mi atrevid

declaracion? el haberme manifestado su ardiente afecto, ¿es acaso prueba de rendimiento? ¡Oh indiscreta y necia confianza de mi imaginacion! ¿Por ventura no se levantó de su asiento luego que sintió que la tomé la mano?

¡Oh amor, pérfido amor! ¿Quién se creerá bastante armado contra tus aleves y mortales tiros? he aquí cruel la profunda herida que hizo tu dardo en mi inocente pecho. Corre, vuela á Salem, y retrata en sueños á Leocadia el triunfo que verifica sobre los justos temores de sus amorosos zelos. Mas ¿podrá ella resistir á la idea amarga de la infidelidad de su amante? ¿De la perfidia?....

Un torrente de lágrimas brota de repente de sus ojos, y los violentos sollozos resonando mas en el silencio de la estancia, despiertan á Hardyl; que, oyendo llorar á Eusebio con tanta vehemencia, se incorpora en la cama alterado, y le dice: Eusebio, hijo, ¿qué es? ¿qué os sucede? — ¡O cielos! yo muero, Hardyl. — Hardyl se arroja con precipitacion, y acude á la cama de Eusebio. — ¿Qué teneis, que extraño mal os sobrevino?

Eusebio viendo á su cabecera al buen Hardyl, se abandona de nuevo al llanto y á los sollozos sin responderle, dejando pensativo y suspenso á Hardyl, el cual se decia á sí mismo: dolor no puede ser; pues aun el mas intenso no

saca tal llanto, ni tales sollozos de quien lo padece, sino es en los niños que no tienen otra expresion para indicarlo. ¿Temor?.... menos, pues Eusebio lo perdió. ¿Pasion?.... ¿amor?... ¿mas cómo pudo causar tan presto un estrago tal en su pecho? Si es asi, será la mayor prueba de su sensibilidad. Eusebio entre tanto la desahogaba; y Hardyl, persuadido que no podia ser otra la causa de tan amargo llanto, puesto que Eusebio nada le decia, se aprovechó de estas reflexiones para dejarlo llorar, quedando un buen rato á su cabecera sin chistar, y sin contemplarle su afliccion, hasta que Eusebio notando su silencio, afloja de su sentimiento. Entonces Hardyl conociendo que escucharia razon, le dice: Eusebio, hijo mio, gran susto me habeis dado; ¿no podrá saber Hardyl la causa de tan grande sentimiento? ¿podré merecer esta confianza?

¡O mi envidiable Hardyl! sí; sabed toda la confusion y vergüenza que me cubre. ¡O Dios! Susana.... — ¿y bien, qué es? ¿por ventura es Susana la causa de ese alboroto? si lo es, no lo extrañaré. — Os lo debo confesar.... ! O Hardyl, si vierais mi corazon! — No necesito de verlo; sé muy bien los funestos efectos del amor; ni vos los podiais ignorar. ¡Cuántas veces os lo prediqué! pero no sé si bastará esta nueva prueba para acabaros de desengañar. — Bastará, bastará, no lo dudeis Hardyl.

Siento demasiado despedazado mi corazon, para que me deje arrebatar otra vez de los engañosos halagos del sexo. —

Cuando sea asi, como decís, habreis sacado un gran bien de un gran mal. Pero para conservar este fruto, conviene, hijo mio, que tomeis un continente mas noble y severo en vuestra conducta. Os compadezco: saliais del puerto, aunque provisto de ciencia y de conocimiento, para navegar por el gran mundo; pero al primer vuelo habeis dado con Calipso. ¿Por ventura será bastante este escarmiento, para evitar el canto de las sirenas y los engaños de Circe?

Estas son ficciones de Homero, dicen los enamorados, buenas para ser creidas de los bobos. ¿Con cera nos hemos de tapar el oido? pero bien veis que no anda tan material el poëta como pretenden, mucho menos cuando transforma en puercos á los enamorados. ¿Creeis, Eusebio, que se alcanza tan fácilmente la virtud, y que se posee luego que se comienza á ejercitar? Luchar, resistir y porfiar, conviene para sufocar la concupiscencia; pues solo asi se llega á enfriar su funesto ardor, el cual solo presenta á nuestros ciegos é irritados deseos los deleites, el sumo deleite, encubriéndonos al mismo tiempo todas sus fatales consecuencias.

Mas, Eusebio, esta no es hora de dar ni de

oir consejos. Segun veo, no habeis pegado los ojos en toda la noche, y necesitais de descanso: dormid, pues, las pocas horas que quedan. — No, no podré dormir, creedme Hardyl : mi mente necesita mas de descanso que mi cuerpo. Susana encendió demasiado mi fantasía para que la pueda forzar á rendirse al sueño. — ¿Tanto pudo con vos esa doncella? — mas de lo que os podeis imaginar. — ¿Qué es, pues, lo que pretendeis? ¿casaros con ella? — ¿Casarme con ella? ¡Ah! no; Leocadia, la severa Leocadia será la esposa de Eusebio.

Ea, pues faltais á la virtud, al honor, á la honradez, á la fidelidad, si pensais mas en Susana, fomentando esa pasion; y os exponeis á mil terribles afanes y desazones, por no decir delitos, si persistis en ella. A buena cuenta, os ha dado una noche bien rabiosa, y peor tal vez que la que pasasteis en la cárcel entre los horrores del calabozo; pues allí teniais la virtud, que acariciaba vuestra inocencia, y llenaba vuestra alma de dulzura celestial, que no os dejaba sentir las penas de vuestra situacion, aunque en apariencia tan triste.

Mas aquí los atractivos y gracias de Susana, halagando vuestros ojos, y encendiendo vuestra imaginacion, os metieron el puñal en el pecho hasta la empuñadura, despedazando vuestro corazon, y sugeriendo á vuestros descarriados

deseos lo imposible posible, arrastrando vuestra enagenada voluntad de delito imaginario, para reducir despues toda esa máquina en humo, y en funestas sombras, que sin poderlas abarcar, dejan corrumpido el corazon.

Grande es, Eusebio, el engaño que padece la fantasía del hombre. ¿Creéis que el amor, la correspondencia que prometen las mugeres, sea en efecto cual parece? ¿Sabeis cuán torcidas pueden ser sus intenciones, y que fines tan opuestos pueden tener? Un corazon sensible, fácil y sin experiencia del mundo, se deja facilmente deslumbrar de aquella lisongera apariencia con que lo ceban; y si no consulta mas que su apetito, se abalanza como pez incauto para quedar prendido en el anzuelo.

La mayor parte de los hombres que beben como el agua la iniquidad, aunque sea en vasos hediondos, hacen burla de estas delicadezas morales, persuadiéndose que un trago de deleite recompensa todos los acerbos afanes, las amargas desazones y cuidados con que lo compran; porque como no probaron jamas la celestial suavidad de la virtud, no se pueden persuadir que sea tal como lo oyen decir de quien la probó, y por lo mismo la desprecian con una jactancia desvanecida y desenvuelta que causa compasion.

¡Ah! Eusebio, seria nunca acabar si quisiera pintarte los funestos efectos de una pasion, que

los hombres livianos reputan inestimable. Lo es, no hay duda, luego que llega á tiranizar el corazon; mas esto solo lo padecen los que, faltos del conocimiento y sentimientos de la virtud, se prendan y se dejan llevar de las apariencias mentirosas del vicio; los que sin principios de moderacion y de decencia, no consideran las fatales consecuencias del amor; los ociosos y presumidos libertinos, que haciendo fisga del decoro, y de la integridad de la honradez, huellan tal vez en el lodo del oprobrio y de la mas ignominiosa miseria, las infelices é inocentes víctimas, despues que las hicieron servir al vil engaño de sus infames caprichos.

Los que..... Yo me aparto sin querer de tu pasion á Susana, que nada tiene que ver con esas otras detestables pasiones. Culpable es, hijo mio, la vuestra, y pudiera degenerar tambien en la especie de aquellas. Mas ¿por ventura estais desprovisto del conocimiento de la virtud? ¿De principios de honradez, de decencia, y de moderacion? ¿soys acaso desvanecido, y necio libertino? ¿vuestro corazon se atreverá á ejecutar semejantes maldades? —No, no Hardyl: ¡oh cielos! ¿qué decis? ... el llanto volvió otra vez á brotar de sus ojos: Hardyl le toma entonces la mano, y dejándolo llorar, prosiguió en decirle:

No, Eusebio, estoy bien ageno de creer que las cometais, mas es necesario poner la mano

en la llaga para curarla. — Curada está, curada está; no pongais duda Hardyl: al honor, á la virtud, á Leocadia, á su amor, sabré sacrificar esta pasion; la sufocará mi llanto y mi arrepentimiento.

—Bien, pues, dejémosla estar. Mas ¿pensais que será esta la última prueba en que pondrá el mundo vuestra virtud? ¿Vuestro presente arrepentimiento juzgais que será bastante para precaver otros lances, tal vez mas peligrosos? Cuanto mas tierno, sensible y apasionado es vuestro corazon, de tanta mayor reserva os debeis armar para contenerlo. Las gracias, el donaire, y la hermosura de un lindo objeto, irritan y provocan necesariamente, ni soys el solo que sienta la terrible fuerza de sus amables alicientes.

Mas si no estais sobre vos, cedereis como cedisteis al amor de Susana. La delicadeza y gracias de su aire hirieron vuestra fantasía, y excitaron en vuestro pecho el afecto. Vuestros ojos se cebaron en ellas, y encontrados con los suyos, reconocieron la amorosa simpatía, y ésta avivó insensiblemente vuestra mutua correspondencia. Ved aquí la pasion nacida. Una declaracion, un suspiro, un tocamiento de mano la inflama; y ved aquí el incendio de la pasion formada, que consume y abrasa el corazon en que prendió.

Esto es indispensable, Eusebio: probais vos

mismo que estas no son cosas ideales. Tal es el procedimiento y progresos de la pasion. ¿ Qué es, pues, lo que debe hacer el que no quiere sentir sus fatales extremos y consecuencias? Cortarla en sus principios, alejarla de sí, y armarse de la modestia, de la circunspeccion, del temor y del recato severo para combatirla. Pero para esto, direis, seria necesario que no fuese tan activo y abrasador el fuego de la juventud. ¡ Bueno estaria eso, que solo los viejos pudiesen ser continentes!

El jóven que está prevenido y amaestrado de las infinitas intenciones que puede llevar la vanidad y presuncion de la muger; de la fuerza de su pasion en ser cortejada y adorada; de su veleidad, de su zalamería general, del imperioso deseo que la anima á avasallar sus livianos adoradores; este jóven, digo, al ver un objeto hermoso, agraciado y digno de su aficion, se dice luego: linda cosa por cierto, y que pudiera empeñar mi afecto, si el ánimo y calidades interiores correspondiesen á las externas, y si con mi corazon no debiera sacrificarle tambien mi paz y tranquilidad.

Ella me promete el deleite en vaso dorado por defuera; mas ¿ quién me asegura que no esté corrompido el licor que contiene? y si lo bebo, bebo ponzoña en vez de la ambrosía que me vende. Esta es la copa de Circe. ¿ Me atre-

veré á poner en ella los labios? No; maten su sed con ella los incautos.

El otro jóven doctrinado en la virtud, que añade al conocimiento de estas cosas la integridad, la honradez de corazon, y un decoroso y noble proceder, si se siente aficionado á una hermosura poderosa para encender su pasion, aparta luego sus ojos de sus gracias para ponerlos en las consecuencias que puede llevar su desacertado empeño; y viendo que en nada deben recompensar las penas, los disgustos, las desazones á los livianos placeres, que siempre le promete el amor, y que tal vez tarde, nunca, ó muy rara vez le concede, se abroquela luego con el recato, y levanta su ánimo en las alas de la moderacion sobre los alicientes y halagos de la belleza.

La prudencia cubre su vista con el velo de la modestia, y arma su pecho de circunspeccion, sirviéndole de muro de defensa los preceptos de la sabiduría, la cual inspira é infunde en su ánimo el respeto y veneracion á la virginidad é inocencia de las doncellas, y al honor y fidelidad de las casadas, mirándolas como joyas que no le pertenecen.

¿Pone acaso alguna de ellas asechanza á sus recatados pensamientos? ¿intenta avasallar su virtud? La sabiduría defiende la entereza de su pecho, haciéndolo preferir la pureza de su conciencia, y la paz y sublime satisfaccion de

su honestidad á un deleite incierto, pasagero, liviano, vergonzoso; al que siguen la pena, las zozobras, las angustias, el peligro, el voraz remordimiento, la enfermedad tal vez, y tal vez su muerte.

¡Oh! ved, Eusebio, que amanece el dia. ¿Segun esto, no habeis dormido en toda la noche? — No solo no he dormido, sino que tampoco os dejé dormir; lo siento, Hardyl, lo siento. — ¿Y creeis que no pasára sin dormir otras noches, á trueque de veros quieto y sosegado? — Si lo creo, mi buen Hardyl, ¡oh cuánto os lo agradezco! mas no lo dudeis; lo habeis conseguido, quieto quedo, y sosegado enteramente: Leocadia recobró su señorío en mi corazon: respetaré la hermosura de Susana: la modestia y circunspeccion que me habeis sugerido, tendrán en freno mis deseos, y el recato que debo á mí mismo y á mis sentimientos será la guarda de todas mis acciones.

Acabando de decir esto Eusebio, Bridge toca á la puerta, diciendo: ¿Qué es esto? ¿ni dormir, ni dejar dormir? Vamos, que las Gracias andan por el jardin, cogiendo flores para coronar el desayuno. Hardyl abre la puerta; Bridge entra, y cruzando sus brazos, dice: ¿oí, por ventura, lloros esta noche? — Quién quereis que haya llorado? le dice Hardyl. — Pues hubiera jurado haber oido sollozos. Eusebio, despues de haber saludado á Bridge, callaba

sin contestar á cosa alguna. Hardyl fué á abrir la ventana que daba al jardin, y Bridge se encamina á ella para saludar á las muchachas que estaban en él. Ellas corresponden al saludo, y á los requiebros de Bridge, riendo con donaire y bellaquería, haciendo viva impresion la voz y risa de Susana en el corazon de Eusebio, el cual, por lo mismo procuraba vestirse despacio para evitar la ocasion de que Bridge con su acostumbrada franqueza lo llamase é hiciese ir á la ventana para saludar á las doncellas.

Vimbons lo saca de este embarazo, entrando en el cuarto para preguntar á su amo á que hora queria partir. Luego, le dice Bridge, y tardando poco Eusebio en vestirse bajan abajo. El atento y oficioso Howen los recibe con nuevas demostraciones de cordialidad. Eusebio bajaba temblando, y temiendo el primer encuentro de Susana. Esta no tardó en hacerse presente, mas fresca, linda y graciosa, que las flores recientes que coronaban su trenzada cabellera.

Sus vivos y brillantes ojos buscaban los de Eusebio para fomentar de nuevo con ellos la llama de su dulce correspondencia; los encuentra; pero ¡ cuán mudados y diversos de lo que ella esperaba ! El ardor de su confianza quedó yerto, al ver la respetosa tristeza y modesto encogimiento con que Eusebio la saludaba. Ella no deja de conocer con sorpresa tan notoria

mudanza; mas ¿cómo satisfacer á su curiosidad en la presencia de sus padres, de Hardyl, de Bridge y de sus hermanas?

El corazon de Eusebio padecia sumamente; y aunque no tenia fuerza para abstenerse de mirarla, si alguna vez levantaba hácia ella sus ojos, estos, como descarriados, iban á buscar luego los de Hardyl, sabedor de su pasion, holgándose en cierto modo, que Bridge y Howen, con su chistosa locuacidad, distrajesen su pena, y lo sacasen del embarazo que la presencia de la suspensa Susana le causaba.

Avisado el Ministro para que viniese á hacer compañía á los huéspedes en el desayuno, llega. Las oficiosas doncellas, aunque Susana no tanto, se encaminan para traer el te, la leche y manteca. Se sientan tambien ellas á la mesa; pues no quedando opcion en los puestos, como la noche antes, no tocó á Susana el lado de Eusebio, sino á Raquel. La urbanidad exigia de Eusebio hacer con ésta algunas corteses demostraciones, como de cortarle el pan, alargarle la azucarera. Otros tantos dardos para el corazon de Susana, que echaba de ver al mismo tiempo el severo enagenamiento de Eusebio, el cual evitaba sus ojos las pocas veces que se encontraban.

El ruido del coche de Bridge que llegaba á la puerta, acrecienta la palpitacion de la enamorada doncella. Las rosas que encendió en

sus mejillas el sol naciente en el jardin, se cubren de palidez. Los cumplimientos y demostraciones de la gratitud de los huéspedes comienzan. Las instancias ingenuas y cordiales de Howen no los pueden detener. Es tarde, nos esperan á comer en Londres; no es posible, Sir Howen, dice Bridge: os quedamos sumamente obligados: hace años que no he tenido mejor dia. Dios bendiga á estas vuestras hermosas hijas que con tanta gracia nos han cortejado. Hardyl y Eusebio manifestaron á Howen su agradecimiento, como tambien á su muger y á las muchachas, interrumpiéndolos la locuacidad de su generoso huésped, que no queria tales cumplimientos de sus forasteros, los cuales los hacian estando todavía sentados á la mesa del desayuno.

Eusebio, para desahogar las angustias que sufria su corazon, toma el pretexto de ir á ver á Taydor á casa del Ministro para ver si podia volver con ellos á Londres si la herida se lo permitia; y para agradecer tambien al Ministro la humanidad que habia usado con él, le ruega quisiese acompañarlo. El Ministro lo hace; y con esta ocasion le entregó Eusebio doce guineas de regalo, á mas de los gastos ocurridos en la cura y alojamiento de su criado; el cual, sintiéndose con fuerzas para hacer el camino, los sigue á casa de Howen. Toda la familia y comitiva los estaban esperando de pies en el

zaguan. Bridge habia llamado antes á parte Howen para saber la deuda en que le quedaban por tan generoso recibimiento; pero echando de ver que eran nobles y liberales las intenciones del huésped, se reservó á darle desde Londres las pruebas de su reconocimiento.

Entre tanto, la confusa Susana, esperaba con ansia la vuelta de Eusebio de la casa del Ministro, para confirmarse de nuevo en lo que no acababa de creer. Vuelve finalmente; pero nota el mismo severo enagenamiento que la trastorna. ¡Cielos! ¿en qué le ofendí? ¿tan presto se pudo mudar su corazon? ¿fueron fingidas sus demostraciones? mas si lo fueron anoche: ¿porqué no lo son tambien ahora? ¿fingimiento en rostro tan dulce y amable? no puede ser. ¿Por ventura, Raquel se llevó la preferencia á la luz del dia? mas ¿por qué dejó de usar con *ella* las mismas demostraciones que uso anoche conmigo? ¿sus ojos no lo dirian bastante?

Esto manifestaba decir el rostro pálido y atónito de la desconcertada Susana, mientras Eusebio sentia en su interior todas las congojas, por lo que pudiera pensar ella acerca de la seca ingratitud que se esforzaba conservar al exterior contra su inclinacion, sufriendo los amargos reproches de su afecto, reprimidos de tan ingrata violencia. Pero la memoria del respeto y veneracion que le habia sugerido Hardyl á la virginidad de las doncellas, mantenia constan-

tes sus buenos sentimientos con el freno de la modestia.

No por esto dejó de acometer á su pecho de nuevo una congojosa palpitacion, luego que comenzó á despedirse. Sus ojos enternecidos, no pudieron dejar de clavarse en los de Susana, excitando en ella sospechas diferentes de las que hasta entonces habia concebido. Da las gracias á Sir Howen y á su muger con sincera expresion de agradecimiento por los agasajos que habian usado con él; y llegando á las hijas, les dice en comun, pero mirando mas á Susana que á las otras: que conservaria eterna memoria á sus corteses atenciones, y que desde Londres les manifestaria su reconocimiento si se dignaban mandarle, pues tendria mucha complacencia en servirlas: y confirmando con una tierna y ardiente mirada á Susana, lo que no pudiera decir mejor con la lengua, la deja penetrada y enternecida de sentimiento.

A pesar del trastorno y enagenamiento que sentia Eusebio por la separacion de la triste y dolorida Susana, repara al subir en el coche, que Taydor se habia sentado en la zaga, y no sufriéndole su corazon dejarle en ella, rogó á Bridge quisiese usar de humanidad con su herido criado; permitiéndole venir dentro del coche. Aunque á Bridge no le pareció muy del caso aquella sobrada atencion con un criado, no se atrevió á negarle, lo que no parecia bien

rehusar con un motivo que quitaba todo pretexto á la vanidad.

El modesto Taydor rehusaba dejar el puesto que ya ocupaba en la zaga; pero obligado de su buen amo, hubo de ceder y entrar en el coche, notando Sir Howen, el Ministro y las doncellas aquella prueba de la bondad de Eusebio, especialmente Susana, á quien daba nuevo motivo aquella accion de su amante, para sentir su pérdida. Esto le hizo asomar las lágrimas á los ojos, buscando los de Eusebio; pero el coche parte, y le roba para siempre su presencia.

¡O amor, tírano de los tiernos y sensibles corazones! ¿á tus breves y rápidas dulzuras habrán de seguirte siempre duraderas penas y amargas desazones?

Virtud adorable, graba esta verdad en mi mente, y arma mi pecho de tu casta sinceridad. Opon, opon á los incentivos y alicientes del amor, los austeros sentimientos del recato y modestia, que infundieron los consejos de Hardyl al alma tierna y sensible del amable y modesto Eusebio.

LIBRO QUINTO.

¿Cómo podia dejar de empeñar la hospitalidad generosa de Howen la conversacion de los viajantes? Bridge no acababa de manifestar el contento y complacencia que sacaba de aquella casa, y de la vista de las doncellas, de sus gracias y hermosura. Hardyl se guardaba de fomentar tal discurso, haciéndole caer sobre el genio galante y generoso del huésped. Eusebio echando de ver las intenciones de Hardyl, se abstenia por lo mismo de fomentar los discursos de Bridge, teniéndolo tambien taciturno la separacion de Susana, aunque se esforzaba á ocupar su memoria con la imaginacion de su Leocadia. La misma conversacion de Bridge acerca de las doncellas, y de la generosidad del padre, llevó su reconocimiento á tratar con Hardyl y Eusebio del regalo con que pensaba corresponder á la hospitalidad de Howen, preguntándoles lo que convendria hacer, y que era lo que podria enviarle por demostracion de su gratitud.

Hardyl, responde, que no entendia de eso;

y Eusebio le dice lo mismo; pero que lo podrian determinar en Londres con su muger. Pareció bien á Bridge la prevencion de Eusebio, y aunque volvió á renovar el discurso de la graciosa cena, y las doncellas que la sirvieron; Hardyl tomó ocasion de esto mismo para hablar de la hospitalidad de los antiguos, buscando la causa de la pérdida de un uso tan loable, atribuyéndolo á la maliciosa cultura de las naciones, despues que las remiradas costumbres, el lujo, la vanidad y la codicia de los hombres habian echado á tierra las aras de los lares hospitales.

Llegan finalmente á Londres, donde los esperaba Lady con la comida dispuesta por ser muy tarde; y despues de breve descanso, sentáronse á comer contando á Lady el generoso recibimiento que habian tenido de Howen, especialmente la cena caprichosa que les dió, haciéndola servir de sus hijas. Despues de esta relacion, Bridge consultó á su muger acerca de lo que podia enviar á su huésped por regalo. Ella le dice que podia enviar algunas galanterías para la madre é hijas, y pareciéndole bien á Bridge quiso ir á comprarlas él mismo con sus huéspedes, para hacerles ver con esta ocasion algunas tiendas de mercaderes de Londres.

Emplearon toda aquella tarde en la dichosa provista, admirando Eusebio tanta variedad

y primor en la invencion de la industria y del ingenio en tan diversas modas y bujerías. Sentia mil impulsos de comprar en cada tienda lo que mas le chocaba. Pero Hardyl que iba á su lado, dejaba que apacentase su curiosidad sin decirle nada, para ver si contenia sus deseos, y para avisarlo en caso que se abalanzase á comprar cosas superfluas, á fin de que no lo hiciese. Pero reparando Eusebio en un corazon flechado, engarzado en diamantes, se resuelve comprarlo para enviarlo á Susana, y suplir con esta demostracion á las que le vedó hacer el recato con que contuvo sus tiernos sentimientos en la despedida.

¿ Qué os parece, Hardyl, podré enviar á Susana esta bagatela? — Nada menos que eso : ¿ no fomentasteis bastante su pasion para dejarla despues burlada? Comprad cualquier otra cosa que pueda servir en general para todas, y no para Susana en particular. Eusebio, segun el aviso de Hardyl quiere comprar tres flores de diamantes que habia allí por muestra. ¿ Cuánto importa esta bagatela? — Setenta guineas, Señor. — ¿ Setenta guineas? ¡ cómo es posible! — No ve Vd. que son diamantes; repare en el primor del engaste, y cuan delicado es el trabajo.

Eusebio, acordándose de la compra de los caballos y de la rebaja que hizo Hardyl al coronel, ofrece la mitad de la postura. A buena

cuenta se aprovechó con todo rigor de aquella leccion; ni dará en adelante veinte por lo que vale diez. El mercader oyendo tal rebaja, toma las joyas sin decir palabra y las vuelve á poner en su lugar, dejando muy frio y desairado á Eusebio, que no esperaba aquella decisiva y seca respuesta. Bridge, que acababa de comprar tres delantales de gasa, se acerca adonde estaba Eusebio, contemplando las tres flores que el mercader habia vuelto al escaparate, y le pregunta: ¿qué era lo que queria comprar? — Estos ramilletes de diamantes para juntarlos á vuestro regalo, y me piden setenta guineas. Gusto de ser generoso, Don Eusebio, le dijo Bridge; pero con término y razon: quiero corresponder con la liberalidad de Howen; ¿pero á dónde vamos á parar? ¿enviarle en reconocimiento de una cena, el valor de mas de cien guineas, si juntamos esas flores con lo que tengo comprado? eso no lo haré jamas: tales demostraciones les estan bien á los Reyes.

Si no os sufre el corazon que me desempeñe yo solo en nombre de los tres, aunque esto sea un pequeño agravio á vuestro huésped, ahí teneis cosas de gusto y de moda, que valen cuatro tarjas, y qne serán tal vez mas apreciadas. Nueva leccion para Eusebio, que tampoco olvidará. Eusebio compra por el valor de dos guineas, lo que Bridge le sugirió, y vueltos á casa con la compra, forman de toda ella una cajuela,

que envió Bridge por uno de sus criados á Howen y á sus hijas en nombre de los tres.

Hecho esto, Bridge se despide de Hardyl y Eusebio, recomendándolos á Lady para que los llevase al teatro aquella noche, donde prometió irles á buscar para restituirse juntos á casa. Lady acepta con gusto la recomendacion; y mientras se disponia para ir al teatro, Hardyl y Eusebio se retiraron á su cuarto para registrar sus baules y mudarse de ropa, pues no lo habian podido hacer antes de ir á Telton por tener las llaves Altano. Con esto Eusebio habia llevado todo aquel dia las medias rotas; y la vergüenza que pudiera tal vez quedarle, de dejarse ver con ellas de las hijas de Howen, se abrigaba con la noche; aunque sin esto se habia sobrepuesto á la vanidad con las reflexiones que hizo la noche antecedente. Nada faltaba á los baules, hallando en su ser todo el dinero y cédulas de cambio que Eusebio miró con aprecio y gozo algo indiferente, enseñado de la desgracia á saber pasar sin ellas. Luego que fueron avisados de Lady, bajan á verse con ella; y estando pronto el coche, se encaminan al teatro que Eusebio deseaba ver como cosa nueva para él. No habiéndose visto tampoco él mismo en circunstancias de cortejar ninguna muger; aunque se hallaba algo encogido, no por eso faltó á la cortes atencion que debia, y que la urbanidad y su talento le dictaban en servir á

Lady. Esta fué la primera en mover la conversacion sobre el teatro en general, mostrándose mas instruida que su marido; y aunque se echaba de ver por su discurso, que tenia alguna idea del teatro de los antiguos, no podia disimular la pasion que tienen generalmente los Ingleses por sus poetas, dando solamente la preferencia á los magníficos coliseos griegos y latinos, en que solo aventajaban á los modernos, diciendo á Eusebio y Hardyl, que si tenian alguna idea de los antiguos anfiteatros, deberia perder mucho en su concepto la construccion y materialidad de los de Londres; pero que en cuanto á las composiciones teatrales hallarian notable ventaja, especialmente en la que iban á oir, pues era del divino Sakespeare.

El discurso de Lady sirvió para que Eusebio no extrañase tanto la mezquindad de la entrada del teatro; pero se le hacia un nuevo mundo el numeroso y magnífico concurso en que sobresalia con esplendor el gusto, la riqueza y gala de las damas Inglesas, no acabando de saciar sus ojos sorprendidos y maravillados de aquel espectáculo. Finalmente, el Sipario se levanta, la representacion comienza, y llama toda la atenta curiosidad de Eusebio. Era la tragedia del rey *Hamleto*, el cual, despues de algunos razonamientos, parte bajos, parte sublimes, llega á volverse loco allí mismo en el

teatro. Su amada, adolece luego de la misma desgracia, y el Príncipe se resiente de la misma locura con mas funesto efecto, pues llega á matar á su padre, creyendo matar un raton. Su cadáver quedaba expuesto en las tablas, hasta que salen seis ú ocho enlutados para abrirle la huesa, y sepultarlo allí mismo, cantándole antes por obsequias unas endechas dignas de poetas enterradores en aquel cementerio. A este lúgubre aparato, sucede inmediatamente un festin, en que, despues de bien comidos y bebidos los comensales, ensangrientan la fiesta como los Lapitas y Centauros en el convite de Hipodamia.

Apenas habia acabado la representacion, cuando entró John Bridge preguntando á Eusebio lo que le habia parecido; esperando oir maravillas de su boca, haciéndole él mismo de antemano mil exageraciones sobre la excelencia de Sakespeare, y particularmente sobre su Hamleto. Eusebio, notando los transportes de admiracion con que Bridge queria prevenir su juicio, creyó propio de la moderacion y cortesía, no contradecirle sino alabarle lo que le habia parecido bien, sin sacar á plaza los defectos que habia notado.

Bridge, viendo que Eusebio le contestaba friamente, y que sus alabanzas no eran hijas del entusiasmo, le instó para que le dijese su parecer sinceramente. Eusebio le dijo entonces

los defectos de barbaridad, de bajeza, de incoherencia, de extravagancia, con que el poeta hermanaba algunos sublimes pensamientos y expresiones. Bridge, que no esperaba tal descarga, y que no creia tan instruido y sabio á Eusebio, le opone el gusto y genio de la nacion. Eusebio le replica con modestia, que el gusto y genio de una nacion, no debia ser norma de la composicion y estilo del escritor, sino que lo debia ser la naturaleza, copiada del criterio y juicio de quien los supo purgar de las bajezas y vulgaridades, que son los vicios y superfluidades, que no faltan á la misma naturaleza.

Bridge persiste al contrario en defender su proposicion y su poeta; Eusebio calla entonces, y evita el entrar en contienda de opinion; siendo una de las máximas que le habia inspirado Hardyl, no entrar jamas en disputa sobre cosas opinables, porque la vanidad hacia á cada cual su propia opinion evidencia; y el empeño de querer convencerse mutuamente las partes contrarias, atizaba la contienda, y enardecia la presuncion de los pareceres, los cuales empeñados en la disputa despertaban la ira, y rompian toda moderada reserva, sin cuyo freno se propasaba al enojo. Asi sucede, que por un pelo se agrazan los corazones, por no irse al principio á la mano en semejantes disputas, que jamas llegan á apurar la verdad, ni á convencer, aunque con-

venzan, porque la falta de razones que oponer á lo que nos hace fuerza, no lo creemos, prueba de evidencia de la verdad, ó de la proposicion que contrastamos.

Por este motivo el hombre circunspecto y prudente, si dice su parecer, hácelo sin empeño de defenderlo; pues en caso de encontrar agena oposicion, el callar le cuesta poco, prefiriendo ser tenido en menos del necio obstinado, que probar los disgustos que puede acarrear la disputa, en la cual si bien se considera, fuera de satisfacer la propia presuncion, y del tonto prurito de llevar la suya adelante; nada puede interesar, ni gana él que en ella se empeña. Pero como parecia que Bridge quisiese triunfar del modesto silencio, y de la prudente moderacion de Eusebio, este, despues de haberle dejado gozar bastante de tan mezquina complacencia, para cortar aquel discurso, no le pudo ocurrir mejor medio que decir á Hardyl: ya que no tenemos que hacer mañana, pudiéramos ir á informarnos si es verdaderamente Orme aquel preso que os dije que llamaban Romp, pues no sosegaré hasta que no salga de las dudas en que me dejaron asi sus facciones y estatura, como el ademan que me hizo cuando me sacaban del calabozo para presentarme al tribunal.

Milady y Bridge, movidos de la curiosidad por el dicho de Eusebio, olvidados de su Sa-

kespeare, le preguntan, ¿ quien era aquel preso de quien hablaban? Eusebio les dice, que era un jóven, segun sospechaba, que en Salem hacia de mancebo mayor del padre de Leocadia; el cual, al verla ya prometida esposa suya, quiso hacérsela su muger por fuerza, sacándola de la casa de sus padres con abuso de las leyes, con que es permitido el rapto en la Pensilvania. Luego les cuenta el modo como Hardyl la libró del dicho Orme, de lo que se holgaron mucho; y como este, habiéndole salido vana su tentativa, se habia venido á Inglaterra poco antes que ellos. Empeñada la curiosidad de Bridge con esta relacion, resuelve informarse al otro dia á cualquier coste de las sospechas de Eusebio; y con esta determinacion, despues de cenar, se fueron á dormir sin acordarse mas de su Hamleto.

Al dia siguiente, antes de partir, trataron del modo como lo debian hacer para enterarse de la verdad; pues aunque les era fácil hablar al preso, no asi el saber si era Orme; si este persistia en ocultarse, como lo manifestaba bastante el haberse puesto el nombre de Romp, si este era fingido. A Hardyl no le quedaba ninguna idea del jóven, habiéndolo visto solamente en aquel encuentro en el camino, cuando quiso defender á Leocadia; y de Eusebio se recataria, para no hacerle tal confianza despues del odio que le habia manifestado en

el calabozo. En esto, ocurrió á Eusebio el valerse de Gil Altano, que lo habia visto en Salem los dias que allí estuvieron. Llamado Altano, Bridge le sugiere lo que habia de hacer y decir para poderse introducir en la cárcel, y hablar al preso, y hecho esto, se encaminan hácia Newgate. Ellos se ponen á pasear aquellos contornos mientras se introducia Altano en la cárcel, el cual al cabo de media hora, llega diciendo : ¡ toma, si era Orme ! con Altano las habia de haber él; y que mohino que estaba el pobre; cargado vengo de sus súplicas, para que mi Señor Don Eusebio le perdone.

Él me ha dicho haber conocido á ☉ en el calabozo; pero que el odio y la vergüenza pudieron mas con él, que la curiosa sorpresa de verlo á ☉ en aquel lugar, dejando de preguntarle la causa de su prision para no descubrirse. Pues aquel ladino de carcelero creyó que yo me mocaba con el codo, diciéndome que no podia ver al pájaro, porque estaba en la jaula de los desposados, y que esta tarde habia de ir en el carro de la boda. Pues aquí tengo una cosilla, para que pueda lucirse el señor compadre, y le muestro una guinea, que le puse en la mano; pues en todas partes dádivas quebrantan peñas.

En resolucion, llego á ver al señor Tomp, ó Comp, que me entendió por discrecion, pues no estaba el pobre para tanta sutileza; y asi

me dejé de cuentos, y lo hablé por lo claro: Señor Orme, le digo: me envia mi Señor Don Eusebio, esposo de Doña Leocadia, para saber si necesitais de algo para pasarlo mejor de lo que estais; pues ya se sabe que aquí no hay que esperar cama con toldo, ni faisanes perdigados: estas son desgracias que pueden suceder á todo hombre de bien. En medio de la mortal tristeza y abatimiento en que lo ví atado á la argollla, al oir su nombre verdadero, levantó sus ojos cargados del peso del horror de la vecina muerte: y aunque pareció que luchando con la sorpresa de oirse llamar, queria defenderse de mi proposicion y conocimiento, el rabioso llanto en que prorumpió inmediatamente, tuvo mas fuerza que su fingimiento, y obligólo á que se manifestase. A la verdad, casi casi me llegó á causar compasion.

¿Compasion con pícaros rematados? nada menos que eso, me decia yo, luego que lo ví llorar. El llanto parece que le ablandó los pulmones, pues poco despues me respondió: de nada necesita el que está para morir, sino del perdon de aquel á quien gravemente ofendió. Ved á que fin me arrastra una loca pasion, ¡ah!... Este ah! lo echó con tanta vehemencia, mirándome de reojo, que me atemorizó; luego me dijo lo que conté á ʋ del perdon que le pedia. Yo le ofrecí entonces las guineas que ʋ me dijo, pero no las quiso recibir. Con esto

le dí buen viage para la eternidad. Esto lo hice con Orme; pero por Dios, mi señor Don Eusebio, ruego á Vm. no me ponga en ocasion de ir á ver á esos ladrones de Trombel y de Oates, ni la bruja de la mesonera, porque, vive Dios, que los ahogaré antes que el verdugo.

Bridge, oida la relacion de Altano, quiso ir á certificarse del carcelero si era verdad que aquella tarde habian de ahorcar á Orme: y sabiendo de él que tambien ahorcaban á Blund, con otros tres ó cuatro, propone á Hardyl y á Eusebio si querian ir á verlos ajusticiar, pues era tambien digno de verse el modo como ajusticiaban en Inglaterra, pero Hardyl y Eusebio lo rehusaron. Tomando Bridge su negativa, antes por bien parecer, que por verdadero sentimiento de humanidad, despues de haber comido, da órden al cochero para que los lleve á Tiburn, y se ponga en sitio desde donde pudiese ver bien á los ajusticiados. Un inmenso pueblo, miron de aquel triste espectáculo, advierte á Hardyl y á Eusebio de lo que era. El coche pára, Bridge pregunta al cochero ¿qué era lo que hacia? ¿por qué se paraba? pero el cochero, embobado en la ejecucion, no oyó lo que su amo le preguntaba desde dentro del coche.

Bridge, llevado de la curiosidad, en aquellas circunstancias se aprovecha de ellas, y se pone á mirar, al tiempo que el verdugo ponia el gorro

á uno de los delincuentes. ¿Es aquel Blund? ¿es aquel Orme? pregunta Bridge, y volviendo la cabeza hácia Eusebio para ver lo que le respondia, lo ve vuelto hácia la parte opuesta del espectáculo, y sus ojos empañados de lágrimas. Perdonad, Don Eusebio, el cochero tiene la culpa. Isman, Isman adelante, al paseo. Isman obedece, dejando pendientes del carro los cuerpos sin vida de Orme y Blund, mezclados con los de los otros malhechores.

¿Hubieran ellos creido jamas que el amor les habia de causar un fin tan funesto é ignominioso? ¡O hombre! el primer delito es el temible, y el que lleva al precipicio: una pasion que no se refrena en sus principios, es la sola causa de tu perdicion: á ella se puede resistir antes de ser fomentada; pero sus efectos y consecuencias hácense tal vez necesarias.

Eusebio no pudo disfrutar del paseo de aquella tarde. Bridge conoció su tristeza, pero esperaba resarcir su desacierto, llevándolos aquella noche á la ópera italiana, como lo ejecutó. Milady no pudo ir con ellos. Creia Eusebio ver una cosa semejante á la tragedia de Hamleto. La sinfonía lo desengaña, y el canto de la representacion acabó de persuadirle lo contrario. A pesar de las incoherencias de la accion, de la composicion y personages, hallaba con todo mas gusto en la ópera, que en la tragedia de Hamleto; á lo menos no se veian en ellas tan safias

barbaridades. Se acaba el primer acto. — ¿Pues, diee Bridge, qué os parece, Don Eusebio, que decis á esto? el baile va. á comenzar: reparad en la primera bailarina, os diré despues el porque. — Bueno, bueno todo; la novedad suele hacer agradables las cosas, veremos el baile. — Pero entre tanto, ¿qué teneis que oponer de vuestros griegos? — Mis griegos, Sir Bridge, nada me pertenecen; pero con todo habria algo que decir. — ¿Creeis que se pueda cotejar su música con la italiana? el canto.... el baile, que comienza, interrumpe á Bridge.

Sale al teatro una tropa de pastores, remedandò en su pantomimo el dolor que suponian tener por una zagala que robaron los piratas: era ésta la primera bailarina. Su amante, que hacia de primer bailarin, capitaneaba á los pastores, exprimiendo su dolor á fuerza de cabriolas: el cielo se cubre de repente de nubes, sigue el estampido del trueno á los relámpagos, crece el viento, la remedada mar se altera, la nao de los piratas naufraga; pero para la continuacion del baile era necesario que viniese á naufragar en aquella playa, y asi sucede. La robada Cleofila, sin mojarse, sin miedo ni sobresalto del pasado peligro, sale de las olas enjuta, y con fuerzas bastantes para cabriolar mas que su gozoso amante, á quienes corona el amor en el altar de himeneo.

No se puede negar, Don Eusebio, que estos

Italianos son los principes de estos divertimientos. Los Ingleses ya no sabemos pasar sin ellos. ¿ Habeis, pues, reparado en la primera bailarina ? — Sí, reparé. — Pues sabed que esa vino de Italia cortejada del lord T. . . . y dicen que lleva gastadas con ella mas de diez mil libras esterlinas. — Lo peor no es eso, dijo Hardyl al instante, sino el que crean los tales, que semejantes desperdicios y prodigalidades dan tono de esplendor á su grandeza, pudiendo, con la mitad de esos gastos hacer obras útiles á su patria, y eternizar sus nombres en puentes, en caminos, y en otros monumentos dignos de una permanente y gloriosa complacencia.

Comienza el segundo acto : el teatro vuelve á parecer á Eusebio como antes, una lonja de mercaderes ; tal era el susurro de la gente que conversaba. El canto apenas se oia, mucho menos el recitado : pero llega la *aria*, el *dueto*, la *cavatina* : todo el mundo hace punto en boca, y queda extático mientras dura. Acabada la aria, vuelve á tomar cuerpo el murmullo, hasta que llega el último dueto, y hasta que la ópera se acaba.

Parece, dice Eusebio, que la gente viene solo á la ópera para oir arias y duetos. Valiera mas que ésta se redujese á arias, pues asi conseguiria atencion el poeta ; el maestro de música se ahorraria el trabajo de componer un largo y flojo recitado, y la gente gastaria mejor su dinero. —

Concluyamos, pues, que la ópera no os agrada.
— Me agrada; pero me parece que no necesitais de hacer venir, con tanto gasto, de Italia danzantes forasteros, para ver un baile extravagante, y oir arias, que vuestras Inglesas cantarian tal vez mejor. —

Eso no, Don Eusebio, con desgrado nuestro lo debemos confesar, nuestra lengua no es tan dulce y flexible para el canto, como la italiana. Aquel *dolce amor mio, idolo mio, mio bene,* no es cosa que admita cotejo con nuestra lengua áspera y silvestre, y muy dura para la modulacion del canto.— Perdonad, Sir Bridge, si me opongo al poco favor que haceis á vuestra lengua: confieso que parecerá duro, y áspero á los oidos forasteros; pero á los vuestros no tanto: y si he de decir lo que siento, la lengua debe adaptarse mas bien á la música, que no la música á la lengua.

Yo no sé cuan dulce y suave puede ser la italiana: sé bien sí, que la griega y la latina tienenen mnchísimas palabras ásperas, duras, sexílabas, con terminaciones poco blandas, como son todas las de los plurales; y con todo, no creo que diesen torcedor á los compositores de música: á lo menos adaptaban á ellas toda especie de modulacion de canto; como se deduce de las tragedias, y de sus coros, que uno y otro cantaban los antiguos actores en la representacion; y si hemos de creer á las memorias que

nos dejaron los testigos de vista, eran maravillosos los efectos de su música.

— Pero ¿cómo es, que ni nosotros, ni los Franceses, ni vosotros los Españoles, ni los Alemanes, no llevamos la música á la perfeccion de la italiana? — Esa es otra cuestion, diferente de la que tratábamos, y asunto que no tengo liquidado. Pero con todo, no haré jamas agravio á la naturaleza, ni al genio y talento de las naciones, si entre ellas no florece hoy dia una arte ó ciencia que floreció en otros tiempos, ó que pueden hacer renacer otra vez en los venideros, y llevarlas tal vez á la perfeccion, de que es susceptible.

Hardyl confirmó esto mismo con algunos ejemplos, á los cuales añadió una breve, pero enérgica invectiva contra las óperas, como corrompedoras de las costumbres, de la decencia y decoro público, que fomentaban insensiblemente tales representaciones, privadas enteramente de la utilidad moral, que podian pretextar las tragedias y comedias.

Bridge mostraba compadecer los austeros sentimientos de Hardyl, como rancios y aldeanos; pues el mayor divertimiento, gusto, delicadeza y familiaridad de trato, que atribuia á las óperas, eran razones que preponderaban en su interior á las severas máximas de Hardyl, aunque solo las apuntó, sin atreverse á defenderlas, durando este discurso hasta despues de la cena,

en que se despidieron para irse á acostar. Retirados en sus cuartos, Eusebio, sintiéndose algo disipado, acudió á su Séneca antes de irse á la cama, leyendo el tratado de la tranquilidad, sirviéndole su lectura de fomento á sus buenos sentimientos. Al otro dia fueron á visitar á sus antiguos huéspedes Bridway y Betty, de los cuales recibieron mil tiernas expresiones de agradecimiento por las sesenta guineas que Eusebio entregó al viejo la mañana que fué á visitarlo á casa de Bridge.

Éste no dejaba cosa visible en Londres, y en sus cercanías, que no hiciese ver á sus huéspedes : añadia á la atencion de acompañarlos á los lugares que les hacia ver, las visitas de sus parientes, amigos y conocidos, á donde los llevaba, y en las cuales comenzó Eusebio á tomar el tiento al mundo, y á estudiar el hombre en su vida social y privada; en sus siniestros, en sus preocupaciones y modos, patrocinados de la costumbre, de la opinion, de las leyes, del genio de la nacion, del culto, y de la supersticion, de donde sacaba nuevos motivos para llevar adelante el estudio de la virtud y de la sabiduría.

Miraba á los hombres muy diversamente de aquellos vanos troneras, que, por quererlo mirar todo, nada ven, no teniendo ojos sino para ver y estudiar las modas ridículas, y los caprichos de la vanidad; presentándose antes en

las sociedades para ser vistos y conocidos, que para ver y conocer; sin otras luces que las del galanteo, y sin otra ciencia que la que creyeron aprender por haberla cursado.

Muchas noticias del pais, y los sucesos traidos en las conversaciones que Eusebio ignoraba, lo obligaron á emprender el estudio de la historia de Inglaterra. Esto tambien lo retraia algunas veces de asistir al teatro que comenzaba á cansarle; mucho mas, viajando antes para instruirse, que para divertirse neciamente. Hacia servir á este fin muchas de sus visitas para informarse del espíritu de las leyes del gobierno, y progresos de las ciencias, de la industria y comercio, en que Londres podia suministrar tan abundante materia á su curiosidad.

Tenia tambien Bridge con esto frecuentes ocasiones de ver nuevas fábricas, máquinas, é ingenios, que no sabia hubiese en su tierra, y que Eusebio iba á desenterrar para hacer de ellas modelos, á proporcion de su utilidad; pues no hay cosa por pequeña que sea, si es útil, que no merezca la atencion de los ojos del sabio, principalmente aquellas invenciones que contribuyen al bien general de la sociedad, y del hombre en particular, ya sirva para aliviarle el trabajo, ya para acrecentar sus conveniencias, ya para abrirle nuevos caminos á su industria en la agricultura, en la hidrostática, en la metalurgía, en la náutica, y en todas las demas

artes menudas de mero gusto y capricho, que alimentan tantos brazos, que consumen las su-superfluidades de los poderosos, las que se hacen necesarias á una culta é industriosa nacion, pues ninguna puede ser feliz, sino en los extremos opuestos de grande riqueza, ó de suma pobreza.

La nacion que se halla en el medio de estos dos extremos será siempre despreciable. Porque el vecino rico la tendrá abatida y humillada en su inaccion; y porque el pobre, que nada necesita, la tratará con imperio. Tal fué la suerte de los pueblos de la Grecia, hechos juguete del pobre y valiente Spartano, ó del rico é industrioso Ateniense. Roma, pobre, sojuzgó la Italia; Roma, rica, se levantó con el señorío de la tierra: la misma, descaecida de su antiguo esplendor, industria y riqueza, se vió esclava del feroz bárbaro, que la saqueó, y arrojó al viento sus grandes cenizas. Eusebio, persuadido de esto, hacia caudal de ideas y de conocimientos, que no solo le aprovechasen á él, sino tambien á sus nacionales; no porque pretendiese levantarlos con ellos á la cumbre de la grandeza, sino porque debe ser una la mano que comienze á dar impulso al adelantamiento de la nacion; y porque todas las cosas grandes deben por lo comun su ser á pequeños principios, ó al concurso de causas que fueron despreciables, miradas cada una de por sí. No tiene otro orígen á las

veces el bien general de un pueblo, debido á las solas miras, ó á la generosidad y amor patriótico de un ciudadano que fomenta la industria y el talento de una nacion: comunicándole sus luces, ó contribuyendo para su adelantamiento.

No somos solamente generosos con el dinero.(1) Un sútil sugerimiento, un medio de industria, un ingenio inventado para facilitarla, para simplificar las operaciones de las artes, contribuyen á las veces para dar una honesta subsistencia á infinitas familias, que antes perecian de miseria víctimas de su inaccion, y de la falta de industria, ó de los medios que pudieran fomentarla.

A tan útiles fines aplicaba Eusebio el estudio que hacia en su viage. No de otro modo reconocia Sócrates la utilidad en el viajar, cuando preguntado sopre el talento y luces del jóven Nicandro, respondió: que daria razon de él, despues que hubiese viajado. Pues los que se proponen correr tierras por sola curiosidad, sin hacer, ó sin saber hacer estudio del mundo, y sin mirar á su aprovechamiento, estos vagarán como romeros, y volverán á su patria con los mismos ojos con que salieron, deslumbrados solamente de las ideas materiales que adquirie-

(1) De estas dos especies de generosidad dice Ciceron: *altera ex arcâ, altera ex virtute promitur.*

ron, y de los ejemplos del lujo y de la vanidad, creyendo que basta para sobreponerse á sus conciudadanos, el volver con el corte del vestido forastero, con darse un aire desenvuelto y desvanecido, y con el acento afectado; pero á estos les estuviera mejor no haber salido de su hogar.

Mas antes que quedar en él sepultados como topos, ciegos de mil preocupaciones nacionales, ¿qué luces, qué conocimientos y provecho no sacarian los grandes y los ricos de sus viages, tomados como por término de sus estudios, para perfeccionar su educacion? ¿Todo el estudio especulativo de la geografía que hicieron al lado de sus maestros, no les parecerá una sombra en cotejo del estudio práctico? ¿La historia les dará tan viva idea de los hechos leidos en los libros, cuanto los sitios en que acontecieron? ¿El estudio de las otras ciencias; el de la política, hecho entre cuatro paredes, el de la agricultura, ceñido á sus campos, el del comercio, limitado á los productos de su provincia; que extension no tomaria, viendo y conociendo al hombre con las mismas pasiones, diversos solo en lengua, trage, ritos, usos y costumbres?

El adelantamiento y nuevos progresos de la agricultura en tierras mas ingratas y estériles que las que deja: los productos de este pais hallados en otras regiones remotas, pero transformados de la industria y del talento en mil

formas diferentes, y destinados para diversos usos, le subministrarian nuevos conocimientos que pudieran servirle de tesoro verdadero, sin que la codicia lo estancase ni ocultase bajo de sus cerrojos.

Añádase á esto el mayor tino y aprecio en las artes liberales, si á ellas se mostrase aficionado; el gusto, el discernimiento y criterio en la erudicion, en la literatura, en el estilo, tan difíciles de adquirir en las escuelas patrias entre sus condicípulos, y tan fáciles de conseguir con el trato, comercio y luces de los forasteros, con la inteligencia y conocimiento de sus lenguas y escritos. Las rudas preocupaciones de la educacion de que se despoja; las luces que adquiere de los mismos errores y engaños que descubre en los mismos pueblos que estudia; sus leyes, gobierno, religion, todo le sirve de útil escuela, si la quiere cursar con provecho; pues no hay mejor maestro que el mundo mismo para quien lo estudia.

Si Hardyl no se hubiera lisongeado que pudiese ser á Eusebio de mucha utilidad el viage, no hubiera fomentado la especie á Henrique Myden; ni hubiera dejado su tienda en Filadelfia para acompañarlo. Mas viendo ahora que su aprovechamiento era mayor que el que se prometia por el empeño con que tomaba Eusebio su instruccion, hasta en las menudencias que se le presentaban, se complacia sumamente.

Bridge, á quien estas mismas cosas, tocante á artes y ciencias, no le venian de genio, procuraba interrumpir el estudio y aplicacion que ponia en ellas Eusebio con otros divertimientos que ofrecia el pais, llevándolos ya á Spring Garden, ya al Vauxhall con el pretexto de beber la cerbeza de Burton; á que añadia, como cosa indispensable, las visitas á los cafés.

Un dia, entre otros, los introdujo en el café de San James en hora en que estaba lleno de gente. Aquí habia un círculo en donde se trinchaba sobre el gobierno de las monarquías; allí una mesa de jugadores y de mirones; allá otros que se entretenian con las noticias de la gazeta. Estábala casualmente leyendo uno sentado solo á una mesilla, junto á la cual se sentaron Bridge, Hardyl y Eusebio: servíale de candelero una botella de málaga, á quien daba de cuando en cuando un tiento el lector, ceñido de gran valona, dejando entre tanto descansar su pipa mientras bebia. Bridge, Hardyl y Eusebio, proseguian su conversacion, recreando sus discursos con el punch que Bridge mandó traer, cuando de repente echa una gran carcajada el lector de la gazeta; y dejándola sobre la mesa, echa vino en el vaso, diciendo: ¡ pobres españoles! me causan compasion. ¡ Eh! bebamos á su salud; y dicho esto, apura el vaso.

Eusebio y Hardyl que estaban á su lado,

vuélvense hácia él, mirándolo con sorpresa, creyendo que lo decia por ellos. Pero viendo que volvia á tomar la gazeta con mucha gravedad, pensaron que recaia la carcajada sobre alguna noticia que habia leido. De hecho, se acercó al lector uno de los presentes, diciéndole: ¿Qué es eso, Sir Brisban? ¿de qué os reis? Sir Brisban le llenó el vaso, y le dice que beba. Luego le pregunta si habia leido en el capítulo de Madrid el proyecto de poblar la Estremadura; lo leí le responde: ¿pero qué hay ahí que reir? Brisban, vuelve á reir, diciendo: no harán nada, no harán nada.

Eso lo creo yo tambien, dice otro entremetido. La nacion española cayó en tal letargo, que tendrá para siglos. No hay duda en ello, dice otro que habia acudido á la risada de Brisban; parece que Felipe Segundo dió á beber adormideras á los Españoles. ¡Eh! dejémoslos dormir, dice Brisban, no sea que se despierten. Por mí, duerman cuanto quieran, dice otro; pero es cosa que saca de tino, que una nacion imperiosa, que acababa de amedrentar á toda la Europa, haya caido en tal letargo, y tan universal, que todo se resiente de esa misma desidia: ciencias, artes, comercio, naútica, agricultura, en fin todo.

Asi proseguian hablando los del círculo de Brisban. Hardyl oyendo aquel desencadenamiento, dice á Eusebio al oido, callad, y

dejad decir, que aquí no vale razon. Ibanse allegando otros, y para todos prestaba la materia. El literato decia la suya, sobre el abatimiento en que se hallaban las ciencias en España: el marino que habia mas bastimentos mercantiles en Plymouth, que en todos los puertos de aquella monarquía, desde Creux hasta San Sebastian. Quiso tambien echar su cucharada un oficial, diciéndoles: que no se cansasen, que no habia ni soldados, ni generales, ni literatura, ni valor, y que los frailes lo habian avasallado todo á la devocion y escapularios. Miente, voto á tal quien tal dice, se levanta diciendo uno de los que habia allí en el café; y aquí estoy para mantenérselo. Páranse todos de repente fijando la vista, sorprendidos en el ademan, gesto y ojos ardientes del que á su acento y enojo manifestaba ser Español. Brisban fué el primero que vaciando la botella en el vaso, lo toma en las manos, se levanta, y se lo presenta al enojado Español, diciéndole muy serio: Perdonad, caballero; pero esto os sosegará un poco la sangre: y luego que esteis apaciguado, trataremos la cosa amigablemente, pues es gran daño alterarse por cosa que no lo merece.

El Español, creyéndose insultado de nuevo, da un reves al vaso que Brisban le presentaba, y hácesele saltar de la mano. El oficial, ofendido ya del desmentido que le dió el Español,

Haced, pues, cuenta que no hay mas diferencia entre el gladiator y el duelista, que ser el gladiator hombre vil, ó condenado al suplicio, ó esclavo comprado para dar público espectáculo, y que ahora este lindo oficio se lo reservó la nobleza como ministerio digno del honor. — ¿del honor? — Sí del honor: ¿no sabeis cual sea esa deidad del honor, á quien sacrifican sus vidas tal vez por una paja? — no lo sé. — Pues id á preguntarlo á ellos, y á buen seguro, que no sepan tampoco lo que es. Dan este nombre al empeño en la reparacion de una palabra, de un gesto, de un ademan que los ofendió. Pero de hecho, veis que este honor no es otra cosa que vanidad y soberbia, ó falta de moderacion y magnanimidad bastante para despreciar la injuria. —

¿Y esa injuria queda por ventura borrada con la muerte que se dan? — ¡Oh! despacio: no es cierto que se den la muerte; van resueltos á quitarse la vida, pero esperan que su habilidad, la suerte, ó su valor les dará la victoria de su enemigo. — ¿Y si queda muerto el que recibió la injuria? — entonces se va al otro mundo con el mal, y con el mal año á dar cuenta de sí ante el tribunal de Radamante; el cual, sabiendo el motivo porque comparece ante él aquella alma echada con violencia del cuerpo por punto de honor, la pudiera decir.

¿ Y de cuando acá los hombres necios é insensatos dieron tal derecho al honor? Minos y yo jamas vimos formarse los hombres en la tierra una idea tan extravagante del honrado sentimiento — ¡ Oh supremo Juez de las regiones infernales! yo lo ignoro : hallé ya establecida esta obligacion de matarse por una leve ofensa cuando nací, y por deber cumplirla, me veo ahora privado de mi querida muger, de mis dulces hijos, de mis bienes, y de los honores á que podia aspirar : de todo finalmente, pues todo lo perdí con la vida. —

¿ Cómo de todo? ¿ pues qué, no traeis con vos el albalá del honor por pasaporte del Aqueronte? ¿ no os expusisteis á perder, y perdisteis de hecho, muger, hijos, bienes y honores por ese honor? ¿ dónde está, pues, el billete de seguridad? ¿ se os quedó en la faltriquera allá en la tierra, ó lo perdisteis por el camino? — ¡ Ah! divino legislador del averno, ahora hecho de ver, que todo fué un trampantojo de la opinion de los mortales, fabricado de su vanidad, de su enojo y de su venganza. Compadeceos de mi ilusion; pues ésta se hizo derecho de honor allá en la tierra. —

¿ Que os compadezca? ¿ habrá de compadecer Radamante á un insensato? A la verdad cometisteis un gran desatino; pero ya que el honor os puso antes del tiempo prefijado de las parcas, bajo mi tenebrosa jurisdiccion, lo

mas que puedo hacer, será no remitiros por ahora al Dios Pluton, hasta que no comparezca vuestro matador; pero si éste no trae corona ó insignia de la victoria, que le dió el honor de vuestra vida, por prueba del derecho de esa nueva deidad que no conocí, ¡ vive Proserpina! que ireis condenados ambos á dos á la zaurda de los furiosos necios, degradados para siempre de vuestra nobleza.

¿ No os parece, Eusebio, que pudiera pasar un coloquio semejante entre el juez del infierno, y esa alma infeliz? Si el Español hubiese despreciado, como hicimos nosotros y como lo debia hacer él, todas esas bobadas, no se expusiera á perder la vida por motivo tan tonto. Ved por lo mismo cuanto importa tener siempre á la mano la moderacion, principalmente en estos lugares que se hicieron el asilo de la ociosidad y de la majadería de los que parece que van á descargarse en él del peso de su existencia. No hay duda, que es sensible oir despreciar su nacion, porque sin querer, y sin advertirlo, se apropia cada uno parte de aquel desprecio, como miembro que se reputa ser de aquel cuerpo nacional. Pero ¿ faltan por ventura modos y razones para defender su patria, sin interrumpir en injurias y baldones como lo hizo ese ? á tales excesos impele la presuncion y vanidad irritada de un zelo patriótico mal entendido.

Acuérdome haber leido, que hallándose Anacarsis en un círculo en Atenas, lo motejó de bárbaro un jóven que allí se hallaba. Anacarsis, superior á tan indiscreta injuria, le dijo solamente; pues sabe, hijo, para tu instruccion, que lo que yo te parezco en tu tierra, tú lo parecieras en la mia. ¿Qué podia replicar el jóven á tan sabia respuesta? Si en vez de ella Anacarsis enojado hubiese prorumpido en dicterios contra el jóven indiscreto, ló hubiera confirmado en su opinion, y hubiera dado que reir á los presentes; pues no hay cosa que provoque mas á risa maligna que ver darse al diablo un agarrocheado del enojo. —

Pero ¿es verdad que esté la España en este estado que han dicho? — Lo veremos cuando lleguemos allá. Pero dad por supuesto, que de todo lo que han dicho, se habrá de quitar la parte que añadió la ignorancia, la presuncion y rivalidad nacional, y el ódio general que veo cundido contra los Españoles en casi todas las tierras que he corrido: de modo que, meditando yo la causa de donde podia proceder esta aversion de los Europeos á los Españoles, y no contentándome ninguna de cuantas me ocurrian, determiné informarme de la gente misma en todos los paises por donde pasaba, para ver si daba con la verdadera.

Como tampoco me supiesen dar razon á cuantos preguntaba, les decia si los Españoles eran

honrados: todos me contestaban, que por tales los tenian. Si eran sinceros, mantenedores de su palabra, verdaderos amigos; si jamas faltan á sus promesas y contratos. A todo me respondian que sí, que sí, pero que eran soberbios, arrogantes, bárbaros, supersticiosos, ignorantes. A esto yo les oponia, que todos estos defectos, supuesto que fuesen verdaderos, se podian aplicar á otras naciones vecinas, sin que les pudiesen atribuir las buenas calidades que confesaban en los Españoles, y sin que por eso fomentasen en sus ánimos, contra ellas, el odio y desprecio que tenian, y hacian de estos; y asi, que debia ser la causa de su general aversion. A esto levantaban en silencio sus hombros sin saberme responder, hasta que dí con un hombre anciano, Milanes, muy instruido, el cual me dijo: que habia tambien meditado sobre ello, y que creia deberse atribuir á muchas causas, tomando el orígen desde el descubrimiento del nuevo mundo; el cual excitando la envidia general de todas las naciones, por querer cada uno para sí esta gloria que les parecia usurpada.

Que á esta envidia se añadia la dominacion de Carlos Quinto que aspiraba á la monarquía universal, ó que por lo menos lo parecia pretender; y que con este motivo los Españoles pujantes, ricos y ufanos con el oro de América, y victoriosos en todas partes, dominaban

en ellas con imperiosa arrogancia, añadiendo á la altanería de su genio, la del gobierno y mando, que sin ser tiránico, se hacia odioso y aborrecible, por lo mismo que odiaban ya, y aborrecian á sus imperiosos dominadores.

Que á todo esto sucedió el reinado de Felipe Segundo, y su fiero empeño en avasallar las Flandes, á las cuales toda la Europa favorecia, por lo mismo que eran los Españoles los que las querian sujetar; y que aunque ellas fueron el escollo en que naufragaron la gloria, la riqueza, el poder adquirido de los Españoles, cayendo de un golpe en la sima de la pobreza, de la desidia y de la miseria; pero que el odio concebido y arraigado en los corazones de los padres, pasaron como por herencia á los de los hijos, y de estos á los nietos, hasta que el tiempo lo acabe de consumir.

Acababa de decir esto Hardyl cuando llegaban á casa de Bridge: y como viesen en la puerta el coche del lord Hams.... hermano de lady Bridge, muy amigo de Eusebio, quiso este ir á saludarlo, suponiendo que hubiese venido á ver á su hermana, como era asi. Lady, que los habia visto salir con su marido, viéndolos sin él, les pregunta el motivo. Hardyl le cuenta el desafío del café, y que su marido habia querido ir á verlo. El lord Hams... dice entonces á Eusebio: pues yo venia á hacer otro desafío diferente. — ¿Cuál es, Milord? — El de una

partida de caza á caballo. Mañana debo ir á mis tierras de Berkshire : si quereis venir, me hareis un singular favor. — Me lo haceis, Milord, con el envite, que acepto de buena gana.

Se entiende Milord, dice entonces Hardyl, que yo no quedo comprendido. — Perdonad, Hardyl: os supongo una cosa misma con Don Eusebio ; y como os oí decir el otro dia que no gustabais de ir á caballo, daba por supuesto que vendriais en coche hasta Berkshire, y desde allí entendí hacer el envite á Don Eusebio para la partida de caza á caballo. — No, Milord, dispensadme esta vez de tal favor, pues tendré mayor gusto de ver dos jóvenes, sin sujecion de tercero, gozar libremente de tan honesta diversion en la efusion de su tierna amistad.

Lady aprobó la respuesta y determinacion de Hardyl, acordando partir al otro dia los dos amigos. El Lord despues de haber estado largo rato con ellos, se iba ya, cuando encontró en la escalera á su cuñado Bridge ; y deseoso de saber el éxito del duelo, vuelve á entrar con él. Hardyl y Eusebio se habian quedado con Lady, la cual al ver á su marido, le pregunta como habia ido, y en que lugar decidieron la pendencia. — Cerca de Hide Parck: vengo muy desazonado, y padecí lo que no creia. Oigamos, pues, dice el lord Hams... — Lo diré, dijo Bridge ; pero dejadme tomar aliento. Luego que llegaron al lugar que habian elegido, nos

llamaron por testigos los competidores: y despues de haber medido sus espadas, ocuparon sus puestos. La sangre se me alteró en el corazon, y por la palidez de los rostros de los otros testigos, inferí la del mio. El oficial se mostraba bastante sereno y superior á la suerte fúnesta que le esperaba. El Español, que luego supimos ser un gentilhombre del Embajador de España, mostraba intrépidez, pero animada del enojo y del deseo de la venganza.

Tíranse los primeros golpes. El oficial parecia ser mas diestro; sea que fuese mayor su habilidad, ó mayor su presencia de ánimo, ó fuese que nos parecieran mas ciegos los tiros del adversario, el cual insistia con rabiosa pertinencia. Los fieros rostros de los que se amenazaban con la ira, el liso resplandor de los desnudos aceros, el triste ruido de las esgrimidas espadas, que hacia mas lúgubre nuestro pánico silencio, me infundian un palpitante temor que me oprimia el corazon.

Vuelven á tirarse: el Español queda herido en la mano. Reparando el oficial en la sangre que le salia, le dijo si quedaba satisfecho. Adelante, responde el Español, y sin decir mas, apresurando con mayor rabia los tiros; hiere en el lado al oficial: éste, pareciendo que hubiese recibido mayor vigor y esfuerzo de la herida, apremia al Español, y lo pasa de parte á parte.

feracidad que da á las plantas el terreno de Inglaterra. Los ganados diferentes que se recreaban por aquellas amenas llanuras, y prados esmaltados de flores, el canto y música de los pastores y de sus caramillos, que volvian á lo lejos el eco mas dulce, en el quieto silencio de aquella suave soledad, eran un delicioso espectáculo para Eusebio, como lo serán siempre para el alma triste y sensible que sabe apreciar la mas pura riqueza y hermosura de la naturaleza.

Prestábase Eusebio al dulce encanto de aquellos inocentes objetos campesinos, pareciéndole dilatarse su alma á toda la extension de los campos y collados, que veia desde la casa. La dulce tristeza que infunde al ánimo la verde y quieta soledad, de cuyo suave sosiego parece que se revisten las tranquilas pasiones, y los afectos del hombre con tal vista, hacian la mas viva impresion en el ánimo de Eusebio. Solo su amor parecia que cobrase mayores fuerzas de ternura y sensibilidad, con las amenas y silenciosas sombras de los árboles, como si ellos se las fomentasen y le prometiesen una seguridad mas suave é inocente.

Leocadia era el solo objeto que en tan dulce situacion echase menos su amor, habiendo ella recobrado el entero señorío en su corazon arrepentido y desengañado, no solamente de Susana, sino tambien de todas las demas her-

mosuras que habia conocido en Londres. La imágen severa de la virtud de Leocadia, y de sus gracias, no hallaba ya rival, despues que sacudió con los consejos de Hardyl, el amoroso prestigio con que lo deslumbró la fácil correspondencia, y el ardiente afecto de la graciosa hija de Howen.

Todas las obras de Séneca que habia comprado en Londres, lo acompañaron al campo, llevando tambien consigo algunos poetas griegos y latinos, á los cuales el jóven Lord se mostraba muy aficionado. En ellos empleaban las horas que no los ocupaba la caza, holgándose el Lord de disfrutar de la manifiesta superioridad que reconocia hacerle Eusebio en la inteligencia de una y otra lengua, especialmente en la griega, necesitando de acudir á él para la explicacion de los pasages difíciles de los autores en que tropezaba.

Quince dias habia que gozaban los dos amigos del campo y de la caza, cuando saliendo una tarde para continuarla, ojea uno de los perros una corcilla, á quien comienzan todos á una á dar caza. Las voces y gritos del contento de amos y criados, los ladridos de los perros azoran los ánimos de los caballos y caballeros, y se empeñan en el alcance de la veloz corcilla, que á par del viento, volaba por aquellos prados y campiñas, hasta que amparada de un matorral dejó burlados á sus perseguidores.

Era ya tarde; y aunque se encontraban muy lejos del viejo alcazar, estaban cerca de una alquería del Lord, que tenia en arriendo Felipe Street, su antiguo dependiente. Éste recibe con singular alborozo á su Señor, esmerándose en darle el mejor acomodo que podia su cordialidad y respeto en la estrechez de la casa. El Lord y Eusebio se ponen á descansar allí mismo en la entrada, diciéndoles muy afanado Street, que esperaba á su muger para darles de refrescar: ¿y adonde fué vuestra muger, pregunta el Lord.— Fué, Milord, á acompañar á una alquería vecina una sobrina suya, que poco hace nos enviaron de Londres sus padres, queriendo ocultarle la quiebra que hicieron, mientras tientan el ajuste con los acreedores.—

Decid Street; ¿es hermosa esa vuestra sobrina? — ¡Oh! Milord, y si lo es: no creo que haya tres rostros mas hermosos en todo Londres. ¿Que decis? holgaré sumamente de verla. Eusebio sentíase conmovido de los mismos deseos; pero se los contenia la memoria de lo que le habia pasado con Susana. El Lord, alegre é impaciente, bendecia la corcilla que los habia encaminado á aquella casa. Luego se levanta sudado como estaba; va á la puerta, vuelve, se pára, pasea, preguntando á Street el nombre de su sobrina.

Nancy, Milord, es su nombre. — ¿Y cuando llega esa amable Nancy? ¿han ido muy lejos?

—No tan lejos, Milord: poco pueden tardar en venir.—A lo menos tendremos buena compañía; ¿no os lo parece, Don Eusebio? ¿No sentis alborozarse, regocijarse ya vuestro corazon al dulce, al amable nombre de Nancy? ¿Qué techo, qué choza podrá parecer despreciable, cuando la habita una hermosura? Una deidad diré mejor; pues una hermosa doncella tal me lo parece. — Mucho mas, Milord, dice Eusebio, si á la hermosura se le junta la virtud. — ¿Qué virtud? ¿adonde os vais ahora á encaramar por ese estéril árbol de la imaginacion? Virtud y amor, es un Hicocervo, una Esfinge, que podemos dar de barato á los crédulos Tebanos.

¡Pero mucho tarda ya esta amable Nancy! decid Sstreet: ¿qué tiene que ver esa quiebra de su padre, con su venida al campo? — Os lo insinué, Milord, el querer ahorrarle el sentimiento que pudiera causarle, si la supiera; pues idolatran en ella, especialmente la madre. — Han acertado en enviarla al campo: ved aquí, Don Eusebio, como dice bien vuestro Séneca, que todos los males de los hombres son de opinion. Lo que es causa del mayor dolor para los padres de la hermosa Nancy, para mí lo es del mayor contento: atadme esas medidas. —

Mas digno es de considerar, Milord, que aquel mismo objeto que hoy anhelamos con ansias las mas ardientes, mañana lo es de nuestra mayor aversion. Asi son siempre nuestros deseos, juguete

de nuestra fantasía : á nosotros mismos nos hacemos infelices. — Mientras no se trata de amor, sé filosofar, Don Eusebio, como el que mas; pero cuando se trata de mis deidades, entonces pierdo la chaveta. ¡ Cuando vendrá esta Nancy !

Street viendo impaciente á su señor, sale de casa para ver si descubria á su muger y á Nancy, para darles prisa, y vuelve de allí á poco diciendo que ya venian. El Lord se compone la ropa, el cuello de la camisa : se mira las hebillas, se pasa el pañuelo por el rostro, se prepara para recibir á Nancy. El primer encuentro de una hermosura es terrible para un amante. Eusebio repara desde su asiento todos los movimientos del Lord, y le sirven de espejo para dar á los suyos mas noble superioridad.

Nancy : la graciosa, bella y amable Nancy, llega finalmente. Con las tersas facciones de su rostro delicado, competia la tierna lisura de su candidez, encendida entonces del cansancio, respirando un aire de tan fina belleza, que enamoraba. Su primoroso talle, cortado de las gracias, prometia creces de su pasada infancia, y de su comenzada juventud, la cual la revestia de una suave amabilidad, que exigia respeto del amor mismo que encendia, con el modesto fuego de sus negros ojos, cuyas suaves miradas esparcian en toda su graciosa presencia un dulce y atractivo señorío.

La aparicion en el cielo de una nueva estrella de extraordinario esplendor, no causa tan grande conmocion en los ánimos de los mortales, cuanto la tierna y bella Nancy en el del jóven Lord, y en el de Eusebio. Ella, no menos sorprendida de ver aquellos jóvenes señores, siente renacer á su vista, de su mismo gracioso embarazo, el poder de sus atractivos, hermoseado de la dulce sorpresa que ellos mismos le causaron.

Eusebio se levantó para saludarla; el jóven Lord se le habia adelantado, diciendo á la sorprendida Nancy : bella Nancy, la suerte propicia nos encaminó á este lugar, para que conociesemos una deidad, tanto mas digna de nuestra amorosa veneracion, cuanto mas se aventaja vuestra hermosura al concepto que habiamos formado. La modesta y confusa Nancy, que no conocia al Lord, le dice : señor, ¿qué decis? no compete ese cumplimiento sino á quien sobreabunda de cortesía en hacerlo. Street le dice entonces á Nancy, señalando al Lord, este es nuestro amo respetable, milord Hams...Nancy, al oirlo, pareció revestirse de repente de circunspeccion mayor, é inclinándose con modestia, le dijo : vuestra criada, Milord. — ¿Qué criada? La hermosura debe aspirar á títulos dignos de ella : ¿No os lo parece, Don Eusebio?

— A la modestia de esta señorita conviene esa expresion. — ¡Qué modestia! ¿Ahora salis

con eso? La modestia es una toca buena para cuando hace frio. Este caballero, bella Nancy, es un forastero, que ignora los trages que nos convienen á cada sazon. Pero debeis estar cansada: venid Nancy, sentaos junto á mí, junto á mí. Nancy obedece, y se sienta. Eusebio, á quien el mismo libre despejo del Lord daba mayor encogimiento, se iba á sentar á la parte de enfrente del zaguan; pero el Lord le dice: venid aquí, Don Eusebio, á percibir de cerca el suave aliento de la deidad.

Eusebio condesciende; y el Lord, despues de haber hecho algunas preguntas á Nancy, le dice: ahora desearia saber el nombre de vuestro amante. — ¿De mi amante, Milord? no tengo ninguno. — ¿Cómo, no teneis amante? Sepamos que edad teneis. — Diez y seis años, Milord. — ¿Y pues? diez y seis años con tanta gracia y hermosura, ¿cómo es posible que no hayan excitado ya algun incendio en algun tierno corazon? — Perdonad, Milord, no tengo amante. — No es posible, y aun dado caso que digais verdad, sé muy bien que teneis uno. — ¿Yo, Milord? — Sí, vos, y uno que os ama con toda el alma, con el mas intenso amor. Dicho esto, se inclina para tomarle la mano, y besársela. Nancy con respetosa vergüenza la retira, dejando al Lord algo desairado, y resentido en la presencia de Eusebio.

Street y su muger llegan en esto con la cer-

beza y vasos, que presentan al Lord y á Eusebio. El Lord, llenando un vaso, se lo ofrece á Nancy, la cual lo rehusaba con modestia; pero finalmente lo toma obligada del Lord. Street pide luego licencia para ir á disponer la cena; y Nancy que se hallaba avergonzada y confusa con las libertades que comenzó á tomarse el Lord, se prevale del pretexto de ir á ayudar á sus tios para desprenderse de él; y aunque éste la quiso obligar á que quedase allí, no lo pudo conseguir.

Nancy se prevalió de la superioridad que le daba su hermosura, para triunfar de la que queria tomarse el Lord sobre su sexo. ¡Si la belleza parece que da derecho á muchas mugeres para hacer que sus caprichos dominen la pasion de poderosos amantes, no lo dará mayor la virtud para que haga sobreponer el decoro y la honestidad, á las atrevidas declaraciones?

El Lord, resentido de la firme y modesta resolucion de Nancy, que no quiso quedarse con él, sino seguir á sus tios, por mas que la quiso detener del brazo, se levanta de su asiento, y alzando en alto los ojos, exclamó, á la presencia de Eusebio:

O quæ beatam, Diva, tenes Cyprum, et
Memphim carentem Sythoniá nive,
Regina! sublimi flagello
Tange Chloen, semel arrogantem

Os oyó la diosa, Milord, dijo sonriéndose Eusebio : van á quedar otorgados vuestros deseos.— ¡ Ah ! me lo pagará la esquiva. Tantos asaltos la daré, que habrá de rendir la plaza. Resuelto estoy á no partir hasta que no la consiga, ninguna resiste á largo sitio. ¿Sabeis la receta de Ovidio? ella caerá. — No me parece digna, Milord, esa vuestra protesta del generoso y noble carácter que en vos reconocí. — ¿ Por qué no? ¿ Qué tiene que ver eso con esotro? — ¿ Creeis que tenga ella derecho de defender su honor? — Que lo tenga, ¿ qué sacais de ahí? — Que lo tiene tambien para desechar vuestras declaraciones. —

Eso es cabalmente lo que debe combatir mi amor. — ¿ Vuestro amor, Milord, ó vuestra concupiscencia? — Lo mismo es lo uno que lo otro : ¿ qué diferencia le poneis? — Yo tenia mas alto concepto del amor; sentimiento que precede á la concupiscencia, y tanto superior á ella, cuanto lo es la razon al instinto. — ¡ No está malo eso! — ¿ Pues qué creeis, Milord, que el deleite físico, sea comparable con la dulce y suave ternura con que se regala el alma, que amando se reconoce amada? — Pero debo privarme del placer, que á vuestro modo de pensar, no vale tanto, porque no puedo obtener el que vale mas.

— No tuviera que oponer á eso, si estuviera en vuestra mano el conseguirlo; pero depen-

diendo de agena voluntad, os exponeis á una vergonzosa repulsa, despues de una vana y humillante porfía. — ¿ Humillante ? ¿ De qué diccionario sacais esos epítetos ? Marte puede llevar esas humillaciones en sus asaltos rechazados, pero el amor se gloria de esos desdenes ; esas son las espinas de sus rosas, y las cáscaras de sus frutos, las cuales los hacen mucho mas sabrosos : se ve que soys visoño en el amor. — A la verdad, Milord, no me glorio de esa milicia, aunque pudiera tal vez tener motivo bastante para ello. —

Mas decid, Don Eusebio, ¿ hablais de veras ? — Creo, Milord, que habreis tenido tiempo para conocer el entrañable afecto que os profeso, y que me teneis justamente merecido. Ni podeis dudar que os hablo con toda la efusion de mi sincera amistad, que mi misma franqueza os manifiesta. El lord Hams..... que extrañaba desde el principio el lenguage y tono de Eusebio, quedó algo sorprendido al verle confirmar tales sentimientos, y tan agenos de su edad ; y aunque quiso echarlo á bulla, se conoció que interiormente le hacia alguna fuerza, moderando poco á poco sus expresiones.

Nancy, atraviesa entonces el zaguan con los manteles y servilletas para ir á poner la mesa por órden de su tia. El Lord no se puede contener, y va tras ella para decirle algunas palabras cariñosas. Nancy al verse sola y perseguida,

deja los manteles medio desplegados sobre la mesa, y escapa con prisa bastante para que el Lord pudiese conocer que lo evitaba. Esto mismo comenzó á empeñar mas su amor, cebado ya con la primera vista de Nancy, cuya hermosura, gracia y modestia, eran extraordinarias.

El Lord, mas resentido que antes, deja de seguir á Nancy, y comienza á pasear el zaguan como pensativo. Eusebio desde su asiento mueve la especie de la corcilla, pero no prende. Street llega en esto, disculpándose con el Lord de la escasez y circunstancias en que lo habia sorprendido, y le preguuta á que hora queria cenar. —Luego, que tengo hambre. Nancy, que se habia retirado á la cocina, y que habia dado por excusa á su tio, para no poner la mesa el avergonzarse del Lord, le obligó á que la pusiese él mismo, como lo hizo, poniendo dos solos cubiertos.

El Lord lo advierte y le manda poner cubiertos para todos: queria con este pretexto, tener sin nota en la mesa á Nancy. Street obedece. La cena estaba ya dispuesta; se ponen en la mesa, se sientan. Nancy debió quedar por fuerza colocada entre el Lord y Eusebio. Éste trataba y miraba á Nancy con tierno, pero respetoso continente. El Lord al contrario fomentaba mas su amorosa pertinacia con la ·ra reserva y miramiento modesto de la don-

cella, que daba mas atractivo á su delicada hermosura.

Aun no habian acabado la cena, cuando llega un hombre que pregunta por Street. Traia una carta dirigida á Nancy. Street la recibe, y viendo que era para Nancy, se la entrega sin reflexion en la presencia del Lord. Éste, curioso, la obliga á que la abra y la lea, no queriendo que por respeto suyo difiriese satisfacer á la curiosidad que la suponia. Nancy la abre, comienza á leerla: un súbito trastorno se apodera de sus sentidos, se desmaya, y cae apoyada en el respaldo de la silla: la carta se le cae de las manos.

¿Qué es? ¿qué es, bella Nancy? ¡cielos! ¿qué os sucede? La tia, Street, Eusebio, todos acuden para socorrerla, sin saber lo que pasaba. El Lord le toma la mano, y comienza á consorlarla con compasivos requiebros y tiernas demostraciones. Nancy nada sentia: el Lord al contrario, sintiéndose inflamar con el tacto delicado de la tersa mano de Nancy, dándole pretexto su ardiente conmiseracion, aplica á ella sus labios, y los imprime con fuerza.

Nancy, como si se sintiese picada de una víbora, prorumpe en sollozos; luego levantándose con precipitacion, se va á desahogar su dolor á otra parte. Su tia, consternada, la sigue. Ninguno atinaba en la causa. El Lord extático, quedando solo con Eusebio, se acuerda de

la carta caida, y recogiéndola, quiere saber por ella la causa del repentino dolor de Nancy. Era la carta de la madre, en la cual le participaba que acababan de llevar preso á la cárcel á su padre, y que hallándose desolada, la mandaba se volviese á Londres con su tio Street.

¡ Pobre doncella ! exclama el Lord : merece compasion. — ¡ Ah ! Milord ; tales desgracias son las mas sensibles, principalmente á quien no está prevenido contra ellas. — Un amante es el que puede remediar mejor tales contratiempos. Dejemos que se le pase un poco esta noche el sentimiento, mañana vereis cómo la consuelo. Mañana me declaro. ¿ Reparasteis, cuando se reclinó en la silla, que seno descubrió? ¡ Ah ! no sé como me contuve. Pecho mas terso, ni mas bien formado, no lo ví en mi vida. Muchos rostros finos y elegantes ví dentro y fuera de Londres; pero uno que junte tan picantes alicientes, y tan suaves como el de Nancy, no lo espero ver. Ella será mia, ¡ oh ! lo será á cualquier coste. —

Supuesto que estais tan enamorado de ella, no le podeis dar, Milord, mayor prueba de vuestro afecto que la de vuestra mano, para levantarla de la sima en que la desgracia la precipitó. — ¡ Cómo, la mano ! ¿ Qué quereis decir ? — Soys soltero, Milord : y á lo que veo vuestro amor os pide.... — ¿ Qué? ¿muger que-

reis significar? Bien se ve que la prudencia no os dejó acabar de proferir el desatino. ¿Casarse de veinte y cinco años? ¿y con quien? Se ve Don Eusebio, que no teneis práctica de mundo, ni sabeis el valor de las guineas en manos de quien las sabe gastar. — Perdonad, Milord, la misma reserva que me contuvo para no acabar de decir mi sentimiento, os pudo dar á entender, que si esperaba ya esa vuestra respuesta, me disteis motivo para que no reputase desatino el casamiento que os quise indicar, despues de haberos oido decir que no esperabais encontrar doncella mas cabal, ni con quien mas congeniase vuestro amor. — ¿Pero acaso, el genio se satisface solo con el casamiento? ese es un campo reservado para los eméritos veteranos, como premio de sus apuradas fuerzas y valor en las conquistas. —

No sabré abusar, Milord, de la confianza de nuestra amistad; pero no por eso aprobaré vuestro dictamen, respecto de esa virtuosa Nancy. — Todas ellas son virtuosas, honestas, santas, si lo quereis, mientras las dejan estar; pero los candados de Acrisio se tornan de cera, luego que á ellos aplica su mano el amor, y si no mañana lo vereis por prueba. ¿Creeis que resistirá á la ofertà de tratarla como á muger, y de reponer en entero crédito á su padre? —

No lo sé, Milord, pero debo atreverme á

en medio. ¡Ah! voy á verla: quiero saber como pasó la noche.

El Lord desasosegado é impaciente baja, é informado de Street que Nancy se habia levantado, pero que estaba sola en el cuarto, impelido de su pasion, se atreve á entrar en él. Eusebio ya vestido, baja tambien, y pregunta á Street por el Lord. Oyendo que habia entrado en el cuarto de Nancy, á pesar de la zelosa compasion que le causaba la inocencia y virtud de la doncella, dejó de entrar donde no le tocaba. Bien sí, pregunta á Street si les disponia el desayuno. Street le dice que su muger lo estaba ya preparando.

Eusebio se prevale de esto para quitar cuanto antes toda ocasion de arrojo al jóven Lord con Nancy, entrando él mismo en la cocina para apresurar el desayuno, y atizando él mismo la lumbre para que hirviese mas presto el agua para el te; cuando al tiempo que la quitaba del fuego oye á Nancy que decia: no, no abusareis de mi desgracia. ¡Cielos! ¿á que estado me reducís? el llanto y los sollozos siguieron á su exclamacion doliente y enérgica.

Eusebio palpitando, supóniendo lo que era, sale con la tetera en la mano: ve á Nancy sentada de lado en una silla del zaguan, cubriéndose con el pañuelo el rostro y el llanto. El Lord estaba de pies delante de ella, pálido, los ojos encendidos, con que parecia querer

devorarla. Eusebio, haciéndose el desentendido, dice al Lord: de mi mano está hecho, Milord, cuando querais. El Lord no le da respuesta ni demostracion de haberlo oido, quedando allí de pies. Street acude á consolar á Nancy; pero ésta se levanta, y se mete en la cocina, al tiempo que su tia salia con la leche, diciendo al Lord que estaba todo pronto. El Lord confuso, estático y pesaroso, acude á la voz de Eusebio, que le instaba de nuevo para que viniese, diciéndole: Milord, el te se ha reposado ya bastante: el Lord acude entonces, y viendo dos tazas solas sobre la mesa, dice á Street que traiga otra, y que llame á Nancy. Street vuelve con la taza, pero sin Nancy, diciendo al Lord que no tenia gana de desayunarse. — Bien, pues, bebámoslo nosotros, Don Eusebio.

El Lord no tenia ánimo para sacar á plaza los candados de Acrisio, ni los eméritos veteranos. Eusebio, que conoció su desazon, quiso dejarlo en su triste silencio, holgándose en su interior del fiero desengaño que llevaba por la primera de sus pruebas aquella mañana. Acabado el desayuno, le dice: vamos á dar un paseo, Don Eusebio: — vamos allá, Milord, sabeis que gusto de tomar el fresco de la mañana en el campo: é inmediatamente salen de casa siguiendo el camino de Londres, antes que otro, para encontrar mas presto al criado

rico! ved aquí la segura prueba de su virtud. Ésta no permite manifestar amor á quien intenta envilecerla. — ¡ Ah si supiese que me amaba Nancy ! — Aunque os ame , Milord, no espereis ninguna demostracion de ella , si no le dais legítimo motivo para que os la manifieste; pues veis cerrados todos los caminos de su corazon al poder de la nobleza , de la riqueza y de los honores , que son los mas poderosos alicientes para el sexo. —

No , Don Eusebio , no lo espereis , jamas me resolveré á casarme con Nancy por mas que digais. Hay demasiada distancia entre ella y el lord Hams.... —

No pretendo, Milord , vuestro casamiento con Nancy , ni os lo aconsejo, puesto que no llevais tales intenciones ; pero acerca de la distancia , me parece que no hay ninguna para el verdadero amor ; y entre ella y vos, no veo otra que la de un paso , que es el de la opinion ; con todo, no os aconsejaria á darlo si fuese otra Nancy. La virtud y la hermosura, Milord , son dos joyas que se debieran ir á desenterrar si fuera posible , en las entrañas de los montes del Pegú , con mayor razon que los diamantes de mayores quilates. Ellas pueden dar lustre á la mas antigua nobleza sin recibirlo , aunque salgan de una choza.

Un hombre á caballo que veian venir hácia ellos á toda rienda , hace suspender la respuesta

del Lord, el cual fijando sus ojos en el que venia, reconoce ser su criado Williams, que habia enviado la noche antes con la carta para la madre. — Es Williams, saldremos de duda. Williams llega, y dice á su amo que entregó la carta en propias manos de la madre, á quien habia encontrado levantada. — ¿Traeis respuesta? — La respuesta, Milord, va dirigida á miss Nancy Tomson. — ¿Dónde está? Dadla acá. — Milord, dice Williams: me rogó la madre que se la entregase á Miss. — Bien, pues, se la entregaré yo mismo: dadla acá.

El Lord toma la carta muy solícito é impaciente, diciendo con voz baja á mí se me debe la respuesta, y no á Nancy, y se adelanta á Eusebio para leerla, bien ageno de la súbita revolucion que habia de causar en sus sentimientos la lectura. Aunque Eusebio no pudo aprobar la libertad del Lord en leer la carta que iba dirigida á Nancy, calló, siguiendo de cerca al Lord, el cual despues de haberla leido, volviéndose á Eusebio, le dice: ¡oh qué carta esta! Don Eusebio; leedla tambien vos, pues antes á mí que á Nancy viene dirigida. Eusebio lee:

Hija de mis entrañas.

« ¿Sueño? ¿ó bien es verdad que el mas bárbaro de los hombres quiso insultar al miserable estado en que nos tiene holladas la suerte?

¿ mas, puedo dudar de la carta que me entrega un hombre desconocido? ¿ Mis ojos empañados del llanto que me saca la mas funesta desventura, se habrán podido engañar leyendo la firma del lord Hams....? Tuve con todo ánimo para releerla, aunque con horror, para no quedar en la duda que fuese delirio de mi dolor.

¡ Ah Nancy, Nancy ! por ventura... mas no: en medio del amargo abatimiento de mi acerba desgracia, no dejará desfallecer el honor la mano de tu madre, para indicarte las horribles sospechas que le causa esa carta detestable. Tu flaqueza, Nancy, ó tu liviandad, habrán dado motivo por ventura al atrevido autor para escribirla y para enviarla.

Perdona, ¡ ah ! perdona, ó virtuosa Nancy, este cruel enagenamiento de mi dolor, esta infame sospecha que fué capaz de excitar la mas imprudente osadía. ¡ Yo, la madre de Nancy ! ¡ Tu madre, hija mia, vender tu virginidad ! tu honor ! tu virtud ! ¡ Venderla al vicio ! al oprobrio ! á la disolucion ! á la mas infame ignominia ! ¡ Nancy, la angélica Nancy vendida al delito ! á la prostitucion ! á la mas sucia vileza ! ¡ O cielos ! ¡ ó cielos !

Tal es, hija mia, si no deliro, la pretension de esta carta infernal. Tal el infame artificio del lord Hams.... ¿ Tu madre horrorizada, que no puede dar su muerte por respuesta á tal

carta, que respuesta podrá dar á tan execrable desvergüenza?

¡ Abusar de la desgracia de una víctima inocente, para arrastrarla á ser vil esclava de su lujuria! de sus infames caprichos! de su vil libertinage! para que sacio y empalagado de abominacion, la arroje con imperioso desden, cubierta de la mas desolante ignominia, en el sucio cenagal de la mas horrible miseria. ¡ Yo, tiemblo, Nancy! ¡ yo me estremezco! el horror entorpece mi mano, aunque me esfuerzo en dar vigor al pulso para retratarte mis enagenados sentimientos, y para prevenirte de la resolucion en que estoy de ir á pie, mañana mismo, si de otro modo no puedo, para arrancarte del infame precipicio en que te veo.

No Nancy; la ignominiosa prision de tu padre, la pérdida de todos sus bienes confiscados, las joyas de que me desprendí, las paredes despojadas de sus muebles, y cuya fria desnudez agrava la horrible pobreza en que me veo, sin tener que llegar á la boca, no seran capaces de envilecer al tierno amor de tu madre desolada, á prueba del fiero sentimiento y del dolor con que acaba de darme ese impío y declarado enemigo de tu virtud, de tu decoro, de tu hermosura, solo don infausto que me dejó la cruel suerte para mas afligirme, asestando contra él el exceso de su rabiosa saña.

¡ Ah! deja Nancy, que las lágrimas sellen

con sus manchas en el papel la fuerza inexprimible de mi justo terror y sentimiento. La inocente Fanny que quiso velar con su dolorosa madre y que me ve sollozar; me pregunta: ¿ si lloro por tu ausencia? ¡ Ah! ella ignora que quedas expuesta al peligro de la mas horrible ignominia. ¡ O suerte! ¡ ó cruel suerte! Fanny, dulce hija mia, tráeme aquel encaje, dejaremos de dormir esta noche para acabarlo y venderlo mañana; y sino iremos á pie pidiendo limosna, para socorrer á tu querida hermana Nancy. —Sí *maman* iremos por la buena Nancy, me dice: ¡ O hija mia! ¡O dulce Nancy!... »

Tu madre.

Eusebio, cuyo corazon tierno necesitaba poco para llorar, no pudo contener la tierna conmocion que le causaron los sentimientos de la madre, especialmente el expresivo coloquio de la conclusion, aunque al parecer ageno de una carta. La naturaleza no sigue sino las reglas del sentimiento cuando se exprime con energía. Eusebio sintió toda su fuerza, y lloró, sin recatarse de los ojos del Lord, que extático miraba sus lágrimas, añadiendo fuerza esta vista á la viva impresion que hicieron en su ánimo los afectos de la madre que lo trastornaron. Eusebio instigado tambien de la compasion que sentia por la virtud de Nancy, dice al Lord: ¡ O Milord! que diferente es el lenguage de la virtud

que el del vicio ! — Lo veo, Don Eusebio, vamos á casa ; dadme la carta. Eusebio se la entrega, y el Lord se pone á leerla otra vez, manifestando leerla con reflexion, acompañándolo Eusebio paso á paso ; y despues de haberla leido, caminaba silencioso, meditativo, y como fuera de sí, notando Eusebio el manifiesto trastorno de sus sentimientos.

Llegan á casa de Street, y el Lord pregunta luego por Nancy ; quiere hablarla. Street llama á Nancy ; pregunta por ella á su muger ; la busca ; Nancy no responde ; no se encuentra. Salen á llamarla al campo ; la buscan ; preguntan por ella ; nadie sabe darles razon ; Nancy no parece. Street y su muger entran en agitacion, se la manifiestan al Lord, y resuelven ir á buscarla por las vecinas alquerías.

El Lord entra en sospecha, que la ausencia de Nancy sea fuga manifiesta por su causa. Esto mismo lo confirma mas en la virtud de Nancy ; y su hermosura crece en quilates en su imaginacion, al tiempo que le afeaba su atrevimiento. Su amor, hecho mas puro, hácele sentir vivamente la huida de Nancy, y empeña mas su pasion en encontrarla. Sus criados van por caminos diferentes á pie, y á caballo, para ver si podian dar con ella : el mismo Lord ruega á Eusebio lo quiera acompañar á este fin.

Eusebio lo hace con gusto, y salen los dos

ansiosos y solícitos. Si hubiera tomado el camino de Londres, dice el Lord, la hubiéramos encontrado : por cualquiera de los otros, la alcanzarán los de á caballo. — No creo, Milord, que se haya atrevido á tomar sola, y sin avisar antes á sus tios, tan largo camino. Sin duda se debió ocultar en alguna de estas casas vecinas, donde tendrá tal vez alguna conocida de confianza. — Veámoslo pues. Se ponen á caminar los dos con solicitud; y entrando en la alquería mas vecina, preguntan por Nancy á los labrádores, que estaban comiendo : ellos confusos y levantados á la vista del Lord, con el bocado en la boca, le dicen que no la vieron. Tiran adelante; entran en otra casa; dan señas de Nancy; ninguno la conoce; no la han visto. Al salir de allí, descubren un pastorcillo, que salia de un establo conduciendo una manadilla de ovejas, y que se venia hácia el camino que ellos habian tomado. Páranse los dos, esperando que llegase; y el Lord le pregunta si habia visto por allí á Miss Nancy, la de Street; el zagalillo fija en él sus inocentes ojos, y le pregunta : ¿si era la que venia por leche ál establo? Sí, le dice el Lord, sospechando que fuese ella la que indicaba el pastorcillo : entonces él le dijo tambien que sí, que estaba allí con su madre, señalando el establo. El Lord penetrado de la inocencia de aquel pastorcillo, que mostraba tener de cinco

á seis años ; y aliviado del afan que padecia , exclamó :

T'e felice pastorello ,
Che non sai , che cosa è amore.

La fuerza del sentimiento le hizo proferir esta conclusion de una elegante poesia italiana , que se le acordó en aquel momento , y que habia aprendido en Italia , de donde hacia poco tiempo que habia vuelto ; y dicha con enérgica y expresiva ternura , mirando de soslayo al pastorcillo , voló hácia el establo en busca de Nancy. Eusebio , no menos impaciente , lo sigue. Entran juntos y ven á una muger que ordeñaba una vaca , á quien pregunta el Lord ¿ si estaba allí Miss Nancy ? La pastora se sonrie por respuesta , al tiempo que una andrajosa pastorcilla , de la estatura de Nancy , salia de un camaranchon con un dornajo en la mano. Ésta , á la vista repentina é inesperada del Lord y de Eusebio , da un grito , cáesele el dornajo de la mano , y se esconde en el camaranchon de donde salia.

Aunque la estatura y rostro parecian de Nancy, pero ¿ cómo podian reconocerla deshecho el peinado , y cubierta con los andrajos de una hija de la pastora que ordeñaba , por mas que el grito , la caida del dornajo y su rostro la descubrian ? Ni acababan de salir de la sorpresa en que los tenia este accidente , y el sonreir de

la pastora, hasta que esta les dijo que aquella era Nancy.

¿Cómo Nancy? ¡ ó cielos! exclama el Lord, y se arroja en el camaranchon. Nancy de pies, y temblando, creyendo que el Lord fuese con las mismas intenciones que las que le declaró en el cuarto de Street, le dice con animado decoro; Milord, respetad mi miseria, ya que no fué bastante mi desgracia para merecer vuestra compasion. — Que yo la respete, adorable Nancy. ¡ Ah! no basta, no, que yo la respete: aquí á vuestras plantas os doy prueba que la adoro con el mas puro y tierno acatamiento. Eusebio queda sorprendido al ver al Lord doblada una rodilla, en ademan compungido delante de Nancy. Esta, instruida de la madre á no fiarse jamás de tales demostraciones, que á las veces son las mas peligrosas, sin mostrarse sensible al arrodillado Lord, le dice al contrario, conservando la misma noble fiereza de sentimiento: Milord, perdonad, debo ir á mi trabajo. — No, respetable Nancy, le dice, oponiéndosele al paso: la esposa del Lord Hams..... no debe emplearse en tan vil oficio. — Señor, ¿qué haceis? — Reparar mi atrevimiento, y premiar, si premiar puedo, vuestra virtud. Recibid en esta mano la fe de un corazon que os adora, y con él el nombre de Lady Hams...... este digno amigo será testigo.....

— Perdonad, Milord, Nancy Tomson es solo una labradora, y no será jamas Lady Hams.... Sé lo que conviene á mi desgracia, y sé agradecer y apreciar vuestras generosas ofertas, sin preferirlas á la cruel necesidad á que el Cielo me condena. — No divina Nancy, de aquí no pasareis sin reconocer los sinceros sentimientos del puro y respetoso amor que me inflama. Vuestra noble entereza me humilló bastante para que pretenda ser creido; pero si teneis sobrados motivos para recataros de mis ofertas, vuestra virtud me da otros tantos para que no sufra dejaros en tan fiera desconfianza. —

Quedaré en ella, Milord: vuestras protestas, aunque sinceras, no me dispensan de la obligacion en que debo mantenerme, despues que me la impusisteis; y asi permitidme....... — No, adorable Nancy, esperad á vuestra madre: ella.... — ¿Mi madre? ¡cielos! — ella ha de venir. La ofendí bárbaramente, y quiero reparar mi ofensa. Esta mano y corazon que rehusais, los pondré en las suyas. Si ella dispone en favor mio de la vuestra, decid, Nancy, ¿podrá esperar el Lord Hams..... que no quedará mas fieramente humillado? ¿Podré lisonjearme que no será mi amor desatendido? —

Milord, no llevareis á mal que desconfie de mí misma y de mi corazon; éste pide toda la libertad para ponderar sus sentimientos, y la determinacion de los mios no depende de

mi solo consejo : sufrid que la infeliz Nancy quede enteramente libre en el miserable estado á que la suerte la redujo. — No, no es posible : aquí de nuevo á vuestros pies os suplico no querais desdeñar el don de mi eterno y sincero afecto.

Street, que habia sido avisado de la entrada del Lord en el establo, entra al punto en que el Lord, á la presencia del enternecido Eusebio, doblaba otra vez la rodilla á la fiera y noble Nancy; y corriendo hácia él con los brazos abiertos, le dice : Milord, ¿ que exceso de dignacion ?.... — ¡ Ah ! Street, venid, sed testigo de mi justa adoracion, de la fe que prometo á Nancy : de aquí no me levantaré sin haber obtenido su consentimiento. — Mas, Milord, ¿ de que se trata ? — De que Nancy decida de mi felicidad : de que sea mi esposa. —

¡ O Dios! Milord, ¿ Nancy esposa vuestra ? ¿ una criada vuestra ? — No, nada escucho, Street : haceos acreedor de mi mayor dicha, de mi suma felicidad. — Milord, por lo que de mí depende, podeis reconocerla por vuestra ; ni creó que Nancy dejará de motrarse reconocida á tan grande honra. — Jamas me reconocí ingrata, dijo ella entonces, y aprecio cuanto debo una honra que por su grandeza no puede competirme. —

No os compete, Nancy ? ¡ Ah ! vuestra vir-

tud es digna del imperio de la tierra; ella honrará á la mano que os ofrezco. Street, vuestro tio Street, será testigo de mi sinceridad ardiente y pura. Street, viendo que Nancy se obstinaba á no darle la mano, de la cual le parecia que pendiese su fortuna, y la de la casa arruinada de la misma Nancy, se la toma por fuerza por la muñeca, y la pone en la del Lord, diciendo: me prevalgo, Milord, de los derechos de la sangre, para facilitar á la modestia de Nancy la obligacion que le impone su reconocimiento: tomadla, Milord.

El Lord la recibe con ardor, y la besa con ternura, diciendo, con los ojos empañados de lágrimas: ¡ó mano adorable! ¡ó divina Nancy! me reconozco indigno de poseeros: y para que veais cuan ardiente y sincero es mi amor, id luego, Street, á llamar al Ministro de Berkshire: tenga el consuelo este digno amigo Don Eusebio, de ver coronados dos fieles esposos del fruto de sus santos consejos.

Eusebio, al oir esto, echa los brazos al cuello del Lord con tierno transporte, diciéndole: ó Milord, es vuestro noble corazon el que no puede desmentir su generosa magnanimidad. La venero, Milord, la venero; y el puro y santo gozo de que inundais mi pecho, será el agüero cierto de la felicidad con que el cielo, y la virtud de Nancy coronará vuestra generosa deter-

minacion con los mas puros bienes de la tierra, desconocidos de la ambicion y vanidad á que el santo amor os sobrepone. Nancy conmovida de la tierna demostracion de Eusebio, no puede contener sus lágrimas. Eusebio, desprendido del cuello del Lord, se congratula con ella con toda la energía de su tierno sentimiento; y el Lord la ruega con amoroso respeto que tome sus vestidos, mas ella le dice : Milord, si mi tio Street me arrancó por respeto una prueba, que jamas por ningun título hubiera podido recabar de mi consentimiento, queda reservada á la voluntad de mis padres la determinacion : y hasta tanto que no venga mi madre, como decis, estos andrajos me serán fiadores del decoro y de la libertad, que no puede quitarme ni la violencia de mi tio, ni mi misma desgracia.

Street, que habia salido volando por los campos, en fuerza del órden que le dió el Lord para que fuese á buscar al Ministro, vuelve á entrar en el establo con precipitacion, acezando y diciendo : Nancy, Nancy, vuestra madre llega. Habia encontrado Street el coche en que venia la madre con un pariente suyo, y con un ministro de Londres : y habiéndolos hecho bajar con el motivo de decirles que Nancy estaba allí en el establo, y el órden que tenia del Lord para ir á llamar al Ministro, los acompañó hácia el establo, en donde entraba la madre, al tiempo que Nancy, avisada de Street de su llegada, salia

desalada del caramanchon, diciendo : ¿ donde está ? ¿donde está ?

Su madre no la reconoce á primera vista, por sus andrajos; pero Nancy se deja conocer á su voz, á su enternecido alborozo, á la precipitacion con que se arroja en los brazos de su madre. Ésta siente sufocado su corazon de las dudas, y de los sentimientos diversos que le excitaba la novedad de ver á su hija en aquel trage, y se abraza con ella, llorando las dos, sin reparar en el Lord, ni en Eusebio, que tras ella salian del mismo camaranchon.

El Ministro, que venia con la madre, conociendo al Lord, se acerca para saludarlo. El Lord, que á la vista de aquella virtuosa madre, sintió mas vivamente los reproches que se habia grangeado su osadía en escribirle aquella carta, y la confusion de su arrepentimiento, llama aparte al Ministro; y saliendo con él fuera del establo, le dice la determinacion en que estaba de casarse con Nancy, rogándole interpusiese su empeño para con la madre.

Sabia éste el contenido de la carta que habia escrito el Lord, y que la madre le habia comunicado, para moverlo mas facilmente á socorrer á su hija; y no acababa de creer lo que el Lord le decia. Mas no pudiendo dudar de sus nuevas protestas, y de la incumbencia que le daba de casarlos allí mismo en el establo, entra dentro,

y dice á la madre y á la hija, que todavía estaban desahogando su enternecimiento : ea, señoras, tiempo es ya que dé lugar el llanto, al gozo que os anuncio. Miss Tomson queda declarada lady Hams.... si viene bien en aceptar la mano de quien se la ofrece como esposo.

La madre, atónita de lo que el Ministro le dice, queda en duda si se burlaba, ó deliraba, sin darle respuesta. Pero él viendo su extraordinaria sorpresa, le replicá : no teneis que dudar de ello, Milord Hams.... quiere resarcir con esta declaracion el arrojo y atrevimiento de la carta que os escribió; y en prueba de ello me destina para unir su mano con la de Nancy, si venis bien en ello.

¡Cielos! ¿qué es esto? exclama la madre: ¿mi dulce hija Nancy esposa del lord Hams....? no es posible. —Posible, si lo quereis, pues falta solo vuestro consentimiento, el cual os piden todas vuestras funestas circunstancias. La madre queda suspensa, Nancy confusa, con los ojos empañados de lágrimas, sin que se le echase de ver en su rostro otro sentimiento que el del tierno respeto para con su madre.

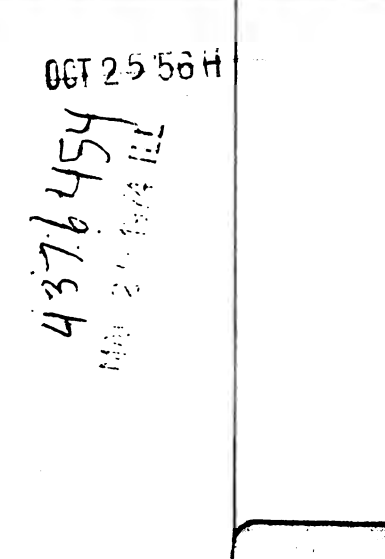
Street estaba con la boca abierta, pendiente del silencio de la madre, esperando con anciosa palpitacion el momento de ver á su sobrina Nancy Lady Hams... El Ministro viendo la suspension de la madre, quiere echar el corte, sa-

liendo del establo para llamar al Lord, y lo ejecuta volviendo á entrar con él. Éste, animado de su amor, pide perdon á la madre de su atrevimiento, y la mano de Nancy. Ella, despues de haberle propuesto en vano la disparidad de condiciones y de estado, especialmente en la desgracia en que se hallaba, se remite á la voluntad de Nancy. Ésta, bájando los ojos, le dice: que no tenia otra voluntad que la de su madre, y que esperaba sú consentimiento. Entonces el Lord, sin aguardar mas, toma la mano de Nancy, y la besa con ternura, diciendo: ó divina Nancy, siento el colmo de mi felicidad en el amor que me corona; queda á cuenta de mi reconocimiento el reparar enteramente vuestra desgracia.

¿Quién podrá pintar el amor, el temor, el gozo inocente y puro que animaron el hermoso rostro de Nancy al oir el consentimiento de la madre? El Ministro une inmediatamente allí mismo las manos de aquellos dichosos esposos. El contento el alborozo de los presentes y desposados, se exhala en tierno llanto, como la demostracion mas pura del verdadero júbilo del corazon: y la virtud, abrazada con el santo himeneo, sonriéndose en el aire con divina modestia, recibió en su seno celestial los votos de los felices desposados, revistiendo aquel infeliz establo del esplendoroso decoro de su adorable magestad y presencia, en cuyo cotejo es vil el

resplandor del oro que brilla en los soberbios palacios de los grandes, que no por eso destierra de sus techos los disgustos de un ambicioso amor, y los caprichosos desvios y desazones de los interesados y vanos casamientos.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.


OCT 25 '56 H
437.6 454